

CÉSAR “TATO” DÍAZ

Malvinas y el combate discursivo

Editoriales de los diarios durante la guerra



EduUp

comunicación

Malvinas y el combate discursivo
Editoriales de los diarios durante la guerra

Malvinas y el combate discursivo
Editoriales de los diarios durante la guerra

CÉSAR “TATO” DÍAZ

Díaz, César

Malvinas y el combate discursivo : editoriales de los diarios durante la guerra / César Díaz.- 1a ed.- La Plata : EDULP, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8475-38-7

1. Periodismo. 2. Islas Malvinas. 3. Medios de Comunicación. I. Título.
CDD 070.449



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N.º 551-599 4º piso / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2022

ISBN 978-987-8475-38-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2022 - Edulp

Índice

Introducción	11
Primera parte	
Periodismo pendular	22
Capítulo 1	
La Prensa y los editoriales sobre las restricciones al periodismo durante la guerra de Malvinas <i>César “Tato” Díaz y Mario Jorge Giménez</i>	23
Capítulo 2	
Un Director en la encrucijada: la guerra de Malvinas en los editoriales del Herald <i>César “Tato” Díaz</i>	47
Capítulo 3	
El Día y la construcción del imaginario de guerra: Editoriales sobre las Malvinas <i>César “Tato” Díaz y María Marta Passaro</i>	77
Segunda parte	
Periodismo hermesiano	103
Capítulo 4	
Clarín y la construcción de Malvinas como un punto de inflexión <i>César “Tato” Díaz</i>	104

Capítulo 5

La involuntaria defensa de la libertad de prensa por parte de Clarín ante la guerra de Malvinas

César “Tato” Díaz, Mario Jorge Giménez y María Marta Passaro 125

Capítulo 6

El hito de la guerra de Malvinas y el futuro de la Argentina en los editoriales de La Nación

Mario Jorge Giménez 149

Capítulo 7

La Guerra de Malvinas como generador de la “Crisis de Occidente” en los editoriales de La Nación y Clarín

César “Tato” Díaz y Mario Jorge Giménez 169

La yapa

Dos perspectivas de la cuestión Malvinas desde el periodismo

198

Dedicatoria

Dedico este libro a Celina, mi amada esposa, quien incluso en los momentos más álgidos de la pandemia -en los cuales estuvimos distanciados por su internación- siempre me alentó. Tarea ciclópea que también realizaron nuestros hijos, Ailén Victoria y Juan Francisco.

Además, deseo dedicar esta obra a la memoria de mi eterna amiga y colega, María Marta Passaro y a todos aquellos que sienten -justamente porque saben- que las Malvinas fueron, son y siempre serán argentinas.

Agradecimientos

El primer agradecimiento es para Andrea Varela, mi querida amiga, Decana de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, quien desde el día inicial de mi “calvario” producto del covid que enfermó a mi esposa, estuvo apoyándome junto a otr@s colegas y amig@s de la facultad (Ayelén Sidún, Agustina Arripe, entre much@s). Reconocimiento que me inspiró a emprender la tarea de reescribir antiguas producciones y elaborar el artículo de Descartes para esta emotiva ocasión.

Vaya mi agradecimiento a la participación de Mario Jorge Giménez, quien siempre me ha acompañado en los proyectos del Programa de Incentivos de la UNLP; a todos aquellos que me brindaron su desinteresado testimonio (entre ellos Robert Cox, Dan Newland, James Neilson, Raúl Kraiselburd, Uki Goñi y los ya fallecidos Dr. Enrique Oliva -1923/2010- y Andrew Graham Yooll -1944/2019-), a quienes, cabe aclarar, eximo de cualquier responsabilidad con respecto a los errores que haya podido cometer.

Asimismo, mi sincero agradecimiento a Juan Cruz Vallefín, quien con el entusiasmo que confiere la juventud, también me alentó a releer y reelaborar los trabajos originales que dieron como resultado este libro, así como también al Lic. Lucas Casado y Melina Gorsd por su ayuda con la lectura atenta del corpus. Finalmente, quiero agradecer a todo el personal de la Biblioteca de la Honorable Cámara de Senadores de la pcia. de Bs. As.

Prólogo

Dra. Andrea Varela

*Decana de la Facultad de Periodismo
y Comunicación Social
UNLP*

César Díaz, nuestro querido “Tato” Díaz, toma nuevamente la palabra para hablarnos en este libro de un hecho histórico fundamental: la guerra de Malvinas. Y lo hace como tantas veces, poniendo el cuerpo. Ya en la introducción sabe incluir elementos biográficos personales para ensamblarlos con el devenir nacional. Nos habla de su miopía, que luego avanza hacia una ceguera, esa oscuridad a la que el conflicto bélico supo oscurecer aún más y que lo lleva a asumir una postura ética inquebrantable. Sus convicciones tuvieron que resistir los vientos chauvinistas de la época, esa comparsa tan futbolera del “vamos ganando”. “Tato” se mantuvo firme, como siempre a lo largo de su rica trayectoria universitaria. Por eso lo queremos y admiramos. Y lo leemos.

El libro lo conforman siete capítulos, al que le suma generosamente dos yapas, en los que se encarga de mostrar la relación fagocitada del poder con los medios. Y lo hace utilizando dos variables (periodismo pendular, periodismo hermesiano) que salen de la trampa simplificadora de pensar al papel de la prensa durante la dictadura como un bloque uniforme. Porque “Tato” no habla de la historia y de los medios, piensa a la historia y a los medios, trata de entender la lógica, el pulso que mueve sus hilos, la impregnancia de los relatos, sus efectos abrasivos. Así logra poner en el centro de la escena el sig-

nificante “guerra”, ese que se solía asociar al adjetivo “sucio” y que por primera vez tenía una utilización más convencional. Eran tiempos complejos, de censura explícita y también de censura previa, precautoria. Incluso o justamente para un diario escrito en inglés, como el “Buenos Aires Herald”. La lengua como enemigo. Esta publicación entró en una especie de encrucijada que “Tato” retrata muy bien.

En su recorrido no puede faltar el papel del diario “El Día”, la mirada local no solo sobre lo que ocurría en el sur, sino también sobre un tema tan sensible como la libertad de prensa en medios que hicieron del silencio su bandera. Todo un hallazgo del libro y de la capacidad de investigación ya no sólo de Díaz sino también de su equipo de trabajo, donde se destacan las colaboraciones de Maria Marta Passaro y de Mario Jorge Giménez.

En la segunda parte entran en escena “Clarín” y “La Nación”. En el caso de “Clarín”, sus posiciones se mueven al vals de los acontecimientos, se ven tres momentos claramente diferenciados y que ratifican el pathos tradicional del “gran diario argentino”, saber irse antes de la derrota para acercarse, lentamente, a los vencedores. En cuanto a “La Nación”, “Tato” nos muestra los malabares argumentativos que el diario de los Mitre tuvo que hacer para incluir “esta gesta” entre los valores de Occidente, un nuevo orden mundial que se reagruparía tras la supuesta crisis de Estados Unidos y de Inglaterra.

Estas pequeñas apostillas del libro son una muestra de no solo lo exhaustivo del trabajo, sino sobre su originalidad y valor. Si pensamos que a 40 años de la guerra ya estaba todo dicho, nos equivocamos, primero porque el pasado está presente, esa trama de poder nunca se fue. Pero también tenemos la suerte de escuchar una voz como la de “Tato” Díaz, sensible y lúcida a la vez. Un placer leerlo, leerlo, contar con tu presencia pedagógica en las aulas y en tus escritos. Nos enseñaste y nos seguís enseñando.

Introducción

En el momento en que la patria se encuentra debilitada, es la memoria – no otra- la única capaz de robustecer nuestra soberanía. Por ello, al llegar el año 2022 se torna imprescindible apuntar que hace 40 años, la Argentina protagonizó su único conflicto bélico desarrollado en el siglo XX. De ahí que se haya creído conveniente recuperar varios trabajos, artículos y ponencias científicas (más una yapa de carácter ensayístico donde se suman dos perspectivas de Malvinas, lejanas en el tiempo pero cercanas en sentimiento).

Corresponde destacar asimismo que muchos de los capítulos aquí ofrecidos, formaron parte de dos proyectos de investigación enmarcados en el programa de incentivos de la UNLP¹ -Decreto 2427/93-. Para atenuar un poco el estilo de corte academicista que permean las siguientes páginas, expondré en primera persona como viví Malvinas.

Llegué al mundo un 28 de Mayo de 1960. Por mi fecha de nacimiento pertenezco a la generación de los combatientes de Malvinas, pese a que jamás participé de la guerra, dado que quedé exceptuado del servicio militar en 1978 por mi avanzada miopía. En febrero de 1981 arribo a La Plata desde Lincoln para cursar en la facultad de Derecho, carrera que abandoné faltándome únicamente aprobar el examen de ingreso -en esa época de dictadura se rendía examen de admisión en la universidad pública-.

Posteriormente me inscribí en un instituto de educación superior en procura de acercarme a Platón y Aristóteles, pero terminé más

1 A saber, “La agenda editorial de los ‘socios’ en las postrimerías de la dictadura militar (1982-1983)” y “La agenda editorial de los ‘no socios’ en las postrimerías de la dictadura militar (2/4/82-10/12/83)”. Ambos proyectos dirigidos por el Dr. César “Tato” Díaz.

cercano a Homero, ya que el 19 de junio de 1981 quedé completamente ciego. Agradezco a las autoridades de esa institución privada el buen destrato que recibí, ya que, de no ser por este, no hubiese podido ingresar a la universidad pública.

Cuando fue Malvinas no había cumplido todavía 22 años. A la oscuridad de mi ceguera, la vino a oscurecer más la guerra. En ese entonces, escuchaba en soledad el programa del “Negro” Guerrero Marthineitz en el que leía los extensísimos editoriales del diario La Prensa. ¿Paradójico? sí, porque el Negro Marthineitz y el diario La Prensa estaban muy lejos de representar los intereses populares. Sin embargo, por esas ironías que tiene la vida, fueron precisamente ellos, quienes lograron movilizar mi adormilado sentimiento popular, atemperado por vivencias personales y la escuela. En palabras de don Arturo Jauretche, tuve que combatir “la ignorancia aprendida” (Díaz, 2007) buscando en lo popular la razón de palabras como patria, soberanía, y hasta la difícil paz social.

Debo reconocer que sentirme parte del pueblo no fue tarea fácil, máxime teniendo en cuenta que en esa coyuntura se jugó el mundial de fútbol de España, 1982. Me considero anti-selección desde que el sentimiento de los patriotas se limita al grito de un gol². Recuerdo claramente a quienes pensaban -y piensan- que ganar un partido de fútbol resulta semejante a ganar una contienda bélica o mejor expresado ¡a sentirse un gran patriota!

Con respecto a las autoridades castrenses, siempre fui crítico de su régimen de facto. Por ende, nunca creí ni participé en las colectas de beneficencia, negación que me hizo ganar la desaprobación tanto de mis compañeros en la Sociedad Prociegos Luis Braille, como también de todos aquellos con quienes trataba.

En conclusión, si bien fui contemporáneo de la guerra, no es menos cierto que me la contaron. Justamente por eso, mi interés no fue tanto el conflicto bélico en sí como recuperar aquello que la voz ins-

2 Esto no quiere decir que no me guste el fútbol. Soy un orgulloso hincha del Club Boca Jr. Incluso a menudo he ido a la cancha para sentir el palpar de su gloriosa hinchada, en las buenas y en las malas.

titucional de los diarios habían construido al respecto, aunque siempre tuve presente que las Islas forman parte inescindible de nuestro territorio. Malvinas me duele como a todos aquellos que sentimos a flor de piel la Soberanía.

Deseo aclarar que recuperar la voz institucional de los diarios no significa compartir necesariamente lo editorializado y que no se encontrará en este libro ningún alegato a favor de la guerra. Parafraseando a Descartes, no caben dudas de que los pueblos nunca buscan el enfrentamiento bélico, sino que quienes lo buscan y estimulan son los gobiernos y los imperios por defender intereses muchas veces inconfesables.

Quisiera cerrar esta crónica solitaria y personal con un canto social a la unión y la amistad ante los horrores de la guerra –casi o igualmente terribles que los de un pueblo desmemoriado-. Era ayer nomás cuando el conjunto musical “Los de imaginaré” entonaban en “Compadre, qué tiene el vino” (con letra del cura y poeta Julián Zini) un sentimiento que era a la vez un trayecto por recorrer. La esperanza que yace en el fondo de toda fatalidad:

*Una vez le oí a un borracho,
como diciendo un refrán:
que el vino es “Sangre de Cristo
porque es Sangre Popular...”
La parra chupa en el suelo tanta sangre fraternal
que hay en la tierra vertida; que clama al cielo y está
juntándose desde siglos, buscando hacerse escuchar;
la sangre de los hermanos, que amamos y ya no están...
de nuestros muertos queridos, que nunca nos dejarán...
de los que dieron la vida, porque amaron de verdad...
los que eligieron morir, por no saber traicionar...
los que encontraron la muerte, buscando la libertad...
los que dejaron sus huesos, en Malvinas y Soledad
¡como raíz enterrada, que algún día ha de brotar...!*

Este 40 aniversario del intento de recuperar nuestras queridas Islas Malvinas, es prueba de que "la raíz algún día... ¡ha de brotar"

Breve contexto histórico- social

La recuperación de las Islas Malvinas fue concretada por el tercer dictador del proceso de reorganización nacional Gral. Leopoldo Galtieri, el 2 de abril de 1982, cuando estaban por cumplirse 150 años de la ocupación inglesa y a seis años de haberse iniciado la dictadura cívico-militar más sangrienta de la historia argentina. Entre las innumerables derivaciones de ese trágico periodo se registran 30000 desaparecidos, 500 niñas y niños secuestrados y apropiados (de los cuales cerca de 400 aún desconocen su verdadera identidad) y una desindustrialización creciente agravada por un endeudamiento externo asfixiante, resultado de la consolidación de la política económica planificada por Martínez de Hoz y cuyos alcances se padecen en la actualidad. Hacia 1982 el proceso aspiraba a relegitimarse hacia adentro del país y fortalecerse en el exterior. En verdad, el intento de generar un movimiento político que perpetuara a los militares en el poder se había iniciado infructuosamente con el segundo presidente de facto, Gral. Roberto Viola (1981). Galtieri seguiría sus pasos. Malvinas constituyó un aspecto de ese proyecto, impulsado por el Alte. Jorge Anaya, jefe de la Armada, y tomado como propio por Galtieri al evaluar que esta “reparación histórica” tendría un efecto cohesivo (en las internas militares y sobre la sociedad) permitiendo prolongar el régimen. Por cierto, el apoyo popular a la causa de Malvinas puede pensarse por su carácter de mito fundador de la nacionalidad argentina (Menéndez, 1998). Y a pesar de la oposición civil al régimen de facto de esos días, durante la guerra un consenso general y triunfalista pareció haberse instalado en el país, inclusive haciendo que algunos consideraran la posibilidad de alcanzar un acuerdo cívico militar (Quiroga, 2004). Así las cosas, *“Malvinas se erigió en el símbolo de la unidad y de la continuidad nacional que el régimen proponía y la sociedad política y civil aceptaba”* (Guber, 2001). En ese sentido, los medios de comunicación jugaron un papel sustantivo (Lorenz, 2009).

Se menciona la oposición civil al régimen porque previamente habían surgido signos de un despertar social y político a través de la creación de la Multipartidaria³ y organizaciones como las dos CGT (Brasil y Azopardo) que presionaban por el retorno a la democracia; además de los reclamos y el accionar de los organismos defensores de los DDHH contra las violaciones producidas por el terrorismo de estado. En el ámbito internacional, la dictadura había participado en Centroamérica cumpliendo su leal rol de aliado de EEUU y pretendía consolidarse como un adalid incuestionable en la lucha contra la URSS.

Apenas asumido el tercer dictador, la Junta Militar decidió retomar las negociaciones diplomáticas con Gran Bretaña a través de una firme y agresiva campaña, pero un grupo reducido del sector duro castrense planeó concretar una breve ocupación de las islas y un retiro inmediato con el fin de obligar a negociar al gobierno inglés. No contemplaron la eventualidad de una respuesta desfavorable de la otra parte y la idea de tomar para negociar, fracasó. Por ende, la guerra fue más impuesta que planeada ya que una serie de factores adelantaron la decisión de recuperar el territorio insular, entre marzo y abril, acelerándose una “*carrera de improvisaciones*” (Verbitsky, 2002). En ese marco se puede concebir la proclamada “recuperación de Malvinas” como una acción política publicitaria tendiente a consolidar la imagen nacional e internacional del gobierno de facto. Tras el fracaso bélico, el Gral Bignone tuvo en sus manos “*la incierta tarea de negociar la ‘salida’ del régimen al menor costo posible para las fuerzas armadas en un entorno de profunda disgregación del poder militar*” (Canelo, 2008).

La etapa de transición a la democracia resultó “desordenada” además de verse impedido el último dictador de “*negociar la transferencia del poder*” (Quiroga, 2005) ya que debió sortear dos crisis simultáneas: una interna, por el deterioro de las relaciones intrarmas luego de la demoledora derrota de Malvinas que llevó a la disolución de la

3 Integrada por el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, el Movimiento de Integración y Desarrollo, el Partido Intransigente y el Partido Demócrata Cristiano

Junta Militar⁴, y otra externa, dada por los fallidos intentos de forjar un “pacto” con la dirigencia civil que les asegurara no ser juzgados por la implementación del terrorismo de Estado.

Categorías de trabajo: periodismo pendular, hermesiano, socios, no socios, etc.

El análisis de diversos diarios de reconocida raigambre nacional durante el período que va de 1976 a 1983 ha posibilitado distinguir, hasta el momento, tres posicionamientos. Por un lado, el sostenido por algunos autores “Periodismo de la dictadura”, categoría a la que no se suscribe, ya que no subsume las particularidades de los medios argentinos. Sí se podría calificar de este modo, solamente a dos diarios, por caso los órganos gráficos *Convicción* (Borrelli, 2008) y *La Opinión*⁵ de Jacobo Timerman luego de la intervención del 25/5/77. Extender más allá de los medios citados tal posicionamiento, resulta equívoco y hasta erróneo. Equívoco porque salvo los mencionados, no existe ningún periódico que no haya presentado matices frente a la administración castrense. Erróneo porque como noción conceptual resulta poco operativa debido a su determinismo. “Periodismo de la dictadura” en definitiva, no describe una situación general sino un fenómeno que solo enmarca los diarios aludidos.

En un segundo grupo se identifica al periodismo que respondía al paradigma de seguridad nacional, calificados como “socios” de la dictadura militar que ejercieron un *periodismo hermesiano* tal como

4 Se produjo un proceso de autodepuración limitada a quienes participaron de la guerra de Malvinas y, en especial, de los tres comandantes en jefe a partir de junio de 1982 cuando C. Nicolaidis reemplazó a L. Galtieri en la comandancia del ejército y tomó juramento como presidente a R. Bignone el 1ro. de julio. A fines de septiembre designaron nuevos comandantes en las otras dos fuerzas: Hughes por la Fuerza Aérea y Franco por la Armada. Ese proceso no involucró a quienes intervinieron en las violaciones a los ddhh.

5 Las obras que abordan la historia de este diario y/o la de su fundador excluyen un análisis específico sobre la etapa de la intervención militar. A modo de ejemplo se cita a Ruiz (2001) y Passaro (2016; 2017)

postula Díaz (2011) y un tercer bloque integrado por los diarios “no socios” quienes practicaron un *periodismo pendular* (Díaz, 2009). Los “socios” fueron portavoces del plan de consolidación del Proceso de Reorganización Nacional, necesario para erradicar cualquier forma de participación popular (en la esfera económica y política). Para este fin, los medios constituían una herramienta estratégica en la instalación de la necesidad de “orden y normalidad”. En nuestro país incluyen a los matutinos *Clarín* y *La Nación*, quiénes junto a *La Razón*, se convirtieron en los principales legitimadores de la dictadura y su proyecto, no sólo por sus coincidencias ideológicas sino también por haberse constituido en “socios” del Estado Militar en la empresa Papel Prensa S.A. en 1977 (Díaz, Passaro, 2009); de ahí su denominación.

En cambio, el tercer bloque al que se califica en este estudio como “no socios” comprende a *La Prensa*, *The Buenos Aires Herald* y *El Día*, ajenos a la participación de la empresa Papel Prensa S.A. y cuya posición institucional frente a la dictadura no fue homogénea sino más bien ambivalente. En rigor, ejerciendo el “periodismo pendular” legitimaron el golpe, los objetivos y algunas acciones⁶ del autodenominado proceso hasta 1979, momento en el cual comenzaron a explicitar sus críticas frente a diversos aspectos de la gestión militar. Este viraje obedece a dispares razones. La Prensa criticaba de las autoridades militares la creación de nuevos ministerios y la consideración del sindicalismo como interlocutor válido, cuando de hecho, se había venido a “extirpar el peronismo”.

El Herald, en cambio, cuestionaba la violación sistemática de los derechos humanos impuesta por el terrorismo de estado. En tanto, El Día, denunciaba la endeblez de la libertad de expresión, posición que no estaba motivada estrictamente en el aspecto ético sino más bien en el interés económico afectado, dado que las autoridades militares utilizaban, para dar a conocer su gestión de gobierno, la agencia esta-

6 Como el conflicto por el Canal de Beagle, la necesidad de acabar con la violencia promovida por las organizaciones armadas, liberar la economía, etc.-

tal Télam, quedando afuera la agencia Noticias Argentinas propiedad del matutino platense (Díaz, Giménez y Passaro, 2009).

Así esa alianza originaria de los matutinos con el proceso fue debilitándose conforme pasaba el tiempo, particularmente a partir de la etapa de *deslegitimación* (Quiroga, 2004)⁷ volviéndose insalvable a partir del fracaso bélico de Malvinas.

Un concepto operativo para un examen detallado de la naturaleza que aquí se propone, es el propuesto por Borrat (1989) quien considera que el diario es un “actor político” *“cuyo ámbito de actuación es el de la influencia, no el de la conquista del poder institucional o la permanencia en él. El periódico influye así sobre el gobierno, pero también sobre los partidos políticos, los grupos de interés, los movimientos sociales, los componentes de su audiencia. Y al mismo tiempo que ejerce su influencia, es objeto de la influencia de otros”*.

Con respecto al análisis del corpus textual, se utilizará la taxonomía ofrecida por Rivadeneira Prada (1986) quien clasifica los tipos editoriales en siete estilos, a saber: el **predictivo**; el **admonitorio**, el **apologético**, el **explicativo**, el **expositivo**, el **combativo**, y por último el **crítico**. A estos tipos editoriales, se agrega uno que recibe el nombre de **“doctrinario”**⁸. Estos se componen básicamente de reflexiones postuladas como rectoras, pues están dirigidas a un auditorio amplio como la sociedad, pero también a un alocutario acotado como alguno de los tres poderes que gobiernan la república, a quién se le exige observar un comportamiento ceñido al cumplimiento de ciertas reglas acordadas a un sistema de vida occidental-capitalista en materia económica y republicano-democrático en lo concerniente al modelo político.

Cabe aclarar que el mensaje de estos actores políticos posee determinados receptores, los cuales, utilizando las categorías de Verón (2005), se dividen en tres subespecies de destinatarios: el **prodestinatario**, al que se apunta a través de mecanismos de fortalecimiento de

7 Según el autor citado, el Proceso puede dividirse en cuatro etapas que son, a saber: la de legitimación (1976/77), la de deslegitimación (1978/79), la de agotamiento (1980/82) y la de descomposición (1982/83).

8 Véase al respecto en este libro, el capítulo 6.

la creencia compartida, el **paradestinatar**io, blanco de mecanismos del orden de la persuasión, y el **antidestinatar**io, blanco de las figuras de lo polémico.

En suma, la presente obra está dividida en tres partes: En la primera, el lector hallará el tratamiento de los diarios “no socios” mientras que en la segunda parte, el estudio se centralizará en dar cuenta de los medios denominados “socios”. Por último, cierra el libro lo que se concibe –en términos jauretcheanos- como una verdadera yapa, dado que aunque se trata de dos artículos que podrían parecer discordantes con el tono general del volumen, sin embargo, adquieren “cierta” coherencia por centralizar su atención en la cuestión Malvinas a través de una perspectiva histórico-comunicacional. En el primer caso, la jerarquía se la confiere el director del diario -José Hernández- y en el segundo, la importancia se la otorga el periodista, Descartes.

Por último, se desea aclarar que este libro al no presentar una hoja de ruta, ofrece al lector una multiplicidad de entradas, dado que puede comenzar del principio hasta el final o, si así lo prefiere, desde la segunda parte hasta la primera e incluso desde la yapa, volviendo a la primera parte y finalizando en la segunda. Tal diversidad de posibles lecturas no quita que esta obra posee un solo final: las Malvinas fueron, son y serán argentinas.

Referencias bibliográficas

- Borrelli, M. (2008). El diario de Massera. Historia y política editorial de Convicción: la prensa del ‘Proceso’. Ed. Koyatun. Buenos Aires.
- Borrat, H. (1989). El periódico. Actor político. Ed. Gili. Barcelona.
- Canelo, P. (2008). El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone. Ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Díaz, C. (2007) Combatiendo la “ignorancia aprendida”: La prédica Jauretcheana en la revista Qué 1955-1958. Edulp. La Plata.

- Díaz, C. (2009). *Nos/otros y la violencia política 1974-1982*. El Herald, La Prensa, El Día. Ediciones al Márgen. La Plata.
- Díaz, C. (2011). *La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de periodismo hermesiano en: Saborido, J. y Borreli, M (comps.). Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Eudeba. Buenos Aires.
- Díaz, C.; Passaro, M. (2009). “Papel Prensa y la dictadura: una historia de silencios, alianzas y oposiciones” en: Alejandro Verano (comp.). *Medios de comunicación en Argentina diagnóstico y perspectiva*. La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Díaz, C.; Giménez, M. y Passaro, M. (2009). *De la desilusión al alivio en: Nos/otros y la violencia política 1974-1982*. El Herald, La Prensa, El Día. Ediciones al Margen. La Plata.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. FCE. Buenos Aires.
- Menéndez, M. I. (1998). *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*, Eudeba, Buenos Aires.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas: Una guerra argentina*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Passaro, M. (2016). *La embestida de la Dictadura contra el diario La Opinión: Las dos primeras intervenciones militares (1977-1978)*. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/54389>
- Passaro, M. (2017). *La primera etapa de la intervención militar del diario La Opinión 1977 en El periodismo gráfico de la dictadura*. Díaz, C. (coord.). Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/65166>.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Fundación Ross, Rosario.
- Quiroga, H. (2005) “El tiempo del proceso”, en Juan Suriano, *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia (1976-2001)*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Rivadeneira Prada, Raúl (1986), *Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*, México: Trillas.

- Ruiz, F. (2001). Las palabras son acciones. Historia política y profesional de La Opinión de Jacobo Timerman (1971-1977). Perfil, Buenos Aires.
- Verbitsky, H. (2002) Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial. Sudamericana, Buenos Aires.
- Verón, E. (2005) “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en E. Verón, El discurso político. Lenguaje y acontecimientos. Ed. Hachette. Buenos Aires.

PRIMERA PARTE

Periodismo pendular

La Prensa y los editoriales sobre las restricciones al periodismo durante la guerra de Malvinas⁹

César “Tato” Díaz y Mario Jorge Giménez

Presentación

“Es sabido que, al estallar la guerra, ‘la primera baja es la de la verdad’, pero también lo es que reiteradamente se ha probado que ello no ayuda al país cuyo gobierno incurre en el error de eliminarla”
(LP, 4/5/82)

El examen minucioso de la columna institucional del matutino de la familia Gainza Paz desde la última etapa del tercer gobierno peronista hasta el final de la dictadura militar, ha permitido corroborar que contribuyó con la construcción discursiva del golpe de Estado de 1976¹⁰ (Díaz, 2002) porque entendía que el pronunciamiento militar no representaba una ruptura del orden constitucional sino la única salida institucional posible. En su criterio, ese fatídico 24 de marzo, no era la democracia la que finalizaba (Díaz, Giménez y Passaro, 2001), sino un sistema de gobierno estatista y populista que había

9 Este trabajo apareció originalmente en la revista Question. Vol. 27, año X, bajo el nombre “La Prensa en la guerra y la guerra a la Prensa. Los editoriales bajo el conflicto bélico de Malvinas.

10 El análisis de este tema durante las gestiones de Videla y Viola puede verse en Díaz, Giménez y Passaro, 2005b

propiciado a la subversión (Díaz, 2002) y por ello debía ser excluido de la vida política nacional. Precisamente, el reordenamiento institucional que La Prensa preconizaba exigía la ineludible tarea de reinstaurar el orden social y económico en el país que, en razón de su magnitud no podía recaer tan sólo en los uniformados, sino además en los civiles que formaron parte de la gestión dictatorial y también en los medios de comunicación. No obstante el compromiso inicial con el que La Prensa asumía el enfrentamiento con el “enemigo subversivo”, no dejó de lado su carácter de actor político para esgrimir sus desavenencias y señalarle admonitoriamente a la Junta Militar aquello que debía ser corregido (Díaz, Giménez y Passaro, 2002), adoptando por ello el comportamiento de un “periodismo pendular” más arriba establecidos. Uno de los asuntos en los que centraba sus críticas era el sostenimiento de las empresas administradas por el Estado y entre ellas las directamente vinculadas con el ámbito comunicacional -canales de televisión, emisoras de radio y la agencia de noticias Télam- (Díaz, Giménez y Passaro, 2004b).

El mantenimiento de este emporio multimediático, así como también la perpetuación de la legislación lesiva para la libertad de prensa, hicieron que el matutino comenzara a distanciarse del proceso militar. En tal sentido, un verdadero punto de inflexión lo constituyó la conformación de la empresa Papel Prensa S.A. que vinculó los intereses del Estado dictatorial con los de La Nación, La Razón y Clarín. La iniciativa fue condenada explícitamente desde la columna institucional de La Prensa, quien desde una postura de “no socio” señalaba la “invitación” como un menoscabo para la independencia de los “socios”, quienes a su vez ocuparían un sitial de privilegio frente al resto de los órganos gráficos del país. Esta iniciativa la llevaría a afirmarse en su concepción liberal para confrontar con la dictadura.

El distanciamiento entre el gobierno y este “no socio” se agravaría de manera particular cuando, durante la gestión dictatorial de Roberto Viola, le fuera retirada la pauta oficial, al tiempo que uno de sus principales columnistas -Manfred Schönfeld- sufría una golpiza

de singular magnitud en plena vía pública, profundizando el asedio mediante el inicio de una querrela en contra del director Máximo Gainza y el columnista Jesús Iglesias Rouco (Díaz, Giménez y Passaro, 2005c).

Al comenzar 1982 el matutino no sólo podía contabilizar el incumplimiento de los anuncios militares de 1976 sobre el desmantelamiento del Estado creado por el peronismo, sino que además debía lamentar que la dictadura le haya incorporado la controvertida empresa papelera. En otro orden observaba con pesar que el estado de sitio instaurado por Isabel Martínez y la legislación lesiva de la libertad de expresión no sólo no habían sido dejados sin efectos ante el anunciado aniquilamiento de la guerrilla, sino que además seguían siendo utilizados contra los hombres de prensa.

Los antecedentes “bélicos” durante el proceso

a) La “guerra sucia”

Tal como se expresó, el matutino desde antes de 1976 evaluaba que el país vivía una situación de guerra provocada por el accionar de las organizaciones armadas, responsabilizando al peronismo no sólo por haberlas impulsado desde el llano sino además por ampararlas desde el Estado a partir de 1973. Luego del golpe, en algunas oportunidades, presentó la problemática de la subversión bajo un criterio patológico que combinó con enunciados organicistas “diagnosticando” que nuestro país atravesaba una crisis equiparable a una enfermedad que debía ser remediada. En este sentido defendía los postulados del periodismo de seguridad nacional y las medidas que adoptaba la dictadura para erradicar al “enemigo” externo e interno (el peronismo, la subversión, el comunismo) por lo cual, el triunfo sobre el “mal” encarnado en las organizaciones armadas justificaba, a criterio del matutino, ciertas restricciones a la libertad individual. Sin embargo, no dejaba de advertir que era indispensable no abandonar el marco legal para evitar la bar-

barie que criticaban a los “otros”, contribuyendo además a preservar la imagen de la Argentina en el marco internacional.

Al respecto, a escasos días del Mundial de 1978 denunciaba, con un tono que denotaba su irritación, que las cifras sobre desaparecidos que circulaban en Europa, eran cinco veces superiores a las reconocidas por las organizaciones nacionales defensoras de los derechos humanos¹¹. Paradójicamente, el matutino en cuestión sería precursor en publicar una solicitada sobre los desaparecidos, motivada por la desaparición de un familiar de los propietarios del medio.

La aceptación de la existencia de una “guerra” ejecutada por métodos deliberadamente obviados en sus enunciados institucionales como el camino para la recuperación del país, convivía con otros reclamos referidos al retorno al estado de derecho una vez que la subversión había sido aniquilada militarmente. De esta forma, las justificaciones que habían esgrimido los gobernantes para mantener el estado de sitio y otras medidas tendientes a suprimir libertades civiles, comenzaron a volverse inaceptables. Para el matutino los desbordes observados durante la vigencia del estado de guerra existente en el país, no podían mantenerse una vez concluido. Entonces, en lugar de negarlos, consideraba que era necesario reconocer que el enfrentamiento había sido “inevitable” para alcanzar la verdadera recuperación del país, y que por eso el conjunto de la sociedad debía asumir su grado de responsabilidad en la represión. Para lo cual, empleaba “colectivo de identificación” (Verón, 1983) a efectos de blanquear el plan represivo, mencionado supuestos “excesos” y prevenir las “deserciones” ante la inminente e indeseada visita de la CIDH a nuestro país (Díaz, Giménez y Passaro, 2004a)

En las postrimerías de la gestión Videla, La Prensa impulsaría la idea de transición democrática como rectora de su posicionamiento

11 No dejaba de recordar a sus lectores que esa nómina, el 17/5/78 había sido publicada por el mismo diario en una solicitada en la cual daba cuenta de la dimensión del tema de las desapariciones.

editorial, solicitando la normalización institucional, el fin del estado de sitio y el “descongelamiento” de la actividad político-partidaria. Aquí agregaba una cuestión sumamente delicada al considerar las heridas abiertas por la lucha militar para “salvar al país”. El retorno a la vida constitucional y la necesidad de aceptar la responsabilidad ante las “secuelas” de la represión, no obviaban reflexiones vinculadas con el pasado inmediato, por lo que aseguraba, en forma imperativa, que era necesario replantearse las causas que la habían provocado¹². De este modo, la interpretación del terrorismo de Estado y sus consecuencias, editorializado en términos de “guerra sucia” parecía estar llamada a cumplir un rol fundacional o refundacional de las instituciones. Si bien a esta altura no podía desconocer, por lo menos parcialmente, la magnitud del plan implementado por los grupos de tareas, en ningún caso *La Prensa*, enunció ese concepto al tiempo que no abandonó el uso de pares antagónicos para entender la lógica simplista de la existencia de un estado de “guerra” y, por lo tanto, presentaba el requerimiento sobre la verdad de lo sucedido como de interés particular (parientes y amigos) como si hablara de deudos o “partidarios”, y despojaba no ya al reclamo particular, que efectivamente se hacía, sino al de los organismos de derechos humanos que daban cuenta de un interés colectivo.

b) “*La guerra que no fue*”

La voz institucional de *La Prensa* analizó a la cuestión del diferendo sobre el canal de Beagle y la soberanía de las islas Lennox, Picton y Nueva de manera constante durante los dos primeros años (1977-1979) que fueron los de mayor tensión, instando a las autoridades a

12 De esta manera, dos aspectos quedaban en evidencia. El medio no desconocía los resultados del informe producido por la CIDH a posteriori de su visita al país, que circuló en forma clandestina, no obstante lo cual, y quizás comenzando a prever la magnitud que había adoptado el estado terrorista, volvía a reproducir el discurso oficial, pues ¿cómo hacer para comprender la magnitud del horror?

rechazar el laudo arbitral por considerarlo lesivo a los intereses nacionales. Su mensaje apelaba a un discurso marcadamente jurídico con el objetivo de manifestar la incondicionalidad de su apoyo ante la posición irreductible de la dictadura de no aceptar el fallo de la corte arbitral presidida por la reina de Inglaterra, pues representaba un menoscabo para la soberanía nacional, al no respetar el principio bi-oceánico. Por ello, desarrolló una prédica admonitoria cuando se dirigió al gobierno argentino, para reclamarle en nombre de la ciudadanía mayor información, pues estimaba que de esta manera se fortalecería la convicción ciudadana sobre el perjuicio ocasionado a los intereses nacionales.

Ante la indudable colisión de intereses de dos dictaduras cómplices en la violación a los derechos humanos (Calloni, 1999) desplegó una retórica apologética hacia los dictadores J. Videla y A. Pinochet pues en ellos “confiaba” la resolución del diferendo a partir de la relación bilateral. El matutino de los Gainza Paz complementó esta estrategia argumental con la crítica a los funcionarios de la cancillería argentina, a los miembros del gabinete chileno y algunos sectores de la opinión pública trasandina. A éstos últimos los desacreditaba utilizando el recurso de la ironía y el uso de pares antagónicos que servían para poner de relieve el contraste entre las “meduradas” posiciones argentinas y las “irracionales” posturas chilenas.

La evaluación crítica acerca del desempeño de las distintas comisiones mixtas que trabajaron durante 1978 y el inocultable entorpecimiento de las negociaciones, lo impulsaron a elogiar sin retaceos la posibilidad de la mediación papal. La designación del cardenal A. Samoré para cumplir ese papel, también fue objeto de beneplácito, pues estimaba que su intervención alejaba todo peligro de la guerra, concepto omitido de manera sistemática durante todo el periodo en el cual alertaba en reiteradas oportunidades sobre la irracionalidad de esa posibilidad. La larga espera que implicó la acción del papado, mantuvo a La Prensa en vilo y embarcada en una doble estrategia. Por un lado llamaba la atención de la opinión pública para alertarla sobre los avances de la marina chilena en aguas jurisdiccionales argentinas

y, por el otro instaba a la dictadura a evitar la desinformación, pues los trascendidos que circulaban en el país daban lugar a rumores que no favorecían su posición; y además debilitaban la imagen del Papa ante la demorada solución de conflicto. Como en otros órdenes de la vida institucional, el matutino demandaba al poder ejecutivo un efectivo cumplimiento del deber republicano de informar a la opinión pública y, en este caso particular, entender que esta conducta fortalecería a la gestión militar al Hermanarla con la sociedad en pos de una reivindicación nacional.

2. El desembarco en las Islas y en los medios

Después de la “guerra sucia” y de la “guerra que no fue”, los incidentes producidos en las Georgias y la ocupación territorial de las Malvinas por parte de las fuerzas conjuntas le brindaron, al matutino, la ocasión de analizar editorialmente una guerra convencional. Quizá por la sorpresa que le concitó la medida, o por la premura con la que debió expresarse en su columna institucional, lo cierto es que explicó el desembarco argentino en las Islas como una respuesta esperable a la protesta británica, en virtud del izamiento de una bandera argentina en las Georgias por parte de un grupo de trabajadores argentinos. Así, el comportamiento de particulares en un territorio ocupado por el imperio británico desde 1833, habría impulsado una reacción diplomática que a su vez, sería asumido en la columna institucional del diario, como un factor suficiente y decisivo para llevar al país a la primera conflagración armada contra una potencia extranjera en el siglo XX. El alborozo que le producía el acontecimiento, como aquellos en los que se sentía directamente involucrado, era comunicado apelando a la primera persona del plural: *“nuestro gobierno se vio empujado por las circunstancias descritas a utilizar la fuerza al servicio del derecho y desembarcó efectivos militares en las islas Malvinas que fueron recuperadas para la soberanía argentina”*. En lo referente a la reacción

del Reino Unido, reproduciría la especie que hizo circular el servicio de inteligencia británico, acerca de la presencia de naves impulsadas por energía y portadoras de armas no convencionales. De este modo, al señalar *“se supo que el gobierno británico habría dispuesto el envío de un sumergible atómico y de otras naves de guerra a la zona de los sucesos”* (Escudero Chauvel, 1996) le otorgaba autoridad a una versión interesada que tenía por objetivo atemorizar no sólo a una Armada como la Argentina que no tenía armamento ni tecnología para contrarrestar un submarino de esas características, sino sobre todo en la opinión pública.

Sobre el comportamiento asumido por los EE.UU. expresaba su desconsuelo en sintonía con el *“asombro y decepción en la opinión pública de nuestro país, pues ella constituye en definitiva una justificación de la prolongada usurpación británica al territorio argentino”*. Asimismo, aprovecharía el conflicto para recordar a sus lectores la vigencia de un mundo bipolar y la doctrina de la seguridad nacional haciendo notar que *“un país como la Argentina, que por su tradición, sus creencias y su estilo de vida defiende fervorosamente las mismas concepciones fundamentales que sus aliados en la contienda por el poder mundial, será atacado por éstos y sustentado por los mayores enemigos de Occidente”*. De esta forma, mediante el recurso de la ironía encendía una luz de alarma al señalar su prevención contra las dos potencias socialistas (China y la Unión Soviética) que aprovecharían el enfrentamiento de nuestro país con los líderes de la Organización del Atlántico Norte (OTAN). No obstante, el remate del artículo apelaba al optimismo acerca de la fortaleza argentina como una categoría inmanente a su ser, en un pasaje no exento de fatalismo al sentenciar *“nada podrá contra la voluntad de nuestro pueblo de recuperarlas y (...) contra la naturaleza misma de las cosas y los designios del destino de la humanidad”* (3/4/82). De esta manera, presentaba la ocupación militar como parte de una gesta nacional que se inscribía como representando el cumplimiento de un plan irreversible.

Precisamente ese mismo día, el diario fundado por José C. Paz insistía en su “combate” particular contra las restricciones imperantes en el país y en Latinoamérica, al dar cuenta de su preocupación por la “*ardua batalla por el derecho a la información*” que se libraba a nivel continental en defensa del “*periodismo independiente*”. Esta enjundiosa y militarizada manifestación, por cierto nada extraña a su columna, obedecía a las declaraciones efectuadas por una de sus predilectas fuentes de autoridad: la Sociedad Interamericana de Prensa. La entidad elaboró un documento con definiciones contundentes que denunciaban las diferentes estrategias censorias desarrolladas por distintos gobiernos al sur del río Bravo, tachando de “*sombrío*” a un panorama que además provocaba “*desaliento*”. El diario, que coincidía con la declaración del organismo que a su vez era contraria al NOMIC propiciado de manera infructuosa por la UNESCO, aprovechaba la ocasión para destacar con el mayor de los énfasis el rechazo absoluto al funcionamiento de Papel Prensa S.A., la privilegiada empresa que había dividido al periodismo gráfico nacional. En este caso reiteraba su periódica denuncia de las ventajas que obtenía el monopolístico emprendimiento mediante su asociación con el Estado dictatorial, en este caso, por medio del “*exorbitante gravamen impuesto a la importación de papel para diario, cuyo volumen no tiene parangón en el mundo, que amenaza con la ruina económica de los medios periodísticos*” (3/4/82). Devolviendo a su agenda institucional la perjudicial acción que sobre el conjunto de la prensa gráfica operaba la sociedad entre el Estado dictatorial, La Nación, La Razón y Clarín, comparando su perjuicio a escala planetaria.

a) Marchemos contra el Estado y los sindicatos

Si bien la reincorporación de las Islas Malvinas a la geografía nacional, devino en una atenuación de las disidencias políticas y en una distensión social al atemperar los conflictos sectoriales, ello no necesariamente morigeró el vigor de la columna institucional de La Pren-

sa para denunciar el derecho de las empresas periodísticas a cumplir con el objetivo de informar.

En tal sentido el artículo “Discriminación censurable” (13/4/82) denunciaba la exclusión de los cronistas que se desempeñaban en los medios de comunicación privados¹³ de la cobertura de la “trascendente ceremonia” de asunción del general Mario B. Menéndez como gobernador militar de las islas. Esta privación contrastaba con el “irritante privilegio” otorgado a ATC y Télam quienes por pertenecer al Estado sacaron provecho de un “censurable monopolio informativo absolutamente incompatible con las características del acto que se realizaba”. Además, aprovechaba la circunstancia para descargar su ira contra el titular del oponente estatal al reprocharle la demagógica actitud asumida para con la prensa con motivo del asado realizado en la localidad pampeana de Victorica, contrastando lo ocurrido en Malvinas con las “facilidades que se le proporcionaron a los reporteros” para participar del evento proselitista urdido en miras de exaltar la figura de Galtieri.

Además de su encono con el poder ejecutivo nacional, el artículo serviría también como argumento contra otro enemigo declarado del diario de los Gainza Paz: el sindicalismo. En este caso, el lugar de oponente lo ocuparía el gremio de los canillitas pues, a partir del 6 de abril, decidieron dejar de distribuir el Herald. Centraba la repulsa en lo que consideraba un rasgo propio de la prepotencia sindical que

13 Esta afirmación no se corresponde con el testimonio de un investigador que además actuó como soldado durante el conflicto bélico quien señala “los únicos periodistas argentinos que pudieron bajar el 2 de abril, junto con la fuerza de recuperación, fueron los propios cronistas militares y Salvador Fernández del diario “La Nueva Provincia”, de Bahía Blanca. Los demás corresponsales nacionales sólo pudieron viajar a las islas cuando hubo viajes “a promocionar” y los únicos que pudieron permanecer fueron los representantes oficiales de los medios oficiales: Télam, ATC, Radio Nacional” (Giordano en: Díaz, 1997). Disiente con esta apreciación Lorenz (2009), quien refiere “las Fuerzas Armadas argentinas no autorizaron corresponsales de guerra en Malvinas, como no fueran los oficiales, que a la vez tenía severas restricciones para visitar las primeras líneas de posiciones. Los británicos, en cambio, autorizaron a numerosos reporteros, en lo que sería la última guerra cubierta, en ocasiones, en vivo y en directo”.

“excede así en sus funciones y falta a su deber [convirtiéndose de ese modo en un] ente fiscalizador de los medios periodísticos” (13/4/82).

Además de objetar el comportamiento de la Sociedad de Distribuidores de diarios, revistas y afines, para poner en claro que su postura no respondía simplemente a un enojo por la eventualidad de la medida, descargaba su artillería argumentativa al poner en tela de juicio las características de una estructura que *guardaba “más analogía con una empresa comercial que con una entidad típicamente gremial”*¹⁴, condenando también el “monopolio” de la representación de los vendedores de medios gráficos y su “arbitrariedad” y “abuso manifiesto” al servicio de la coacción contra los medios de comunicación. Resulta entonces significativo, que ante este conflicto, el diario destaque la importancia de la libre circulación de ideas y textos, pues allí estaba en juego, el nivel cultural de la sociedad argentina y su elevación material. Por lo tanto, nada debía entorpecer su expansión, mientras no estuviera en juego la propia integridad de la república.

Sobre la victimización del medio angloparlante también agregaba, aunque no lo vinculaba específicamente con la determinación de los canillitas, su repudio a las amenazas recibidas en la redacción del Herald, razón por la cual algunos periodistas “de nacionalidad británica y entre ellos su director, tuvieron que viajar al exterior”, situación que por cierto durante la dictadura no resultaba novedosa para el medio anglo parlante, quien debió sufrir zozobras semejantes que contaron con la condena editorial de La Prensa. Ante estas aciagas circunstancias destacaba el pronunciamiento de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación de Entidades Periodísticas de la Argentina (ADEPA) solidarizándose con los perseguidos y las

14 De ahí que señalara que “es una asociación de carácter gremial que agrupa solamente a 800 miembros, dispone de un patrimonio importante y obtiene ganancias considerables. Según el balance anual correspondiente al ejercicio cerrado el 30 de junio pasado y, efectuados los ajustes pertinentes, las cuentas de capital llegan a más de 14 mil millones de pesos y los resultados acumulados a más de 8 mil millones y medio de pesos, en tanto que el patrimonio neto se aproxima a los 27 mil millones de pesos” (15/4/82).

aprovechaba para insistir sobre uno de los temas que más demandó su atención durante los años de la guerra sucia, la preocupación en “rescatar el prestigio de nuestro país, gravemente dañado por la propaganda tendenciosa de los aliados y simpatizantes de la subversión” (15/4/82). Este comentario debe tener una doble valoración, por un lado la coherencia del posicionamiento de La Prensa en relación con la doctrina de la seguridad nacional aún vigente en el discurso público, y por otra parte, es posible que pudiera responder a una necesidad de impacto práctico de corto plazo, en este caso, vinculado con la importancia del apoyo del resto de los países del bloque occidental en las deliberaciones desarrolladas en el seno de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Este arbitrario boicot sería finalmente revisado y levantado, hecho que sería propicio para que el matutino de los Gainza Paz celebrara tanto la suspensión de la medida restrictiva impuesta por la Sociedad de Vendedores de Diarios y Revistas. Resaltaba además, que el hecho hubiera tenido lugar en la sede de la Asociación de Editores de Diarios de Buenos Aires (AEDBA), precisamente al término de una reunión de los canillitas con los empresarios periodísticos. Así, el mensaje gremial, por el contexto y el concepto del que estaba imbuido, dejaba de ser observado como el bando de un enemigo, al evidenciar términos tan caros a la postura doctrinaria de La Prensa quien los incluía en su columna institucional para explicar que la rectificación de la medida de fuerza “fue adoptada ‘con el fin de no dañar la imagen argentina en el interior y exterior del país, en lo que respecta a la libertad de prensa – principio que de ninguna manera se ha querido violar con la actitud asumida...- y para evitar tergiversaciones que pueden aprovecharse para poner en tela de juicio la actuación del gobierno argentino...”. En otro orden debemos apuntar que en la nota señalaría erróneamente la edad de su colega angloparlante al apuntar que “durante los 75 años en que ha aparecido y, tampoco ahora, ha tenido expresiones que puedan, por ningún concepto, estimarse endeizadas a lesionar el interés nacional” (20/4/82). Este argumento, que

hasta ese momento no había esgrimido en ningún caso contrapuesto con la defensa de la libertad de expresión, evidentemente se había vuelto sensible durante el conflicto armado en las Malvinas.

Cuando se habían apaciguado los altercados con los canillitas y el acuerdo parecía regir entre ambos, otro gremio rompería la “pax comunicacional” poniéndose en la mira editorial de La Prensa: los telepostales.

El diario incluiría la nota “Represalias y anarquía” (10/5/82) para fustigar a un dirigente de ese sindicato quien apenas se había atrevido a esbozar la propuesta de ampliar la zona de exclusión establecida por Gran Bretaña en la región austral, al ámbito de las comunicaciones epistolares, bloqueando el correo entre nuestro país y el imperio británico. El matutino, como anteriormente ante el boicot canillita, argumentaría contra la iniciativa, desautorizando a la entidad sindical por medio de un discurso jurídico en el cual hacía notar que sólo el Estado nacional tiene legitimidad para adoptar una medida de esa índole. En la nota editorial, si bien no la rechazaba de plano, alegaba en su contra que implicaba un desconocimiento de la autoridad escondido detrás de un “dudoso ropaje de vocinglero patriotismo” (10/5/82) y que, en la medida en que se propagara podría poner en serio riesgo, el único logro que a esta altura de los acontecimientos el diario podía reconocer a la dictadura: el orden y la autoridad.

Cuando a fines de abril la conflagración armada en la región austral se volvería una realidad inminente, la reacción de la Junta Militar, antes que a consolidar las posiciones militares para sostener el combate físico, se enderezaba a afianzar su poderío sobre los medios de comunicación. No puede entenderse de otro modo, que haya adoptado la determinación de volver a instaurar “La censura previa” (4/5/82), lo que había pergeñado en los momentos iniciales de la dictadura. Ése era precisamente el título de la nota en la cual incorporaba a la agenda institucional el análisis del Acta del 29 de abril de 1982. En concepto de La Prensa, la extemporánea medida sólo serviría para aumentar las ya discrecionales y extraordinarias

facultades con las que el poder ejecutivo controlaba los medios de comunicación. En este caso, a pesar del escenario de beligerancia internacional y a diferencia de lo que había evaluado en los momentos más exacerbados de la represión contra las organizaciones armadas, no advertía la necesidad de aplicar tal normativa. No sólo impugnaba los considerandos que contenía el decreto por su vaguedad, sino que además anticipaba la imposibilidad de su aplicación por los efectos prácticos de la medida, pues en ese momento llegaban al país cotidianamente diarios y revistas extranjeras a los que no se les podía aplicar tal mordaza. Por lo cual, justificaba su postura sustentada en el pensamiento liberal clásico, pero también en usinas ideológicas más pragmáticas cuando le espetaba admonitoriamente al temido Estado que “censurar no sirve más que para infundir desconfianza y minar la credibilidad oficial”. En el mismo orden queremos acotar que al ya señalado escenario de conflicto, vendría a añadirle una disputa de lo podríamos denominar soberanía comunicacional, destacando una suerte de invasión del “éter argentino” por parte de radios brasileñas y uruguayas que vulneraban a “grandes ciudades” y por otra parte a emisoras bolivianas, paraguayas y chilenas que penetraban “zonas de fronteras” (4/5/82). Apreciaciones de este tenor no hacen más que poner de manifiesto la ideología del matutino quien realizaba una discriminación de neto corte porteñista. Finalmente, se preguntaba en forma retórica y de algún modo desafiante, si la dictadura al poner en vigencia el mentado decreto no estaba emulando a su oponente M. Thatcher quien en ese momento recibía críticas por el trato que le dispensaba a la BBC de Londres respecto de la información que podía divulgar sobre la conflagración austral.

La supuesta benevolencia del poder ejecutivo al “celebrarse” el día del periodista no sería motivo de elogio alguno por parte de La Prensa. En efecto, si los mandatarios castrenses habían calculado que se congraciarían con el cuarto poder, gracias al establecimiento de una suerte de amnistía para aquellos medios de comunicación, que habían recibido una reciente sanción en virtud de la violación del

Acta del 19 de abril; para el matutino que examinamos resultaba tan arbitraria la disculpa como lo había sido la reprimenda, pues ambas no hacían más que poner en evidencia que el periodismo local se encontraba por entonces “*A merced de la autoridad*” (11/6/82). Tal era el título de la nota en la que señalaba que el 7 de junio próximo pasado el oponente estatal había decidido levantar la clausura que pesaba desde el 5 de junio contra la agencia Noticias Argentinas y el órgano gráfico publicado en Comodoro Rivadavia titulado El Patagónico. Como en otras ocasiones se valió del principio de autoridad de la ADEPA quien, si bien cuestionaba la política punitiva, lo hacía a través de un lenguaje enmarañado, que mostraba la intención de no mantenerse en silencio ante los atropellos y elidir el señalamiento de motivaciones y responsables de la arbitraria medida. Por último, cabe apuntar que el diario de la familia Gainza Paz apelaba a la autoreferencialidad para reafirmar su coherencia ante este tipo de sanciones y su temprano cuestionamiento a la “discrecionalidad” del Acta en cuyo nombre se aplicaban.

b) Atentados individuales

A las acciones del Estado y los gremios obreros considerados como enemigos de la libertad de expresión, la columna institucional de *La Prensa* agregaría otros actos de violencia ejercidos contra los periodistas, que podían ser ubicados en las mismas filas. El primero de la nómina, durante el periodo de la guerra de Malvinas, estuvo dirigido contra el director del diario cordobés *El Puntal* y *LV 16 radio Río Cuarto* Carlos Biset, quien sufrió la detonación de un artefacto explosivo en su domicilio. La postura del matutino no dejaba lugar a dudas cuando, desde el título de la nota, señalaba admonitoriamente pero en tono imperativo que el hecho constituía un “*Atentado que no debe quedar impune*” (27/4/82). Como ante otras situaciones de este calibre se amparaba en el principio de autoridad de la ADEPA,

al tiempo que parangonaba tácitamente el ataque contra C. Biset con el atropello cometido contra el columnista de La Prensa, que aún se hallaba en proceso de investigación y sobre el cual las autoridades no habían dado explicación alguna.

Estas intimidaciones contra los integrantes del cuarto poder no serían ejecutadas sólo por sujetos que actuaban amparados en la clandestinidad. Por caso, el matutino también daría cuenta de la denuncia efectuada por un diario de San Pablo (Brasil) sobre los padecimientos sufridos por su corresponsal en Ushuaia quien fue

las cuales fue puesto en libertad, con la advertencia de que debería abandonar inmediatamente el país. El comportamiento observado por los miembros de una fuerza de seguridad de la ciudad austral era descalificado por medio de enlaces positivos que lo consideraban un “inaceptable abuso de poder”, una patológica y “degradante expresión de vengativos instintos”, y también una “condenable actitud” que contrastaba con el proceder de los soldados argentinos durante la recuperación de las Islas Malvinas, momento en que “no se registró queja alguna con respecto al trato recibido por los soldados ingleses capturados” (3/5/82). La argumentación evidentemente estaba destinada a plantear, o bien dos escenarios en una misma guerra, o dos guerras en un mismo escenario. Sea cual fuere, el contraste resultaba notorio: en las Islas, imperaba la tolerancia y el buen trato y en el continente, a cientos de kilómetros, reinaba el abuso de autoridad, la crueldad y el destrato.

A este atropello, se sumarían las agresiones padecidas por cuatro periodistas de habla inglesa, tres británicos y uno norteamericano¹⁵, las que serían calificadas como “ingratos episodios merecedores de la más categórica condena” en el medio de las dos luchas en las que se debatía el proceso: la militar y la diplomática. Precisamente, aprovechaba esta circunstancia para volver a utilizar la estrategia discursiva

15 El periodista Andrew Graham-Yooll (2007: 52) corresponsal de The Guardian denunciaba también la deportación de periodistas franceses y noruegos aunque no proporcionaba datos precisos.

de contrastar “todo el esfuerzo del gobierno” en la disputa sostenida por la Cancillería en los foros internacionales, con aquellas situaciones de violencia contra el periodismo que perjudicaban “nuestra imagen como país civilizado”, argumentación, esta última, que había empleado para denostar las iniciativas de los gremios. Concluía la nota con una apelación de tenor patológico al resaltar que manifestaciones de la índole que estaban cuestionando debían ser una alarma para evitar la anarquía, o bien lo que denominaba “iranización de la Argentina” (16/5/82) al establecer un parangón con el régimen religioso musulmán instaurado por el Ayatollah Khomeini en Irán a partir de 1980.

Si bien el 14 de junio se había firmado el cese del fuego en Puerto Argentino, en el continente la guerra contra los miembros de la prensa parecía no haber concluido. La columna titulada “La agresión a un periodista” (30/6/82), daba cuenta del ataque padecido por un “corresponsal de diario británico” a quien, si bien en primer término presentaba como argentino, después le adjudicaría nacionalidad extranjera. No cabe duda que se trataba del cronista Andrew Graham-Yooll (2007), corresponsal del diario inglés *The Guardian* y antiguo integrante del *Herald* que se exiliara a poco de iniciada la dictadura argentina. Su victimización, como las anteriores, también le resultaría útil a *La Prensa* para devolver a su columna institucional las que habían denunciado durante el mes de mayo y la que le había tocado soportar hacía prácticamente un año a Manfred Schönfeld. Sin acusar directamente al Estado como promotor del ataque, no dejaba de poner en tela de juicio su falta de compromiso para brindar garantías a los hombres de prensa señalando “*es difícil comprender que el gobierno no pueda prevenir*” actos de esta índole que colocaban a la Argentina en un estado de “*barbarie*” (30/6/82), cuya repercusión en el exterior tanto preocupaba al diario desde los comienzos de la dictadura.

c) Argentina contra el resto del mundo

Así como La Prensa se había ocupado de aclarar que en la guerra no sólo era el argentino el único de los contendientes que avanzaba sobre la libertad de expresión, y señalaba las medidas restrictivas que pesaban sobre la BBC de Londres; para el temario editorial del matutino, no pasarían desapercibidos los comportamientos de otros medios extranjeros durante el conflicto bélico. Ante ellos también adoptaría una postura combativa, sentenciando sus actuaciones como “Expedientes condenables” (18/5/82) al entender que su accionar había sido permeable y funcional a los Servicios de Inteligencia Británicos. De este modo, sin llegar a señalarlos como cómplices del Reino Unido, indicaba su extrañeza ante lo publicado por medios de EE.UU y Europa, a los que descalificaba como habitantes del “reino de la desinformación”.

La nota exponía tres casos concretos en virtud de los comportamientos asumidos por idéntico número de medios. En uno de ellos, cuestionaba sin nombrarlo a un diario de Italia en el cual adjudicaban a Alexander Haig la ovación del plenario de la ONU que según La Prensa había sido dirigida al canciller argentino Nicanor Costa Méndez. También expresaba su condena a un medio de los EE.UU. en el cual estudiantes argentinos hijos de ingleses elogiaban la libertad que imperaba por entonces en la Argentina, razón por la cual fueron censurados. Por último, subrayaba que la televisión inglesa había entrevistado a un grupo de argentinos pero finalmente puso en duda la veracidad de sus afirmaciones con el argumento de que su opinión estaba condicionada por el temor de convertirse en “desaparecidos” al regresar a Buenos Aires.

La Prensa, un órgano centenario, tenía muy en claro que la suerte militar de las fuerzas argentinas estaba prácticamente decidida en el archipiélago austral y que había que comenzar a preparar la posguerra sin que se quebrara el orden institucional por el cual

venía bregando. De ahí que, a dos semanas del día de la rendición, el matutino convocaba admonitoriamente a la dictadura a “No perder el rumbo” (1/6/82). El señalamiento estaba relacionado con supuestas incitaciones a aliarse con la URSS para enfrentar la entente Gran Bretaña-EE.UU. y la falta de reacción del gobierno argentino. Al respecto, no caía en eufemismos para cuestionar que un periodista de TASS¹⁶ haya sido invitado a un debate en una audición televisiva, nada menos que en un medio monopolizado por la dictadura. De ahí que en nombre de la Seguridad Hemisférica de la cual siempre había sido un comprometido defensor, exigía imperativamente “no cambiar de frente”, empleando el lenguaje militar para la defensa de Occidente, cuando reclamaba a las autoridades “no confundir a la opinión pública, ni alentar, sin quererlo verdaderamente, pasos destinados; y para no contribuir a que en el exterior se distorsione aún más la verdadera imagen de la Argentina y la conciencia democrática de su pueblo”. El mensaje no dejaba lugar a equívocos, y sin temer en ser señalada por incurrir en graves contradicciones, advertía al gobierno que con actitudes propias de la libertad de prensa, dejaría a la ciudadanía inerme a la prédica del “colega” de la agencia de noticias soviética, con su propuesta de acercamiento al bloque oriental. Para el diario, el planteo promovía una confusión sobre los valores democráticos del pueblo y contribuía con la deformación de la preocupación recurrente de La Prensa: la imagen del país en el exterior. Es inocultable que, para el matutino, cuando los anchos caminos de

16 Esta tardía preocupación a partir de elementos de mayor contundencia fue tempranamente advertida el 15 de abril de 1982 en su cotidiana columna por R. Terragno (2002), quien le advertía “cinco buques oceanográficos de la URSS, equipados con equipos de detección, se hallan ya en el Atlántico Sur. También se encuentra en la zona un submarino con equipo sonar, capaz de ubicar la exacta posición de los submarinos que Gran Bretaña ha emplazado en el área como parte del bloqueo naval que impuso en torno de las Malvinas. En caso de confrontación, los equipos soviéticos podrían facilitar a los argentinos información precisa sobre los blancos de ataque”. En otro orden nótese que cinco años atrás La Nación, a pesar de haberse convertido en “socio” de la dictadura, recibió un apercibimiento por parte de las autoridades castrenses, por haber incluido una información proveniente de esta misma agencia soviética. Véase Díaz, Giménez y Passaro (2003).

la libertad de prensa confrontaban con los de la seguridad nacional, las restricciones por parte de las autoridades gubernamentales resultaban bienvenidas.

La imagen del país volvería a motivar un comentario editorial, precisamente titulado “La realidad argentina en el exterior” (5/6/82). En este caso, su discurso, refirmando la intención de adelantarse a una posguerra con el menor impacto institucional posible, apuntaría a tender un puente cívico-militar al destacar que las autoridades argentinas y entidades particulares desarrollaban “ponderables esfuerzos por esclarecer” la imagen de nuestro país en el extranjero, confrontando con una prensa europea y norteamericana que señalaban a la Argentina como una fuerza invasora. Además, a la hora de efectuar el balance sobre la imagen negativa, no ofrecía dudas, la responsabilidad le cabía “a los gobiernos que, en las últimas décadas, halagaron demagógicamente a sus adeptos con lemas como el de ‘Argentina potencia’” (5/6/82). Resulta elocuente que La Prensa, en esta como en todas temáticas vinculadas a la vida institucional del país, el peronismo fuera siempre el depositario de la culpabilidad, es decir, “el gran responsable”.

La última de las notas en las que se refirió al comportamiento de los medios extranjeros acerca de la actuación argentina en la guerra, tuvo por objeto efectuar la apología de los uniformados sin diferencia de arma o grado. En su criterio el comportamiento de las Fuerzas Armadas argentinas le permitían titular la nota con los términos que definían la coyuntura como “La hora del valor” (6/6/82). El elogio de orden racional era utilizado para confrontar con la visión que reputaba patológica construida en algunos medios que trataban de kamikazes a los pilotos argentinos. Así contestaba a sus interlocutores mediante la primera persona del plural: “nuestros pilotos, como nuestros marinos y soldados, tienen una severa formación profesional, que los ha preparado para el sacrificio, aun de sus vidas”. Esta apología tenía como contrapartida una sentencia parafraseada al ex primer ministro británico Winston Churchill, en este caso, empleada

para acicatear discursivamente al oponente imperialista. Así, refería que los argentinos podíamos decir orgullosos que “nunca tantos debieron tanto a tan pocos”, mientras que, “los actuales supuestos epígonos del estadista inglés difícilmente podrían invocarla para justificar la alucinante expedición bélica con que pretenden, en vano, someternos” (6/6/82). El remate también planteado con la firmeza de la primera persona del plural no permitía lugar a equívocos: cuando se trataba de asumir la responsabilidad de la defensa de la integridad nacional o la soberanía (guerra sucia, Beagle, Malvinas) tal como lo entendía La Prensa, todo el país debía actuar como un solo cuerpo.

Consideraciones finales

Tanto la “guerra sucia” como la “guerra que no fue” le permitieron a La Prensa desarrollar un discurso editorial tendiente a discriminar a los enemigos de una manera clara y taxativa.

Para ello, su prédica editorial no escatimó centimetrage (recuérdese que el matutino era tamaño sábana) ni recursos retóricos para denostar al peronismo y al sindicalismo como los responsables de la decadencia nacional que reemplazaron el sistema republicano liberal por uno totalitario que promovió una subversión, cuyo objetivo central era la destrucción de la sociedad y la desintegración del país tal como lo concebía el matutino.

Así, cuando intervino en el conflicto por el canal de Beagle, asumió un apoyo total al gobierno militar en quien depositaba su confianza total para la defensa de los intereses nacionales. Si bien la confrontación se desarrolló contra otra dictadura que, tal como la Argentina, gobernaba en defensa de los intereses occidentales, el diario desplegó una prédica dirigida a colocar de un lado el “expansionismo” chileno, la opinión enervada del país trasandino y algunos miembros del gabinete pinochetista y, del otro, cierto optimismo en que los dictadores entronizados a ambos lados de la cordillera acordaran una resolución pacífica. Por cierto, ante el entorpecimiento de

las negociaciones bilaterales que propugnó, saludó con beneplácito la intervención mediadora del Papa.

Durante el conflicto por las Islas Malvinas, el diario se sintió tensionado por el enfrentamiento contra las potencias líderes del Hemisferio Occidental (Gran Bretaña y EE.UU.), con las cuales coincidía ideológicamente y el “acercamiento” de la Junta Militar argentina a los referentes del enemigo ideológico (URSS y China) y aquellos a quienes La Prensa consideraba eran sus satélites y, en definitiva, los únicos que apoyaron la histórica posición argentina en los foros internacionales, es decir, los países no alineados. A esta gran contradicción, vino a añadirse las políticas punitivas contra el periodismo que recrudecieron en el marco de la guerra internacional. Ambos órdenes de conflictividad se pudieron percibir claramente en la columna institucional del diario quien, a pesar del enfrentamiento bélico que envolvía al país, no eludió otros frentes de batalla, entre los cuales pudimos observar se destacaron la defensa de la seguridad nacional y la de la libertad de prensa.

Respecto de esta última no se autocensuró en la disputa con el Estado nacional cuando las fuerzas de seguridad cometían atropellos contra órganos y periodistas, o bien no garantizaban su seguridad. Por ello, reaccionó airadamente cuando algunos gremios decidieron involucrarse en la guerra contra Gran Bretaña, actuando contra los medios de comunicación en la Argentina. No obstante, se debe dejar en claro que su defensa de la libertad de expresión no fue irrestricta, puesto que, cuando desde el gobierno se permitió que un periodista de la agencia soviética TASS alentara la vinculación de la Argentina con el bloque comunista contra la OTAN, alzó su voz para censurar el discurso enarbolado y a las autoridades que permitieron que se emitiera por la televisión estatal, dando claras muestras de que, cuando la libertad de expresión colisionaba con la seguridad nacional, La Prensa, optaba por defender a ésta última.

Referencias bibliográficas

- Calloni, S. (1999). Los años del lobo. Buenos Aires. Ed Peña Lillo.
- Cardoso, O., Kirschbaum, R. y van der Kooy, E. (1983). Malvinas. La trama secreta, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta.
- Díaz, C. (2002). La cuenta regresiva, Buenos Aires, La Crujía.
- Díaz, C. (2009). Nos/otros y la violencia política- Buenos Aires Herald, El Día, La Prensa / 1974-1982, La Plata. Ediciones Al Margen.
- Díaz, C., Giménez, M. y Passaro, M. (2001). “¿Republicanos... pero no tanto? El discurso editorial de La Prensa sobre la libertad de expresión entre 1974-1977”. En III Congreso REDCOM 2001.
- _____. (2002). “Una de las víctimas privilegiadas del ‘proceso’: la libertad de expresión”. En: Anuario de Investigaciones. La Plata, EPC.
- _____. (2003). “La intolerancia militar y la problemática comunicacional desde la perspectiva de El Día”. En: V Congreso REDCOM 2003, Morón.
- _____. (2004a). “La visita indeseada. La CIDH en la Argentina bajo la lupa editorial de los ‘no socios’”. En: VI Congreso REDCOM 2004.
- _____. (2004b). “Del idilio a la desilusión de los medios durante el ‘proceso’ (1976-1981)”. En: VII Congreso ALAIC. La Plata. FPyCS.
- _____. (2004c). “Cuando ni los ‘objetivos’ ni los ‘plazos’ respetaron la libertad de expresión. La legislación entre 1976-1981”. En Anuario de Investigaciones 2003. La Plata. EPC.
- _____. (2005a). “Dos dictaduras en el límite de la guerra. El testimonio editorial en el conflicto del Beagle (1977-1979)”. Recuperado de: www.question.perio.unlp.ar.
- _____. (2005b). “La asfixia legal a la libertad de expresión durante la dictadura. Desde la asunción de

- Viola hasta la Guerra de Malvinas (1981-1982)". En: *Oficios Terrestres*, La Plata, EPC, Año XI, N° 17.
-
- _____. (2005c). "Estrategias censorias de la dictadura. Desde la asunción de Viola hasta la guerra de Malvinas (1981-1982)". En: *Anuario de Investigaciones*. La Plata. EPC.
-
- _____. (2005d). "LA PRENSA vs. el "violismo". El "violismo" vs. LA PRENSA". En: VII Congreso RED-COM 2005. Rosario.
-
- _____. (2005e). "La Prensa y el agotamiento del proceso". En: X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Rosario.
- Escudero Chauvel, L. (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de la guerra*. Barcelona. Gedisa.
- Esteban, E. y Romero Borri, G. (1993). *Iluminados por el fuego*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Graham-Yooll, A. (2007). *Buenos Aires, otoño 1982. La guerra de Malvinas según las crónicas de un corresponsal inglés*. Buenos Aires. Marea.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires. FCE.
- Herrscher, R. (2007). *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires. Tusquets.
- Kasanzew, N. (1982). *Malvinas a sangre y fuego*, Buenos Aires. Ed. Abril.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas. Una guerra Argentina*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Terragno, R. (2002). *Falklands*, Buenos Aires. Ediciones de la Flor.
- Verón, E. (1983). *La palabra adversativa*. Buenos Aires. Ediciones Legasa.

Un Director en la encrucijada: la guerra de Malvinas en los editoriales del *Herald*¹⁷

César “Tato” Díaz

La presente indagación procura ser un aporte al debate actual en torno a la guerra de Malvinas con el objeto de echar luz sobre ciertas zonas poco transitadas de la institucionalidad periodística y los actores en disputa. Interesa concretamente, ofrecer un análisis pormenorizado de la sección institucional del diario angloparlante *The Buenos Aires Herald* durante el conflicto bélico, en la medida en que se considera que el mismo tuvo un rol de suma relevancia para los intereses nacionales, que no son, vale aclararlo, coincidentes con los de la dictadura cívico militar. La discusión en torno a la soberanía sobre las islas es histórica y políticamente reivindicable, sin perjuicio de asumir que el gobierno de facto que la motorizó fue uno de los más cruentos que se experimentó en la Argentina, pues parafraseando a Lenin se dirá que: “*estar en contra del nacionalismo del país oprimido, es estar a favor del nacionalismo del país opresor*”. Asimismo, se desea subrayar un aspecto desconocido por gran parte de la sociedad –nacional e internacional– y, que guarda una importancia absoluta, dado que constituye el resultado de la pérdida de la contienda bélica: la denominada “*Declaración conjunta de las delegaciones de la Argentina y del Reino Unido*”, pacto leonino firmado por nuestro país y Gran Bretaña. Esta situación no termina aquí, sino que el hecho de ser

17 Este trabajo apareció originalmente en la Revista *Animus*, vol.15, nro.19, 2016 bajo el nombre de “Un discurso argentino escrito en inglés: la guerra de malvinas en los editoriales del Herald. En su momento, se agradeció el papel protagónico en este estudio de Robert Cox y Dan Newland, agradecimiento que se reitera en esta versión.

una “declaración” es un subterfugio ya que, si hubiese sido un “trato”, debía haber sido refrendado por el Congreso Nacional, cuestión que no ocurriría. Cabe aclarar que este acuerdo de Madrid del 15 de febrero de 1990 -inspiración del presidente Carlos Menem y su canciller Domingo Cavallo- literalmente entregaría todas las empresas públicas a manos de capitales privados.

Con relación al objeto de estudio -el Herald durante la guerra de Malvinas- se comenzará efectuando una breve reseña de su historia. Luego, se procurará una aproximación a la “cocina” de su redacción teniendo en cuenta los cambios experimentados en la dirección del medio durante los primeros días del conflicto. Posteriormente se tratará la exploración y análisis del discurso de los numerosos editoriales que abordaron el espinoso tema durante los meses de abril a junio de 1982. Todo ello con el apoyo invaluable de varias entrevistas realizadas a periodistas del diario que proporcionaron detalles imperceptibles pero fundamentales para un examen basado en la instancia de producción.

Una sucinta historia del Herald

El primer ejemplar del periódico comenzó a circular con el nombre *The Herald*, el 15 de septiembre de 1876, incorporando al año siguiente el nombre de la ciudad donde se editaba: *Buenos Aires*, y publicándose de forma diaria bajo la dirección de Williams T. Catchart¹⁸. En sus comienzos presentaba información comercial y marítima destinada a los hombres de negocios, quienes formaban parte de la importante colonia angloparlante radicada en nuestro país. Años después incluyó noticias de carácter general. La naciente empresa periodística se distinguió por haber sido la primera en contar con un servicio trasandino y con otro cablegráfico regular con Europa

18 Se recomienda consultar la obra de Sebastián Lacunza (2021) quien ha realizado una exhaustiva historia del medio

por medio de la agencia de noticias Havas. En 1926, pasó a manos de los hermanos Ruggeroni. En efecto, Uki Goñi ha referido detalles interesantes acerca del traspaso del paquete accionario de la empresa periodística: *“el Herald pertenecía un 100% a la familia Ruggeroni que a pesar de ese apellido era una familia anglo argentina. En 1969 llegó a la Argentina un empresario norteamericano dueño de una cadena de diarios y medios que vino a jugar al polo y en su hotel vio un ejemplar del Buenos Aires Herald y se entusiasmó con la diagramación y el contenido del diario y quiso incorporarlo a sus empresas mediáticas. Con posterioridad se apersonó en el Herald y preguntó de quien era el diario, entonces habló con varios miembros de la familia Ruggeroni que tenían repartidas las acciones y este señor compró acciones hasta llegar al 51% y el 49% quedó a cargo de Kenth Ruggeroni a quien el norteamericano no se la quiso comprar pues ya tenía la mayoría del paquete accionario. Entonces el nuevo propietario eligió a Bob (Robert Cox) como editor en jefe y no sólo eso sino también presidente de la compañía. Con eso Bob tenía el control de la compañía más que el dueño del 49% y nadie podía decirle que debía publicar”* (U. Goñi, Comunicación personal, 2005). De este modo desde 1969, la empresa norteamericana Charleston Publishing Company se convirtió en accionista mayoritaria y desde entonces y hasta 1979 la dirección fue responsabilidad de R. Cox acompañado por colaboradores tales como Raymond Mckay, Uki Goñi, James Neilson, Andrew Graham-Yooll, Dan Newland, entre otros. Tras la involuntaria salida del país de su director en diciembre de 1979, se hizo cargo James Neilson hasta su exilio en el Uruguay¹⁹. Sin embargo, vale aclarar que la sección editorial del diario continuó llevando la referencia *“Director: Robert Cox”*, seguramente con la certeza y la esperanza de su pronto regreso al país.

En los años ‘70, período en el que las distintas organizaciones políticas llevaron a cabo el número más importante de acciones armadas, el matutino fue testigo directo de algunas de ellas. Indudable-

19 Con posterioridad al conflicto bélico volvió a hacerse cargo de la dirección del diario hasta 1986 momento que abandonó el cargo para desempeñarse como director en el diario Río Negro.

mente, el prestigio acreditado y la seguridad acerca de los alcances de su repercusión en los sectores de poder nacionales e internacionales hizo que, en el primer lustro de la década, fuera junto a unos pocos medios gráficos extranjeros, partícipe de algunas conferencias de prensa “clandestinas”. El hecho de ser uno de los medios considerados confiables por las organizaciones armadas para dar publicidad a sus comunicados, no los eximía de las amenazas que, como a otros actores de la época, los tenían por blanco. Circunstancia que daría cuenta de la compleja trama político social de la Argentina de entonces. Esto es, que fue imposible para el *Herald* sustraerse del clima de esos años, pues desde la segunda mitad de 1974, además de las múltiples coerciones por parte del Poder Ejecutivo Nacional, fue blanco de amenazas y atentados por parte de los distintos grupos armados que operaban en el país; condiciones que repercutían directa y negativamente en el pequeño grupo que conformaba el personal del matutino. Entre las restricciones oficiales podemos mencionar la exigencia caprichosa de utilizar papel con línea de agua, de mayor precio y escaso en el mercado internacional²⁰. Esta situación se agravaba aún más con el abono de las tasas implementadas para la verificación y uso del papel. Ante estas condiciones el diario se vio obligado a suprimir la salida del suplemento cultural a mediados de 1975. Otras disposiciones que permitieron la implementación de “*políticas comunicacionales negativas*” (Borrat, 1989) desde 1974 fueron normativas cercenantes, tales como la Ley “antisubversiva” 20.840²¹, así como las distintas estrategias de intimidación frecuentes en el período. Como

20 Cabe recordar que por entonces la totalidad del papel prensa utilizado en nuestro país era importado.

21 Tal como escribe Díaz (2019) “el episodio que más debe haber irritado al Poder ejecutivo nacional fue la entrevista publicada a principios de septiembre de 1974 por la revista “pro Montoneros” *La Causa Peronista*, en la que Norma Arrostito y Mario Firmenich narraban los pormenores del secuestro y posterior muerte del ex dictador Pedro E. Aramburu. A fines de ese mismo mes, el gobierno promulgó la ley 20.840 más conocida por “ley de Seguridad Nacional” o “ley antisubversiva” que imponía prisión de dos a seis años a quien “realice actos de divulgación, propaganda o difusión tendientes al adoctrinamiento, proselitismo o instrucción” que propendan a “alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación.”

corolario, el 22 de octubre de 1975 las oficinas fueron allanadas y el director detenido como resultado de la búsqueda de “material subversivo” del cual, en definitiva, las denominadas fuerzas del orden no hallaron ningún vestigio (Díaz, Giménez, Passaro, 2001).

Sin embargo, es indudable que los momentos más adversos del matutino fueron durante la dictadura cuando tempranamente sobresalió del concierto de discursos grises y desinformativos producidos por muchos medios con la valentía de abordar la problemática de los derechos humanos, considerada “intocable” durante los primeros años del gobierno de facto²². El diario, constituía un referente prestigioso en el ámbito internacional respecto a la actualidad de nuestro país, tal como reconocería el propio Cox: “*por la cantidad de suscriptores que tenía en todas partes, era como una ventana abierta hacia el mundo. Muchos, en el extranjero, se enteraban de lo que pasaba en Argentina por este diario*” (R. Cox, Comunicación personal, 2009). En el ámbito nacional, sus lectores constituían lo que se ha dado en llamar “*público activo*” (Price, 1994), No obstante, después del 24 de marzo de 1976 se amplió considerablemente su circulación. En efecto, muchos “nuevos lectores” comenzaron a comprarlo y a llevarlo debajo del brazo “*como símbolo de estar al tanto de lo que ocurría*” (A. Graham-Yooll, Comunicación Personal, 2000), quizá como expresión de los actos de resistencia que implementaban muchos argentinos. Esta circunstancia podría explicar que su tirada de 25.000 ejemplares y la presencia voluminosa de anuncios alcanzara en ocasiones los 35.000 (Getino, 1995). Además, la edición en lengua extranjera no fue un obstáculo para su consumo, ya que la columna institucional era traducida al castellano²³, condición que seguramente incidió en el aumento de la tirada tal como afirma Robert Cox: “*la gente compra-*

22 El rol protagonizado por el diario se ha corroborar detalladamente en las entrevistas realizadas durante el 2007 a Madres y Abuelas de Plaza de Mayo: Adelina Alayes, Chicha Mariani y María del Rosario Cerruti. Puede consultarse Díaz (2009).

23 Uki Goñi refirió en la entrevista citada que la encargada de la traducción de las notas era Maggi Porta; en caso de que ella estuviera de vacaciones las efectuaba el mismísimo entrevistado.

ba el Herald sólo para leer el editorial” (Cox, 2002). Ciertamente, su demanda puede explicarse por el nivel de información que manejaba y por no eludir ninguna temática de la realidad por complejo que pudiera ser su tratamiento en las condiciones imperantes durante la última dictadura. Es necesario recordarlo: Cox no se amedrentó y, si bien no padeció la desaparición o el asesinato de sus periodistas²⁴, debió pagar el alto precio del extrañamiento de Andrew Graham-Yooll, a fines de 1976, y su propio exilio el 17 de diciembre de 1979. Previamente, el director había sido detenido en forma ilegal el 24 de abril de 1977 y liberado prontamente en virtud de las presiones internacionales a las que se vio sometido el gobierno. Es interesante subrayar, además, que desde la sección institucional se informaba a los lectores de los apremiantes momentos vividos en la redacción, pues el arresto de Cox, fue precedido por el allanamiento de las oficinas, tal cual había sucedido durante el gobierno de la viuda de Perón (Daverio de Cox y Wilde, 2001). El panorama se agravaría, convirtiendo al periódico en: *“blanco constante de amenazas durante los años del Proceso. ‘Esta noche a las 21 horas va a explotar una bomba en la redacción’, era la favorita de los que llamaban”*. Apartado R. Cox del diario, dos periodistas del matutino fueron detenidos junto a otros colegas de medios internacionales, por dar cobertura a una de las marchas de madres de Plaza de Mayo (Herald, 21/3/80, 24/4/81). En este sentido, resulta útil destacar que si bien su sucesor, Neilson, fue consecuente con el compromiso que había asumido su antecesor en relación con esta problemática que siguió jerarquizándose en la columna hasta 1982, no es menos cierto que, paulatinamente, perdió visibilidad desde el punto de vista cuantitativo, circunstancia que ciertamente, obedeció también a la disminución de acciones represivas de las fuerzas de seguridad.

Se desea puntualizar que en el contexto de los años '60 y '70, signado por posturas ideológicas inconciliables, los medios de comunicación no estuvieron exentos a esta suscripción a paradigmas

24 El universo periodístico soportó de más de un centenar de ellos, ya que fue uno de los blancos dilectos del terrorismo estatal durante el lapso examinado.

opuestos, el de la seguridad y el de la liberación, sin menoscabo de que algunos órganos periodísticos – *El Herald*, *La Prensa*, *El Día*-, en la segunda mitad de los '70 respondieran a lo que se ha denominado en términos de “periodismo pendular” (Díaz, 2009). Una mirada rápida y orientada por preconceptos vigentes en el imaginario social induciría a reconocer a la mayoría de las empresas periodísticas dentro del paradigma del periodismo de seguridad, y el *Herald* no sería una excepción ya que por su trayectoria y, particularmente en la coyuntura estudiada, produjo e hizo circular un discurso crítico del “populismo” peronista y el “extremismo” expresado por las organizaciones armadas, en particular luego de producirse la muerte del presidente Juan D. Perón. Estas razones también lo llevaron a apostar decididamente a la construcción discursiva del golpe cívico militar en marzo de 1976 (Díaz, 2002). Sin embargo, se entiende que sería erróneo acotar la mirada a estos enunciados pues, analizándolos en una perspectiva temporal más amplia, se comprueba que una vez producido el quiebre institucional el diario se dirigió tanto a las autoridades como a la ciudadanía, quienes se convirtieron en alocutarios permanentes de su mensaje.²⁵

Es decir, se constató que la función que venía cumpliendo, y que asumía plenamente, daría lugar a un desplazamiento en su enunciado editorial en el sentido de que no produjo discursos colaboracionistas o apologeticos, ni en forma homogénea ni en toda la etapa analizada, tal como podría esperarse. Particularidad que se reconoce como “periodismo pendular” ya que sus discursos no sólo eran resultado de su contexto de producción, sino que además se veían condicionados por los intereses eventuales (económicos, políticos, empresariales, etc.) y por los valores y creencias específicos de cada medio. En otras palabras, los diarios que se encuadran en esta categoría son aquellos que, si bien adoptaban posiciones editoriales más o menos definidas

25 En tal sentido cabe destacar que las organizaciones armadas jamás fueron consideradas como alocutarios de sus discursos editoriales, con el claro objeto de restarle entidad. Véase Díaz (2009).

ante cuestiones controvertidas, solían relativizarlas conforme se modificaba el escenario político, económico e institucional. Posicionamiento que se complementa con las nociones analíticas de “socios” y “no socios” tal como se ha expresado en la Introducción de este libro. Se debe advertir, además, que previo al conflicto de Malvinas densos nubarrones cubrieron el horizonte de los dos países separados por la cordillera de los Andes en el extremo sur del continente. En un artículo (Díaz, Giménez y Passaro, 2011), se ha apuntado que los diarios analizados coincidieron en alinearse con la dictadura argentina en el rechazo al fallo arbitral de la corona británica. Por lo tanto, “socios” y “no socios” sostuvieron una posición proclive a una salida negociada de manera bilateral y, ante el empantanamiento de las relaciones entre ambas dictaduras, celebraron la intervención del mediador papal, no dispuestos, sin embargo, a ceder un ápice en la soberanía territorial en disputa. En este contexto, el Herald, supo advertir desde el comienzo de la controversia acerca de los riesgos concretos de una guerra, manteniendo una línea editorial desde 1976, al hacer públicas las contradicciones internas que caracterizaban la gestión castrense, sintetizada en la metáfora de los “duros” y los “blandos”, que presentaba a los segundos como sostenedores de la paz y a los primeros como beligerantes extremos. En las páginas que siguen, se examinará los modos en que el medio angloparlante sabría justipreciar perfectamente los costos inconmensurables que debería pagar si nos involucrábamos en una contienda bélica, tal como fatídicamente ocurrió.

La “cocina” del Herald

El Herald era un diario en formato tabloide de intereses generales, que contenía las secciones habituales de los cotidianos argentinos: política, internacionales, deportes, actualidad, etc. La redacción se hallaba emplazada, “en un lugar de la Capital Federal, sumamente oscuro, Azopardo, de día es muy bonito, arbolado, es una linda calle,

ancha, sombreada, pero de noche es bastante siniestra. Nosotros nos sentíamos muy solos al salir de ahí” (A. Graham–Yooll, Comunicación Personal, 2000). Durante el conflicto armado el número de páginas osciló entre las dieciséis y las veinte, agregándose los días lunes un suplemento deportivo. Los editoriales eran bilingües y se hallaban en las páginas 8 o 10, con la particularidad de que el escrito en inglés se encontraba arriba del escrito en castellano que, por tener tipografía más pequeña, ocupaba menos espacio. Los integrantes del cuerpo editorial eran en aquellos días James Neilson (director), Ronald Hansen (gerente editorial) y Dan Newland (jefe de redacción). Producida la ocupación de las islas, el por entonces responsable de la orientación del medio, Neilson, de nacionalidad británica y de poca simpatía por la recuperación escribió: “Galtieri juró y rejuró que la invasión no fue llevada a cabo por razones de política interna. Puede que esté en lo cierto: no cabe duda de que su gobierno albergó la idea de hacerlo desde el vamos, pero nunca logrará convencer a muchos de que es así. La coincidencia de la protesta masiva de la CGT el viernes y la invasión de las Malvinas el lunes fue sencillamente demasiado llamativa, y muy pocos creerán que no hay conexión alguna entre el revés interno más espectacular del ‘Proceso’ y, dos días después, la iniciativa externa más espectacular” (Neilson, 2001). Repárese en el calificativo utilizado “invasión”, pues volverá a encontrarse en los primeros días del mes de abril. Newland ha expresado que: “cuando se inició la guerra, en la misma semana del 2 de abril, Neilson comenzó a sentir que no había suficientes garantías para su seguridad o la de su mujer e hijos. Además, habiendo trabajado muy de cerca con él durante varios años, me permito suponer que, orgulloso y sumamente fiel británico que era, no se pensaba capaz de manejar la política editorial sin tomar una posición francamente pro inglesa (...) no hablo de una posición objetivamente comprensiva de la posición de Gran Bretaña, sino de una línea por la cual la posición de Inglaterra sería considerada intachable, hiciera lo que hiciera ese país”, agregando a continuación una reflexión reveladora: “si mi suposición es la correcta, creo

que habla muy bien del profesionalismo de Neilson su decisión de aducir cuestiones de seguridad y pasar la guerra en Uruguay”. En este punto conviene rescatar lo expresado por el propio protagonista: “me aconsejaron dejar la Argentina lo antes posible docenas de personas (Cox, los directores de otros diarios, etc.) ya que la guerra brindó a los deseos de silenciarme un pretexto perfecto para “hacer patria”. Hubiera sido muy fácil atribuir cualquier cosa a “la ira popular” o algo parecido, Además, las amenazas se hicieron tan frecuentes que pasaba horas escuchándolas, lo que me impidió trabajar” (J. Neilson, Comunicación Personal, 2012). Con posterioridad, Newland asumiría la responsabilidad de la orientación política del diario, tomando previamente ciertas precauciones: “con la ausencia de Neilson y las presiones imperantes de un momento tan difícil, temía la posibilidad de rebeldías entre el personal y cuestionamientos por mis decisiones editoriales siendo el segundo de un jefe auto exiliado. Tampoco quería encontrarme legalmente responsable de la política editorial que él dirigiría desde Montevideo o dónde fuera, sin que le afectara en vivo y directo nada de lo que pasaba en Buenos Aires (o en las islas). Por lo tanto, le exigí a Neilson un escrito firmado otorgándome control absoluto sobre la política editorial por el tiempo que estuviera fuera del país. (D. Newland, Comunicación Personal, 2012). Esta decisión fue divulgada en la pizarra de informaciones internas del diario, con el fin de que todo el personal estuviera al tanto. Al respecto, resulta útil recordar que Newland había trabajado desde muy joven con Cox, de quien se sentía “un discípulo”. Esta condición también resultará de relevancia para comprender los modos en que el nuevo responsable de la política editorial del diario expresaría profundamente el paradigma del periodismo de la época: “objetividad en el tratamiento de la información”.

La voz institucional del diario

En primer término, se debe referir en honor a la verdad que la publicación angloparlante nunca apeló a la estrategia del “silencio editorial”²⁶, como lo hicieron otros medios en aquella época tan controvertida. Esta decisión periodística se mantuvo aun cuando en su seno hubo cambios en los responsables de la nota institucional. Desde la actualidad resulta notable observar el nivel de información con el que contaba el matutino²⁷: el mismo 2 de abril se podía leer en el editorial un título que interpelaba al conjunto de los lectores, fueran estos militares, diplomáticos, políticos, sindicalistas, locales y/o extranjeros: “¿Llegó el día señalado?”. Evidentemente, la pregunta era tipuada en la máquina de escribir, casi instantáneamente a la desopilante conversación telefónica mantenida por el presidente de facto Galtieri y su par estadounidense Reagan, que J. Yofre (2011) reconstruye con lujo de detalles y que mueve a risa a través de algunas escenas protagonizadas por Galtieri y García Moritán, encargado civil de traducir la importantísima conversación y, sobre todo, el momento en el cual se percatan que el coronel perteneciente a la Secretaría de Inteligencia del Estado, responsable de grabar había omitido el indispensable movimiento de apretar las teclas para que tal función fuera realizada por un grabador de cinta abierta. Este editorial resulta de enorme relevancia ya que permite dilucidar ciertas particularidades del discurso

26 Según Borrat (1989) “este recurso periodístico se basa en descomprimir la responsabilidad de opinar todos los días sobre los acontecimientos políticos nacionales. Cuando no quiere reflexionar sobre política, el medio puede considerar cualquier otro ámbito de su actualidad periodística -sociedad, cultura, economía- o sobre temas intemporales”

27 Cfr. Juan Yofre (2011), reconstruye un diálogo entre el responsable del “operativo Azul Rosario” y los tres miembros de la Junta: “cuando recibí las instrucciones de planificar la operación se me pusieron tres condiciones: sorpresa, incruento y mínimo tiempo para ocupar la isla. Bueno, debo decir que el enemigo sabía la hora y lugares de nuestra llegada. Si no hubo más bajas fue por voluntad de Dios. ¿Sorpresa? El operativo parecía anunciado con mucha anticipación a través de las noticias periodísticas. Mucha gente lo supo y las agencias extranjeras lo conjeturaban. Existió ‘irresponsabilidad criminal’”.

sostenido por el medio orientado en ese contexto por Neilson, quien agudamente y tal como se mencionó previamente, introducía un sutil matiz entre dos significativos conceptos “invasión/ocupación”. Ya en el encabezamiento había deslizado: “el gobierno británico creía cierto que una invasión (quizá las autoridades argentinas prefieran otra palabra) era inminente”. Líneas más abajo manifestará, ya sin prevenir al lector de la sutileza, acaso por considerarlo así: “si el régimen militar se ha embarcado realmente en una invasión, ha elegido un rumbo preñado de riesgos”. Además de la toma de posición frente al conflicto, proporcionaba una serie de advertencias a los audaces militares a cargo de los destinos del país que a la postre resultarían proféticas: “aunque todo el pueblo argentino concuerda en que las islas del Atlántico Sur son argentinas y habrá de respaldar todo acto que se lleve a cabo para eliminar cualquier duda al respecto, no está muy entusiasmado con su gobierno y no lo tratarán con mucha indulgencia si la operación resultase más difícil de lo esperado”. En realidad, el editorialista, retomaría la conceptualización de “ocupación”, pero a través de un tono de distanciamiento respecto a la acción asumida por las FF.AA. argentinas. Asimismo, es indispensable asentar que los escritos buscaban guardar cierto equilibrio objetando las posiciones intransigentes adoptadas por los mandatarios de ambos países en pasajes como los que siguen: “el gobierno de Margaret Thatcher viene esforzándose desde hace años en modificar la economía británica con medidas que son tal vez necesarias pero no por ello menos dolorosas, y esto la hizo vulnerable a los ataques de sus críticos. El gobierno del general Leopoldo Galtieri, hasta la ocupación de las islas del Atlántico Sur, estaba aún más apremiado Si ambos países tuviesen gobiernos verdaderamente estables, seguros de su capacidad de arrastrar consigo a la opinión pública inclusive cuando adoptan decisiones impopulares, las posibilidades de un acuerdo negociado que salvase las apariencias para ambas partes serían mucho mayores que ahora. (...) Pareciera por lo tanto que no hay cómo impedir que la Argentina y Gran Bretaña se enreden en una guerra que hace un mes hubiese

parecido fantasioso devaneo político, a menos, por supuesto, que el secretario de Estado de los EEUU, Alexander Haig, y sus asesores, tengan algo más substancial en sus carteras“ (9/4/82).

Acaso, la sección demostraría su actitud más crítica, en ocasión de apelar a un título connotativo: “*Un gran error*” cuando las autoridades nacionales convocaron a una movilización popular a Plaza de Mayo. En todo momento el responsable del editorial procuró dejar en claro su opinión respecto a que marchas callejeras de esa naturaleza, necesariamente se vinculaban en todo el globo con Hitler y Mussolini: “*cuando los diarios y redes de televisión del mundo comiencen a difundir informaciones e imágenes de enormes y ardorosas muchedumbres nacionalistas que apoyan el uso de la fuerza y vociferan amenazas contra los británicos será inevitable que se reavive la memoria del fascismo. En las democracias generalmente se mira con temor y repugnancia a las multitudes reunidas por razones políticas, porque recuerdan a muchísima gente las manifestaciones de Nürenberg, rituales semejantes en Italia y luego, durante los periodos peronistas, aquí mismo*” (10/4/82). Remate que guardaba coherencia con la línea editorial del diario que siempre había fustigado al peronismo.

A propósito de la Plaza de Mayo, cabe aclarar que como símbolo de la voluntad popular había sido elegido por las Madres de la Plaza para realizar sus rondas en plena dictadura en el año 1977 bajo el imperio del estado de sitio. En análogas circunstancias, Saúl Ubaldini, líder de la CGT Brasil también había optado por convocar a una concentración popular con el fin de repudiar “la política económica de entrega y endeudamiento llevada adelante por el ministro de economía Roberto Alemann, y el llamado a elecciones libres“ (Parcerro, 2011). Ese día 30 de marzo de 1982, la multitud fue cruelmente reprimida. No obstante, días después y en el mismo sitio histórico una multitud se autoconvocaría para apoyar la recuperación de las islas Malvinas. Al respecto, Sigal (2006) ha referido que la profunda emoción patriótica que se había apoderado del pueblo argentino oscurecía, acaso sin borrarla, la memoria de los cientos de detenidos

del penúltimo día de marzo; ese día los gases, tiros intimidatorios y bastonazos policiales impidieron la concentración de trabajadores con carteles con el lema “Paz, Pan y Trabajo” y un petitorio para reclamar el descongelamiento de salarios. También resulta ilustrativo tal como las mencionan Blaustein y Zubieta (1998) enumerar algunas consignas cantadas ese día: “Galtieri, Galtieri, prestá mucha atención, Malvinas argentinas y el pueblo es de Perón”; “CGT presente, soberanía o muerte”; “El que no salta es un inglés”; “Malvinas sí, proceso no”; “Aserrín aserrán, que se vaya Alemann”; “Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura”; “Y ya lo ve, y ya lo ve, hay una sola CGT”. Manifestaciones callejeras todas que no dejaban dudas acerca de la profunda vocación democrática del pueblo argentino que estaba cansado de tanta represión. Además, del hondo sentimiento antiimperialista producto de la crítica a la injerencia inglesa en la historia del país inscripto en el imaginario popular.

Censura previa pero no del gobierno

En efecto, el día 6 de abril los lectores tuvieron una suerte de mal presagio al no ver su diario favorito debajo de la puerta o aquellos que iban al trabajo al pedirlo a su canillita, escuchaban con incredulidad, hoy no llegó el Herald a la parada. Los motivos serían expuestos el día siguiente en el editorial: “el Herald fue informado ayer por la Sociedad de distribuidores de Diarios, Revistas y Afines -una organización cerrada fuera de la cual es más bien difícil colocar periódicos en los quioscos - que el diario no sería distribuido ‘hasta que se aclare la situación’, debido a su ‘defensa de los intereses británicos en la Argentina’”. Sucedió que al estar redactado en inglés se le adjudicaba erróneamente esta nacionalidad, en consecuencia: “se le explicó luego a Adolfo Marino, secretario general de la Sociedad, que el Herald es un diario argentino, no sólo en lo que atañe a su orientación editorial sino también a su administración, que el 40 por ciento de su paquete

accionario pertenece a sus administradores argentinos y el restante 60 por ciento a una cadena de diarios de los EE. UU. (...) Más de dos tercios de la totalidad del personal del Herald son argentinos, incluyendo alrededor del 60 por ciento de la redacción. Los extranjeros del diario viven en la Argentina por propia elección, porque les agrada el país y su gente y se interesan en sus problemas”.

Ante semejante acción el medio quedaba inerme económicamente, sin embargo, con esta medida censoria no era el único damnificado, ya que como el propio medio se encargaría de marcar a fuego: “huelga decir que al proceder de este modo la Sociedad infligió un daño considerable a los intereses argentinos en el mundo en general, sirviendo de idiota útil a la campaña británica que compara al régimen del general Leopoldo Galtieri con el de Adolfo Hitler” (8/4/82). Desde el espacio editorial también se procuraría incluir indirectamente al Poder Ejecutivo Nacional manifestando que: “ha sido censurado, por motivos nada claros, por un grupo de personas, por razones que parecen no tener nada que ver con el actual conflicto del país con Gran Bretaña; si existiese alguna razón el mismo gobierno seguramente los habría revelado al pueblo en general y nos habría clausurado. En lugar de ello, y por lo que podemos juzgar, el gobierno preferiría que saliéramos sin impedimento, aun cuando no coincidiera necesariamente con mucho de lo que decimos”. Al respecto, se cuenta con el testimonio de Dan Newland, quien ha ampliado detalles de este inusual dilema, vinculando al gobierno con el asunto: “No me cabe duda que estaban al tanto de esa acción política y que, de alguna manera le daban la venia a la mafia distribuidora del Cholo Peco”. (D. Newland, Comunicación Personal, 2012). Este flagrante ataque contra la libertad de prensa que indudablemente constituía un acto de censura previa, llevaría a las autoridades del medio a reunirse con altos dirigentes gubernamentales: “a la reunión en Casa Rosada asistimos el entonces Presidente del Herald, Kenneth Ruggeroni, el Administrador del diario, Luis Villaverde, el Ministro del Interior, General de División Alfredo Saint Jean, y yo. Ruggeroni y Villaverde

hablaron desde el punto de vista comercial primero, y después, intervine yo desde lo político. Básicamente, le planteé al Ministro del Interior que el gobierno militar, como régimen de facto, concentraba todo el poder político del país y que si los distribuidores, como “monopolio aceptado” podían tomar tal medida (una huelga, en fin, acción prohibida por los artículos del Proceso), entonces, lo hacían con el permiso tácito del gobierno. El general se defendió, diciendo que eso no era tan así, que en realidad, se trataba de una empresa privada que actuaba por su cuenta, etc., etc. Pero volví al ataque haciendo hincapié en que se trataba de una huelga, y por tanto, un acto ilícito bajo las reglas del régimen de facto y que bastaba que el gobierno les ordenara que levantaran la medida para que lo hicieran” (D. Newland, Comunicación Personal, 2012). Un dato decisivo para que este boicot terminara favorable al Herald fue la presión ejercida por el director del matutino La Prensa, sumada a la fidelidad insobornable de los lectores: “de hecho, en el Herald, unas 3 o 4 mil personas estaban haciendo cola en la puerta de nuestra planta de impresión todos los días para comprar su diario y fotografías de grandes medios internacionales venían a sacarles fotos, pero ahí en la calle Azopardo, a media cuadra de la Aduana, estábamos mucho menos visibles que La Prensa, así que fui muy agradecido a Máximo [Gainza Paz] por tan noble gesto. Creo que fue una de las claves en la presión contra Cholo Peco y su organización”²⁸. Para finalizar este apartado se consignará la sorprendente reflexión a cargo de quien en ese momento se desempeñaba como corresponsal de The Guardian, A. Graham-Yooll (2007), y que hasta 1976, momento que debió exiliarse, se contó como un destacado periodista del Herald: “como resultado de la propuesta de boicot de los distribuidores, el Herald había adoptado

28 J. Neilson (2001) añade con un inocultable tono irónico que: “Los lectores del Herald, claramente seguros de su capacidad para resistir los pensamientos insidiosos que procuramos implantar en sus cerebros sin la ayuda del sindicato de los distribuidores, optaron por romper el bloqueo y compraron miles de ejemplares en nuestras oficinas. El gobierno hizo saber que hacía lo posible por desasnar a los distribuidores”.

el curso más seguro así como el más pragmático: apoyar la soberanía argentina. Pero el Herald, ansioso de no ofender a nadie, se convirtió así en un pálido reflejo de lo que había sido alguna vez, entre 1976 y hasta 1980, (...) Se siguió editando durante los diez días que duró el boicot que hicieron los distribuidores. El daño a las ventas fue considerable”. Más allá del afecto personal que guardo por quien esto sostiene, considero que la afirmación -aún a la distancia- puede resultar exagerada. En adelante se examinará el corpus restante, teniendo oportunidad de poner en tensión estas declaraciones categóricas. Sin duda, para lograr tal cometido, se evitarán los prejuicios fáciles con el objeto de comprender -que no es lo mismo que justificar- la actitud asumida por Newland, quien luego de rondas de consultas con sus pares de la redacción, recién elaboraba su editorial. Recuérdese que Neilson (2012), tal como lo ha manifestado: “se retiró del diario entre el 11 y el 13 de abril.”

“Soberanía nacional occidental”

Se podría sostener, sin temor a equivocaciones que un altísimo porcentaje de editoriales tuvieron como eje articulador el grave peligro que corría con el inicio de la contienda bélica el equilibrio -siempre inestable- entre Este/Oeste, ya que dos países pertenecientes a occidente el uno poderoso (Inglaterra) y el otro subdesarrollado (Argentina) dirimirían armas en mano, sus diferencias y, para colmo de males, un país poderosísimo, Estados Unidos, inclinaría la balanza a favor de Gran Bretaña. Participación que casi no dejaba más alternativa a la Argentina que solicitar ayuda a la URSS. Cuestión que explícita abiertamente en el editorial titulado recurriendo a una interpelación temeraria: “¿Tercera guerra mundial?” (16/4/82).

En tal sentido, un par de días después emprendería una crítica cerrada contra el Mercado Común Europeo: “de ahí a actuar como un cuerpo político único en cuestiones estrictamente bilaterales entre

uno de sus miembros y un país en otra parte del mundo va más allá de la mera solidaridad y tiende a internacionalizar conflictos que de otra forma estarían estrictamente localizados” (18/4/82). Asimismo, la sección objetaría severamente la actuación de otra organización internacional: la ONU. “se encuentra una y otra vez trabajando a paso de caracol, cargada con el equipaje político y los impedimentos burocráticos de cada uno de sus miembros en el tratamiento de asuntos de seguridad internacional que exigen medidas rápidas, decisivas y cooperativas para evitar la violencia” (25/4/82). Otro de sus blancos dilectos de amonestaciones fueron los EEUU dada la ambigua actitud mediadora, la cual se sabía desde un principio que era abierta y descaradamente probritánica²⁹. Adviértase que la dictadura no vaciló con la recuperación en la falsa creencia de que la potencia del norte sabría pagar el terrorismo de Estado y la participación de militares argentinos en Centroamérica. Sin embargo, ocurrió lo que debía ocurrir, La administración Reagan favorecería a su mejor aliado, pues juntos se hallaban poniendo los cimientos del neoliberalismo que imperaría en el mundo. Bajo el poderoso apotegma de “quemar los puentes”, el diario advertía a sus lectores la medida asumida por EEUU. “las esperanzas sustentadas hasta ayer de una justa mediación en el conflicto por los hasta ese momento semineutrales EEUU se desvanecieron ante el ominoso anuncio de este gobierno de que había ordenado sanciones económicas contra la Argentina y de que suspendía la ayuda militar al gobierno de las FF. AA. Insinuaron también que responderían favorablemente a las solicitudes británicas de ‘apoyo material’. Este acto decisivo e inequívoco de Washington representa el virtual incendio del que con gran probabilidad era el último puente que Londres y Buenos Aires podían cruzar para apartarse del peligro de la guerra”. De tal modo, el medio no ahorra críticas contra la diplomacia yanqui sobre la que manifestaba que: “estigmatizará el fracaso del sistema diplomático del

29 Véase La Nación del 1/4/2012 en donde se consignan los documentos desclasificados en Washington. Allí queda claramente establecido que A. Haig el 8 de abril se entrevistó con M. Thatcher y en la conversación reconoce que su gobierno apoya incondicionalmente a Inglaterra.

mundo occidental, por el cual las disputas entre aliados naturales nunca debieran llegar al campo de batalla, pero que no obstante lo hacen debido a la rigidez diplomática” (1/5/82).

Digamos para culminar este apartado que el Herald era un “actor político” importante y como tal solo dependía de su empresa editora, dominada por capitales estadounidenses. Al respecto, se consultó a Newland acerca de la existencia de presiones por parte de los propietarios por sus actitudes críticas hacia el país del norte: “en absoluto. el Evening Post fue desde siempre, muy especial en ese sentido, particularmente mientras su CEO fuera Peter Manigault (de la familia fundadora de la compañía). A pesar de ser ex oficial naval, fue un hombre políticamente liberal que creía fervientemente en la libertad de expresión, y la política de su compañía de multimedios siempre fue de no meterse en las políticas locales de los diarios que adquiriera”. (D. Newland, Comunicación Personal, 2012)

La dictadura, la guerra y la autocensura

Anteriormente la Sociedad de Distribuidores había impactado en el *Herald*. Ahora era la administración castrense quien obligaría a todos los medios de comunicación a extremar los cuidados al momento de comunicar las noticias, pues como el almirante Serra, vocero de la dictadura, afirmaría se trataba de un “*material sensible*”. Lo cierto era que la amenaza de guerra ya constituía toda una realidad y por lo tanto las “*políticas comunicacionales negativas*” (Borrat, 1989) dominarían la escena. En tal sentido cuando se consultó al director a cargo del diario al respecto manifestó que: “*fui el único de todos los directores de medios presentes que levanté la mano y pregunté: ¿Cómo será el mecanismo para aplicar la censura?*

-No entiendo la pregunta – me dijo.

-Claro –digo- habrá censura pero cómo se aplicará. ¿Habrá un censor militar apostado en cada medio para aplicarla?

-Mi idea, si fuera así, era publicar todo con los agujeros correspondientes y la palabra CENSORED donde cualquier línea o palabra fuera quitada.

Medio que se rió y dijo que no. Que nosotros mismos tendríamos que usar nuestra inteligencia y juicio.

-Usted sabe lo que “material sensible” significa –dijo - .

-No –le digo- yo sé lo que es una noticia y lo que no y jamás me autocensuraría, ni lo haría mi diario, que tiene una reputación bien ganada por no callarse” (D. Newland, Comunicación Personal, 2012).

En realidad, lo inusual de la medida era, tal como el diario lo expresaría al día siguiente que: *“lo que no se esperaba es el método que el gobierno de las FF. AA. ha ideado para el contralor de la información (...) ha exhortado a los periodistas y directores locales a ejercer la censura de sí mismos”*. Por supuesto, en caso de que filtraran información “sensible” el medio sería cerrado y su director encarcelado. Más adelante, el editorialista, indicaba que esta vil tarea minaba por su base lo que era considerado por la época el paradigma del buen periodista: *“de tal manera que si ha de actuar como su propio censor y calcular la repercusión de cada noticia que llegue a sus manos (y debe quedar en claro que lo que está en el tapete aquí no es la veracidad sino la repercusión) durante mucho tiempo, se habrá ciertamente ‘entrenado’ en eso hasta tal punto que, por la época que se levante la censura, ya no será capaz nuevamente de escribir con libertad, objetividad e independencia” (30/4/82)*. El diario continuaba fustigando lo que estimaba arbitrario, por caso la ausencia absoluta de periodistas en el frente de batalla, exceptuando los que trabajaban para el gobierno –Télam y ATC- tampoco quedaba al margen de sus impugnaciones la actitud asumida por la Primer Ministra británica: *“demostró su inclinación por la falta de objetividad cuando afirmó en público que encuentra ‘ofensivo’ el tratamiento igualitario que ciertos órganos de la prensa británica dan a la Argentina y a Gran Bretaña” (10/5/82)*. Días después se produciría un flagrante abuso en las declaraciones de la “dama de hierro”: *“La señora Thatcher dijo al Parlamento que la BBC era*

imparcial al conflicto de Malvinas, como si al hacerlo estuviera presentando la más tremebunda acusación. En realidad, esa imparcialidad u objetividad, comoquiera se la llame, rinde tributo a la profesionalidad de quienes la aplican a su tarea periodística” (17/5/82). De forma que la remanida frase “en una guerra la primera víctima es la libertad de expresión” mantenía toda su vigencia.

La guerra como inexorable fin

Lo cierto era que, por la mala lectura de la realidad efectuada por la dictadura argentina o por la “oportunidad” de postergar los problemas internos del gobierno de Thatcher, el enfrentamiento bélico no podía ya ser resuelto en una mesa de negociación. En tal sentido, el fatídico 2 de mayo, la Primer Ministro británica dio la orden de hundir al Ara General Belgrano ubicado fuera del área restringida, constituyendo un crimen de lesa guerra. El día 4 de mayo el Herald asumiría como propia la causa argentina juzgando que nuestro país había ocupado “el territorio en disputa al que tiene obvio derecho geográfico”. Además, en este editorial, se cuestionaba puntualmente la hipócrita actitud del ministro de defensa inglés: “es muy difícil creer que la desilusionada Inglaterra del señor Nott es la misma que se ha opuesto porfiadamente a toda tentativa de mediación en la disputa o, por mejor decir, la misma Inglaterra que dejó que se alzara la fachada de negociaciones tripartitas (con los EEUU en el tambaleante centro) como un recurso para tratar de arrancar ventajas diplomáticas a la Argentina sin ceder en nada ella misma”. Otro embate del medio contra Inglaterra fue el 8 de mayo, en oportunidad de razonar que la demarcatoria unilateral de la zona de exclusión constituía: una acción de guerra que amenaza la paz y la seguridad del territorio continental argentino”. Con el transcurrir de las jornadas las objeciones recobraban un vigor inusitado, pues el medio temía por el destino “del occidente íntegro”. En un editorial titulado en forma denotativa:

“La imagen británica”, procuraba realizar una suerte de estado de la cuestión hasta el momento: “el más bien pobre desempeño combati-vo de las fuerzas británicas hasta la fecha ha arrimado preocupación a los aliados de la OTAN y hecho parar la oreja a los rusos. Sus ataques aéreos a las islas con indiferencia notoria por la suerte de los súbditos británicos que aún residen allí echan dudas sobre la sinceridad del gobierno conservador en lo pertinente a la protección de las vidas e intereses de los malvinenses. El torpedeamiento doble, para asegurarse no sólo de alcanzarlo sino de hundirlo) de un crucero argentino fuera de la zona de guerra establecida por Londres mismo, el haber omitido la flota rescatar a los sobrevivientes del crucero, del mar agitado con bajísimas temperaturas, y las últimas informaciones acerca del insensato hundimiento de un buque pesquero argentino, son actos que han mancillado gravemente la antigua reputación de bravura, corrección y serenidad de las fuerzas armadas británicas” (11/5/82). El editorialista, buscando una estrategia eficaz para señalar de forma inapelable la arrogante e injusta posición inglesa, incorporaría una problemática muy cara a la línea editorial del diario: los derechos humanos. Así reparaba en la imperiosa necesidad de que “ambas partes comprendan los riesgos implícitos para la paz y seguridad occidental”, si no se sentaban inmediatamente a negociar en forma pacífica. Pues quien se hallaba al acecho era nada más ni nada menos que la URSS afirmando que: “es muy cierto que el colonialismo no ha muerto, es más que seguro que no habrá de ser el presunto ‘anticolonialismo’ del Kremlin el que le dará muerte”. Reforzaba su argumentación apelando a una ocurrente metáfora: “si la crisis de las Malvinas es la denuncia del colonialismo en el Atlántico Sur, recibir ayuda de los rusos equivaldría a salir de la parrilla para caer en el asador. Todo aquel a quien le pase por la cabeza la idea de la “asistencia militar” soviética debiera pensar dos veces en la “guerra sucia” contra la subversión que se libró en este país, que acarreó consigo muerte, miseria y odio para tantos” (12/5/82). Evidentemente, la re-

currencia al concepto de “guerra sucia”³⁰, poseía un anclaje en la multifacética realidad que ofrecía nuestro país y en la cual sobresalía el tema de los “desaparecidos”. En efecto, el 10 de mayo muchos familiares habían sido ignorados por el Ministerio del Interior, ante sus justos reclamos de información acerca de sus parientes. Esta actitud fue repudiada por el diario argentino de habla inglesa con severísimos términos. En el editorial titulado “tener presente a los desaparecidos”, se llamaba la atención de los dictadores sobre esta problemática, que hoy, continúa en la agenda pública, incentivada con las declaraciones periodísticas del dictador Jorge R. Videla, quien reconoció que fueron desaparecidos por lo menos 7000 u 8000 personas (Reato, 2012). Allí se podía leer una aguda advertencia: “el gobierno ha logrado un alto grado de unidad nacional por su conducción de la crisis de las islas Malvinas, y como consecuencia de ella, no debiera cometer el error de creer que este solo tema puede servir a modo de cúralo todo para los malestares nacionales”. Esta atinada apreciación encontraría mayores fundamentos más adelante cuando retomaba el asunto: “un problema urgente, que el proceso de Reorganización nacional ignoró o postergó consecuentemente y sistemáticamente desde 1976, es el de los millares de personas desaparecidas en lo que se conoce como la “guerra sucia” contra la subversión izquierdista, que fue una viva pesadilla de terror y contra terror, cuyas consecuencias aún perturban la tranquilidad social y la posición internacional del país”. Finalizaba el urticante artículo recurriendo a un tono eminentemente predictivo al afirmar: “sería un error tremendo, que por cierto afectará sus propios intereses, que los militares consientan que los desaparecidos permanezcan en esta situación. Permitir que tal cosa ocurra hará que los desaparecidos estén presentes como factor social irritativo por muchos años más” (14/5/82). Con seguridad, el periodista procuraba

30 Repárese que este término fue introducido en el “imaginario colectivo” por el propio diario (Díaz, 2002).

tomar distancia de las coincidencias coyunturales con la administración castrense al comprar, pero con beneficio de inventario, aspectos rescatables de una dictadura con la cual tenía severas discrepancias. La agenda editorial del diario en este contexto no se daría respiro tratando de englobar todas las aristas posibles inherentes al conflicto del Atlántico sur. En una nota referida al papel de la potencia del Norte aseveraba sin reservas de ninguna naturaleza: “la actitud del gobierno del Presidente norteamericano Ronald Reagan (...) sigue siendo tan hueca y poco realista como lo fue cuando Washington abandonó su chapucero intento de mediación y virtualmente castigó a la Argentina por su propio fracaso diplomático y por la intransigencia británica”. Seguidamente, Newland amonestaba con un fuerte tono irónico: “en materia diplomática, los EE UU han recibido una verdadera paliza en América Latina por su posición sobre las Malvinas. Y mientras tanto, el así llamado Tercer Mundo (que en gran parte es muy amigo de Moscú) el conocido como grupo de los no-alineados (los inadaptados diplomáticos que solo están cómodos y dirigidos por el Dr. Castro) y Moscú mismo, pueden sonreír sarcásticamente y decir ‘ya ves Argentina, te aconsejamos no confiar en Washington. Quizás ahora comprendas lo que quisimos decir’”. Completaba su idea central citando a un diplomático latinoamericano que había expresado: “el futuro de las relaciones serán valoradas en términos pre-Malvinas y post-Malvinas” (16/5/82). Días después catalogaba al proceso bélico como: “un desastre humano, diplomático y político” a raíz de la intransigencia inglesa. En otro editorial solicitaban que se respetaran los derechos humanos de los kelpers, mencionando que “fueron evacuados 150 isleños que prefirieron irse después de la recuperación argentina del archipiélago”. Del mismo modo, en reiteradas ocasiones calificaría como “invasión de Gran Bretaña” para recurrir a una frase paradójica al definir: “de todas maneras una invasión en toda regla solo hará que Gran Bretaña conquiste una derrota”. En suma, la urdimbre discursiva elegida por el editorialista, tejía una verdadera trama a través de la cual se irían hilvanando conceptos lapidarios para las dos potencias occidentales. “la decisión británica de invadir las islas Malvinas es de una impor-

tancia y gravedad monumental”. Para luego agregar con un sesgo demoleedor: “la crisis de las Malvinas desempeñará un papel nada desdeñable en la reformulación de las relaciones internacionales, especialmente en las de las naciones latinoamericanas con el occidente y con el este, y en las relaciones generales del norte con el sur, desde ahora y hasta un futuro muy distantes”. (22/5/82). Con posterioridad, el medio pondría el dedo en la llaga, marcando a fuego la mayor contradicción del continente al indicar que la actitud de Inglaterra ha logrado lo que ningún líder de la izquierda latinoamericana había podido realizar: unir a América Latina contra el resto de occidente: “La elección de los EEUU dio la impresión, desde la posición ventajosa de esta parte del mundo, que mientras sea conveniente hacerlo, el Norte entablará un ‘diálogo’ con el Sur, pero que los intereses regionales (y el poder) son más fuertes que toda otra consideración, y que el Sur siempre será el Sur, y que sólo será suroccidental cuando el Norte así lo quiera” (24/5/82). En tanto, el 30 de mayo retomaría el dilema de la dicotomía norte/sur, pero en esta oportunidad acertaría al vaticinar la conformación del MERCOSUR: “el sitio de la Argentina se encuentra en la estructura fundacional del nuevo movimiento de líneas propias que está comenzando a tomar forma (...) Habría que aplicarse, en cambio, a transformar los países latinoamericanos en una “Europa”, o mejor aún, en una “América” propia, esencial, buscando los medios para levantar un mundo nuevo y poderoso mediante relaciones con las capitales industriales de las potencias tradicionales, manteniendo a la vez inmovible y únicamente fiel a la independencia nacional, a la interdependencia y cooperación en el sur, y a la visión de un nuevo orden de conducción mundial en el porvenir” (30/5/82). Durante el mes de junio el Herald, fiel a su línea editorial, mantuvo una posición hipercrítica centrada en los EEUU y la obstinada Inglaterra. Al primero, le enrostraba tener una política ambigua al haber recurrido al veto en la reunión de la ONU, cuando la idea era la abstención. Respecto a la segunda, le endilgaba haber

obligado al Mercado Común Europeo a sostener un apoyo poco convincente. Asimismo, dedicó un par de notas a la cuestión del tratamiento periodístico del conflicto con motivo de la circulación de una foto apócrifa lanzada a la opinión pública por una revista de editorial Perfil. También, denunciaba la persistente campaña de prensa acerca de la “intransigencia argentina a negociar” orquestada, tanto desde Londres como desde Washington, reconociendo amargamente que: “la débil voz de la prensa argentina (más reducida todavía por años de generalizada autocensura y apaciguamiento) aún ahora, cuando defiende en forma estentórea aquello en que realmente cree, no puede competir con los sobresalientes formadores de opinión de entre los grandes medios de difusión de Gran Bretaña y los EEUU que pueden tapar con facilidad lo que se dice aquí” (5/6/82). Por lo demás resulta útil destacar la mínima presencia que tuvo la visita Papal en la voz institucional del diario, efectuando, en forma elíptica una objeción a la visita interesada y fundamentalmente, sabedor ya del insoslayable final, abogaba por que hubiese una “paz sin sumisión” (12/6/82). El día 15 de junio, tal cual tituló el medio, era “un día muy malo”, frase utilizada por el vocero del Comando Conjunto de las FF.AA., encargado de comunicar a los directores de los diferentes medios la mala nueva. El editorialista, poseedor de valiosas fuentes de información, entre las que se encontraban hasta traficantes de armas tal como lo ha referido en la entrevista mantenida, repasaría diversos aspectos inherentes a la guerra y sus últimas consecuencias, entre las que se hallaban las declaraciones de Raúl Alfonsín solicitando la renuncia de Galtieri, las movilizaciones populares exigiendo la no rendición, dado que “la agonía de la derrota después de la euforia de una dura batalla cargada de emoción, amenazaba también desencadenar una diversidad de reacciones emotivas en la población”. Luego, reconocía que la empresa bélica había sido iniciada en un momento favorable para la administración militar, pero se encargaba de apuntar, apelando a la metáfora organicista que: “si la antigua y aún no resuelta cuestión de las Malvinas no hubiese estado supurando

como una espina clavada en el organismo nacional no habría podido suscitar la reacción popular que originó”. Apreciación que resulta clave para una comprensión cabal del proceso bélico y que de ser ignorada, conlleva a conclusiones equívocas aún en la actualidad. Tras enumerar algunas cuestiones alcanzadas a raíz del conflicto armado, culminaba rescatando la iniciativa de la recuperación del archipiélago: “por impropia que haya sido con respecto a las normas internacionales la cuidadosa y comparativamente no violenta ocupación argentina de las islas en disputa, la reacción generalizada de la nación en defensa de sus intereses frente a la desproporcionada invasión británica fue madura, honrosa y admirable” (15/6/82).

Naturalmente, el punto de vista editorial asumido, en este caso por Newland, ha ocasionado fuertes cuestionamientos de ciertos sectores sociales, culturales, políticos, e incluso, periodísticos. Se considera, sin embargo, que la posición adoptada obedeció a estrictos principios periodísticos que el director a cargo había aprendido de su maestro Robert Cox, tal como él mismo lo ha expresado: “todo el criterio de objetividad y pragmatismo que apliqué a la cobertura de la guerra, los aprendí siendo discípulo suyo, el mismo lugar dónde aprendí a desoír las críticas y las amenazas e ir con la línea que más correcta me parecía, tratando siempre de encontrar una verdad objetiva más allá de los lugares comunes de la vox populi”. (R. Cox, Comunicación personal, 2009) Estas declaraciones adquieren veracidad siempre y cuando, se contextualicen y se confronten con la totalidad del corpus producido en ese conflicto bélico. Labor que se ha procurado realizar en esta investigación con el propósito de establecer los rasgos sobresalientes de la sección editorial del Herald frente a la guerra del atlántico sur. Razón por la cual, disentimos con los juicios de algunos periodistas que, como en el caso de Uki Goñi (U. Goñi, Comunicación Personal, 2005), ha reducido la política editorial a una lacónica frase: “con la situación de las Malvinas, el diario adopta una posición pro militar”. Se trata de una verdad a medias dado que la política editorial trascendía la coyuntura, en este caso de un gobierno de facto, tratando de man-

tener, como Newland ha dicho: “una férrea objetividad en medio de una situación de dicotomía absoluta” (D. Newland, Comunicación personal, 2012), interpretando en consecuencia una realidad cargada de complejidad casi inasible para los contemporáneos y, lamentablemente, también para algunos argentinos del presente.

Referencias bibliográficas

- Blaustein, E. y Zubieta, M. (1998). Decíamos Ayer. La prensa argentina bajo el proceso. Buenos Aires. Colihue.
- Borrat, H. (1989). El periódico, actor político. Barcelona. Gili.
- Cardoso, O. Kirschbaun, R. y Van Der Kooy, E. (1992). Malvinas. La Trama secreta. Buenos Aires. Planeta.
- Cox, D. (2002). En honor a la verdad. Memorias desde el exilio de Robert Cox. Buenos Aires. Colihue.
- Daverío de Cox, M. y Wilde E. (2001). Salvados del infierno. Salta. Gofica.
- Díaz, C. (2002). La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de 1976. Buenos Aires. La Crujía.
- Díaz, C. (Dir.) (2009). Nos/otros y la violencia política 1974 – 1982. El Herald, La Prensa y El Día. La Plata. Ediciones al Margen.
- Díaz, C. (2011). “La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”. En: Saborido, J. y Borrelli, M. (comp.). Voces y silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983). Buenos Aires. Eudeba.
- Díaz, C., Giménez y M., Passaro, M. (2001). “La libertad de expresión entre dos fuegos 1974 – 1976”. En: Oficios terrestres. FP y CS UNLP. Año VII, N° 9/10, pp. 111 – 123.
- _____ (2010). “La Prensa contra el Estado y los gremios durante la guerra de Malvinas”. En: Duodécimo Congreso REDCOM. CD ROM Ponencias. Mendoza.

- _____ (2011). "Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)". En: Saborido, Jorge y Borrelli, M. Op. cit., pp.
- Díaz, C. y Passaro M. (2009). "Papel Prensa y la dictadura. Una historia de silencios, alianzas y oposiciones". En: VERANO, Alejandro (comp.). Medios de comunicación en Argentina: diagnóstico y perspectiva. EPC, La Plata, Tomo 1, pp. 137- 162.
- _____ (2012). "Imaginario de guerra: la agenda editorial de El Día frente a Malvinas". En: Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. Año XVIII, N° 28.
- Díaz, C. (2011). "La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano". En: Saborido, J. y Borrelli, M. (Comp). Voces y silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983). Buenos Aires, Eudeba.
- Díaz, C. (2019). "Periodismo gráfico del siglo XX". Buenos Aires. Ediciones EPC de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.
- Escudero, L. (1996). Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra. Barcelona. Gedisa.
- Getino, O. (1995). Las industrias culturales en la Argentina. Buenos Aires. Colihue.
- Graham-Yooll, A. (2007). Buenos Aires, otoño 1982. La guerra de Malvinas según las crónicas de un corresponsal inglés. Buenos Aires. Marea.
- González, J. (2011) "Relación entre Malvinas y las privatizaciones" Recuperado de: <http://cesartatodiaz.com.ar/relacion-entre-malvinas-y-privatizaciones/>
- Guber, R. (2001). ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda. Buenos Aires, FCE.
- Menéndez, M. I. (1998). La "comunidad imaginada" en la guerra de Malvinas. Buenos Aires. Eudeba.

- Neilson, J. (2001). En tiempo de oscuridad 1976/1981. Buenos Aires. Emecé.
- Parcero, D. (2011). Los trabajadores de prensa. Buenos Aires. Corregidor.
- Price, V. (1994). La opinión pública. Esfera pública y comunicación. Barcelona, Paidós.
- Reato, C. (2012). Disposición final. Buenos Aires. Sudamericana.
- Sigal, S. (2006). La Plaza de Mayo. Una crónica. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Verbitsky, H. (2002). Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial. Buenos Aires. Sudamericana.
- Yofre, J. B. (2011). 1982. Los documentos secretos de la guerra de Malvinas / Falklands y el derrumbe del proceso. Buenos Aires. Sudamericana.

El Día y la construcción del imaginario de guerra: Editoriales sobre las Malvinas³¹

César “Tato” Díaz y María Marta Passaro

Sucinta historia del diario El Día

Antes de analizar la construcción del imaginario de guerra realizado por el diario El Día, resulta conveniente presentar una somera reseña histórica del mismo. El matutino platense fue fundado el 2 de marzo de 1884 por una sociedad integrada por Manuel Láinez, Julio Botet, Arturo Ugalde y Martín Biedma, hombres vinculados al quehacer político, empresarial y, por supuesto, periodístico. Ellos entendieron que la capital de la provincia de Buenos Aires, a poco más de un año de su fundación, no podía carecer de un órgano de prensa que fuera capaz de combinar el ejercicio del periodismo con el interés crematístico, contribuyendo también a delinear la identidad de la naciente urbe (C. Díaz; M. Giménez; M. Passaro, 1999; 2000). El medio estaba dispuesto a confrontar con aquellos órganos capitalinos adalides de la acérrima salvaguardia de la hegemonía porteña, no obstante presentarse paradójicamente al público como medio “nacional”. Fiel a estas

31 Algunas consideraciones de este trabajo han sido expuestas en las XIII Jornadas Interescuelas Departamento de Historia Universidad Nacional de Catamarca, 2011 y posteriormente publicadas bajo el nombre de “Imaginario de guerra: la agenda editorial de El Día frente a Malvinas” en: *Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura*, Año XVIII, N° 28. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, 2012.

premisas, y desafiando los avatares presentados por la convulsionada historia política y económica de nuestro país, desde su primera salida a la calle, intentó actuar en concordancia con aquellos objetivos fundacionales, actitud que le permitió sobrellevar las distintas crisis sin perecer en el intento (C. Díaz, 1996). Sin desmedro de esta condición tuvo, en horas de alto dramatismo para la vida institucional del país como lo fue el golpe de Estado de 1930, una activa participación y una incidencia efectiva en la formación de una corriente de opinión favorable al derrocamiento del primer presidente elegido por el sufragio universal, secreto y obligatorio, Hipólito Yrigoyen, hecho que para el medio y sus colegas no constituyó, de ningún modo, una ruptura institucional (C. Díaz, 2019; 1996b). Otro momento clave en la historia nacional que no pasó desapercibido para el diario, fue el que dio lugar a las alternativas surgidas a partir de la asunción de las autoridades militares que pusieron fin a la oprobiosa década infame. Ante los sucesos desarrollados a posteriori de la revolución de 1943, El Día asumió un discurso tibiamente hostil para con el coronel Juan Domingo Perón, quien llegaría a ocupar tres cargos en el Poder Ejecutivo Nacional (Secretario de Trabajo y Previsión, Ministro de Guerra y Vicepresidente de facto). El momento de mayor apuesta del matutino platense contra la emergente figura de un militar diferente, lo constituyó una manifestación popular elocuente en circunstancias en las que desde los ámbitos periodísticos y políticos en general especulaban con que su estrella se apagaría para siempre. Ese posicionamiento fue explicitado, tal como era tradición en los grandes medios gráficos argentinos durante el siglo XX al comunicar una noticia trascendente, anunciando a la ciudadanía la “buena nueva” mediante el incesante sonar de la sirena. El 9 de octubre de 1945, desde la terraza de su edificio de la diagonal 80 de la ciudad de La Plata, daba a conocer a través del estruendoso sonido la destitución del controvertido y popular coronel de todos sus cargos y su confinamiento a la isla Martín García. Entonces, los partidarios de Perón iniciaron una serie de movilizaciones callejeras que expresaban su adhesión al prisionero y

su exasperación frente al posicionamiento antiperonista del diario. Por cierto, las crónicas de la época registraron el apedreamiento de la redacción y de diversos medios de transporte y la quema pública de gran cantidad de ejemplares, circunstancia que culminó con el cierre temporario de las instalaciones de la empresa periodística los días 17 y 18 de octubre (C. Díaz, 2006; D. James, 1995). A partir de 1962 asumió la responsabilidad de la dirección de El Día, el abogado David Kraiselburd, quien se había integrado a la redacción en el año 1927 y trabajó en ella hasta el 25 de junio de 1974 como se verá a continuación. Tras su deceso asumió la dirección interina del matutino el Ing. Hugo F. Stunz y, en breve lapso, hizo lo propio el hijo del extinto, Raúl Kraiselburd, -quien actualmente sigue desempeñándose como director-. Durante su conducción, continuadora de la línea trazada por su padre desde hacía más de una década, el matutino proseguía batallando en favor de la libertad de expresión en la Argentina; por lo cual advertía a la opinión pública acerca del enorme perjuicio que, en esa coyuntura, implicaban las distintas modalidades de restricción a ese derecho consagrado nada menos que en la Constitución Nacional. Con relación a otros aspectos hemerográficos del diario, cabe aclarar que sus centenarias columnas supieron brindarle un lugar a un número importante de periodistas de fuste que consagraron el reconocimiento del decano del periodismo platense a escala nacional y tras las fronteras. Entre los periodistas integrantes de su redacción, algunos de los cuales fueron además eximios literatos, podemos mencionar a Benito Lynch, Juan José Terry, Arturo Capdevila, Evaristo Carriego, Osvaldo Tomatti (Mercurio), Rafael Alberto Arrieta, Romualdo Brughetti, Tomás Diego Bernard, César Corte Carrillo, Ismael Dolgopol, Enrique de Gandía, Horacio Castillo, Ana Emilia Lahitte, Julio César Mastay, Matilde K. de Creimer (Marta Alba Swan), Clotilde Pascua Lozzia (Ñusta de Piorno), Roberto Themis Speroni, Aurora Venturini, Álvaro Yunque, Osvaldo Urriolabeitia, Jorge Money, Carlos Floria, Nelson Domínguez, José del Río, Jorge Salazar, Ramiro de Casasbellas, Juan Francisco Lagomarsino, Alberto

Albertengo, Ricardo West Ocampo, entre otros. Por último, se añadirá que su formato, no obstante haber disminuido algunos centímetros, seguía manteniendo el original “sábana”, característica propia de los grandes medios decimonónicos. A mediados de la década del ‘70 su tirada oscilaba alrededor de los 50.000 ejemplares, condicionada por las fuertes variaciones en el precio del papel, tal como indicara su director Raúl Kraiselburd (R. Kraiserlburd, Comunicación Personal, 2004). En tanto, otras fuentes afirman que la tirada era de 65.000 ejemplares (Getino, 1995).

El discurso editorial del diario El Día

La construcción editorial del diario El Día del imaginario de la guerra de Malvinas presenta algunas particularidades. En primer lugar, resulta evidente una destacada presencia cuantitativa de notas, infrecuente en sus columnas. Se registran un total de 34 editoriales en el periodo analizado (2/4/82- 10/12/83), de las cuales 27 se publicaron entre abril y junio, mientras que entre julio y octubre de 1982 mantuvo el tema en su agenda una vez por mes, para recién retomarlo por última vez en 1983, al cumplirse el primer aniversario. Otra característica de los enunciados reside en que una cantidad significativa de notas que conforman el corpus (30%) reflexionaban sobre los condicionamientos a los que se veían sometidos los medios para informar en esa especial instancia. Este criterio de jerarquización sobre las políticas comunicacionales negativas de la dictadura, marca una continuidad en la línea institucional del matutino desde 1976 (Díaz, Passaro, 2002, 2005; Díaz, Giménez, Passaro, 2003, 2003a, 2006)³². Asimismo, su discurso apeló a algunas estrategias que ya había utilizado en el tratamiento del conflicto del Beagle con Chile. Así, El Día produjo un imaginario de guerra intentando omitir ese término en

32 También pueden consultarse los artículos de Díaz, Giménez, Passaro que analizan la agenda editorial de los no socios, publicados entre 2002 y 2006, en Anuario de Investigaciones. UNLP, La Plata.

sus enunciados y apelando a eufemismos (“conflicto austral”, “situación bélica”, “graves momentos vividos”, “estas delicadas circunstancias”, “futuros momentos bélicos”, “la reacción final”, entre otros), a partir de una lógica polarizada que involucraba a un nosotros definido por el “otro negativo”, (Díaz, Giménez, Passaro, 2011), en este caso representado por el gobierno y medios ingleses.

La libertad de prensa en jaque

Durante el mes de abril, luego de la ocupación de las islas concretada el día 2, mientras mediaba el embajador norteamericano para evitar los enfrentamientos bélicos, al menos en apariencia, El Día jerarquizó otros temas también controversiales. La primera cuestión que ocupó su sección institucional fue la decisión adoptada el 6/4/82 por la Sociedad de Distribución de Diarios, Revistas y Afines (SDDRA) de evitar la distribución del matutino *The Buenos Aires Herald* por filiarlo erróneamente con los intereses de los oponentes³³. La entidad aducía que la decisión : “fue motivada por su permanente acción disociadora hacia el hombre argentino, con su material periodístico ambiguo y capcioso, que constituye un problema ideológico y político de graves consecuencias en los momentos difíciles por los que atraviesa nuestra patria” (...) “si hay argentinos que están despistados, que Dios los ilumine para que se reencuentren en el camino de la verdad” y que “en estas difíciles circunstancias, se está con el país o se está en contra” (13/4/82).

Frente a esta “inaceptable” censura, el diario repudió el avasallamiento a la libertad de expresión, con independencia de su origen, reforzando la línea editorial sostenida entre 1976-1978, etapa en la cual fustigó las políticas comunicacionales negativas de la administración

33 El Día esclarecía el equívoco en el que incurría la entidad que entendía que por estar escrito en inglés respondía a intereses británicos (7/4/82) desconociendo que el 60 por ciento de los capitales pertenecía a la empresa estadounidense Charleston Publishing Company y el resto era argentino tal como desarrollamos anteriormente.

del proceso de reorganización nacional (Díaz, Passaro, 2001). En este caso, las objeciones editoriales presentaron tres argumentos sobresalientes: el primero, los lectores del diario angloparlante. El matutino platense evaluaba que eran los directamente perjudicados y que, no obstante, el intento de impedirles acceder al medio, habían optado, de modo espontáneo, por adquirirlo en la redacción y en los lugares habilitados para la venta, dando cuenta de “lo inútil e irritante de la restricción aplicada ya que pone de manifiesto la necesidad de que las cosas vuelvan a su lugar” (13/4/82). Otro aspecto que cuestionaba desde siempre en la agenda institucional, hacía foco en que la “anómala situación” había sido implementada por quién “ejerce el monopolio de un servicio público, y no puede quedar a su solo arbitrio la vigencia o no del derecho a informarse de la ciudadanía”. En tercer lugar, advertía a su prodestinatario –el gobierno- sobre el impacto de una medida de tal calibre en el exterior: “no debiera ser necesario explicar la importancia que, en este momento, tiene no sumar elementos irritativos totalmente irracionales como éste, a las relaciones del gobierno argentino con el país del Norte” (7/4/82), argumentación basada en que el capital mayoritario era estadounidense y quién se encontraba como mediador en el conflicto era el secretario de Estado, A. Haigh.

El Herald volvió a ser tema de análisis editorial a los pocos días cuando, aún vigente la decisión de la SSDRA, El Día denunciaba que su director, James Neilson y su familia, habían recibido amenazas que motivaron su alejamiento del país durante la guerra³⁴, aunque como se analizó en el capítulo dedicado a este “diarito inglés”, otras fueran las razones. La ofuscación del editorialista se explicitó a través de un discurso que apelaba al logos y al pathos: “de esta manera, nuevamente, la acción de grupos minoritarios transmite hacia fuera un reflejo

34 “La idea de caer en manos de los responsables de torturar y asesinar a miles de inocentes no me hacía ninguna gracia (...) Por estos motivos cuando, con generosidad caballeresca, los directores de El Diario Popular y El Día de La Plata, Jorge Fascetto y Raúl Kraiselburd respectivamente, ofrecieron prestarme sus casas en Punta del Este mientras durara el conflicto, acepté con gratitud, para volver poco después de la rendición” rememoraría James Neilson (2001: 248).

distorsionado del verdadero modo de ser argentino. De ese modo de ser, que ha permitido, hasta el presente, que los residentes británicos en nuestro territorio se sintieran cómodos y seguros, pese al conflicto y a las exhortaciones temerosas de sus compatriotas (...) Hace ya una semana, se afirmó aquí que quienes habían resuelto no distribuir el 'Herald' no habían entendido el espíritu con el que se concretó la recuperación de las Malvinas" (13/4/82).

Un mes después, y en igual sentido, repudió las "acciones de hostigamiento" sufridas por tres periodistas británicos y uno estadounidense, sin dejar de destacar la actitud asumida por el gobierno de facto, una de las escasas ocasiones en que expuso un discurso apolo-gético de las autoridades-: el comunicado del Ministro del Interior (Alfredo Oscar Saint Jean) solidarizándose con los afectados y la entrevista que les concedió Galtieri, no obstante advertirles acerca de la necesidad de concretar "la investigación exhaustiva" para no perjudicar aún más nuestra imagen en el exterior. La preocupación del matutino por ese tema se explicitó ya desde el título de la nota "Atentados contra el país" (14/5/82).

Otra cuestión vinculada al universo del periodismo se dio en oportunidad de disponerse el "ejercicio de algún grado de control por parte de las autoridades" en virtud de la coyuntura de guerra. El Día no cuestionaba esa decisión sino la forma en que se instrumentaba. En consecuencia, argumentaba a favor de la censura en el plano de la información militar: "si hay una situación en la que los diarios pueden aceptar como justificable racionalmente una limitación a la libertad de prensa, ésa es, sin duda, la que vive actualmente el país". Sin embargo, efectuaba una rigurosa crítica a su prodestinatario -el gobierno militar- dado que no acordaba conque fuesen los directores de los medios los responsables de aplicarla, por razones evidentes, solicitando que la instrumentara un funcionario del régimen. Para evidenciar la incongruencia de la decisión oficial apelaba a una serie de preguntas retóricas: "¿Cómo establecer claramente si una información puede 'producir pánico,' 'restar credibilidad a la información

oficial; ‘procurar tendenciosamente, afectar la relación con otros países’, o si ‘procedente del exterior’ apunta a ‘facilitar el logro de los objetivos psicológicos del oponente’? Conceptos como ‘pánico’, ‘credibilidad’, ‘tendenciosamente’, están siempre sujetos a una apreciación personalísima y ¿cómo podría el director de un diario – sin tener a mano los elementos de que seguramente dispone el Gobierno argentino – hacer otra cosa que imaginar cuáles son ‘los objetivos psicológicos del oponente?’” (1/5/82). Poco tardaría en corroborar que sus argumentos eran más que válidos ya que a escasos días del final de la guerra, Noticias Argentinas, agencia estrechamente vinculada a la empresa del diario platense, fue clausurada durante 72 hs. por el gobierno militar. La medida provocó el repudio no sólo de El Día sino también de otros colegas. La nota presentaba datos destacables; en primer lugar, mencionaba el nombre del Secretario de Información Pública de la Nación, a cargo del Dr., Rodolfo Báltierrez, civil que había sabido colaborar con la dictadura de Onganía y durante los 70 escribía para los diarios La Nación y La Prensa

Además, calificaba a N.A. como: “organismo periodístico independiente en un mundo donde, salvo algunas pocas empresas con sede en otros países, la mayoría de las agencias son apéndices del Estado o de grupos afines o asociados”, en obvia referencia a la agencia estatal Télam.

También es señalable que el matutino apelaba a la auto-referencialidad al manifestar que el 1 de mayo había señalado claramente la conveniencia de que fuesen los funcionarios del gobierno quienes se encargasen de “la censura”, para evitar situaciones inaceptables como la aludida. La agencia dio a conocer a sus abonados información que fue calificada posteriormente por los militares como “violatoria de la seguridad nacional por comprometer el desarrollo de las operaciones militares”, por lo cual el PEN le impuso la más dura medida dentro de las políticas comunicacionales negativas. El Día repudiaba la situación manifestando: “lo dicho debiera bastar para demostrar la injusticia de la sanción aplicada. Pero ello, con todo, no es lo más gra-

ve. Porque la clausura dispuesta es precisamente el tipo de castigo que nunca debe aplicarse a un órgano periodístico. La censura previa, en efecto, puede evitar que trasciendan datos considerados vitales por los mandos militares; esta forma de censura posterior no remedia el mal –si éste existiera- y en cambio, implica marginar a miles de ciudadanos argentinos, al suprimir su fuente de información, en un momento en que dicha información les es indispensable” (6/6/82).

Esa fue la última reflexión editorial referida a los mecanismos del dispositivo censorio, puesto que, a pocos días, la guerra estaría perdiéndose y otros serían los asuntos analizados por el diario.

Malvinas en los editoriales del diario El Día

Apenas concretada la ocupación de las islas el 2 de abril el matutino platense publicó un artículo editorial -“La fuerza como instrumento de la razón”- exponiendo toda una declaración de principios desde el título. En la nota calificaba a la acción militar como “trascendente” además de considerar que era “saludada con el alborozo entrañable que sólo inspiran los grandes fastos de la historia nacional”. La justificación de su acuerdo era clara: “la determinación que inspira la posesión de la razón, la entereza que se nutre en las convicciones firmes y la reacción que generan muchos años de pacientes e infructuosos esfuerzos a favor de las soluciones pacíficas, dinamizaron el operativo que culminó con el ejercicio efectivo de nuestra soberanía sobre los archipiélagos enclavados en los mares australes”

Asimismo, reformulaba el significado de la guerra, en sintonía con los discursos que circulaban por esos días, amplificándolo entre la opinión pública: “la recuperación por la vía militar no comporta en este caso una agresión. La ocupación implica la prolongación natural de la fuerza que acuerda el derecho, y la reflexiva intención de neutralizar planes ofensivos y resguardar los intereses nacionales” (3/4/82). Desde entonces, el diario explicitaría su convicción sobre la legitimidad del reclamo, fundada en “irrefragables principios histó-

ricos, jurídicos y geopolíticos” (17/4/82), por lo cual caía en la paradoja de no cuestionar la ocupación territorial, que podría terminar en acciones bélicas, pero proponiendo un mensaje pacifista para buscar soluciones. Así avalaba la situación a través de expresiones como “la reconquista del territorio” (14/5/82) al tiempo de esgrimir que la “aventura bélica” concretada por el gobierno británico respondía a su “pretensión colonialista” (22/5/82)³⁵. Este argumento era contrario al dictamen de la OEA y la ONU quienes entendieron que la Argentina se convertía en el país agresor al haber invadido el territorio, perspectiva que el matutino intentó refutar desde sus enunciados a lo largo de los 74 días del conflicto.

De este modo, se corrobora que El Día reforzó los discursos contemporáneos en relación con la guerra, en virtud de que la posesión del territorio de las islas “tenía la eficacia del mito fundador de la nacionalidad argentina y en ese sentido puede ser valorado y deseado por los miembros de dicha nación” (Menéndez, 1998). La columna editorial del matutino puede sumarse a los múltiples ejemplos en ese sentido, ya que reforzó el imaginario que interpretaba que el territorio constituía uno de los elementos fundantes de la identidad -integrando lo material y lo moral-. Así, el hecho producido el 16 de marzo³⁶ era calificado como “lesivo para nuestra integridad física y espiritual” (3/4/82), o al analizar la visita del Papa cerca del final de la guerra afirmaba: “con esa integridad física y espiritual y con la dis-

35 Luego de finalizada la guerra, publicaría un editorial titulado “Significativo pronunciamiento británico” (22/9/82), en el que señalaba que un grupo de estudiosos ingleses reunidos en Manchester, reconocieron los “derechos inalienables de la Argentina sobre los territorios en discusión” por lo que solicitaban a su gobierno la devolución de los mismos

36 Ese día, en Puerto Leigh (Georgias) un grupo de obreros argentinos, trasladados por la Armada para desmontar un astillero, izaron la bandera y dispararon unos tiros al aire. El gobernador de las islas Rex solicitó a Gran Bretaña su expulsión pero fracasó. No obstante ello, M. Thatcher despachó un refuerzo de marines en el *Endurance* para desarmar la dotación argentina, provocando la reacción de nuestro país que llevó al desembarco, el 24 de marzo, de un grupo de elite argentino, los Lagartos comandados por A. Astiz, en Bahía Paraíso para proteger a los chatarreros argentinos.

posición que brota de sus íntimas e insobornables convicciones, los habitantes de este suelo de una u otra manera se movilizarán hoy y mañana” (11/6/82).

En consecuencia, necesariamente el discurso editorial configuró un imaginario de la guerra polarizando a los actores involucrados: un nosotros/argentinos y un ellos/británicos. Los metacolectivos (“argentinos”, “pueblo”, “ciudadanía”, “comunidad”), robustecidos con el empleo del nosotros inclusivo (“nuestra nación”), reforzaron la construcción de una representación de una entidad nacional que denominaremos “argentinidad”, definida por el diario como “el verdadero modo de ser argentino” (13/4/82) o “una modalidad de vida y vocación conviviente de los argentinos” (17/4/82)³⁷, y que era identificada con los valores de la tolerancia, respeto, hospitalidad, sensibilidad, nobleza, la condición de civilizados, valores que se encolumnaban unívocamente tras la causa nacional representada por Malvinas. En ocasiones, ese colectivo “argentino”, era el prodestinatario específico de sus notas para alertarlo acerca de la campaña contraria a nuestro país desarrollada por los británicos, quienes pretendían: “pintar la serena decisión de actuar en defensa de un derecho largamente postergado, como manifestación de un temperamento agresivo y un nacionalismo fanático y xenófobo al estilo iraní” (27/4/82). Razón por la cual prevenía a sus lectores sobre ciertas actitudes intolerantes hacia residentes británicos, como el caso ya citado de la SDDR contra el Herald, advirtiéndoles acerca de la necesidad de evitar actos que alimentaran las operaciones de desprestigio que presentaban a los argentinos como incapaces, por ejemplo, de respetar los derechos y el modo de vida de los extranjeros residentes en nuestro país y de los mismos isleños: “¿Cómo convencer a los que reciben la noticia de lo ocurrido con un diario que lleva un siglo de vida argentina aunque se dicte en idioma inglés, de que nuestro pueblo no es intolerante, ni racista ni xenófobo, y ha demostrado cientos de veces su

37 Guber (2001) señala que las colectividades “desarrollaron una serie de actividades que se sumaron al fervor argentino en un conflicto internacional que los convocaba como aliados amigos”.

inagotable capacidad para olvidar agravios?” (13/4/82). Con el fin de probar la madurez y el respeto de la sociedad argentina, tomaba como principio de autoridad las declaraciones de diversas comunidades extranjeras afincadas en el país que ratificaban sus afirmaciones: “en estos días, ha habido muchos pronunciamientos espontáneos de colectividades extranjeras, deseosas de desautorizar apreciaciones apresuradas y de neutralizar propósitos inconfesables. En tal sentido, particular significación ha adquirido la respuesta de la Asociación de Productores Rurales Británicos de la Argentina” (17/4/82).

Para El Día entre los responsables de la empresa detractora, además del gobierno británico, se encontraban los medios ingleses, en especial la BBC, por lo que no dejaba de contrarrestar la exhortación de la emisora radial a sus connacionales para que abandonaran el país por los riesgos que podrían correr, aseverando que ese temor contrastaba con “la actitud de los destinatarios de sus mensajes, que, al menos hasta el presente, parecen no sentirse en peligro” además de “desenvolverse cómodamente en el seno de nuestra sociedad” (27/4/82).

De este modo, la definición del nosotros de identificación “argentino” se construía en simultáneo al otro opuesto, los británicos, que eran referidos con calificativos negativos (“la nación agresora”, “país agresor”, “gobierno agresor”, “únicos culpables de una situación”) al igual que sus acciones, gestos o declaraciones (“sus iniquidades bélicas”, “la amenazante decisión”, “sus injustas pretensiones”, “el ánimo colonialista de la potencia europea”, “la irreflexiva actitud”, “su espíritu agresivo”, “los auténticos responsables del dramático capítulo que nos envuelve”, entre otras). La puesta en circulación de una representación “demonizada” de los ingleses se focalizó especialmente al reflexionar sobre dos temas: la amenaza del uso de armas y submarinos nucleares³⁸ y el tratamiento de los prisioneros de guerra.

38 Recuérdese que Escudero (1996: 145-176) analiza como abordó Clarín el rumor sobre el envío del submarino Superb, demostrando como este se transformó a partir de los relatos de los diarios en un “mundo posible”, en el marco de la guerra psicológica desarrollada por los británicos y facilitada por la construcción de los relatos periodísticos de los medios nacionales. Ratifica esa perspectiva Verbitsky

En el primer caso, lo que el diario entendía como ausencia de escrúpulos morales de “la potencia invasora” era expuesta a través de afirmaciones críticas del siguiente tenor: “la nación agresora, que no ha dudado en instrumentar el bloqueo naval a los archipiélagos australes con submarinos de propulsión nuclear” (22/4/82); en escasas oportunidades, apeló a un discurso patológico para referirlas: “el secundar a la escuadra dotada de elementos convencionales con el concurso de submarinos de propulsión atómica (...) Son muchos los actos provenientes del sector agresor que denuncian desvarío y apartamiento a todo principio de comprensión y convivencia” (30/4/82); mientras que en todas efectuaba una referencia axiológica:

“el petulante y amedrentador anuncio acerca de su poderío bélico (...). Se trata de una grave inconducta, que se suma a otras aberrantes formas de lucha militar y de acción psicológica en que han incurrido los altos funcionarios de la Corona” (9/5/82).

En cuanto al tratamiento editorial de los prisioneros de guerra, el matutino apeló como principio de autoridad a las Convenciones de Ginebra (1949) puntualizando las violaciones cometidas por Gran Bretaña. En su columna denunciaba que los prisioneros fueron ocupados en tareas que tenían carácter o propósito militar o en áreas de naturaleza peligrosa o insalubre y, más grave aún, que luego del hundimiento del Gral. Belgrano el 2 de mayo no buscaron, reunieron ni ayudaron a los heridos y enfermos, provocando 323 muertos -de un total de 1093 tripulantes (Lorenz, 2010)-, además de ametrallar a los naufragos del buque pesquero Narwal (13/5/82). El diario concluía exigiendo una exhaustiva investigación ya que: “inconstruibles principios de dignidad humana indican que no deben quedar impunes actos que ni aún las guerras pueden admitir, so riesgo de

(2002) para quién “fue una guerra psicológica más argentina que británica. Fue una guerra irreal”.

invalidar los más caros principios de nuestra civilización” (9/6/82). A los pocos días, en un editorial crítico retomaría su denuncia recurriendo a datos cuantitativos para reforzar la imputación: “Una de las más delicadas situaciones sobrevinientes al cese de fuego en las Islas Malvinas, la configura la suerte de los prisioneros argentinos, que en número no determinado –según las fuentes³⁹ entre 15.000 y 9.000 hombres- se encuentran expuestos a las inclemencias climáticas, a la desnutrición y a la contracción de enfermedades, según los testimonios de los altos jefes británicos. Tamaña revelación pondría de resalto la desaprensión de las fuerzas del Reino Unido, en cuanto se dejaría de prestar la asistencia que razones humanitarias, aún por encima de cualquier convención internacional en casos semejantes, obligan a ofrendar a los efectivos adversarios una vez superadas las hostilidades”; sin dejar de advertir la posibilidad de que el Reino Unido abrigara fines extorsivos en relación con los prisioneros de guerra argentinos (18/6/82).

La idea del “enemigo”, término elidido de los enunciados editoriales, también se construía en relación al concepto de “civilización”, subjetivema⁴⁰ siempre vinculado a la identificación con lo nacional: “la conducta observada, tanto por el gobierno como por el pueblo argentino, a partir de la recuperación de las islas Malvinas y en todo lo vinculado con la situación de conflicto planteada con Gran Bretaña, ha sido impecable en todo cuanto se refiere a su caracterización como país profundamente civilizado y respetuoso del derecho ajeno” (14/5/82). Así, por contraste, esgrimía que los argentinos eran respetuosos de los acuerdos internacionales que reglamentaban el uso de armamentos de esas características debido a una conducta ética reflejada en el “auténtico espíritu que guía la actividad de nuestros hombres de ciencia y técnicos” (...) “la República Argentina ha contraído un compromiso moral con todo el continente, para mantenerlo al margen de cualquier intento de utilizar la energía nuclear con

39 Nótese que el matutino no indicaba el tipo de fuente aludida.

40 Un subjetivema es un enunciado que demuestra la subjetividad del emisor.

afanes bélicos”⁴¹ (22/4/82). Nótese que los enunciados apologéticos no hacían referencia al gobierno o autoridades sino que referían a un colectivo o a un grupo de civiles, en este caso, los hombres de ciencia.

El “otro”, en cambio, movilizado por el “insaciable apetito colonial” (22/6/82), los escasos escrúpulos que revelaba “al despreciar los derechos ajenos”, y dentro del cual incluía las difamaciones de la BBC cuyas exhortaciones buscaban “crear una imagen del pueblo argentino como capaz de excesos y del desconocimiento de elementales principios de la conducta civilizada” (27/4/82), para los enunciados era el irrespetuoso de los principios básicos de la civilización. Podemos conjeturar que al calificar de “civilizados” a los argentinos, remitía implícitamente a su par opuesto, “los bárbaros”, en este caso representado por los ingleses. Esa construcción de la alteridad mantuvo continuidad en su discurso editorial luego del 14 de junio de 1982.

Otro aspecto que no pasó desapercibido para el diario fueron “las conmovedoras muestras de solidaridad” con “el ideario argentino” por parte del resto de los países latinoamericanos, fuesen a través de la ayuda económica (13/6/82), militar u otras prestaciones que expresaban “la comunión” en la “vocación americanista” (22/5/82). El matutino, como el resto de la sociedad, no dejó de exponer su sorpresa frente a este espontáneo apoyo, efecto de la guerra tan inesperado y “conmover” como bienvenido: “Desde que a instancias de Gran Bretaña, la comunidad europea y EEUU, sumaron sus sanciones económicas a la agresión bélica, no se tuvieron dudas acerca de la solidaridad de esta parte del continente, que, consustanciada con el ideario argentino, se sintió también lesionada por la irreflexiva actitud de Londres. Esa identificación no se ha hecho esperar, y está

41 El diario efectuaba afirmaciones que resultan llamativas por su osadía: “el dramático desarrollo de los acontecimientos que involucran a nuestro país, la tensión ambiente, que se extiende a todos los puntos del orbe y la generalización de opiniones y conjeturas en torno a las alternativas y alcances que podría tener una eventual confrontación armada en el Atlántico sur, ha inducido a algunos sectores a suponer que la República Argentina podría acudir a los sorprendentes progresos que ha alcanzado en el campo de la investigación nuclear para defender sus derechos, en una última instancia de la disputa” (22/4/82).

alcanzando una proyección que excede toda estimación. Obligando a un emocionado reconocimiento. Desde los distintos rincones de América Latina, con alguna aislada y desairada excepción, se manifiesta la voluntad de apoyar a nuestro país no sólo en la emergencia militar, sino de compensar el deterioro que se produjo en nuestro comercio exterior”.

Finalizaba con una predicción que con el tiempo demostraría acertada: “el conflicto por las Malvinas ha suscitado sentimientos de hermandad que prometen fortalecer la unidad del bloque latinoamericano” (15/5/82). Se advierte que en su columna no hizo referencias sobre el posicionamiento asumido por el gobierno chileno, al mando del dictador Pinochet, favorable a los británicos. Nuevamente la representación de la nación fue central en la nota publicada al promediar la guerra, en la que analizó la presencia del Papa Juan Pablo II en el país. Allí exponía plenamente su imaginario de la argentinidad, “mitigada por los pesares”, a través de metacolectivos (“población”, “comunidad”, “pueblo”) que, según su lectura del momento, se hermanaba como: “una población necesitada de una asistencia espiritual de la máxima jerarquía para paliar la aflicción que la domina”; pueblo que demostró “entereza, fortalecido en la adversidad y más convencido que nunca de que su esfuerzo y su sacrificio no constituirán ofrendas vanas, sino que fructificarán en un destino luminoso” (11/6/82). El matutino aseveraba que la visita del pontífice convocaría masivamente a los habitantes en busca de consuelo, aunque nunca explicitara que por la inminente derrota militar prevista. Por último, el sorpresivo final para los contemporáneos fue analizado en un editorial titulado “Una Argentina madura” que tenía como destinatario al “nosotros”, integrantes de esa nación que construyó discursivamente durante el conflicto, de la que se sentía parte, y a la que deseaba de alguna manera aliviar, introduciendo la nota con una afirmación contundente: “la Argentina no es un país derrotado”. Consideraba necesario efectuar una “evaluación fría y sin resentimiento ni abandono de los objetivos políticos que la Argentina ha

venido y seguirá persiguiendo en defensa de sus derechos”. Entendía que era imposible ignorar los errores de cálculo cometidos no sólo por los gobiernos involucrados sino también por EEUU, ya que a su criterio “las actitudes y gestos de altos funcionarios estadounidenses parecieron tener el objetivo de forzar a la Argentina a profundizar sus lazos con la Unión Soviética”. Además, de reconocer la valentía de “nuestros soldados” quienes rechazaron el calificativo de “suicidas”, puntualizaba que la democracia era el camino a seguir: “el país debe encarar su futuro con cordura y prudencia.⁴² No hay victorias que festejar ni culpables que castigar; hay en cambio, una tarea largamente demorada en cumplir. La Nación debe recuperar el funcionamiento pleno de sus instituciones como punto de partida para la realización integral de sus enormes posibilidades, que la guerra no ha hecho más que revelar. El coraje y la decisión, la capacidad y el desinterés que afloraron, en el frente como en cada una de las ciudades, deben constituirse en los materiales para la construcción” (16/6/82).

La posible contradicción en que incurriera el diario cuando proponía efectuar un balance sin considerar a los culpables, quedó medianamente refutada cuando, a poco de intentar asimilar la derrota, comenzara a solicitar explicaciones a las autoridades militares sobre las causas de la guerra y la situación de los combatientes.

Los cuestionamientos al gobierno dictatorial

A partir de mayo el matutino platense publicó algunas notas críticas sobre el accionar oficial, jerarquizando en primera instancia el control sobre la información y la censura. Coherente con sus intereses, volvía a expresar su disconformidad, en este caso frente a la ausencia de información oficial padecida también por “el ciudadano común”. El mismo director, tiempo después expresaba: “Era toda la población

42 El 15/6 la radio y la televisión habían convocado una marcha a plaza de Mayo, a la que asistieron cerca de 5000 personas. Su carácter opositor llevó a que el gobierno efectuara una violenta represión (Quiroga, 2004: 301)

la que exigía a una inmensa mayoría, recibir la información de acuerdo a lo que suponía que pasaba” (R. Kraiselburd, comunicación personal, 2004), ya que no circulaba información oficial clara y precisa. De esta manera, sostuvo una línea crítica advirtiendo lo inoportuno que resultaba cometer errores aún lejos del teatro de operaciones, ya que ante el estado de zozobra que atravesaba la ciudadanía, el gobierno debía otorgarle información para que pudiera actuar en consecuencia, por ejemplo, ensayar simulacros de apagones en caso de ataque, tal como informó un medio radial platense. Cabe aclarar que La Plata es vecina de la ciudad de Ensenada donde se halla la destilería de YPF, posible blanco de una ofensiva militar. En consecuencia, señalizaba en un editorial crítico lo que luego se haría más que evidente: “la información sobre el comportamiento que debe observarse ante cualquier coyuntura es indispensable para lograr conductas armónicas y, sobre todo, para eliminar cualquier signo de pánico. (...) La apelación por canales de parcial alcance y con una innecesaria premura, denunció una improvisación que se acentuó pocos minutos después, al comunicarse la decisión de dejar sin efecto la práctica. Se trató, evidentemente, de recaudos inconsultos, y no utilizados con el equilibrio necesario” (5/5/82, el subrayado es nuestro). Agregaba a continuación en forma taxativa que “se imponen en estos casos prevenciones y acciones persuasivas que tengan por finalidad invalidar signos de alarma infundada en los ámbitos urbanos, por un lado, y, por otro, poner al tanto a la población de cuáles deben ser sus desplazamientos o conductas en el hogar o en los lugares de trabajo de mediar algún suceso imprevisto” (5/5/82).

La misma línea crítica adoptó frente a las medidas económicas implementadas en ese mismo mes. Como no dudaba de que se hubieran aplicado al margen de la situación de guerra atravesada por el país, mostraba enfáticamente su desacuerdo: “es necesario advertir que, ya se las considere como implementación de una economía de guerra, o como intentos dirigidos a sobrellevar una crisis ya en curso, están lejos de resultar suficientes, además de patentizar una vez más

que a los 'liberales' argentinos les toca siempre presidir o conducir procesos que finalmente resultan estatizantes.” El diario retomaba su posición institucional en relación con lo que evaluaba era el nudo del problema, la vigencia de “un Estado insaciable cuyo déficit terminará por ahogar a todos”. Para la coyuntura entendía necesario reducir el dispendioso consumo de energía a través de inversiones y la participación de capitales extranjeros, además de disciplinar a la población sobre un uso más cuidadoso de la misma, sin dejar de considerar que debía promoverse el aumento de la productividad agraria y reconvertir la producción ganadera adecuándola a los requerimientos del mercado internacional. Es decir, demandaba la puesta en práctica de “políticas generales y no únicamente soluciones coyunturales”. Asimismo, refutaba a las declaraciones del ministro de economía Roberto Alemann por culpar a la “sinarquía internacional, al imperialismo, al sector financiero” como causal del “mal” cuando: “es consecuencia del plan dado a conocer al país precisamente un 2 de abril, hace ya seis años. Las normas que desde entonces se dictaron y la fiscalización de su cumplimiento fueron responsabilidad del propio gobierno surgido del Proceso de Reorganización Nacional”. Concluía la argumentación con una sentencia implacable: “la economía nacional necesita de un plan capaz de devolverle la solidez ya hace largo tiempo perdida, deterioro que no puede considerarse consecuencia exclusiva de los gastos ocasionados por la defensa nacional” (7/5/82). Explicaba que la guerra había servido de excusa a la implantación de un paquete de medidas que hubiesen sido igualmente aplicadas de no mediar la coyuntura bélica.

El balance de la guerra

En las notas editoriales publicadas inmediatamente después de la derrota, una de las demandas de El Día fue el requerimiento al gobierno de resolver de inmediato la situación de los prisioneros argentinos:

“es el momento en que debe alzarse la voz de las autoridades argentinas, en demanda de una actitud que permita el rescate de quienes dieron muestras de heroicidad, exponiendo sus vidas en pos de la causa nacional. Ninguna situación podría explicar, ni menos justificar, la prolongación de una problemática en cuya superación deberán comprometerse inexcusables empeños” (22/6/82).

A los pocos días el imperativo de sanear el dolor de los familiares carecientes de noticias oficiales sobre los soldados -pues circulaban algunos trascendidos semioficiales- motivó las exigencias del matutino: “es necesario que las autoridades asuman con toda celeridad la responsabilidad de brindar nóminas detalladas en las que se consignen los nombres de aquellos a los que se sabe muertos, de los heridos, de los que se encuentran aún en territorio isleño -como indican algunas versiones- y de quienes por el momento se desconoce la suerte corrida. (...) No hay, pues, motivo posible para que continúe la ausencia de información oficial; de respuesta para quienes han hecho a la Nación la más dolorosa de las ofrendas”. Para El Día “cualquier verdad es preferible a la duda” (27/6/82).

Estas aseveraciones cobran una relevante significación en ese contexto de producción de discursos, si se considera que era el mismo reclamo efectuado por los familiares de los desaparecidos, quiénes fueron visibilizados en las páginas del diario durante la dictadura (Díaz, Passaro, Giménez, 2009a).

Tampoco excluyó de sus enunciados la sospecha que comenzó a circular sobre el destino de las “contribuciones populares” recaudadas para “nuestros combatientes”. En un editorial, luego de volver a reconocer la generosidad de las donaciones efectuadas por el pueblo para los combatientes, “Los aportes superaron todas las previsiones, y en muchos casos se llegó a ceder bienes no sólo de considerable valor material, sino efectos de inestimable significación afectiva. Dinero, alimento, ropas y otros elementos destinados a hacer más llevadera la acción de nuestros soldados en latitudes inhóspitas, fueron depositados con espontánea actitud, que permitió calibrar una vez más, y qui-

zá con mayor propiedad que en otras ocasiones, la innata inclinación a paliar necesidades o a solventar causas justas”, hacía pública las denuncias sobre la comercialización de algunas donaciones - tabletas de chocolate que portaban cartas de alumnos para los soldados (Lorenz, 2009: 69)-, en Rosario y Comodoro Rivadavia, y exigía: “una exhaustiva investigación, destinada a satisfacer el ya manifestado reclamo de la opinión pública en cuanto a la importancia de que se conozcan datos suficientemente precisos respecto de los aportes efectuados y el destino que en cada caso se les asignó” (18/7/82).

Al cumplirse un año de la ocupación de las islas, la situación del país era sumamente comprometida, ya que la guerra había puesto de manifiesto que los planes para continuar en el poder de los militares no podrían concretarse. La nota editorial exponía desde el título, “Los ciudadanos tienen derecho a saber”, el posicionamiento de cuarto poder asumido por el matutino, es decir como mediador entre los intereses de la sociedad y el gobierno de facto. En primera instancia reconocía la derrota, aunque estimaba escaso el tiempo transcurrido para valorar consecuencias: “todavía persiste el sabor amargo que siempre – por honrosa que pudiera ser – deja la derrota. Por todo ello es temprano aún para efectuar un balance. Es imposible, apenas doce meses después, determinar con exactitud cuáles pueden ser las consecuencias mediatas, en lo nacional e internacional, y aun en lo más íntimo de cada uno de los argentinos, de la experiencia vivida. Una experiencia, por otra parte, inédita para quienes ahora debieron sufrirla”, sin dejar de subrayar las cualidades que mostró a su entender la sociedad argentina movilizada frente a esa coyuntura: “Reconforta comprobar retrospectivamente el espíritu solidario que se exhibió, mil y una maneras. Enorgullecen las muestras de coraje que se brindaron y satisface haber verificado una vez más la preeminencia de la cordura frente al fanatismo”.

Su discurso partía de un principio indiscutible, seguir intentando la recuperación de la tierra que había sido “robada”. Luego desarrollaba dos cuestiones. Primero, destacaba el accionar de la “nación”, apelando nuevamente al sentido de identificación (solidaria, respe-

tuosa de bienes y personas inglesas) que mostró “un sólido frente común, sin fisuras, a pesar de las dudas – que luego se demostraron justificadas – de muchos sectores, frente a la decisión gubernativa”. Nótese un dato invisibilizado en los editoriales publicados durante el conflicto: las vacilaciones que algunos pocos sectores se animaban a mencionar en ese entonces⁴³, ya que tal como afirma Raúl Kraiselburd “hubo temas en lo que la coincidencia social era tan enorme que no había espacio para opinar de otra manera que como la mayoría, y eso pasa muchas veces en la Argentina” (R. Kraiselburd, comunicación personal, 2004). Según testimonió el director del diario “Hubo más autocensura que censura, no hay ninguna duda, yo por eso, inclusive, hubo a veces entre los periodistas actitudes que ahora parecen incomprensibles. Por ejemplo, con el conflicto de las Malvinas, hombres independientes del periodismo, que no podían sospecharse que tuvieran relación con el gobierno militar, ni muchísimo menos, habían asumido una actitud nacionalista terrible, por ejemplo Ramiro de Casabellas y que escribían en El Día como Jorge Lozano, Manfred Schönfeld ninguno de esos tres podían ser catalogado como afín al gobierno militar y; sin embargo, ellos adoptaron una posición digamos “patriótica” donde dejaron todo de sí” (R. Kraiselburd, comunicación personal, 2004).

En segundo lugar y a continuación, exigía sin explicitar su prodestinatario, las autoridades militares, una evaluación de las causas de la guerra: “los ciudadanos tienen derecho a saber cómo se llegó a lanzar al país a una guerra que, según los indicios que luego han ido trascendiendo, no tenía posibilidad de librar con alguna perspectiva de éxito⁴⁴”

43 Por caso dentro del socialismo se generó un fuerte debate en torno al tema. Confróntese Rozitchner (2005).

44 En la sección editorial no se hizo mención al Informe Rattenbach. El 2 de Diciembre del año 1982, el gobierno militar de Reynaldo Bignone por resolución N° 15/82 decidió la creación de una Comisión de Análisis y Evaluación de las responsabilidades políticas y estratégico militares en el conflicto del Atlántico Sur, integrada por representantes retirados de las tres fuerzas: por el Ejército, el General (R) Benjamín Rattenbach y el General de División (R) Tomás Armando Sánchez de Bustamante; por la Armada el Almirante (R) Alberto Pedro Vago y el Vicealmirante (R) Jorge Alberto Boffi y por la Fuerza Aérea el Brigadier General (R) Carlos Alberto Rey y el Brigadier Mayor (R) Francisco Cabrera. Por ser crítico de la actuación

(...). “Deben ser informados sobre la identidad de los responsables, no sólo de las decisiones, sino de las fallas de evaluación que condujeron a esas decisiones”.

Entendía que en el futuro este tipo de información sensible sería vital para la transición a la democracia, por lo cual los ciudadanos deberían tener elementos de juicio para “escoger el nuevo rumbo”. Por lo demás, mantuvo su convicción acerca del derecho soberano sobre las islas de nuestro país: “Hoy, como antes del 2 de abril de 1982, los argentinos están dispuestos a bregar, sin concesiones, por la recuperación de lo que, hace tanto tiempo, les robaron” (2/4/82).

Consideraciones finales

Resulta evidente que el diario *El Día* se encuentra entre los medios que practicaron un *periodismo pendular*. En todos los casos, el matutino apeló a la construcción de un imaginario de “argentinidad” aunada tras la causa nacional representada en el territorio de las islas. El peso simbólico del reclamo queda evidenciado particularmente en los enunciados de *El Día* cuando, sin adoptar una posición apologética frente al gobierno militar, justificaba la “recuperación” que provocaba la mancomunidad nacional en torno a ella.

Sin embargo, algunas características propias del enunciado del diario platense permiten incluirlo en el periodismo pendular. Por caso, en varias ocasiones el tema de la guerra fue analizado a través de notas críticas y admonitorias referidas a las limitaciones a la libertad de expresión -oficiales y de otras entidades como la “Sociedad de distribuidores de diarios, revistas y afines” - la censura y la ausencia de información oficial hacia los medios y la ciudadanía, la que desconocía incluso el destino de los soldados al finalizar la guerra, llegando

de las fuerzas armadas gobierno, el informe recomendó sanciones graves para los responsables (hasta la pena máxima para algunos de ellos). Si bien fue difundido por la Revista 7 Días, oficialmente fue desclasificado a partir del decreto presidencial 200/12 que ordenó la conformación de una comisión para tal fin.

a exigir explicaciones al gobierno de facto acerca de su responsabilidad en la concreción de un enfrentamiento que a todas luces, tenía escasas oportunidades de sortear exitosamente. Más grave aún, no silenció las acciones corruptas que implementaron hasta con las donaciones efectuadas por la sociedad. De igual modo, no sólo cuestionó las medidas económicas adoptadas en plena guerra sino que fue más lejos descalificando los planes económicos implementados desde 1976. Finalmente, la guerra fortaleció la certeza, del diario y acaso del resto de la sociedad, sobre la necesidad de restituir la democracia en la Argentina como única salida a la crisis política, económica y moral que provocó la última dictadura cívico-militar.

Referencias bibliográficas

- Díaz, C. (2011). “La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”, en Jorge Saborido y Marcelo Borrelli (comp.), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba.
- Díaz, C. Giménez, M., Passaro, M. (2003). “La intolerancia militar y la problemática comunicacional desde la perspectiva de El Día”, en V Congreso REDCOM, CD ROM ponencias, 2003.
- _____, “El Día y las cuentas pendientes con la dictadura: desde Papel Prensa hasta la Ley de radiodifusión”, en *IX Congreso De Historia De Los Pueblos*. CD ROM ponencias.
- _____, (2006). “La demanda recurrente de El Día a la dictadura: la ley de radiodifusión”, en *Revista Question*, año 7, Vol. 11, FPCS-UNLP, invierno.
- _____, (2009). “La desilusión de los ‘no socios’ con el ‘proceso’ (1976-1982)”, en C. Díaz, *Nos/otros y la violencia política 1974-1982. El Herald, La Prensa, El Día*, Ediciones al Margen, La Plata.

- _____, (2009a). “El Día contra los ‘signos’ de la violencia política (1974-1982)”, en C. Díaz (Dir.), *Nosotros y la violencia política 1974-1982. El Herald, La Prensa y El Día*, Ediciones al Margen, La Plata.
- _____, (2011). “Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”, en Jorge Saborido y Marcelo Borrrelli (comp), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Eudeba, Buenos Aires.
- Díaz, C. Passaro, M., (2001) “La voz institucional de El Día rompe el círculo del silencio (1976/1977)”, en *VIII Congreso de Historia de los Pueblos*, CD ROM ponencias.
- _____, “Un opositor inesperado. El Día y la libertad de expresión en la última dictadura”, en *IV Congreso REDCOM*, 2002.
- _____, (2005). “El Día’ a día del gobierno de Viola”, en *X Congreso de Historia de los Pueblos*, AHPB, Coronel Suárez. CD ROM ponencias.
- _____, (2009). “Papel Prensa y la dictadura. Una historia de silencios, alianzas y oposiciones”, en Alejandro Verano (comp.), *Medios de comunicación en Argentina: diagnóstico y perspectiva*, EPC, La Plata.
- _____, (2011). “La construcción editorial de El día sobre la Guerra de Malvinas”, en *XIII Jornadas Interescuelas*, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
- Escudero, L. (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*, Gedisa, Barcelona.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, FCE, Buenos Aires.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas Una guerra argentina*, Sudamericana, Buenos Aires.

- Menéndez, M. I. (1998). *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*, Eudeba, Buenos Aires.
- Neilson, J. (2001). *En tiempo de oscuridad 1976/1081*, Emecé, Buenos Aires.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Fundación Ross, Rosario.
- Rozitchner, L. (2005). *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia. El punto ciego de la crítica política*, Losada, Buenos Aires.
- Verbitsky, H. (2002). *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*. Sudamericana, Buenos Aires.

SEGUNDA PARTE

Periodismo hermesiano

Clarín y la construcción de Malvinas como un punto de inflexión⁴⁵

César “Tato” Díaz, Mario Jorge Giménez y María Marta Passaro

Clarín y la euforia por la reconquista

La representación construida acerca de la guerra de Malvinas por Clarín posee peculiaridades distintivas. En primer lugar, resalta una infrecuente presencia cuantitativa de notas que conforman el corpus de estudio, que se atribuye a la excepcionalidad de la coyuntura. Se registran un total de 29 editoriales en el periodo analizado (2/4/82-31/12/82), de los cuales 10 se publicaron en abril, 13 en mayo, 3 en junio, 2 en agosto y 1 en noviembre. Además, en otras ocasiones reflexionó acerca de las restricciones sufridas por el periodismo en esos días, justificándolas; si antes lo hiciera por su acuerdo con los postulados del régimen autoritario en la defensa de la seguridad nacional, ahora encontraba el argumento necesario al subordinar el ejercicio del periodismo a la defensa de la soberanía (Díaz, Giménez, Passaro, 2014).

Desde la perspectiva cualitativa se advierte que en varios enunciados la guerra era referida a través de eufemismos⁴⁶: “una justificada reincorporación de una parte de nuestro territorio”, “toma”,

45 Este trabajo fue originariamente presentado en las VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 2014 bajo el nombre de “Clarín y la guerra de Malvinas: los dilemas del cambio de época”

46 Esta estrategia enunciativa fue común en muchos medios contemporáneos e inclusive encuentra antecedentes en el tratamiento editorial del conflicto del Beagle (Díaz, Giménez, Passaro, 2011).

“reparación”, “restauración”, “reconquista”, “operación incruenta”, “recuperación”, “devolución”. El discurso combinaba varios estilos editoriales⁴⁷ para reforzar el sentido del concepto “recuperación” y los otros enlaces: lo que se recuperaba no eran unas islas conocidas por pocos argentinos sino “una Nación que ningún contemporáneo podía recordar como unida y en relativa coexistencia armónica con el estado” (Guber, 2001).

Desde este enfoque, también se identifican tres instancias en el discurso editorial del medio, a partir de los temas incluidos en su agenda: la primera se produjo entre la ocupación de las Islas hasta el hundimiento del ARA General Belgrano (mayo de 1982), una segunda que se desarrolla a partir de mayo hasta la rendición de las tropas argentinas (18/5/82-14/6/82) y la última acaecida en el período posguerra (15/6/82-31/12/82).

El primer momento se inició con una nota institucional apologética publicada el día posterior al desembarco en las islas, calificado por el matutino como la “reconquista”⁴⁸.

De este modo, justificaba esa decisión, destacando el rol de las tropas pero no el del régimen dictatorial. Aseveraba con un tono combativo y apologético que “fueron a reparar la sinrazón hecha a su país en los albores de su vida independiente (...) la agresión antigua, siempre denunciada. A restaurar, junto con la soberanía sobre el archipiélago, el honor nacional”; explicando además que, “lo que realmente motivó siempre el sentimiento público es la reconquista de un fragmento de la Patria cuya ausencia era una mutilación” (3/4/82). Afin al coro de medios, Clarín reforzaba los por entonces abrumadores discursos triunfalistas apelando a una retórica que exaltaba el sentimiento vivenciado a partir de la recuperación del territorio insular “tenía la eficacia del mito fundador de la nacionalidad argentina y en

47 Se aplican los estilos editoriales propuestos por Rivadeneira Prada (1986).

48 Sivak (2013) califica a la edición como “triunfalista”. Sin embargo, afirma que “el editorial redujo el entusiasmo” citando solamente las dos líneas finales, desvirtuando de este modo, el espíritu del mismo.

ese sentido puede ser valorado y deseado por los miembros de dicha nación” (Menéndez, 1998: 37).

Durante abril los ejes temáticos de las notas giraron en torno a dos temas prevalecientes: el alto nivel de consenso social frente a la gesta, por lo cual convocaba a fortalecer la “unión nacional” para consolidar la recuperación de la soberanía como objetivo supremo que se convertía de esta manera en un punto de inflexión en la historia nacional, pues “la reconquista de las Malvinas, emprendida por sus hombres de armas, marca el fin de una época. En lo externo concluye el intento colonialista. En lo interno quedan atrás los contrastes, las inhibiciones, los desgarramientos, para hacer paso a una actitud a la vez firme y serena. Tal es la lectura que puede hacerse del acto multitudinario de la Plaza de Mayo” (11/4/82)⁴⁹. El otro tema que enfatizaba era la intransigencia de Gran Bretaña para dialogar, ante lo cual le exigía que aceptara las nuevas reglas del juego internacional que abolieron al colonialismo decimonónico. Precisamente, mediante este fundamento acusaba al Reino Unido como responsable de la guerra, argumento que estimaba eficaz para legitimarla, por lo que fue tema editorial luego de los ataques ingleses efectuados en distintos puntos de -Georgias, Puerto Leigh y Grytviken- y de la rendición –sin oponer resistencia- firmada por el teniente de navío, Alfredo Astiz, la que no fue mencionada. Si bien puede clasificarse a la nota como una combinación de los estilos crítico y apologético, la exagerada presencia de subjetivismos valorativos empleados para enaltecer el desempeño de los soldados, permite calificarla como dogmática⁵⁰. En efecto, esta categoría propuesta amplía las ya expuestas y les brinda mayor precisión al valorar este tipo de enunciado: “Los británicos que ayer tomaron las Georgias lo hicieron para la causa del colonialismo y de la antihistoria (...) en esas islas alejadas del continente y de

49 No sería la única vez que el matutino apelaba a la metáfora organicista para aludir al conflicto bélico “reparar un desgarramiento territorial ocurrido hace casi un siglo y medio” (7/4/82).

50 Se denomina dogmático al estilo editorial cuyos enunciados se centran en argumentaciones o expresiones que apelan a una fuerte carga axiológica.

sus naturales apoyos, solo a punta de heroicidad podían demostrar lo estéril del empeño del invasor. Lo hicieron más allá de lo que pudiera esperarse de cualquier esfuerzo humano. Quienes cayeron en acción tienen para siempre un lugar en el corazón del pueblo. Quienes sobrevivieron serán los testigos legendarios de esta lucha anticolonial que reproduce acontecimientos que parecían enterrados para siempre en la memoria de nuestras naciones” (26/4/82).

De este modo, la columna editorial construía un sentido legitimador de la guerra que, en ocasiones, presentaba como principio de autoridad a las demandas de la ONU instando a la negociación de las partes y a los argumentos expuestos por Argentina en el ámbito diplomático, para aducir la indiscutible soberanía nacional sobre los archipiélagos por razones históricas, jurídicas, geográficas y geológicas. Este posicionamiento reforzó un discurso polarizado a través de subjetivemas que daban cuenta del perfil de cada uno de los actores intervinientes. En un primer momento, el Reino Unido era descalificado, por su política colonialista (“la primera potencia de aquellos tiempos”, “potencia ocupante”, “potencia extracontinental”, “potencia europea”), mas luego el cuestionamiento se focalizó en el gobierno británico (“usurpador”, “La actitud cerril del gobierno británico”, “cerril intransigencia”, “La indignación levantada por la guerra austral, desatada por el gobierno de Londres”).

Por otra parte y hasta el fin de guerra, el matutino eludía presentar al gobierno dictatorial como su contrincante, jerarquizando al “colectivo argentino” (“la Argentina”, “el pueblo argentino”, “la ciudadanía”, “el país”), como el sujeto protagónico tal como se ha referido. El enunciado enfatizaba el apoyo popular ante decisiones adoptadas por Galtieri o por las autoridades militares refiriéndose a quienes llevaban adelante la acción (“las tropas”, “los hombres de las fuerzas armadas” o “los efectivos argentinos”) para evitar un discurso apologético de los jefes castrenses a tal punto que llegó a reflexionar: “Podrá discutirse si las autoridades de Buenos Aires identificaron el momento oportuno para la reconquista o si evaluaron la reacción in-

ternacional en forma correcta, pero lo que no puede hacerse es negar a la Argentina el derecho moral a recuperar sus territorios” (13/4/82).

Una llamativa nota publicada a poco de iniciada la guerra, titulada con un estilo expresivo “Vox populi, vox Dei”, abundaba en calificaciones propias del estilo dogmático que respondían al “arrebato patriótico” del editorialista y que construían un sentido de júbilo y entusiasmo ante la manifestación organizada el 10 de abril en la Plaza de Mayo “para mostrarla al general Haig como argumento en las negociaciones por las Malvinas” (Sigal, 2006)⁵¹: “el fervor estaba muy lejos del patrioterismo, era la expresión madura y serena de un pueblo que sabe perfectamente que cada vez que se pone en movimiento hace historia (...) el pueblo que rebasaba la Plaza de Mayo comenzó a corear – casi diríamos a gritar – las estrofas del Himno Nacional, el país entero estaba galvanizado. Fue una suerte de inmensa comunión colectiva que emocionó hasta las lágrimas a los hombres de prensa que cubrían el acto, según pudo advertirse en las imágenes de la televisión. Y ese grito unánime resonaba en las plazas de las restantes ciudades de la República, donde otras multitudes se habían reunido para manifestar desde todos los rincones de la Patria el sentir de un pueblo que, cuando está reunido en torno a las grandes consignas nacionales, se siente invencible, a la manera de la frase legendaria de Domingo Faustino Sarmiento: ‘La bandera argentina, Dios sea loado...’” (11/4/82). No resulta llamativo que el diario evitara visibilizar en su columna las voces disidentes surgidas en torno al enfrentamiento, no por considerar ilegítimo el reclamo sino porque enten-

51 Alexander Haig, secretario de Estado de EEUU, intentó flexibilizar las posiciones irreductibles de su país y de Londres. Sin embargo, “según afirman las investigaciones más documentadas sobre el tema, un hecho mal predispuso a Haig: la movilización a Plaza de Mayo impulsada por el gobierno con el fin de demostrarle que si la dama de Hierro era intransigente, el pueblo argentino acompañaba al gobierno dictatorial en la lucha por Malvinas” (Lorenz, 2009:85). Para Verbitsky (2002:143) ese fue el pretexto ya que considera que “la acción psicológica no se dirigía al enemigo sino a la tan temida población argentina”.

dían que era una estrategia de perpetuación política de la dictadura en crisis⁵².

Un día después editorializaba sobre el bloqueo a las islas combinando los estilos explicativo y apologético, para expresar una expectativa excesivamente optimista en relación con las cualidades operacionales de las Fuerzas Armadas en lugar de guardar la medida que un conflicto de este tenor demanda a los medios en particular por la responsabilidad social que les cabe: “En el Reino Unido no se desconoce la capacidad operativa de las Fuerzas Armadas argentinas. Sus efectivos podrán tener desventaja numérica, pero están perfectamente preparados, tienen un alto espíritu de combate y utilizarán medios modernos. La diferencia de cantidad queda compensada en parte por la distancia a que debe operar la flota británica con respecto a las bases. La posibilidad de recapturar el archipiélago contra una defensa eficaz, desde las islas y desde el continente, es remota” (12/4/82). En la misma nota hacía referencia a la presencia de submarinos en la zona. Es necesario puntualizar que el matutino construyó la noticia, entre marzo y abril de 1982, sobre la amenaza de un submarino británico (el *Superb*) que supuestamente intervendría en el conflicto. Esa versión fue puesta a circular a partir de un rumor que tuvo “como fuente exclusiva a los medios de comunicación” cuando

52 Lorenz (2009) señala que “oponerse a la guerra era un acto de valentía por varios motivos, pero fundamentalmente porque significaba ir en contra de una corriente de opinión dominante y cuestionar uno de los valores con mayor arraigo en la cultura republicana, que era la idea de patria”. También impactó profundamente entre los diversos grupos de argentinos exiliados en México, España y Suecia, “y las posiciones eran excluyentes: unos, seguramente mayoritarios, defendían el operativo militar, en tanto expresaba una reivindicación nacional, aunque sin apoyar a la Junta Militar; otros preferían el triunfo de los ingleses como medio para terminar a la dictadura. Una de las posiciones más inteligentes fue la del Movimiento contra la Guerra del Atlántico Sur constituido en Barcelona por 500 exiliados y cuyo portavoz era Eduardo Luis Duhalde. El grupo era decididamente contrario a la guerra a la cual consideraban absurda y mero subterfugio de la dictadura para tapar la grave crisis interna y sus crímenes, pero no negaban los derechos argentinos”. En Ansaldo (2012:14), igual división se produjo entre exiliados socialistas residentes en México, de cuya discusión resultó el libro de Rozitchner (2005). En el plano local, el Movimiento de Integración y Desarrollo fue el primer partido que cuestionara el desembarco, aunque esa posición no fuese incluida en los diarios.

se invertía “la preeminencia de las fuentes textuales oficiales sobre las extraoficiales” y por lo tanto era falaz pero que convirtió en verdad mediática, tal como lo analiza Escudero (1996). Finalmente, se supo que el submarino referido jamás había salido de su base en Escocia⁵³.

También publicó algunas columnas que reflexionaban sobre la solidaridad latinoamericana (15/4/82), las gestiones diplomáticas que se estaban llevando a cabo (20/4/82), y las declaraciones de la OEA instando a la tregua y al diálogo (29/4/82). No obstante, estas alusiones a la faz diplomática del enfrentamiento, en un editorial publicado el día 2/5/82 reforzaba la representación de un país “puesto” en situación de guerra (“ha debido alejarse de la mesa del diálogo para empuñar con decisión las armas [reafirmando que ello sería así] por todo el tiempo que resulte necesario”. De este modo, la nota presentaba la particularidad de argumentar de tal forma que cualquiera fuera el resultado del enfrentamiento, el matutino saldría bien parado. Así en esta nota institucional como en la del día 5/5/82, si bien en una parte justificaba las acciones bélicas desarrolladas con el fin de recuperar el territorio usurpado, al finalizar apelaba al camino de la diplomacia en tanto se presentaran las condiciones que consideraba válidas; “no dejaremos, pues, en recomendar el camino de la negociación en cuanto ella sea posible y en cuanto exista alguna garantía de que ella conducirá por vías honorables. Los fines nacionales terminan por obtenerse siempre, cuando tras ellos se alinea un pueblo con nítida conciencia y sólida firmeza como es el nuestro, abarcando en ese término a las fuerzas armadas. Pero los estragos de la guerra no se reparan nunca y en ello deben pensar quienes tienen la posibilidad de la decisión en todas partes. La firme disposición a repeler la agresión por los medios existentes no está reñida –por el contrario- con la aptitud dialogante, siempre que ella esté asistida por la comunidad internacional en forma decorosa y razonable” (2/5/82).

53 En relación con el caso del submarino Superb, Verbitsky (2002) afirma que “fue una guerra psicológica más argentina que británica. Fue una guerra irreal”.

De este modo, el discurso legitimador del reclamo por la soberanía y la forma de llevarlo a cabo, no obstante sorteara el establecer la responsabilidad del gobierno en su concreción, se mantuvo en la agenda editorial del diario hasta el hundimiento del crucero General Belgrano.

Mientras tanto Malvinas

En el segundo momento identificado, en los editoriales analizados el discurso continuaba reforzando el imaginario de una nación unida tras la causa legítima que llevó a la guerra e incluía a otros actores vinculados con el conflicto. La construcción de la representación de un escenario de guerra polarizado en sus enunciados, contrastó la posición adoptada por los “aliados amigos” y los “solidarios con los ingleses”. Dentro del primer grupo, incluía a los que ya habían sido identificados en sus columnas, como la OEA y el respaldo de otros países del continente: *“la solidaridad latinoamericana ha sido amplia, como se vio en la reunión del órgano de consulta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), y ha alcanzado picos conmovedores en naciones cuyas raíces históricas se confunden con las nuestras, regadas por la sangre de los mismos héroes durante las luchas por la independencia”* (20 y 24/5/82) sumando también a *“la adhesión por la causa nacional”* de colectividades inmigrantes y residentes extranjeros (6/5/82)⁵⁴, lo cual venía a reforzar el imaginario de una identidad nacional forjada por dos vertientes que confluyeron en un mismo cauce: la heroica guerra independentista y el esfuerzo abnegado de los extranjeros.

La configuración de los “otros” alineados al oponente⁵⁵, incluía a la Comunidad Económica Europea y a EEUU, enmarcados en la

54 Guber (2001: 54) señala que las colectividades “desarrollaron una serie de actividades que se sumaron al fervor argentino en un conflicto internacional que los convocaba como aliados amigos”.

55 Ante la inminente llegada del Papa al país explicitaría nuevamente esta representación: “ha venido para manifestarnos una confianza y una solidaridad en las

rivalidad de occidente con la URSS (12/5/82). Por caso, a raíz de las sanciones económicas formuladas a la Argentina por el organismo antes mencionado (25/5/82) advertía con estilo predictivo: *“Occidente debe interrogarse con la mayor seriedad acerca de si el precio de su cohesión militar frente a su adversario soviético es el mantenimiento del colonialismo en las posesiones que todavía no han sido liberadas. Si fuera así, podría augurarse un curso aciago a los años restantes de esta década. Pues nadie podrá solventar solidaridades pisoteando los derechos de otros pueblos”* (18/5/82). En las afirmaciones puede observarse la utilización de la acechancia “comunista”, propia de la doctrina de la seguridad nacional y enarbolada después de 1976 como factor de cohesión interna, pero que a partir del conflicto bélico en el Atlántico Sur sería esgrimida para poner en duda su validez si lesionaba los derechos soberanos de países como el nuestro.

En relación con EEUU resulta interesante destacar un editorial que analizaba la entrevista efectuada por la revista brasileña *Veja*⁵⁶ a Ronald Reagan, porque presentándola como principio de autoridad, el matutino exponía las falsas expectativas de las fuerzas armadas argentinas de contar con el apoyo yanqui en Malvinas como reconocimiento a su actuación en la lucha contra los revolucionarios sandinistas nicaragüenses: *“Sobre la base de los principios generales que rigen las relaciones internacionales pudo suponerse que cualquier apoyo táctico brindado por el gobierno militar argentino en temas que hacían a la planificación de la diplomacia estadounidense era un aporte que no entrañaba reciprocidad, salvo que ella hubiera sido taxativamente convenida. Es lógico que fuera así. Una superpotencia como Estados Unidos tiene en nuestro tiempo responsabilidades globales e indelegables”* (11/5/82). *Clarín* exponía que esa interpretación podía

horas difíciles que, desde luego, no lo alinea en nuestro bando” (11/6/82).

56 La revista *Veja* fue fundada a fines de la década del 60, la de mayor circulación por entonces, y forma parte del emporio de publicaciones de la Editorial Civita en Brasil. Su línea editorial era ferozmente anticomunista.

haber sido un “malentendido” de la revista acerca de las declaraciones del presidente de la potencia americana, no obstante visibilizaba la posibilidad concreta, que luego sería confirmada.

Después del hundimiento del crucero General Belgrano, acción duramente criticada por el matutino (10/5/82), publicó una columna admonitoria titulada “*Pensar la Posguerra*” en la que reflexionaba acerca del devenir inmediato. Reafirmaba su argumentación sobre el cambio de época con estilo predictivo enunciando que “*el país ha dejado de ser el mismo después del 2 de abril. Tal afirmación es justa e implica la derrota de los exclusivismos y de las apuestas sectarias*”, por lo cual se dirigía a los actores de la sociedad civil para señalarles que debían abstenerse de efectuar demandas sectoriales descalificándolas como “*reivindicaciones menudas*” en tanto actuaba como asesor de la dictadura al esgrimir: “*el gobierno militar no podrá demorar innecesariamente el proceso democratizador ni perder la oportunidad de cerrar su propia gestión con broche de oro*”. Ante el primer acto bélico de consideración en el conflicto austral, insistiría con un mensaje de alto pragmatismo al resignificar la tragedia de la muerte de más de tres centenares de compatriotas, como un punto de inflexión que daría lugar al comienzo de “*la marcha hacia la democracia y la reconstrucción nacional [pues] aparecen en el horizonte como la perspectiva óptima para un país que se ha de refundar desde la sangre y las lágrimas*” (17/5/82).

Hacia fines de mes incluiría en un tono apologético en tres oportunidades la “intervención” del Papa Juan Pablo II⁵⁷, calificándola como: “*respuesta sabia*”, “*inspiradora modestia*”, “*ejemplar humildad*”. Primero refirió el inminente viaje que realizaría a la Argentina y que, a entender del diario, era motivado por cuestiones pastorales, no obstante pudiera traer consecuencias en la esfera política. Esta declaración formal era refutada con la conclusión editorial que tenía implícita una expectativa sobre la resolución del conflicto muy alejada del exitismo de los primeros días: “*Su palabra será como un bálsamo para*

57 Ante esta invocación, resulta insoslayable resaltar el rol que tuvo durante el conflicto por el Beagle.

las heridas de la batalla y contribuirá a afirmar la perspectiva de una paz digna” (27/5/82). Entonces insinuaba que la dignidad ya no quedaría sólo vinculada al sostenimiento de la soberanía territorial de las islas australes, sino también a la capacidad carismática del Papa.

La segunda columna se editó ante la inminente llegada de la máxima autoridad de la Iglesia Católica y a dos días de que el general Mario B. Menéndez se rindiera, con el inocultable cometido de preparar el ánimo de sus lectores ante la irreversibilidad de la derrota en las Islas. El diario entendía que el Sumo Pontífice expresaría un mensaje cuyos términos resultaban a priori, ajenos a la vida cotidiana de sus receptores, a quienes endilgaba -de manera generalizada y sin distinción de responsabilidades- sobre la “situación de violencia” atravesada por el país. Así, *Clarín* desarrollaba una explicación enmarcada en la teoría de los dos demonios, infrecuente hasta este momento en su columna editorial, al afirmar: “*El Papa hablará de paz en una tierra que vive en pleno estruendo bélico. El Papa hablará de derechos humanos en una comunidad que los ha violado demasiado a menudo en los últimos años, tanto con la estéril pretensión de instaurar una feliz y definitiva utopía revolucionaria, como con la sistemática represión de la disidencia y de las libertades individuales*” (11/6/82). En la última nota retomaba la noción de unidad ahora frente a la derrota: “*la compacta muchedumbre (...) la magnitud y el énfasis de la acogida, por la diversidad de quienes la protagonizaron —la gente humilde, la gente sencilla formaba legiones— y por la organización de un pueblo que se presentaba a él en el mismo momento en que estaba afrontando los mayores desafíos de su historia contemporánea*” (12/6/82). Resulta notorio que esta posición editorial, publicada cuando la última razón superior para permanecer en el poder que podía invocar la dictadura gobernante estaba a punto de desvanecerse y, cuando aún los representantes partidarios y de las distintas organizaciones sindicales, sociales y de derechos humanos no se encontraban en condiciones de alcanzar un significativo consenso per se, invocara la adhesión mayo-

ritaria a una figura de connotación universal para legitimar el camino que el diario proponía transitar: el de la paz.

Durante el período analizado *Clarín*, que no había cuestionado la legitimidad del reclamo por nuestro derecho soberano en Malvinas ni la de los medios implementados para alcanzarlo, emplearía, en las dos últimas notas consultadas, expresiones que resultan verdaderamente llamativas. En ambas reafirmó que la conflagración bélica no se produjo por la decisión de la dictadura de recuperar las Islas por la vía armada, por lo cual construyó un sentido de guerra no deseada: “*La Argentina, desde luego, está dispuesta a continuar la guerra que le es impuesta por la fuerza expedicionaria. Lo hará hasta el límite de sus fuerzas*” (24/5/82); “*injusta guerra austral a que nos somete el poder externo*” (12/6/82). Puede concluirse que o bien el matutino continuaba imbuido del sentido de la “causa justa” a la que refería Guber (2001), compartida por el imaginario social de la época, o bien, especular que la cúpula del diario⁵⁸ sabía que la idea original de los militares era ocupar y retirarse para negociar, por lo que no existía un plan concreto para su defensa y que la guerra fue resultado de un conjunto de improvisaciones.

Pensar la posguerra

Luego de la derrota y hasta finalizar el año *Clarín* dedicó sólo cuatro notas referidas a la guerra, alejadas del estilo triunfalista de los primeros tiempos. Una particularidad de los editoriales publicados en esta etapa, a diferencia de las anteriores, fue que los enunciados aludían a la responsabilidad del gobierno en las decisiones tomadas, a diferencia de las anteriores. Así en una nota publicada el día posterior

58 Luis Garasino acompañó a Galtieri a las islas. El presidente de facto era compañero de promoción del hermano del periodista y solía hablar francamente con él. Magnetto convocó semanalmente al periodista para preguntarle acerca de la capacidad de resistencia de las tropas y el nivel de conflicto al interior de las fuerzas (Sivak, 2013: 375).

a la rendición titulada “*Prioridad: la paz*”, combinaba los estilos crítico y admonitorio para señalar que era preciso “*transformar ese cese del fuego en una paz que fuera, a la vez, honrosa y permanente. Tal era anoche la definitiva responsabilidad del actual Gobierno*” (15/6/82).

Al respecto, *Clarín* reivindicaría un posicionamiento pacifista y negociador aludiendo a sus propios editoriales publicados el 2 y 5/5/82 en los cuales, como se ha podido apreciar, presentaba una duplicidad en el discurso editorial que le permitiría recomodarse luego de conocido el resultado de la guerra. De tal forma, su texto podría ser citado como principio de auto referencialidad, sea cual fuese el resultado de la misma. En efecto, el matutino remarcaba que siempre había abogado por una solución negociada: “*Tal ha sido nuestra posición constante. Ella rechazaba todo derrotismo: el esfuerzo empeñado en contrariar la agresión externa era el que permitía encarar con serenidad y cordura la vía de la negociación. También rechazaba todo triunfalismo: “el potencial de nuestro país era inconmensurable con el de Gran Bretaña, país que además contaba con el respaldo de Estados Unidos”*. Finalizaba la nota reflexionando acerca de la necesidad de “*restañar las heridas de la guerra. Esto último con la certeza de que la soberanía plena de la nación se alcanza movilizando sus enteros recursos naturales y humanos, y admitiendo la realización de cada uno de los sectores de la sociedad, como condición inexcusable para la plena realización del conjunto*” (15/6/82). De este modo, parecería que o bien el matutino de pronto podía evaluar cabalmente cual era la real situación de las fuerzas nacionales, o bien se atrevía a explicitar después del resultado la superioridad armamentística británica y su mejor posicionamiento en el “tablero internacional”, hasta ese momento silenciado deliberadamente en sus enunciados.

La última columna del mes de junio refería sobre la situación de los soldados argentinos en manos de los ingleses, equiparados erróneamente por el cotidiano con la “*situación de los refugiados*”. Luego de indicar las contradicciones entre las declaraciones de los oficiales y las de los miembros del gobierno británico en cuanto a la cantidad

precisa de los prisioneros (15.000 en un caso y 9.000 en otro), las posibilidades materiales de mantenerlos cuando aún recibían ataques y a las condiciones en las que se encontraban, ya que el vocero del Ministerio de Defensa británico Ian McDonald, sostenía que según los informes oficiales recibidos “*los argentinos se encontraban en malas condiciones y padecen de malnutrición, afecciones plantares, falta de refugio y ropas húmedas*”. Ante las versiones encontradas, el diario exigía admonitoriamente la “*palabra orientadora de alguna alta autoridad argentina*” y que ambos gobiernos asumieran la responsabilidad que les competía⁵⁹ colocándolos del mismo lado, en este caso, del que perjudicaba a “los argentinos”. Así reclamaba enfáticamente: “*La asistencia a los prisioneros no puede ser negada por las autoridades británicas ni demorada por las autoridades argentinas en base a ninguna consideración que no sea la necesidad de preservar a esos hombres del embate de los elementos y de las enfermedades, preservándoles salud y vidas, como primera e inexorable providencia*” (17/6/82). Resulta interesante subrayar que hiciera hincapié en las contradicciones o explicara que las condiciones materiales de las Islas no estaban preparadas para la cantidad de gente que en ese momento se encontraba transitoriamente, cuando por esos días otros colegas ya denunciaban el hallazgo, en Rosario y Comodoro Rivadavia, de tabletas de chocolate que portaban cartas de alumnos para los soldados (Lorenz, 2009: 69), el maltrato que habían sufrido y la falta de información oficial sobre las bajas, por caso el diario *El Día*.

Durante el mes de agosto, apenas pasados los estrépitos de la confrontación reclamaría en dos ocasiones, combinando el estilo crítico y admonitorio, aclaraciones por parte del gobierno acerca “*de los presupuestos sobre los cuales los responsables tomaron las decisiones de recuperar las islas*” (13/8/82)⁶⁰. Al respecto, solicitaba que respondieran a “los

59 Volvería a exigir acciones concretas del gobierno militar al aseverar: “las autoridades argentinas deben ejercitar rápidamente sus reflejos y hacer todo aquello que corresponda para evitar males mayores”.

60 Estas demandas se “mezclaban” en un editorial que analizaba los reclamos de la iglesia en relación con la información demandada por organismos de DDHH acerca

interrogantes levantados por esa acción [que] no han sido respondidos. Resulta incomprensible la falta de preparación diplomática, lo que llevó al aislamiento. Los hechos en el terreno político y militar desautorizaron todas las hipótesis divulgadas por los voceros oficiales. Las posibilidades ofrecidas por la negociación no fueron utilizadas con apego a la realidad. Falta aclarar en qué medida influyeron las motivaciones internas". Luego continuaba la retahíla de demandas sin hacerse cargo de lo que le competía, y como estrategia para reacomodar su discurso hacia atrás: *"Tampoco se comprende el ominoso triunfalismo de los medios de difusión de masas en manos del Estado hasta pocas horas antes del desapacible final. La ciudadanía apoyó con su sangre, sus bienes y su fervor la causa histórica de la reconquista de las islas. Merece explicaciones. No merece que todo lo ocurrido quede archivado como si fuera un incómodo delirio y no la pasión vivida por un pueblo consciente su destino"* (22/8/82).

La última nota dedicada al tema en ese año fue referida a las declaraciones del cuarto presidente de facto, Reynaldo Bignone, sobre la necesidad de buscar una solución pacífica para el conflicto del Atlántico Sur. Resulta útil anotar que a partir de la derrota calificara a la guerra como *"la batalla de Malvinas"* aunque no abandonara el subjetivema *"reconquista"*. En esta nota el diario mencionaba a los temas y a los actores incluidos durante la primera y la segunda etapas sugeridas, a las decisiones de la ONU instando a la negociación, a la resistencia inglesa al diálogo –aunque con un discurso menos efusivo que los previamente expuestos *"el gobierno de Londres se muestra renuente a negociar"*–, al apoyo de la opinión pública a la causa y a la necesidad de que el gobierno diese explicaciones sobre lo actuado ya que la

de los desaparecidos, tema que recién incluyó tímidamente en su agenda editorial en 1981. En este caso, y con su particular mirada, peticionaba: *"entrándose en la última fase del actual proceso, es evidente que debió haber un enérgico y convincente empeño por corregir las situaciones excepcionales cuya persistencia no hace sino remover inútilmente las heridas de quienes sufrieron consecuencias no queridas de la lucha antisubversiva, o prolongar las penas virtuales de detenidos sin proceso, incrementada, en muchos casos, por las características inadecuadas de los institutos de detención en los cuales se encuentran confinados por plazos increíblemente extensos"*.

contienda bélica “*quedaba a oscuras con respecto a cuáles fueron las hipótesis de referencia sustentadas por quienes tuvieron la responsabilidad de decidir las acciones del 2 de abril y se hallaban en condiciones de medir sus consecuencias, comenzando por la reacción de la comunidad organizada de naciones*”. También volvería a referir sobre el rol de los medios en el proceso de desinformación vivido durante la guerra, por supuesto autoexcluyéndose, al cuestionar “*la omnipotencia que exhibieron durante los combates los medios de comunicación de masas en manos del Estado, los cuales informaron metódicamente en forma triunfalista, hasta que ello se transmutó repentinamente en amarga derrota*”. Finalizaba confirmando a su discurso un fuerte tono admonitorio: “*solamente una Argentina que retome el camino de la democracia política, el crecimiento económico y la justicia distributiva podrá recuperar el lugar perdido en América y en el mundo*” (7/11/82). En este párrafo causa sorpresa la similitud de las consignas propuestas por el diario con las tres banderas históricas enarboladas por el peronismo. Se podría especular que la redacción del editorial estuvo a cargo de Alejandro Horowicz. Según Sivak (2015) entre quienes colaboraron de la redacción con los editoriales “*Morales Solá, los escasos políticos. Se pidieron auxilios a periodistas ajenos a la mesa chica, Luis Gregorich y Alejandro Horowicz, entre otros. Le solicitaban textos – evocó Horowicz- que parecieran desarrollistas pero no midistas*”.

Consideraciones finales

El análisis de los editoriales de *Clarín* sobre la Guerra de Malvinas durante 1982 permite distinguir algunas particularidades sobre su posicionamiento. En primer lugar, la trascendencia del acontecimiento ameritó que le destinara gran cantidad de columnas institucionales, contrastando con el escueto número de notas dedicadas por lo general a otros actores y problemáticas.

De inmediato *Clarín* construyó a través de varias estrategias un imaginario legitimador de la guerra. Por caso, apeló a la idea

de “recuperación” y la de “reconquista” para referir a la ocupación concretada el 2 de abril, incorporando enunciados con una fuerte carga dogmática, que construían un sentido triunfalista. Esa representación de la instancia bélica se organizó en torno a una lógica argumental polarizada que identificaba a los “socios de la Argentina” (los países latinoamericanos, la OEA) y los “amigos de los británicos” (CEE, EEUU), y que se definían a partir de subjetivemas de carácter positivo y negativo, respectivamente. Explicaba que la causa real de la confrontación era el vetusto colonialismo inglés, descontextualizado dentro del nuevo orden de las relaciones internacionales al tiempo que evaluaba inadmisibles esa contradicción entre dos naciones de Occidente y recordaba que el verdadero enfrentamiento era con el mundo hegemonizado por la URSS. En este punto también resaltaba la obstinada negación británica para negociar.

Durante todo el lapso abordado pueden identificarse tres momentos. En el primero (en abril, desde la ocupación de las Islas hasta el hundimiento del General Belgrano) y en el segundo (durante mayo y junio, hasta la rendición argentina) el matutino puso en práctica las estrategias ya expuestas al tiempo a que abordaba diversos temas, algunos relacionados con los actores previamente mencionados e incorporando otros nuevos como la figura del Papa Juan Pablo II entre fines de mayo y principios de junio. El tercer momento es el que abarca la posguerra.

Los enunciados subrayaron el apoyo popular ante la decisión de los militares reconociendo la justicia del reclamo y, luego, ante la llegada de la máxima autoridad de la jerarquía católica. En los meses en que se desarrolló la guerra omitió referir a las autoridades como sujetos activos señalando apologeticamente el desempeño de las tropas y fuerzas militares.

Una vez finalizada la contienda *Clarín* dedicó escasas notas al tema, y en las mismas intentó desdecirse de su discurso previo, advirtiendo a sus lectores que siempre había bregado por la negocia-

ción, lo cual no deja de ser cierto, pero que resulta una apreciación sesgada ya que el examen de las columnas efectuadas da cuenta de que su posicionamiento no fue crítico con respecto a la forma en que Galtieri y la Junta Militar decidieron recuperar la soberanía de las Islas. De igual manera, incluyó en estos enunciados requerimientos a las autoridades militares para que diesen respuestas sobre las causas que motivaron la decisión de la ocupación, el desarrollo estratégico de la contienda y una fuerte objeción al sistema de los medios por desinformar a la opinión pública. Por cierto, el matutino no se hizo cargo de lo que le competía en relación con ese tema. También incluyó temarios relacionados con los DDHH hecho que da cuenta de su viraje editorial.

De esta manera, *Clarín* intentaría ajustarse a los tiempos de cambios que advenían y para ello necesitaba refundar su imagen, alejándose del gobierno dictatorial, del que continuaba siendo socio de la empresa papel prensa, y abandonado el ejercicio del *periodismo hermesiano*.

Referencias bibliográficas

- Ansaldi, W. (2012) “La Memoria como cuestión política. A propósito de Malvinas” En: Revista de la Facultad de Ciencias Sociales/UBA, Dossier, N° 80, abril.
- Blaustein, E; Zubieta, M. (1998). Decíamos ayer. Ed Colihue. Buenos Aires.
- Borrat, H. (1989). El periódico, actor político. Ed. Gili. Barcelona.
- Borrelli, M. (2008). “El diario de Massera”. Historia y política editorial de Convicción: la prensa del ‘Proceso’”. Ed. Koyatun. Buenos Aires.
- Canelo, P. (2008). El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone. Ed. Prometeo. Buenos Aires.
- Cardoso, O.; Kirschbaum, R.; Van der Kooy, E. (1983). Malvinas, la trama secreta. Ed Sudamericana-Planeta. Buenos Aires.

- Díaz, C. (2009). *Nos/otros y la violencia Política*. The Buenos Aires Herald, La Prensa y El Día 1974-1982. Ediciones Al Margen. La Plata.
- _____ (2009b). “Viola, la crisis y la participación ciudadana en las agendas de La Nación y Clarín”. En XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia CD ROM Ponencias.
- _____ (2011). “La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”. En Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp.). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Eudeba. Buenos Aires.
- Díaz, C., Giménez, M., Passaro, M. M. (2011). “Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”. En: Saborido J. y Borrelli M. (comp.). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Eudeba. Buenos Aires.
- _____ (2011a). “La Nación y Clarín: Los inicios de un prudente distanciamiento con la dictadura”. En: *Anuario de Investigaciones 2007/2008*, FPCS, vol 7, pp. 53-62.
- _____ (2011b). “Clarín, los medios y la Ley de Radiodifusión: la calidad, la soberanía y la seguridad nacional”. En *Anuario de Investigaciones 2007/2008*. FPyCS -UNLP, pp. 207-217.
- _____ (2014). “Clarín y una particular mirada sobre la libertad de expresión durante la guerra de Malvinas”. En: XV REDCOM, Cd room ponencias.
- _____ (2014a). “Clarín, la libertad de expresión y un giro copernicano en el discurso editorial durante 1982”. En: *Anuario de Investigaciones XII*, FPyCS, La Plata, aceptado para su publicación.
- Díaz, C., Passaro, M. M. (2009). “Papel Prensa y la dictadura. Una historia de silencios, alianzas y oposiciones”, En: Verano, A. (comp.). *Medios de comunicación en Argentina: diagnóstico y perspectiva*. La Plata. EPC.

- _____ (2012). “Imaginarios de guerra: la agenda editorial de El Día frente a Malvinas”. *Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura*. UNLP. Año 18, N° 28, páginas 33-48.
- Escudero, L. (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, FCE.
- Herrescher, R. (2007). *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Tusquets.
- López, J. I. (2008). *El hombre de Clarín. Vida privada y pública de Héctor Magnetto*. Ed. Planeta. Buenos Aires.
- Llonto, P. (2003). *La Noble Ernestina*. Ed. Astralib. Buenos Aires.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas: Una guerra argentina*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires
- Martínez Albertos, J. L. (1974). *Redacción periodística. Los estilos y los géneros en la prensa escrita*. A.T.E. Barcelona.
- Menéndez, M. I. (1998). *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*. Eudeba. Buenos Aires.
- Mochkofsky, G. (2011). *Pecado Original. Clarín, los Kirchner y la lucha por el poder. Espejo de la Argentina-Planeta*. Buenos Aires.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*. Ed. Fundación Ross. Rosario.
- Ramonet, I. (1998) *La tiranía de la comunicación*. Ed. Debate. Madrid.
- Rivadeneira Prada, R. (1986). *Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*. Ed. Trillas. CDMX.
- Rozitchner, L. (2005). *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia. El punto ciego de la crítica política*. Ed. Losada. Buenos Aires.
- Sigal, S. (2006) *La playa de Mayo una crónica*. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

- Sivak, M. (2013). Clarín. El gran diario argentino. Ed. Planeta. Buenos Aires.
- Thompson, J. B. (1998). Los media y la modernidad. Ed. Paidós. Barcelona.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2006). Estrategias de la investigación cualitativa. Ed. Gedisa. Barcelona.
- Verbitsky, H. (2002). Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial. Ed. Sudamericana. Buenos Aires.

La involuntaria defensa de la libertad de prensa por parte de Clarín ante la guerra de Malvinas⁶¹

*César “Tato” Díaz, Mario Jorge Giménez
y María Marta Passaro*

En el transcurso de casi cuarenta años de democracia ininterrumpida en nuestro país, los actores políticos que intervinieron en el sistema institucional durante la dictadura cívico-militar (1976-1983) han sido interpelados públicamente. Así, las fuerzas armadas, los partidos políticos, los sindicatos, la iglesia católica y los medios de comunicación debieron “someterse”, en algunos casos, a la requisitoria periodística, en otros a los estrados judiciales y todos a los estudios académicos. Es precisamente en el ámbito de la Universidad pública donde mediante indagaciones académicas se ha estudiado desde más de dos décadas a los medios gráficos, para cuyo análisis se ha establecido algunas categorías para interpretar sus posicionamientos como actores políticos (Borrat, 1989).

Se ha corroborado que el compromiso de los medios en la construcción del golpe de 1976 (Díaz, 2002) y el aval brindado en los comienzos de la dictadura con el fin de restaurar el “orden” y eliminar al “enemigo subversivo” esgrimiendo un discurso de “seguridad nacional”, no convirtió a todos en meros dispositivos de los golpistas, ni les impidió a algunos adoptar posicionamientos divergentes ante algunas de las políticas ejecutadas por el Proceso de Reorganización

61 Este trabajo originariamente fue una ponencia realizada en contexto del XV Congreso REDCOM bajo el nombre de “Clarín y una particular mirada sobre la libertad de expresión durante la guerra de Malvinas”

Nacional (PRN). Al respecto, puede señalarse que el primer punto de ruptura fue la conformación de la empresa Papel Prensa S.A. que vinculó al Estado terrorista con sus “socios” *La Nación*, *La Razón* y *Clarín*. Esta bifurcación de caminos, condujo a los medios “no socios”⁶² a ejercer un “*periodismo pendular*” (Díaz, 2009) que se caracterizó en las columnas editoriales por la impugnación de ciertas medidas, así como también de una serie de reclamos a la Junta Militar (JM) en el orden del respeto por los derechos humanos, la libertad de expresión, la vigencia de la actividad política, al tiempo que evidenciaban su aval a otros aspectos de la gestión, por caso el plan económico. Por su parte los “socios”, y entre ellos el medio que aquí se estudia, adoptaron un comportamiento “*hermesiano*”. Al igual que el dios griego, *Clarín*, ofició de “mensajero” de la dictadura. Supo tergiversar la realidad y orientar la opinión, cual si fueran los mojones que ayudaban a los caminantes en la antigua Grecia (Díaz, 2011) presentándose como intérprete y amplificador del pensamiento dictatorial.

El presente trabajo analiza el discurso editorial de *Clarín* sobre la libertad de expresión durante la guerra de Malvinas (2/4/82-14/6/82) considerando la situación de los medios de comunicación y de otras manifestaciones culturales.

La seguridad nacional y el periodismo entre 1976 y 1982

Durante los primeros meses de la dictadura cívico-militar, en consonancia con los mensajes emanados desde las esferas oficiales, *Clarín* denunciaría editorialmente a la “subversión” como enemiga del país pues atentaba contra el Estado, y la argentinidad en la que éste se fundaba. Por ello legitimaba las políticas comunicacionales negativas adoptadas por el poder ejecutivo nacional (PEN) y explicaba que la prensa aceptaba “*la vigencia de ciertas restricciones (...) porque es consciente de que ella debe también efectuar su aporte al*

62 Véase en este mismo libro la parte anterior

combate contra la subversión. En tal sentido la prensa nacional no tiene dificultades con un gobierno que persigue idénticos fines (...) Dentro de este contexto, mal puede hablarse de prensa amordazada o de inexistencia de adecuadas garantías para el ejercicio de la tarea de informar” (2/8/76). Un año después, cuando su carácter de “socio” empresarial del Estado terrorista se había consumado, perseveraría en esta prédica manifestando que “en la actualidad los medios electrónicos de difusión masiva constituyen verdaderos arsenales de guerra (...) la información, debe estar atada a la seguridad. En ambos ámbitos, cuanto más se afirme la personalidad nacional, tanto mayor será la libertad” (1/8/77). De esta forma, avalaba una concepción de la libertad de expresión subsumida bajo la doctrina de seguridad nacional ejercida en defensa de una Nación que se consideraba en peligro. Esto explica que, durante esos años, su sección editorial hiciera una omisión sistemática de las violaciones a los derechos humanos, aun cuando ellas lo afectaban directamente. Por caso, ante la desaparición del director de su propio suplemento literario, Carlos A. Pérez, no sintió responsabilidad de jerarquizarlo en su columna editorial, mientras que el secuestro del redactor de la agencia del matutino en Neuquén, Enrique Esteban⁶³, no sólo demoraría casi un mes en recibir tratamiento en esta columna sino que además al hacerlo ponía el acento en que ese hecho “no hace sino dar pábulo a la injusta campaña de desprestigio contra la Argentina que se libra en el exterior” (18/8/78). Esta preocupación evidenciada por el supuesto perjuicio ocasionado a la imagen del país, antes que, por el padecimiento de un colaborador, ratifica su adscripción a los postulados de la doctrina de seguridad nacional, en virtud de la cual los personeros del PRN manifestaban

63 Sobre ambos casos, P. Llonto (2003: 135-144) asevera que “En Clarín no se hablaba de desaparecidos (...) Avelina García de Pérez estaba convencida de que LA VIUDA [de Noble] podía haber salvado la vida de su hijo y no lo hizo (...) Mejor suerte tuvo Enrique Esteban, el corresponsal en Neuquén a quien una patota vinculada con la Marina se lo llevó de su casa junto a su esposa el 23 de julio de 1978”, por quien realizó importantes gestiones su suegro y también periodista de Clarín, Enrique Oliva conocido por su seudónimo François Lepot, quien actuó como corresponsal de este diario durante la guerra de Malvinas en Europa.

que las denuncias formuladas por los exiliados formaban parte de una “campaña antiargentina”.

Con relación a los medios audiovisuales, así como esgrimía un discurso militar (Rodrigo Alsina, 1991) al calificarlos como imprescindibles en la lucha contra la “*subversión*”, hacía lo propio para destacar su rol en la defensa de la soberanía nacional en las zonas fronterizas y también como modeladores de conductas infanto-juveniles. Mientras tanto, se desentendía de opinar sobre los aspectos financieros vinculados con las onerosas erogaciones efectuadas para la transmisión cromática del Mundial de fútbol de 1978.

En su discurso editorial se autopostulaba como vocero del país y el conjunto de la sociedad al tiempo que construía sentido en torno a la idea de que existiría una supuesta entente integrada por los medios, el gobierno y la comunidad. Este argumento le permitía erigirse en principio de autoridad para abogar por la aprobación de una ley de Radiodifusión. Cuando el 15 de septiembre de 1980 el Poder Ejecutivo Nacional sancionara el decreto-ley 22.285 fundado en la doctrina de seguridad nacional, se sumiría, como ante otros sucesos de trascendencia, en un silencio editorial. En tanto, las notas de esa sección reafirmarían su alianza con la dictadura, al remarcar la “*responsabilidad*” con la que actuaron en esa etapa el conjunto de los medios de comunicación al tiempo de abogar por la necesidad de la reconciliación nacional (Díaz, Giménez, Passaro, 2011b).

En este punto se debe advertir que el posicionamiento institucional de Clarín sufrió una ruptura a partir de 1981, ya que, del predominante discurso militar, pasó hacia posiciones más “*conciadoras*”. Por esa razón, se volvería frecuente el uso de sintagmas como “*prudencia*”, “*serenidad*” y “*equilibrio*” reclamadas a la labor periodística y también a la gestión dictatorial (Díaz, Giménez, Passaro, 2006). Este posicionamiento estuvo relacionado con la fase de “*agotamiento*” (Quiroga, 1994) del PRN ante el estallido del plan económico y el acrecentamiento de la deuda externa, así como también por su propia crisis interna que derivó en el desplazamiento

del general Roberto Viola por el general Leopoldo Galtieri en diciembre de 1981. La irrupción del tercer dictador en la presidencia y sus primeros gestos de concretar un viejo anhelo procesista de conformar una fuerza partidaria que lo heredara (Ministerio de Defensa, 2014: 39), durarían el tiempo que necesitaba para concretar la recuperación territorial de las Islas Malvinas, no sin antes enunciar una política económica de profundización del modelo iniciado por Martínez de Hoz en 1976. Si hasta ese momento el devenir procesista proponía más interrogantes que certezas, mayor aún sería la incertidumbre sobre el rumbo que tomarían los acontecimientos en el plano político-institucional a partir de la recuperación transitoria de las Islas en el Atlántico Sur el 2 de abril de 1982 y su consecuencia inmediata: la guerra contra el imperio británico y su socio norteamericano de la OTAN que finalizaría el 14 de junio de 1982.

El periodismo entre la libertad de opinión y la guerra psicológica

Después de haber justificado la represión contra medios y periodistas, *Clarín* debía afrontar el desafío de posicionarse ante las restricciones al ejercicio del periodismo durante la conflagración austral; incluso de aquellas que excedían al gobierno de facto. Por caso, ante el boicot declarado por la Sociedad de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines (S.D.D.R.A.) contra el *Herald* por considerarlo un diario “enemigo”; el matutino afirmaba: *“es indudable que los distribuidores han buscado una forma de adhesión acorde con su ámbito de actividades. Pero su actitud no ha resultado afortunada, aunque nadie pueda dudar de las buenas intenciones que la motivaron”*. Si bien no convalidaba la medida de fuerza, lejos de condenarla, emitía un mensaje condescendiente para “victimario” y “víctima”. Para ello, utilizaría un discurso apologético con el objetivo de realizar un encendido elogio del *Herald* tomando como principio de autoridad, además de sus ciento seis

años de vigencia en nuestro país, su carácter *“técnicamente solvente, que ha tenido muchas opiniones severamente adversas a los poderes de turno, pero que siempre las ha expresado con serenidad y equilibrio”*, cualidades, estas dos últimas, valoradas por *Clarín* como imprescindibles para transitar la etapa examinada. Además, para fortalecer su estrategia de apoyo a la conducción del PRN, desautorizaba la imputación efectuada por el sindicato de canillitas, utilizando como principio de autoridad la actitud de la Junta Militar, y explicaba que si fuera un diario *“enemigo”* hubiera sido sancionado cuando era *“evidente que las autoridades no lo han hecho”*.

En aras de consolidar su postura conciliadora, efectuaba un llamamiento no sólo a los actores involucrados en el conflicto de maras, sino al conjunto de la sociedad. De esta manera, se presentaba como vocero de una voluntad unánime y, para legitimar la autoridad del PEN, reclamaba *“confianza en que los poderes públicos han de asumir plenamente sus funciones y responsabilidades, todo ello contribuirá a los fines buscados por todos los hombres y mujeres del país, sin necesidades de incurrir en actitudes apasionadas que puedan ocasionar un resultado distinto al que se procuraba”*. Al tiempo que se dirigía de manera admonitoria mas no imperativa a los canillitas, para hacerles notar su seguridad en que *“han de reflexionar sobre la situación planteada”*, y a las autoridades pues *“el Gobierno debe hacer escuchar su voz en defensa de los valores que es preciso preservar, como la libertad de opinión y de prensa”*. Su intervención, mediante construcciones argumentativas que eludían la confrontación, optaba por justificar las distintas conductas y evitaba la formulación de imputaciones mediante adjetivaciones sentenciosas que pudieran *“perturbar”* el clima de armonía pretendido, pues consideraba a los actores examinados como parte de un *“nosotros”* que *“estamos viviendo circunstancias muy difíciles [y por ello] la prudencia es preferible a otras actitudes”*.

Al momento de precisar cuáles eran esas *“circunstancias”* retomaba aquella estrategia planteada en los primeros años del PRN y hacía

notar su preocupación por “una campaña contra nuestro país⁶⁴, con epicentro en Londres, según la cual la reconquista de las Malvinas no es – como efectivamente ocurre – la consecuencia del sentimiento de todo un pueblo, sino la resultante de ‘las ambiciones de un gobierno dictatorial’”; y aclaraba que la “campaña antiargentina” era ejecutada mediante una “guerra psicológica⁶⁵ [que] ha sido refutada ya por los hechos, que son harto elocuentes, en el sentido de la cohesión popular en torno a la acción emprendida por las Fuerzas Armadas”, al tiempo que volvía a aceptar las restricciones que sufría el periodismo cuando abogaba por el “mantenimiento irrestricto de la libertad de prensa, salvo para noticias que puedan afectar la defensa nacional” (9/4/82).

No obstante, el “agotamiento” del proceso, se mantenía vigente su dispositivo represivo; por lo cual las detenciones y secuestros de periodistas seguían al día. *Clarín* adoptaba una actitud ambivalente frente a los mismos ya que ignoró en su espacio editorial la detención de tres periodistas británicos⁶⁶ producida el 13 de abril en tanto opinó acerca del secuestro de cuatro cronistas extranjeros, tres británicos y uno norteamericano. En este caso volvería a dar muestras de la moderación que reclamaba limitándose a expresar “parece un caracte-

64 Precisamente similares conceptos emplearían los canillitas para anunciar el levantamiento de la medida, que fueron citados textualmente en un editorial por el diario “no socio” *La Prensa* el 20 de abril de 1982: “con el fin de no dañar la imagen argentina en el interior y exterior del país, en lo que respecta a la libertad de prensa”. Véase (Díaz, Giménez, Passaro, 2010)

65 Al respecto, cabe mencionar el triste lugar que ocupó *Clarín* durante 1982, al propagar una falsa información sobre la presencia de submarinos nucleares británicos en el Atlántico Sur. Véase un detallado examen en L. Escudero Chauvel (1996: 163) quien demuestra como un rumor se transformó, a partir de los relatos del diario en un “mundo posible”, en el marco de la guerra psicológica desarrollada por los británicos y facilitada por la construcción del relato periodístico.

66 El periodista argentino exiliado Rodolfo Terragno, que se desempeñaba como corresponsal en Londres de *El Diario de Caracas* (2002: 58) señalaba “(17 de abril), el Foreign Office informó que tres periodistas británicos, uno del *Sunday Times* y dos del *Observer*, se hallan ‘perdidos’ en la Argentina: sus periódicos no han sabido de ellos desde el domingo pasado. El *Diario de Caracas* pudo averiguar que los tres periodistas se hallan detenidos en Ushuaia, Argentina, acusados de violar la ley 21.328 de espionaje militar. Al parecer, fueron sorprendidos tomando fotografías en una zona prohibida, en la base naval de Puerto Belgrano”.

rizado disparate hostigar a esa prensa". Resulta por demás llamativo que, en lugar de condenar enfáticamente el atropello, se refiriera a un delito penal como si constituyera una acción carente de buenos modales y, por ende, bastara con un mero llamado de atención para sancionar sus ejecutores, limitándose a expresar: *"los autores de los secuestros deben ser calificados simplemente como irresponsables"*. Es probable que el diario concibiera que quienes habían privado de la libertad a los periodistas extranjeros fueran miembros de las fuerzas de seguridad y, en su afán de sostener la armonía que planteaba debía reinar en el país para afrontar una guerra internacional, considerara inconveniente dirigirse a las autoridades de manera admonitoria. Precisamente, mediante un estilo apologético, hacía notar la *"sensatez"* del Ministro del Interior quien repudió *"enérgicamente el secuestro y los vejámenes que sufrieron"*, aclarando al respecto que con esa actitud lograría *"paliar el impacto que tales hechos alcanzaron en el exterior, aunque probablemente no lo habrá borrado"*. Resulta evidente que, a *Clarín*, más que la situación de los cronistas anglófonos o la actuación de las autoridades, como en el caso anteriormente tratado, le preocupaban las repercusiones que el atropello pudiera ocasionar a nivel internacional, presentándolas como *"verdaderas trabas para el éxito de las difíciles negociaciones que se llevan a cabo en las Naciones Unidas"*. Mientras que, mediante un estilo explicativo aclaraba que la campaña *"antiargentina"* no había comenzado con el enfrentamiento en el Atlántico Sur, sino que su origen se encontraba *"en la mala imagen configurada a raíz del problema de los derechos humanos, secuela de la lucha anti insurgente oportunamente librada por las Fuerzas Armadas"*. De este modo, tomaba distancia de la explicación brindada en la nota anterior en la cual estimaba que el hostigamiento extranjero tenía su origen en el carácter dictatorial del gobierno y la falta de apoyo popular a la recuperación de las Malvinas, asumiendo en esta oportunidad que la repulsa externa se centraba en las aberraciones cometidas a raíz de las directivas emanadas de la Junta Militar gobernante conforme a un plan represivo, presentadas desde la perspectiva

del diario como el “problema” de los derechos humanos. De hecho, la inclusión en su enunciado editorial del término “guerra sucia” no representaba un cambio ideológico del diario. Por el contrario, consideraba que la cancillería debía abocarse a subsanar los crímenes de lesa humanidad cometidos por los grupos de tareas de las FF.AA. y de seguridad para sanear la imagen externa]: *“la diplomacia argentina debería impulsar aceleradamente la solución posible de todos los episodios internacionales remanentes de la ‘guerra sucia’ contra la insurgencia, a fin de ampliar el espacio de credibilidad alcanzado por el país en el mundo [y] demostrar al mundo que el problema de los derechos humanos surgió como resultado de circunstancias aciagas, pero no constituye una metodología”*. Nótese que el matutino ejerciendo el periodismo hermesiano negaba la aplicación de un plan sistemático de exterminio. Finalizaba la nota con estilo admonitorio y en el rol de representante de la opinión pública que, ya indicamos, manifestaba: *“la Argentina, que ha respondido por la voz unánime de su pueblo apoyando la reconquista de las Malvinas y sus dependencias, necesita hoy, sobre todas las cosas, responsabilidad y mesura en el manejo de los asuntos públicos”* (13/5/82).

El mes de junio da cuenta evidente del intento de maquillar su posición ya que adoptó el silencio editorial ante la clausura por setenta y dos horas que le aplicara el Poder ejecutivo nacional a la agencia *Noticias Argentinas*⁶⁷ y al diario editado en Comodoro Rivadavia *El Patagónico* sin embargo dedicó una nota a la libertad de prensa titula-

67 “Fue la única agencia clausurada por la dictadura militar durante la guerra de las Malvinas (1982), por informar fehacientemente sobre la evolución desfavorable para la Argentina del conflicto bélico”, véase <http://www.noticiasargentinas.com/nuevosite/tpl.institucional.php?ID=10> . Por su parte, el diario *El Día*, miembro de la agencia sancionada editorializaba su denuncia “no tiene sentido que el Secretario de Información Pública, señor Rodolfo Baltiérrez, afirme que la medida se aplica ‘por violar la seguridad nacional y comprometer el desarrollo de las operaciones militares’. Esta discriminación se torna aún más significativa cuando se recuerda que el titular de la Sociedad Interamericana de Prensa perteneció, como periodista, a un diario que difundió la noticia y que, además, es fundador de una agencia [Diarios y Noticias] que pretende competir con la ahora clausurada” (6/6/82). Sin dudas se refería al diario aquí examinado

da “*Prensa libre, prensa creíble*” el medio ensayaba el panegírico de la actuación periodística, tal como en los primeros años de la dictadura, alegando que “*siempre, en los momentos más difíciles de la vida nacional, la prensa argentina que ha defendido y defiende celosamente su libertad y su independencia, ha hecho aportes invalorable para conjurar los desafíos históricos y para elegir los caminos que conduzcan a un futuro sin sobresaltos*”. Si bien podría suponerse que apelaría a un estilo admonitorio, para señalar cuáles eran los “*caminos*” que conducían al “*futuro*” anhelado, tan sólo se limitaba a enunciar que el sistema democrático⁶⁸, como si efectivamente funcionara en la Argentina, se fundaba en la calidad de la información recibida por el pueblo, pues: “*el presupuesto de la democracia y de su cohesión es el conocimiento por todos los ciudadanos de lo que ocurre en el país y en el mundo sin cortapisas ni deformaciones*”. Este discurso, si bien no explicitaba un destinatario específico, podría interpretarse como un mensaje elíptico a los gobernantes para que no profundizaran los condicionamientos a los miembros del mundo periodístico, pues “*una prensa que se sienta hostigada o que sea dirigida o censurada será en cambio un factor de disgregación en la medida misma en que las noticias que comunica, cuando estén homogeneizadas, no serán ya confiables*”⁶⁹. La gente buscará otras fuentes con el resultado lógico de un crecimiento de las versiones y la propagación de falsos mensajes”. En este pasaje, volvía a recurrir a un sintagma muy usual en los primeros años de la dictadura, tal como “*disgregación*” para advertir sutilmente a la Junta Militar, en su rol de “*socio*” fundamentalmente ideológico, que era necesario reacomodarse al nuevo ánimo social.

68 Un año atrás, poco antes de asumiera el segundo dictador, general Roberto Viola, el matutino se habría manifestado contra quienes alentaban salidas democráticas aceleradas. Véase Díaz, Giménez (2009b).

69 Al finalizar la dictadura de Videla expresaría “el ejercicio de la libertad de prensa constituye un requisito indispensable. Y su ausencia no solamente desjerarquiza y desdibuja el proceso sino que amaga con un peligro aún mayor: el surgimiento de un abismo entre la Argentina oficial y la Argentina inexpresada” (CL, 13/7/80).

El relato explicativo discurría en reflexiones que a simple vista eran incompatibles con el régimen autocrático imperante por caso: *“el pluralismo en libertad de prensa es necesario, porque cada comentario es representativo de un fragmento del espectro de la opinión pública”*. Como en otras notas durante el conflicto por las Malvinas, el diario reiteraba su postura pragmática ofertándoles a los mandantes castrenses la tarea periodística para producir consensos ejemplificando, de manera jactanciosa que en la presente guerra *“ningún corresponsal extranjero, leyendo la prensa argentina, en sus vertientes y formatos más diversos, habrá podido dudar de que la reivindicación de las islas Malvinas es asumida por todos los argentinos y hasta por todos los hombres y mujeres que habitan nuestra tierra”*. En estas aseveraciones puede notarse la reafirmación del principio de autoridad de colectivos absolutos *“ningún”, “todos”,* al tiempo, que volvía a insistir con su estrategia destinada a *“desbaratar”* uno de los aspectos de la confrontación con el Reino Unido, enfatizando que, *“el intento de la guerra psicológica extranjera de presentar la reconquista del archipiélago como la aventura de un régimen para perpetuarse, y no como la pasión de todo un pueblo, falló por la base”*.

No obstante, seguiría sacando provecho del vértice en el que elegía posicionarse como vehículo portador de *“verdades”* entre la dictadura y la comunidad para hacerle notar a las autoridades, en nombre de la ciudadanía, que *“el pueblo tomó sobre sí sus responsabilidades, con el mismo énfasis con que espera que el Gobierno cumpla las suyas. Y ello fue posible, en verdad, gracias a la libertad y el pluralismo de la prensa. La cual, de haber estado bajo veedores, o bajo censura, no hubiera sido creíble y hubiera restado credibilidad al Gobierno, no solamente en el plano interno, sino también y sobre todo en el exterior”*. De resultas que el matutino, no sólo hacía tabla rasa con todas las políticas punitivas ejecutadas en materia legal sino que también omitía los mecanismos censorios propios del terrorismo de Estado. Para reafirmar esta postura, daba cuenta de que no respondía a una situación estrictamente coyuntural sino a un evidente compromiso

con su “socio” dictatorial al enunciar *“no es apenas una actitud de estos días. Durante todo el actual proceso militar, la prensa argentina ha demostrado un alto grado de madurez, el cual quedó patente en los años difíciles de la lucha contra la subversión, cuando el remolino de las pasiones hacía necesario afirmarse en la serenidad y el equilibrio, para impedir la disgregación del Estado y, al mismo tiempo, defender los derechos humanos”*. De esta forma, a pesar de no haber empleado esta sección para dar cuenta de la represión ilegal durante los años más intensos, aprovecharía la guerra de Malvinas para incorporar la defensa de los derechos humanos de una manera pragmática y, como ya lo había explicitado, con el objetivo de enfrentar la *“guerra psicológica”* que proponían los aliados de Gran Bretaña. Para concluir, señalaba de manera inequívoca que el conjunto de dificultades con las que se enfrentaban los argentinos no podían ser atribuidas de manera exclusiva a la dictadura instaurada en marzo de 1976, involucrando en esta materia al último gobierno peronista elegido en 1973, al indicar que *“la última década ha sido, para el pueblo argentino, fuente de muchas frustraciones”*⁷⁰. Seguidamente hacía explícito su papel “hermesiano” para actuar como legítimo vocero del mensaje dictatorial, al enfatizar *“la libertad de prensa —una prensa que ha demostrado su alto fervor patriótico sin dejar nunca de informar con veracidad y con credibilidad— constituye una conquista irrenunciable. Ayer, un mensaje de la Junta Militar en el Día del Periodista subrayó similares conceptos. Es de aguardar que ello baste para desalentar las versiones, que circulaban al mismo tiempo, sobre eventuales controles que serían impuestos a la labor informativa y a la libre circulación de las ideas. Ello sería un error, y seguramente algo más por sus inevitables consecuencias”* (8/6/82). La locuacidad de la construcción argumentativa del editorialista podría eximir de reiterar cuál era el tenor del vínculo que unía al medio que

70 Similares conceptos pueden apreciarse en el prólogo del libro “Malvinas, la trama secreta” (Cardoso, Kirschbaum, Van der Kooy, 1983: 11) donde se afirma “como con tantas otras cosas de la castigada Argentina de la última década, no queda más remedio que revisar el pasado como única esperanza de que no se lo repetirá”.

se examina con el Estado Terrorista, no obstante se debe reconocer que también hacía notar a los mandantes castrenses, en su carácter de actor político, la incertidumbre de lo que pudiera ocurrir con los reclamos por los DDHH a las puertas de una rendición en las Islas Malvinas que traerían aparejadas desconocidas derivaciones. Seguramente, *Clarín* buscaba llamar la atención sobre la imprevisibilidad del derrotero a transitar en la posguerra y, convencido como estaba del rol que los medios podían cumplir, intentaba persuadir a la Junta Militar del desatino que sería afrontar las consecuencias sin contar con el auxilio del periodismo.

Libertad de expresión y cultura nacional

Coherente con su posicionamiento institucional, durante la guerra por las Malvinas *Clarín* minimizaba las agresiones sufridas por el periodismo con el argumento de que la subordinación de la defensa de la libertad de expresión era necesaria para el fortalecimiento de la dictadura ante la confrontación con Gran Bretaña. Por el contrario, en el caso, de las expresiones artísticas, adoptaba un discurso crítico frente a las limitaciones impuestas por la crisis económica y por la censura.

Entre las varias manifestaciones culturales, algunas fueron incluidas especialmente en su columna, como la literatura, la música y el cine. En todos los casos el matutino presentaba el mismo diagnóstico al referir a una situación de crisis atravesada por esas expresiones artísticas resultante de la conjunción de varias problemáticas tales como la censura, la crisis económica y la inestabilidad política, sin precisar un momento fundacional. Si bien es cierto que las prácticas censorias sobre la cultura fueron anteriores al golpe cívico militar, resulta indiscutible que a partir de 1973, y en particular desde 1976,

se concretó un corpus censorio sistematizado⁷¹ incomparable por su ferocidad con otras épocas de la historia de nuestro país.

Las vicisitudes atravesadas por la literatura eran analizadas en el editorial crítico titulado “¿Un nuevo ‘boom’ literario?”. A través de subjetivemas negativos describía el clima en el que se desenvolvía, resultado de la “*decadencia y crisis*” por la conjunción de un “*deterioro económico*” y de una “*inestabilidad política de larga data*” sin responsabilizar al PRN por mantener esa situación que para el diario sería anterior al gobierno militar. Una afirmación frecuente en sus enunciados era la defensa de la cultura vernácula de los que consideraba, eran sus enemigos, y que eran paradójicamente las prácticas consagradas por la dictadura: “*la desnacionalización*”⁷², *la censura*⁷³, *la cerrazón temerosa frente a nuevas formas de pensamiento*, [que] *han sido, de tal modo, epifenómenos del sentimiento de inseguridad que anima a distintos grupos de poder, a menudo perplejos ante una realidad cambiante*”. Adjudicar la responsabilidad de la situación de la cultura a este conjunto de factores y actores le permitía, además de eludir la interpelación a las autoridades para que ejecutaran políticas tendientes a modificar el cuadro de situación imperante, reafirmar su convencimiento en la primacía de la iniciativa particular pues la creación artística no devendría “*gracias a la acción de gobierno alguno ni por obra del fomento estatal, sino por la combinación de factores*

71 Avellaneda (1986: 67) postula que desde 1966 se inicia una etapa de organización del discurso censorio cultural en Argentina. No obstante se puede afirmar que ya desde el gobierno de Perón y más aún con la revolución Libertadora se había puesto en práctica un corpus significativo de acciones censorias.

72 Tan sólo un par de años atrás ya había manifestado su preocupación por “la penetración foránea de medios tales como la radiofonía y la televisión actúan negativamente en la afirmación de la nacionalidad en el hombre argentino, bombardeado como está diariamente por transmisiones de ese tipo que están muy lejos de servir al logro de aquel objetivo esencial. Como ya lo hemos reiterado antes de ahora, las radiodifusoras y las emisoras de televisión argentinas tienen reservada una misión vital en el objetivo de afirmar nuestra soberanía” (26/2/80).

73 Durante la dictadura bajo el pomposo título de “Operación Claridad” se difundieron varios listados oficiales en los cuales se notificaba la prohibición de difusión de centenares de artistas de distintos rubros, véase Marchini (2008: 249-263) o bien los archivos publicados por el Ministerio de Defensa de la Nación en <http://www.archivosabiertos.com/?descubrimiento=1>.

entre los que el esfuerzo individual y la decisión de luchar contra la corriente ocupan los primeros lugares”. Entre las plumas⁷⁴ que reunían las cualidades descriptas destacaba que “Martha Mercader y Jorge Asís⁷⁵, figuraban entre los mayores best-sellers nacionales recientes”. En la conclusión del editorial, *Clarín* aprovechando el clima de epopeya instaurado después del 2 de abril, variaba el estilo discursivo al apolo-gético convirtiendo a estos autores en artífices de un “renacimiento del talento nacional [pues] en medio de la crisis y el descreimiento (...) Nada es más cierto, en una hora de otras urgencias, que la causa de estos jóvenes escritores es también una causa nacional”. Asimismo, concatenaba su tarea con la que desde hacía un año venían gestando otros escritores argentinos vinculados al ciclo “Teatro Abierto”⁷⁶, al cual también sumaba al cine que, si bien venía siendo “duramente castigado por políticas restrictivas, ha comenzado a desperezarse”⁷⁷ (14/4/82).

74 Además consignaba a “Isidoro Blaisten, Rodolfo Rabanal, Ricardo Piglia, Fernando Sánchez Sorondo, Alicia Steimberg, Pablo Urbanyi, José Pablo Feinmann, Eduardo Belgrano Rawson, Pacho O’Donnell y César Aira”.

75 El escritor formaba parte del staff del diario y poco después publicaría la novela “Diario de la Argentina” inspirada en ciertos aspectos de las actuaciones públicas y privadas de *Clarín* durante la dictadura. Respecto de la afirmación del editorial se puede encontrar la corroboración en ese texto cuando refiere sobre sí mismo, en tercera persona, “La guerra de Malvinas lo sorprendió fuera de la cuadra (...) El furibundo éxito (...) El best seller, el protagonista del circo, dueño y payaso, era requerido para reportajes de otros medios, eso en la cuadra caía bastante mal. ‘Qué manija que te dan’, le decían, con cierta bronca disimulada” (Asís, 1985: 324).

76 El diario editorializó ante el atentado que sufriera el 6 de agosto de 1981 el teatro del Picadero en el que se llevaba a cabo la puesta de distintas obras que conformaban la oferta del ciclo teatral conocido como “Teatro Abierto”, reclamando enfáticamente a las autoridades el esclarecimiento del siniestro y sentenciando que el caso constituía “una piedra de toque para la intención oficial, reiteradamente playada, de restaurar una democracia digna de ese nombre” (9/8/81). Uno de los participantes de esta experiencia actuaría en la función pública después del 10 de diciembre de 1983 cuando asumiera la presidencia Raúl Alfonsín, como es el caso del dramaturgo Carlos Gorostiza quien ocupó entre 1984 y 1986 la Secretaría de Cultura de la Nación.

77 Un testigo de la Buenos Aires de la guerra de Malvinas opinaba contrariamente al diario: “el oscurecimiento parcial de la ciudad –fomentado para ahorrar energía y requerido por los jefes de las Fuerzas Armadas para grabar la sensación de una ‘situación de guerra’ – y la creciente estrechez económica, volvían inhóspita la noche. Varios teatros estaban a oscuras con su fantasmal apariencia de sala cerrada” (Graham-Yooll, 2007: 32).

No obstante, este “renacimiento” se vería de algún modo opacado en un género destinado a un público más selecto, tal como el asiduo al teatro Colón de Buenos Aires. Para dar cuenta de las dificultades de la sala y el riesgo cierto de perder la temporada de ópera, el matutino emplearía el estilo expositivo que, variaría al admonitorio con la particularidad de dirigirlo a un interlocutor indeterminado a quien le señalaba: *“si la actividad operística fuera estimulada, y aquí puede incluirse a toda la musical y cultural en general, aflorarían capacidades y talentos que ahora deben permanecer ocultos, frustrados y que en muchos casos son empujados a emigrar”*. El diario entendía que de este modo se podría *“reducir el elevado índice de ‘desocupación’, que como en tantas otras áreas se verifica entre los músicos”* (16/4/82). En estas afirmaciones omite cuestionar la responsabilidad de la gestión estatal en manos de los militares.

Precisamente, la preocupación del editorialista por la música y, este caso, por sus cultores populares motivaría otra columna institucional destinada a señalar que *“la crisis económica, se ha generalizado hasta tal punto, que incluso figuras muy conocidas y de admitido prestigio”*⁷⁸ (...) *deben desarrollar su actividad, parcial o totalmente, en tales escenarios reducidos y casi íntimos”* (21/4/82). No obstante, lejos de enfatizar en los aspectos desmoralizantes, elogiaba a los artistas pues, la defensa de esos ámbitos de actuación⁷⁹, *“es más meritoria y merece más apoyo precisamente porque se produce en un marco de general mercantilización y extranjerización de los medios masivos y de la industria discográfica”*. En esta epopeya la cultura nacional frente a las multinacionales que controlaban la programación de los medios audiovisuales (cabe recordar

78 El matutino mencionaba a “Horacio Salgán, Enrique Villegas, Tarragó Ros, el Cuarteto Zupay”.

79 Finalmente, exaltaría mediante un discurso apologético la serie de recitales ofrecidos por la cantante Mercedes Sosa en el teatro Opera de Buenos Aires después de tres años de ausencia en el país, haciendo notar que “al margen de su inevitable significado político, mostraron cómo una gran artista podía llegar a encarnar las expectativas profundas de su público, sobreponiéndose a las modas, a la hostilidad y al olvido”.

que estaban administrados por el Estado), no sólo destacaba a los músicos del tango y la proyección folclórica, sino que también destinaría palabras encomiásticas para con el “*rock nacional*” que, cuando evitó la mera repetición de fórmulas foráneas”, logró la adhesión de amplios sectores juveniles incorporándose a la música nacional. Precisamente, el diario defendía esta “*tríada*” por sus aportes estéticos, y también políticos, pues las consideraba “*expresiones musicales excluidas de la radio y de la televisión o pasadas solo ocasionalmente, en medio de la catarsis de trivial ‘música-disco*””. Como puede apreciarse, si bien omitía el empleo del término censura, utilizaba el sintagma “*excluidas*” del mismo modo que años atrás cuando ocultaba en sus editoriales el cierre de medios y la persecución a periodistas, pero cuestionaba la censura ejercida sobre ciertos temas musicales extranjeros en los medios de comunicación audiovisuales o también literatura del mismo origen en los programas educativos (Díaz, Giménez, Passaro, 2011a).

La situación de los músicos, también sería abordada, no ya en su faz interpretativa, sino en la autoral, y más precisamente en la vinculada con el gremio que los nuclea, la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (SADAIC). El diario, se refería a su normalización como ejemplo de un camino de mayor participación popular con el fin de señalarle de manera elíptica al Poder Ejecutivo Nacional que este acontecimiento era representativo del sentir de toda la sociedad pues lo que le sucedía a esa entidad “*es, también, lo que le ocurre a toda una comunidad privada del ejercicio pleno de sus instituciones: las épocas difíciles pueden ser enfrentadas con mayor coraje y esperanza cuando las medidas que se toman, por más ingratas que parezcan, reposan en la voluntad de una mayoría y no en el capricho de un pequeño grupo*” (23/4/82). A su vez, les hacía notar admonitoriamente a las autoridades que si concedieran ciertos niveles de autonomía a los distintos actores de la comunidad⁸⁰ podrían obtener a cambio una mejor predisposición de los mismos para acceder a las

80 Entre los rasgos característicos de un proceso de liberalización previo a la democratización de una sociedad O'Donnell y Schmitter (2010: 29) señalan la “libertad de asociarse voluntariamente con otros ciudadanos”.

exigencias planteadas desde las esferas oficiales, sobre todo en medio de un conflicto con Gran Bretaña.

Otra de las disciplinas que también tenía una alta consideración desde antaño en la agenda editorial de *Clarín* era la producción cinematográfica. En este caso, la nota señalaba su beneplácito ante el anuncio del Poder Ejecutivo Nacional de traspasar el Instituto Nacional de Cinematografía de la órbita de la Secretaría de Información Pública (SIP) a la Secretaría de Cultura. No obstante, lamentaba que no se hiciera lo mismo con el Ente de Calificación Cinematográfica que seguiría dependiendo de la SIP, ante lo cual proponía la creación de *“un departamento de censura dentro del Instituto, dedicado exclusivamente a las restricciones a la minoridad en las que todos coinciden”*. A pesar del elogio de esta reestructuración administrativa, el diario no dejaba de llamar la atención que estos cambios *“no resolverían los problemas actuales del cine argentino. Ni siquiera la necesaria eliminación de la censura lo resolvería como por arte de magia”*. Al tiempo que abogaba a favor de la incentivación económica a los productores cinematográficos locales, como ante otras disciplinas artísticas también se encargaba de aclarar que no estaba demandando *“un proteccionismo desorbitado ni que el Estado asuma un costoso mecenazgo”*; remarcando la representatividad de este género como un estandarte de nuestro país ante el resto del orbe y haciendo notar que *“el cine argentino, en épocas no olvidadas, fue un adelantado de la soberanía nacional fronteras adentro y fronteras afuera. La crisis cinematográfica a que se ha llegado tiene la evidencia de que carecemos de películas que nos representen o nos jerarquicen ante la opinión pública extranjera”* (4/5/82). Nótese que la dimensión temporal volvía a ser colocada en una situación difusa para eludir la inevitable asociación del aserto con la edad de oro del cine argentino que se produjo en torno de la primera década de gobiernos peronistas entre mediados de 1940 y 1950, tal como se encontraban identificadas en la memoria colectiva. Otra particularidad que se vuelve a apreciar en la retórica clariniana era la capacidad de relacionar las

expresiones artísticas con la defensa de la soberanía, particularmente durante la conflagración por las Malvinas.

Pocos días después, mediante un discurso explicativo presentaría una suerte de estado de la cuestión acerca de la situación de la cultura en nuestro país, expresando su pesar pues *“durante los últimos años — y no es solo responsabilidad del presente Gobierno— la cultura nacional ha sido castigada con magros presupuestos, recortada por una censura impiadosa, sometida a una desigual competencia por parte de subproductos extranjeros y privada de todo fomento y estímulo organizado. Ha persistido, sobre todo en instituciones privadas y en creadores individuales”*. Es evidente que el diario sin eximir a las autoridades vigentes de su corresponsabilidad con el decaimiento de las actividades artísticas, volvía a referirse al pasado sin demarcar con nitidez el punto de partida que tomaba, pero con la clara intención de no hacer caer toda la responsabilidad en el PRN. De todos modos, aclaraba que su argumentación no se dirigía a deslindar responsabilidades pretéritas, sino que intentaba preparar a la sociedad para la posguerra, es decir, cuando los argentinos ya no estuvieran unidos por un interés superior. Para ello, proponía un ejercicio reflexivo a sus lectores instándolos a que se situaran en el futuro cuando *“por un instante, casi mágicamente, han sido olvidados los reclamos y las críticas en su gran mayoría justos”* y vuelvan a primar las diferencias. Entonces, reiteraba la apelación a la intervención de factores propios del ilusionismo, pero esta vez en un sentido inverso al afirmar, *“ya nada será mágico y habrá que encolumnarse en torno de objetivos más modestos”* que la por entonces presente confrontación con la segunda potencia militar de Occidente. A su vez agregaba que, para entonces, *“volverán, también, las diferencias y el libre ejercicio de la crítica, y no podrán ofender a nadie si se sitúan en un nuevo marco global de respeto colectivo y unidad funcional”*. En ese sentido, su mensaje resultaba incontrastable cuando afirmaba de manera predictiva que ello sólo podía producirse una vez alcanzada la *“recuperación de las instituciones democráticas”* y así lograr los *“objetivos modestos”*, entre los cuales

contabilizaba que “los argentinos puedan reglamentar su ley del Libro, sancionar su ley del Cine, su ley de Música y su ley de Teatro, eliminar una censura arcaica y una desconfianza hacia la innovación” (9/5/82). De estas afirmaciones se podría interpretar que sólo el empleo del recurso de la ironía podría valorizar como “objetivo modesto” la creación de un cuerpo normativo para promover las distintas expresiones. Al mismo tiempo, debe notarse que, mientras en los primeros editoriales examinados se inclinaba por apelar a la creatividad y al esfuerzo individual de los artistas y a la concurrencia de los particulares para sostener la cultura; también entendía que la eliminación de “una censura arcaica” sólo podía producirse en un sistema democrático.

Precisamente, su última columna en la etapa aquí examinada era titulada con la inclusión de un término poco habitual en esta sección, pero presentado como un enigma. Así, en el editorial “¿El fin de la censura?” (5/6/82) aprovecharía el acto de recuperación territorial en el Atlántico Sur para establecer un punto de inflexión en la historia nacional a partir del cual pudieran potenciarse algunos atisbos de liberación cultural, para enunciar que “antes del 2 de abril —esa fecha que divide en dos la reciente historia argentina— algunos signos alentadores habían hecho pensar que las restricciones existentes podrían atenuarse”. Además, reafirmaba una línea argumentativa que presentaba los efectos de las políticas oficiales en materia censoria como mecanismos atávicos cuyos orígenes resultan imposibles precisar y de este modo, eximir al PRN de la responsabilidad exclusiva de las medidas punitivas contra la libertad de expresión, al aclarar que “la censura ejercida por el Estado en el ámbito cultural es en la Argentina, como se sabe, una institución de larga data”. Si bien era capaz de reconocer que durante la etapa procesista “la censura llegó a extremos alarmantes” en materia artística, expondría por primera vez de manera explícita que también afectó al periodismo y sobre todo al medio televisivo. Después de señalar este cuadro de situación, su mensaje viraría a un estilo apologético para “celebrar” que durante la guerra en lugar de profundizarse la censura “por el contrario, se

apreció que el proceso de liberalización iniciado a fines del año pasado proseguía su curso (aunque con explicable morosidad) y que tanto la censura cinematográfica como la teatral y la editorial no volvieran a incurrir en los excesos del pasado". En el remate, mediante un estilo predictivo, intentaba contener las aspiraciones de cambios profundos en la materia, enunciando con fatalismo que *"la abolición total de la censura no es imaginable; ningún país la práctica. Pero en las naciones civilizadas está sujeta a leyes claras y a organismos respetables"*; razón por la cual se dirigía de manera admonitoria pero elíptica a las autoridades ya en situación de posguerra si era *"aceptable que los argentinos que han afrontado unidos y sin pestañear una guerra contra una potencia mundial, ¿no sean capaces de elegir por sí mismos qué película pueden ver o qué libro pueden leer?"* (5/6/82). Así, *Clarín* forzaba la equiparación del ejercicio de la libertad individual para asumir decisiones relacionadas con el gusto o el placer, con los actos heroicos y patrióticos asumidos en defensa de la soberanía nacional.

Consideraciones finales

En las notas destinadas a las restricciones sufridas por el periodismo, el diario, así como en los primeros años de la dictadura antepuso la defensa de la seguridad nacional por encima de la libertad para el ejercicio del periodismo, ahora la subordinaba a la defensa de la soberanía. En ese sentido, su referencia estaba puesta más en las negociaciones diplomáticas que en las circunstancias particulares en las cuales se habían producido los distintos atropellos contra medios y periodistas. Por caso, cuando los canillitas llevaron a cabo el boicot contra el *Herald*, el matutino de Herrera de Noble lejos de condenarlo, intentó justificarlos explicando que habían obrado erróneamente, pero sin intención de perjudicar al diario. Al mismo tiempo, en lugar de reclamar la intervención del Poder Ejecutivo Nacional para que garantizara la libre circulación de su colega, lo utilizaba como

principio de autoridad por no haber sancionado al *Herald*. Cuando trató editorialmente el caso de los cuatro cronistas secuestrados, en lugar de sindicarlos a sus autores como delincuentes, los trató de “irresponsables” mientras que a las autoridades sólo les pidió que elevaran su voz para condenarlos, elogiando la “sensatez” con la que obraban. Precisamente, esta cualidad junto con la “prudencia”, el “equilibrio” y la “serenidad” se convirtieron en sintagmas habituales en su retórica admonitoria durante esta etapa. En la antesala de la rendición de Puerto Argentino, el diario ya situado en un escenario de posguerra, combinaba el estilo admonitorio y el predictivo para señalarle a las autoridades que si “intentaban” controlar al periodismo favorecerían la circulación de “falsas noticias” y se aislarían del pueblo, con el consiguiente riesgo de “disgregación nacional”. Resulta elocuente, en este caso, la puesta en circulación de aquellos términos característicos del discurso de seguridad nacional empleados en los albores del PRN.

En relación con la censura en los ámbitos culturales, el diario era categórico al hacer notar que su origen no se remitía al inicio de la dictadura, al tiempo que la atribuía al efecto subjetivo del “miedo” mas nunca a políticas punitivas gubernamentales. Al respecto afirmaba que era imposible eliminarla, aunque abogaba por limitarla a los aspectos que pudieran dañar la salud mental de los niños y los jóvenes. En cuanto a las condiciones materiales para la producción artística, el diario daba cuenta de ciertos aspectos que bloqueaban su desarrollo, aunque no considerara que la solución podía venir de un Estado “mecenazgo” ni “proteccionista”. En definitiva, la calidad siempre dependía del talento individual del artista y no de un dispositivo estatal a su servicio. Además, entendía que después del 2 de abril estaban dadas las condiciones para profundizar el periodo de liberalización que atribuía exclusivamente a Galtieri y, aprovechar este punto de inflexión pues ponía a los argentinos de cara a un “renacimiento cultural” y al fortalecimiento de la “unión nacional”.

Referencias bibliográficas

- Asís, J. (1985). *Diario de la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Avellaneda, A. (1986). *Censura, autoritarismo y cultura Argentina 1960-1983*. Buenos Aires, Ceal.
- Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona, Gili.
- Cardoso, O.; Kirschbaum, R.; Van der Kooy, E. (1983). *Malvinas, la trama secreta*. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta.
- Díaz, C. (2002). *La cuenta regresiva*. Buenos Aires, La Crujía.
- _____ (2009). *Nos/otros y la violencia política*. La Plata, Ediciones Al Margen.
- _____ (2011). “La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”, en J. Saborido y M. Borrelli (comp), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 153-180.
- _____ (2009b). “Viola, la crisis y la participación ciudadana en las agendas de La Nación y Clarín”. En XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia CD ROM Ponencias.
- Díaz, C., Giménez, M., Passaro, M. (2005). “La asfixia legal a la libertad de expresión durante la dictadura. Desde la asunción de Viola hasta la Guerra de Malvinas (1981-1982)”. En *Oficios Terrestres, FPyCS, UNLP, Año XI, n° 17*, pp. 157-166.
- _____ (2006). “Una sociedad que no fue sólo de papel: La Nación, Clarín y el proceso ante la libertad de expresión (1976-1978)”. En *Anuario de Investigaciones 2005. FPyCS- UNLP*, pp.64-75.
- _____ (2010). “Los desafíos del periodismo y la comunicación social en el bicentenario”. “La Prensa contra el Estado y los gremios durante la guerra de Malvinas”. En XII Congreso de REDCOM 2010 CD ROM Ponencias.

- _____ (2011a). “La Nación y Clarín: los inicios de un prudente distanciamiento con la dictadura”. En *Anuario de Investigaciones 2007/2008*. FPyCS- UNLP, pp. 53-62.
- _____ (2011b). “Clarín, los medios y la Ley de Radiodifusión: la calidad, la soberanía y la seguridad nacional”. En *Anuario de Investigaciones 2007/2008*. FPyCS- UNLP, pp. 207-217.
- Ducrot, O. (1989). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires, Hachette.
- Escudero Chauvel, L. (1996). *Malvinas: el gran relato*. Barcelona, Gedisa.
- Graham-Yooll, A. (2007). *Buenos Aires, otoño 1982. La guerra de Malvinas según las crónicas de un corresponsal inglés*. Buenos Aires, Marea.
- Llonto, P. (2003). *La Noble Ernestina*. Buenos Aires, Astralib.
- Marchini, M. D. (2008). *No toquen. Músicos populares, gobierno y sociedad/ utopía, persecución y listas negras en la Argentina 1960-1983*. Buenos Aires, Catálogos.
- Ministerio de Defensa (2014). *Actas de la Dictadura: documentos de la Junta Militar encontrado en el Edificio Cóndor, Buenos Aires, Ministerio de Defensa, Tomo V*.
- O'Donnell, G., Schmitter, Philippe (2010). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires, Prometeo.
- Quiroga, H. (1994). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*. Rosario, Fundación Ross,
- Rodrigo Alsina, M. (1991). *Los medios de comunicación ante el terrorismo*. Barcelona, Icaria.
- Terragno, R. (2002). *Falklands*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

El hito de la guerra de Malvinas y el futuro de la Argentina en los editoriales de *La Nación*⁸¹

Mario Jorge Giménez

Presentación

Activo protagonista de la vida institucional de la Argentina desde 1870, *La Nación*, al igual que la casi totalidad de los medios gráficos, participó en la construcción discursiva del golpe de 1976 (Díaz, 2002). En mayo de 1977 se convirtió en socio del Estado dictatorial en la empresa Papel Prensa S.A. y, en aras de la restauración del orden, consintió sin cortapisas la doctrina de seguridad nacional justificando las restricciones impuestas a la libertad de expresión⁸², a la participación política y a la acción sindical. Una vez exterminado el enemigo subversivo, incluiría en su agenda editorial la necesidad de la institucionalización del país hacia una democracia tutelada por las Fuerzas Armadas (Díaz, Giménez, 2007). Para lograrla, destacaba el protagonismo de la Junta Militar (JM), abogaba por la exclusión del peronismo y omitía la existencia de la Multipartidaria⁸³. Además, presentaría sus reparos frente a la sanción del decreto-ley de Radiodifusión (Díaz, Giménez, Passaro, 2009), al tiempo que le reclamaría al

81 Este trabajo formó parte de las XV Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias en 2015 con el mismo título que aquí se presenta.

82 Consúltese Díaz, Giménez, Passaro (2006b).

83 Agrupamiento creado a mediados de 1981 por el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Demócrata Cristiano.

Poder Ejecutivo Nacional (PEN) el cumplimiento del precepto republicano de brindar mayor información oficial (Díaz, Giménez, Passaro, 2011b). Cuando en diciembre de 1981 el general Leopoldo F. Galtieri destituyera de la presidencia a R. Viola, definiría a la ruptura de la unidad castrense como “crisis moral del proceso” (Díaz, Giménez, 2009) aunque celebrarían la restitución de los postulados económicos de 1976 anunciada por su ministro de Economía Roberto Alemann. El presente trabajo indaga los setenta editoriales publicados por La Nación entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982. La magnitud de la instalación del tema Malvinas en esta sección permite corroborar que el “síndrome de malvinización”, acuñado por L. Escudero (2013) para explicar la transformación que produjo el matutino en su superficie redaccional durante el acontecimiento, es aplicable también a la columna institucional. En ella, se examina el posicionamiento durante la guerra de Malvinas en torno a dos temáticas: la proyección institucional de la unidad nacional durante la guerra y el rol de la Argentina en el hemisferio occidental en la posguerra. Las notas se analizan mediante la tipología sugerida por Rivadeneira Prada (1986), considerando la construcción de sentido de los enunciados mediante la identificación de recursos tales como los enlaces positivos y los pares antagónicos⁸⁴ referidos por Maingueneau (1989: 65-67), así como también el principio de autoridad, la concesión y la ironía señalados por Ducrot⁸⁵ (1989: 140).

84 Los enlaces positivos son “relaciones sintagmáticas que no alcanzan el status de sinónimos”; mientras que los pares antagónicos son “los antónimos que van por parejas complementarias (...) constituyendo pares originales que un análisis contrastativo debe destacar”.

85 El principio de autoridad “permite deducir una conclusión de ese argumento mismo sin necesidad de demostrar su verdad”, la ironía “opera del mismo modo pero en sentido inverso. Para demostrar que una tesis es falsa se utilizan a favor de ella argumentos absurdos que se atribuyen a defensores de esa tesis”; y la concesión “siguiendo una estrategia esencial al liberalismo concede la palabra a un adversario real o ficticio aunque argumente en dirección opuesta para reforzar la imagen de objetividad de nuestra propia conclusión”.

Las “batallas” de La Nación entre 1976 y 1982

Desde la posguerra, los países centrales impusieron una lógica dualista que dividía al mundo en hemisferios ideológicos, el capitalista encabezado por EE.UU. y Gran Bretaña frente al socialista liderado por la URSS. No obstante, un grupo de países que no aceptarían la subordinación al enfrentamiento este-oeste, pues entendían que la controversia internacional debía ser expresada en términos de norte-sur, conformarían el Movimiento de No Alineados⁸⁶. La vida institucional de la Argentina no permanecería al margen de esta trama de relaciones conflictivas, de ahí que el sistema democrático y todas sus expresiones representativas sufrirían el terrorismo de Estado inspirado en la doctrina de Seguridad Nacional. Alineada con esta doctrina, La Nación creó la figura del gran cambio como síntesis de un mensaje destinado a impedir el supuesto desbarrancamiento del país hacia el comunismo y legitimar la ruptura institucional producida el 24 de marzo de 1976 (Díaz, Giménez, Passaro, 2002). A partir de ese momento, ejercería un periodismo hermesiano (Díaz, 2011) que amplificaba el discurso castrense y alertaba sobre la complejidad y peligrosidad del fenómeno subversivo (Díaz, Giménez, Passaro, 2001), dando inicio a una cruzada para su eliminación al considerarlo un enemigo ideológico de la sociedad argentina. De este modo, opondría los principios axiológicos del ser nacional sustentado en la civilización occidental y cristiana que identificaban al nosotros argentino, para enfrentar la ideología del otro subversivo (Díaz, Giménez, Passaro, 2006a). Con similar énfasis, La Nación acompañaría el rechazo de la Junta Militar al fallo arbitral de la Corte Internacional presidida por la reina de Inglaterra en la disputa con la dictadura chilena por la soberanía sobre el Canal del Beagle. Ante la inminencia de un choque armado en 1978, construiría la representación de un nosotros

86 Si bien el Movimiento se origina en la Conferencia de Bandung en 1955, nuestro país recién participaría con carácter de observador en 1964 y como miembro pleno a partir de 1973.

argentino estigmatizando al hermano país como el otro enemigo. Su columna editorial, construiría un sentido de apoyo unánime en torno de la conducción castrense, destacando “el gran consenso” y “la reacción del país”, que seguiría sosteniendo aun cuando L. Galtieri rechazara la propuesta papal de resolución al diferendo, en cuya gestión el matutino había cifrado ciertas expectativas de arribar a un acuerdo negociado (Díaz, Giménez, Passaro, 2011a).

Las Malvinas y la unidad nacional

El mismo día de la recuperación de las Malvinas *La Nación*⁸⁷, incluiría dos editoriales que marcarían su estrategia discursiva durante la mayor parte del conflicto armado. En el primero, tomaba distancia de los acontecimientos al presentarlos con una perspectiva estratégica expresada en tercera persona que combinaba los estilos apologético y admonitorio:

los argentinos (...) han producido una sólida cohesión
en torno de un objetivo relegado durante casi un siglo y

87 Treinta años después, el columnista Claudio Escribano explicaría que su amistad con el canciller argentino le había permitido confirmar con anticipación el acontecimiento: “Desembarco argentino en el archipiélago de las Malvinas”, tituló *LA NACION*, en su segunda edición del 2 de abril, como primicia internacional. Un despacho de la *United Press*, de las 5.11 de ese día, informaba que la noticia todavía no había podido confirmarse en fuentes oficiales. Ese título había sido redactado a las 2 de la madrugada, hora de Buenos Aires, por Luis Jorge Zanotti, desaparecido prosecretario general de *LA NACION*, y por quien esto escribe. Lo hicimos después de haber recibido la contraseña convenida de antemano con un diplomático de la íntima confianza del canciller Costa Méndez” (*LN*, 24/3/2012) <http://www.lanacion.com.ar/383270-una-cronica-intima-del-desembarco-en-las-malvinas>. Esta primicia no será mencionada en su biografía. Más aún, sobre este acontecimiento histórico, solo evocará que a poco de haber sido designado Secretario General de Redacción (1/12/1981) en una conversación con el vicealmirante Lacoste, aún ministro de Bienestar Social del dictador Viola (quien días después sería desplazado por el general Galtieri que lo mantendría en ese cargo), escuchó “las palabras que revelan un juego en marcha: ‘Todo esto –por los tropiezos que comenzaba a acumular el gobierno militar- se terminaría si se ocuparan las Malvinas’” (Caligaris, Ezcurra, 2021: 40).

medio; cohesión que no tiende a apuntalar a ningún gobernante, partido o corriente de pensamiento, sino que expresa un anhelo nacional unánime y compromete, por lo tanto, la adhesión y el apoyo de todos los sectores del país (2/4/82).

De este modo, desalentaba a los que pretendieran obtener ventajas coyunturales, estableciendo a la “unanimidad nacional” como valor estratégico. Completaba esta formulación con un segundo artículo en el cual criticaba al “grupo peronista actuante bajo el nostálgico sello de la CGT”⁸⁸ por la movilización que había protagonizado setenta y dos horas atrás, y lo contrastaba como par antagónico de “la mayoría de nuestra población, que no merece ser considerada como un rebaño al cual hacen marchar los personeros del sectarismo banderizo”. Por cierto, la presentación de la dicotomía “unanimidad-sectarismo” se convertiría en una estrategia privilegiada por el diario, que volvería a poner en evidencia al cotejar el “poderoso sentimiento de júbilo cruza por todo el país simultáneamente con la aceptación unánime de responsabilidades que no pueden ser transferidas” (3/4/82) con el boicot⁸⁹ de los canillitas al Herald (9/4/82) por considerarlo un diario del enemigo. La multitudinaria manifestación congregada el 10 de abril en la plaza de Mayo para recibir al mediador norteamericano A. Haig, fue valorada con estilo apologético mediante una singular metáfora que aludía a las “dos partes de la plaza”. El matutino, lejos de utilizarla para mostrarla dividida en sectores inconciliables, la presentaba como una unidad de componentes situados a ambos lados de la calle Balcarce: uno dentro y otro fuera de la Casa Rosada. De este

88 El diario omitía la represión a las distintas movilizaciones producidas en el país, los miles de detenidos, y los heridos de los cuales, el dirigente gremial Benedicto Ortiz, fallecería ese mismo día en Mendoza.

89 Es sugerente que al hacerlo reclamara el cumplimiento de las “leyes que amparan tal ejercicio [que] se sustentan en prescripciones constitucionales”, valoración que había ignorado en años precedentes cuando justificaba las restricciones en aras de la “seguridad nacional”.

modo, resignificaría el acto de presión⁹⁰ al enviado de R. Reagan mostrándolo como una síntesis de la unidad nacional, al tiempo que le otorgaba a L. Galtieri el principio de autoridad al citar su sentenciosa afirmación: “las FF.AA. pertenecen al pueblo”⁹¹. Asimismo, auguraba que ese “gesto colectivo de conciliación nacional”⁹² se proyectaba en “el río caudal de la democracia”⁹³, pues serviría de ejemplo a “millones de jóvenes necesitados de las banderas ejemplares que encabezen la marcha hacia el futuro”. En contraste, descalificaba tácitamente a los militantes comunistas y peronistas presentándolos como “núcleos prosoviéticos que intentaron desviar para su facción al igual que otros lunares banderizos” (11/4/82) a modo de par antagónico de la unanimidad nacional y su proyección democrática. En una semana, la algarabía inicial tornaría en mesura para advertir que

el momento del júbilo ha pasado. La euforia compartida,
ese estallido cívico que caracterizó la concentración efec-

90 Silvia Sigal (2006) considera que fue una maniobra de la dictadura “para mostrarla al general Haig como argumento en las negociaciones por las Malvinas”; mientras que, Federico Lorenz (2012) recoge el testimonio de un exiliado para quien la convocatoria “constituye un virtual levantamiento del Estado de sitio, una aceleración de las negociaciones en pro de una salida política para el régimen”.

91 Resulta elocuente que, el rol protagónico del pueblo eludido sistemáticamente por el matutino de los Mitre, fuera incluido en treinta y tres oportunidades en el periodo examinado.

92 F. Lorenz (2012) encuentra similares conceptos en la nota de Santiago Kovadloff “Una lección memorable” publicada en Clarín el 16 de abril de 1982: “Por primera vez en muchos años las Fuerzas Armadas han podido sentirse voceras de la voluntad popular. El 10 de abril conocieron, después de largo tiempo, la incomparable experiencia de la solidaridad incondicional de una nación que al verlas actuar se vio a sí misma. La sensatez política y el futuro republicano aconsejan no desoír esta lección memorable (...) El pueblo argentino (...) sin condiciones previas de ninguna índole: supo llevar la voz de sus hombres y mujeres a la Plaza de Mayo para que las Fuerzas Armadas la escuchasen como expresión de su propia voz”.

93 Juan M. Abal Medina, quien merced a los sucesos que siguieron al desembarco en Malvinas obtendría el visto bueno de la dictadura para abandonar la embajada de México en Buenos Aires donde se asilaba desde el 24 de marzo de 1976, al llegar a ese país vaticinaría en una conferencia de prensa que “a raíz de este conflicto se vivirá un cambio de 180 grados en la lucha por la instauración de la democracia en Argentina” (Yankelevich, 2010: 251). Mientras que su socio Clarín, incorporaría la temática a su agenda editorial después del hundimiento del crucero General Belgrano, véase (Díaz, Passaro, Giménez, 2014).

tuada en la Plaza de Mayo y que alcanzó la dimensión de un plebiscito ha cedido paso a los interrogantes, al temor de no poder consolidar definitivamente un logro militar que es ya, una conquista de la comunidad (18/4/82).

Seguramente, la intransigencia diplomática y los aprestos bélicos del Reino Unido actuaron como acicate para producir un punto de inflexión en el tono del mensaje, mas no en la postura señalizadora del matutino, quién seguiría reivindicando que el cambio producido desde el 2 de abril tenía “el valor de una demostración efectiva de la magnitud de la voluntad argentina —una voluntad unánime, por cierto—, sin convertir al hecho militar en el excluyente centro del asunto” (21/4/82). Como puede apreciarse, su retórica se esforzaba por no ceñir la gesta a una acción estrictamente castrense presentando a los uniformados amalgamados con el conjunto social al reiterar que “ningún sector de la comunidad nacional ha dejado de reaccionar en forma solidaria”. Y, para fortalecer su estrategia discursiva, contraponía esa expresión mancomunada con la “declaración del Partido Comunista local, ortodoxo discípulo de la matriz soviética” en la cual reclamaba el restablecimiento de “las libertades y derechos democráticos” (24/4/82) temas que curiosamente habían sido incorporados por el propio diario en su agenda editorial durante la coyuntura examinada. Mientras que, reafirmaría su rechazo a quienes se identificaban con el movimiento peronista, denunciando de manera implícita mediante el estilo crítico a “dirigentes de dudoso pasado y que, como el corcho, han sabido flotar sobre aguas no siempre diáfanas”. Aunque el editorialista omitía deliberadamente la motivación de la columna, se puede colegir que estaba destinada a fustigar la convocatoria de la CGT a la Plaza de Mayo el 26 de abril para apoyar la recuperación de las Islas y cuestionar al plan económico. Por eso, su mensaje tan explícitamente anticomunista se completaría con uno implícitamente antiperonista expresado en la metáfora musical “no es tiempo éste de hacer sonar los bombos, bien identificables, convocando, nostál-

gicamente a horas de ocios suicidas sino de asumir el presente en plenitud de labor creadora, que es otra forma de demostrar nuestra soberanía”. El matutino, tal como lo venía efectuando insistía en preconizar la erradicación del peronismo del sistema institucional, por lo cual le hacía notar al PEN con sugestiva sutileza que “en estas horas decisivas, los pescadores en río revuelto deben ser eliminados de la escena pública. Hoy, más que nunca, se requiere la unión, el esfuerzo, el trabajo entusiasta de todos los argentinos”. Al tiempo que, generalizando su denuesto sobre las facciones partidarias, convocaba admonitoriamente en una primera persona inclusiva a todos los argentinos a que “pensemos en nuestro destino común [pues,] una vez resuelta la seria coyuntura que estamos atravesando, el fruto más precioso que deberíamos cosechar es el cohesivo fortalecimiento del espíritu comunitario”. Este posicionamiento puede apreciarse con nitidez en el remate de la nota cuando, mediante un estilo combativo y en tono de arenga exclamaba

enteros y unidos, antes que partidos y desunidos, debe encontrarnos esta página de la historia en la que todos tenemos un papel que cumplir y una tarea que desempeñar. Las convocatorias a asuetos estériles deben ser incorporadas a una mitología irreversible. El futuro de la Gran Argentina así lo exige (30/4/82).

Si hasta fines de abril las reflexiones del diario se producían en un contexto en el cual predominaban las negociaciones diplomáticas y la activa presencia de la dictadura en los foros internacionales, después del hundimiento del Crucero General Belgrano el 2 de mayo, quedaba poco margen para augurar otro desenlace del conflicto que no fuera el armado. Por ello, entendía que la cohesión social alcanzada debía ser transferida al frente de batalla, para que se concentre “en el poder

de las armas, lo que siente y piensa la totalidad del pueblo argentino⁹⁴ (4/5/82). Aquella articulada dualidad de componentes identitarios expresada en la plaza de Mayo a comienzos de abril, se trasladaría a las Malvinas pero suplida por otra representada por “el pueblo” y “los soldados”. Binomios que le resultaban útiles para refutar las afirmaciones sobre el antagonismo pueblo-dictadura que tenían epicentro en Londres y se difundían a escala internacional. Para descalificarlas, las equiparaba con las denuncias a las violaciones a los derechos humanos de los exiliados⁹⁵ y juzgaba que la “inconsistencia de la hipótesis quedó rotundamente demostrada cuando diversos sectores de la sociedad manifestaron su respaldo unánime a la acción de las Fuerzas Armadas” (6/5/82). El mensaje explicativo que mostraba a civiles y uniformados como miembros inescindibles de un mismo proyecto volvería a evidenciarse cuando mancomunaba a “los que pelean en el frente, los que denodadamente bregan por una solución justa y pacífica, el conmovedor comportamiento de una ciudadanía que ha dejado disensos de lado en aras de una monolítica unidad” (14/5/82). De este modo, soldados, gobernantes y sociedad eran presentados como un todo unánime mediante un discurso apologético que destacaba “la subordinación de los intereses personales al interés nacional” (20/5/82). Con el mismo cometido, realzaba el valor de las colectas públicas pues, según explicaba, “nuestro país no llega con su economía muy bien parada al enfrentamiento de estos días [y] porque además del efectivo aporte de recursos tiene el valor de un símbolo” (29/5/82)

94 Sobre esta coincidencia entre las estrategias dictatoriales y el “socio” comunicacional señala R. Guber (2001: 39-40) “Malvinas se erigió en el símbolo de la unidad y de la continuidad nacional que el régimen proponía y la sociedad política y civil aceptaba, rediseñando un espacio contiguo entre continente e islas”.

95 Con el mismo propósito que ciertos medios de prensa en los primeros años de la dictadura invitaban a sus lectores a escribir postales con destino a las capitales europeas para contrarrestar las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos que llevaban a cabo los exiliados (Gras, 2015), durante la guerra de Malvinas “La sociedad también trascendió las fronteras con la iniciativa oficial ‘Cartas al Mundo’; los transeúntes recibían de mesas receptoras en lugares céntricos cartas estándar en castellano y en otros idiomas para transmitir ‘la verdad de Malvinas’ y demostrar que los argentinos respaldaban la causa de la islas” (Guber, 2001: 53).

que fortalecía los lazos de la unidad nacional. La efusividad inicial del tono, que ya había manifestado los primeros síntomas de quiebre, tendría una variación significativa a partir de los primeros días de junio, momento en que los combates en Islas exhibieron mayor grado de crueldad. Por ello, al dar cuenta del “júbilo de prácticamente todos los argentinos” ante la llegada del Papa aclaraba que sería recibido por una “comunidad inmersa directamente en las penurias de la guerra” (3/6/82), recurriendo a la primera persona del plural para referirse a las vicisitudes de los soldados argentinos presentados ahora como “una porción de nuestra gente que sufre, desde hace más de sesenta días”. Así como reafirmaba “la lucha debe ser sostenida”, sensibilizaba a la opinión pública al victimizar, mediante el uso de la primera persona y con estilo explicativo, a quienes soportaban el peso de la conflagración expresando que

allá, en las Malvinas ha sido destinada una porción de nuestros muchachos de dieciocho años. Apenas salidos de la adolescencia, escolares que terminaban de hacer sus estudios de enseñanza media, con rostros en los que la barba del hombre empieza a asomar, fusil en mano o en la pieza de artillería resisten al enemigo, al miedo, al dolor, a la muerte (7/6/82).

Ante este cuadro de desasosiego, inspirado en los sucesivos reveses en el campo de batalla, insistiría en rescatar que “una causa nacional es factor coaligante de voluntades, más allá de posiciones ideológicas y sociales” y volvería a convocar admonitoriamente a la unidad nacional, no para defender la soberanía territorial sino para alcanzar “la realización de una república definitivamente estabilizada”. Esta redirección en los objetivos requería el abandono del par antagonico inicialmente exhibido como estrategia comunicacional y, aunque seguía manteniendo como valor imperativo la “unidad nacional”, ahora señalaba de manera admonitoria que “sólo con la posibilidad de lograr la unidad en la

diversidad, sólo con el derecho a la singularidad, podremos reforzar, reactivar y realimentar nuestra indeclinable soberanía” (10/6/82). En definitiva, tomando como principio de autoridad al sumo Pontífice y en nombre de un pensamiento unánime, La Nación afirmaba de modo sentencioso: “aquí, lo que todos anhelamos es una paz justa” (11/6/82). Una vez producido el cese del fuego, editorializaría de manera autorreferencial retomando los mismos conceptos del 10 de junio para señalar admonitoriamente que la unidad nacional no debía

borrar los matices ni las diferencias enriquecedoras para asumir la monolítica estructura de los totalitarismos [pues] la sangre⁹⁶ ahora derramada reclama para que tanto sacrificio no haya sido en vano” (15/6/82), “un restablecimiento de la República bajo las normas de la Constitución Nacional” (16/6/82).

Así, derrota militar mediante, *La Nación* pasó de subordinar las identidades partidarias a unanimidad para la lucha por la soberanía territorial en el Atlántico Sur a condicionar la soberanía exterior a la vigencia de una soberanía interior que respetara las divergencias en nombre de los caídos en el campo de batalla.

96 La apelación a la figura de la sangre derramada como vínculo fundacional de una comunidad, sería reclamada en este caso, no para sostener a un régimen dictatorial, sino para reconstruir o restituir la república en la posguerra. Según la interpretación de R. Guber (2001: 45) “Ser parte de la Nación era ostentar una común filiación, pero ésta no era reconocida como propia de, ni apropiada por el régimen, sino como la restitución de la filiación biológica y de sangre. De todos modos, la sangre era el único anclaje moralmente aceptable para participar de un país fragmentado por la persecución. El lenguaje del parentesco impregnaba a la Nación como único lazo y canal plausible de la unidad recreada”.

La guerra de Malvinas y el futuro de occidente

La histórica prédica de La Nación en defensa de los “valores occidentales” operaba como un escollo ideológico en la coyuntura examinada, pues le impedía aplicar la fórmula binaria amigo/enemigo para presentar a los contendientes. Circunstancia agravada por el aval de los EE.UU. a la conducta beligerante asumida por el Reino Unido que dificultaría la posibilidad de arribar a una solución pacífica de la controversia. Estos condicionamientos, obligarían al centenario matutino a realizar un esfuerzo retórico que le permitiera defender la gesta de Malvinas sin dejar dudas sobre su adscripción a occidente. Para ello, le atribuiría la responsabilidad del enfrentamiento al “colonialismo británico” (4/4/82) presentado como un atavismo del siglo XIX mediante una metáfora que sentenciaba: “Gran Bretaña no puede atrasar el reloj de la historia para que vuelva a dar la hora del colonialismo” (26/4/82). Este comportamiento era descalificado como un “resabio” (27/4/82) “anacrónico” (23/5/82) propio de una “potencia colonial” (1/5/82) o bien de una “potencia extracontinental” (18/5/82) también nominada peyorativamente como “el agresor” (23/5/82). Mediante un estilo explicativo justificaba implícitamente esta clase de avasallamiento en tiempos pretéritos, pero lo impugnaba a fines del siglo XX pues “el imperialismo y el colonialismo no serán ya el sostén de la grandeza de las naciones” (11/5/82), dando cuenta que en el siglo XX “América está amenazada por dos clases de colonialismo: el anacrónico, que encabeza Gran Bretaña sobre territorios, y el ideológico, que solapadamente insufla la metrópoli del marxismo-leninismo” (18/5/82). Como puede apreciarse, si bien rechazaba la actitud del Reino Unido, al advertir sobre la intervención de la URSS en el continente, demostraba que seguía examinando las relaciones internacionales bajo el prisma de la doctrina de la seguridad nacional. En esta tarea de atribuir la responsabilidad del conflicto, el matutino también señalaría a la primera ministra británica mediante sintagmas peyorativos imputándole: “aventurerismo” (27/4/82), “pasión”

(17/5/82) y “obstinación” (22/5/82). A la vez que, con estilo explicativo, se ocupaba de eximir a la sociedad británica de su “calidad” como gobernante, invitando a no confundir “pueblos con gobiernos” ni “patriotismo con patrioterismo”. Respecto de este último atributo, brindaría como ejemplo dos decisiones de M. Thatcher. En una nota la cuestionaba por haber “acusado a los funcionarios de la BBC de Londres de ‘falta de patriotismo’” al transmitir informaciones “demasiado objetivas” (27/5/82) sobre la guerra en el Atlántico Sur. En la otra, fustigaba “una decisión emanada de la propia primera ministra, quien resolvió que los matches no debían ser transmitidos a Gran Bretaña porque en ellos intervendrían dos tenistas argentinos” (11/6/82). Respecto de su visión del rol de los EE.UU., si bien por su vínculo con Gran Bretaña en la OTAN eran identificados como su “mejor aliado” (4/4/82) o su “gran aliado político” (23/5/82), el columnista no dudaría en tomar al propio A. Haig como principio de autoridad cuando afirmaba que “la guerra en el Atlántico Sur sería la mayor de las tragedias” (21/4/82). De todos modos, al comprobar que su gobierno se inclinaba por brindarle apoyo logístico al Reino Unido explicaría que “contra la eficacia de su intervención ha conspirado la demasiado visible preocupación en favor de la estabilidad del gobierno de la Sra. Thatcher” (29/4/82), pero nunca le atribuiría el lugar de enemigo. Por caso, cuando el canciller argentino en la reunión de los países No Alineados en La Habana, aun contrariando sus propias convicciones e intereses, hacía notar el “auxilio militar y político de los EE.UU.” concedido a Gran Bretaña, el diario se limitaría a calificar sus palabras como funcionales a los intereses de la JM e invitaba a analizarlas con “cautela y sinceridad” (8/6/82). La Nación, entendía que la posición asumida por los EE.UU. no sólo perjudicaba a nuestro país en la guerra por las Malvinas, sino que su comportamiento impactaría estratégicamente en el hemisferio provocando la “crisis de Occidente”. Por ello, justificaba a la dictadura no sólo como defensora de la soberanía territorial, sino también de la “identidad occidental”. Mediante un discurso apologético en primera persona

del plural, destacaba que “nuestras autoridades” honraron esos principios y no afectaron la vida de los 17.000 británicos en la Argentina brindando como ejemplo que “alguna entidad financiera de ese origen ha sido auxiliada por el Banco Central al perder depósitos del público” (10/5/82). La aprobación de este comportamiento en materia económica se completaba con el observado en el orden militar, cuando comparaba la hidalguía del capitán P. Giachino el 2 de abril con la deslealtad de las fuerzas británicas que hundieron al crucero General Belgrano (16/5/82); y la defensa de la población civil por parte de soldados argentinos cuando sus oponentes no se ceñían a objetivos militares (24/5/82). El matutino, entendía que “al luchar contra el colonialismo, la Argentina está defendiendo los valores de Occidente” (11/5/82), “valores propios de la forma de vida que los británicos aman [y que] son también los valores que los argentinos hemos elegido” (17/5/82). Convencido de que la “seguridad continental y el sistema de vida libre [son] antítesis, por cierto, de toda forma de colonialismo” (18/5/82), explicaba que la gesta de Malvinas debía proyectar a nuestro país a cumplir un rol diferente en el concierto de las naciones, pues “aun cuando fuese empujada a la adversidad por transitorios avatares de la guerra, nuestra causa (...) tiene a su favor la corriente de la Historia contemporánea” (22/5/82). En definitiva, la guerra en el Atlántico Sur había puesto en evidencia que “la comunidad occidental no sólo está amenazada por la constante agresión de sus enemigos ideológicos sino por una crisis en el liderazgo” (23/5/82) de los EE.UU. y Gran Bretaña. El comportamiento norteamericano y europeo occidental tendría su contracara en el evidenciado por las naciones de América Latina que recibirían un tratamiento apologetico inédito en esta columna. En ese sentido, señalaba el fraternal vínculo que rodeaba a la Argentina expresando, en la primera persona del plural, con un sentido unánime “toda Latinoamérica nos acompaña” (11/5/82); así como también, daba cuenta de la existencia de una “comunidad latinoamericana” reafirmada mediante el uso del pronombre posesivo como “nuestra comunidad hemisféri-

ca” (18/5/82). Además, en virtud del boicot económico declarado a nuestro país por la Comunidad Económica Europea, avalaría el pragmatismo de la JM haciendo suyas las palabras del secretario de Comercio de la Nación quien abogaba por “una gran reorientación del comercio exterior argentino y provocar un fuerte crecimiento de las corrientes comerciales desde y hacia Latinoamérica⁹⁷” (30/5/82); conceptos a los que el diario le otorgaba significativa trascendencia al señalar admonitoriamente que “el robustecimiento de los canales de solidaridad regional, y entre ellos el proceso de integración económica progresiva, se convierten en una verdadera necesidad histórica” (6/6/82). De todos modos, advertía que la “proyección internacional de la Argentina” no debía restringirse al movimiento de países No Alineados pues implicaría la aceptación “de un rumbo contrario a la idiosincrasia argentina entraña riesgos muy graves” (8/6/82). Estas prevenciones, aún después de la derrota, seguirían reafirmando que no consideraba al Reino Unido y a los EE.UU. como enemigos y que no había que valorarlos por el comportamiento de sus gobernantes, señalando admonitoriamente que “si los dirigentes de los países que hasta ayer considerábamos como ‘naciones amigas’ se han equivocado, no por ello renunciaremos a nuestras raíces históricas, ni ‘inventaremos’ un odio estéril a una cultura de la que somos activos protagonistas⁹⁸” (15/6/82); así como también enfatizaría que el desencanto con los antiguos aliados no debería inducirnos a creer que “las potencias extracontinentales hasta ahora declarativamente favorables a nuestra empresa reivindicadora son verdaderamente amigas de la Argentina y de las naciones latinoamericanas con ella identificadas”

97 También señalaba admonitoriamente que se debían abrir “otros mercados posibles –al margen de los europeos-, como los países árabes, Argelia, Egipto, Nigeria, China, Checoslovaquia y Hungría, entre otros” (9/6/82). La inclusión de los dos últimos fuera de Europa permite corroborar que la división en hemisferios ideológicos desplazaba a la división geográfica.

98 Estas afirmaciones de La Nación nos permiten diferir con la apreciación de R. Sidicaro (1989: 459) para quien “la relativización de la inscripción en el mundo occidental [fue una de las cuestiones] que ocuparon la meditación política mientras se libraba el conflicto austral”.

(16/6/82). Este rechazo implícito a la URSS y a Cuba resulta indicativo de que el matutino, a pesar del comportamiento de los líderes de occidente, seguiría abogando por la pertenencia a ese hemisferio y por ende para definir a los enemigos de la Argentina continuaba abrevando en la doctrina de la seguridad nacional.

Consideraciones finales

La columna editorial de La Nación durante la guerra de Malvinas, como ante el golpe de 1976, la instauración del terrorismo de Estado y la controversia por el canal de Beagle, avaló a la JM gobernante. Trató con estilo apologetico la recuperación de las Islas y señaló al acontecimiento como decisivo para lograr una “unidad nacional” que coaligaba a militares y civiles, a gobernantes y gobernados. Como par antagónico le contraponía el “sectarismo” expuesto por la CGT y los partidos Justicialista y Comunista, siempre destinatarios de un discurso crítico. Si bien consideraba que el suceso no debía ser capitalizado políticamente por ningún actor local, el principio de autoridad en el plano local se lo asignaba indefectiblemente a las autoridades, llegando a exaltar la mancomunidad entre L. Galtieri y las masas movilizadas. Al respecto, cabe destacar la recurrencia a utilización del sintagma pueblo en el lapso examinado, inédito en esta sección durante toda la dictadura. Por otra parte, conforme el escenario del conflicto se trasladaba de los foros diplomáticos al campo de batalla, el estilo apologetico sería acompañado por el admonitorio empleado con el fin de lograr que la “unidad nacional” alcanzada trascendiera la coyuntura y se proyectara en la recuperación de la república y la democracia. Cuando las fuerzas del Reino Unido comenzaron a avanzar sobre las posiciones argentinas en Malvinas, incorporaría el explicativo para sensibilizar sobre la situación de penuria que sufrían nuestros soldados en las Islas y, tomando como principio de autoridad la palabra de Juan Pablo II, reclamaría una paz con justicia. Ante el fin de la guerra, insistiría con el mensaje admonitorio para lograr el

restablecimiento de la institucionalidad en el país, ahora en nombre de los caídos y dejaría de lado el par antagonico inicial, enfatizando que la unidad nacional debía fundarse en la aceptación de las divergencias enriquecedoras. Sobre las repercusiones internacionales del enfrentamiento, si bien nunca valoró como enemigos a las potencias de la OTAN, emplearía el estilo crítico para descalificar al “colonialismo”, la figura de M. Thatcher (diferenciando su comportamiento de los valores de la sociedad británica) y, mediante un mensaje explicativo, pondría el acento en la crisis de liderazgo de occidente. El matutino entendía que mientras el comportamiento de las potencias occidentales implicaba un atavismo, el de la Argentina se correspondía con el sentido de la historia y se fundaba en la defensa de los valores de occidente que como siempre defendía. De este modo, si bien proponía un pragmático acercamiento a América Latina, seguía demostrando su compromiso con la doctrina de la seguridad nacional al explicar que la guerra podía beneficiar a la estrategia expansionista de la URSS y Cuba y de manera admonitoria abogaba por un distanciamiento del movimiento de No Alineados. En síntesis, en los editoriales de La Nación, la gesta de Malvinas se había convertido en un punto de inflexión en la historia que le permitiría recuperar la democracia y la república, al tiempo que reafirmaba la pertenencia a occidente pero desde un nuevo protagonismo ante la crisis de liderazgo de EE.UU. y Gran Bretaña.

Referencias bibliográficas

- Caligaris, H. y Ezcurra, E. (2021). *Escribano. 60 años de periodismo y poder en La Nación*, Bs. As.: Planeta.
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto*, Bs. As.: Prometeo.
- Díaz, C. (2002). *La cuenta regresiva*, Bs. As.: La Crujía.

- Díaz, C. (2011). "La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano", Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp), Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983). Bs. As.: Eudeba, pp. 153-180.
- Díaz, C., Giménez, M. (2007). "La Batalla editorial de La Nación: de la tribuna doctrinaria al pragmatismo político (1976-1979)", XI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias.
-
- _____ (2008). "Los 'vaivenes' discursivos de La Nación". Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura, FPyCS (UNLP). Año VII, N° 59, pp. 69-73.
-
- _____ (2009). "Viola, la crisis y la participación ciudadana en la agenda de La Nación y Clarín", XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias.
- Díaz César, Giménez Mario y Passaro Marta (2001). "Un discurso para defender a 'La Nación' de la violencia política. Los editoriales del diario La Nación (1976-1977). II Coloquio Nacional de Investigadores. El estudio del discurso: metodología multidisciplinaria. FPyCS (UNLP).
-
- _____ (2002). "La Nación y la construcción del 'gran cambio'", C. L. Díaz, La cuenta regresiva, Bs. As.: La Crujía, pp. 95-113.
-
- _____ (2006a). "La Nación y su cruzada discursiva contra la violencia política (1976-1978)", Oficios Terrestres. Año XII, N° 18, pp. 66-80.
-
- _____ (2006b). "Una sociedad que no fue sólo de papel: La Nación, Clarín y el Proceso ante la libertad de expresión (1976-1978), Anuario de Investigaciones 2005. La Plata, FPyCS (UNLP), pp. 64-75.
-
- _____ (2009). "Una tribuna contra la 'aventura absolutista'. La Nación y la Ley de Radiodifusión (1976-1981)", XI Congreso REDCOM CD ROM Ponencias.

-
- _____ (2010). “Los temas de la agenda editorial de La Prensa respecto de la transición democrática 1982-1983”, Congreso de Comunicación Alternativa: Medios, Estado y Política (COMEP) CD ROM Ponencias.
-
- _____ (2011a). “Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”, Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp), Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983), Bs. As.: Eudeba, pp. 83-118.
-
- _____ (2011b). “La Nación y Clarín: Los inicios de un prudente distanciamiento con la dictadura”, Anuario de Investigaciones 2007/2008, FP y CS, vol 7, pp. 53-62.
- Díaz, C., Passaro, M. y Giménez, M. (2014). “Clarín y la guerra de Malvinas: los dilemas del cambio de época”, VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/viii-jornadas-2014>
- Ducrot, O. (1989). El decir y lo dicho, Bs. As.: Hachette.
- Escudero, L. (1996). Malvinas: el gran relato, Barcelona: Gedisa.
- García Lupo, R. (1968). Contra la ocupación extranjera, Bs. As.: Sudestada.
- Gilbert, I. (2007). El oro de Moscú. Bs. As., Sudamericana.
- Gras, M. (2015). “Las palabras del terror (V): el caso de la revista Para Ti”, Diario Contexto, 5/5/2015. <http://www.diariocontexto.com.ar/2015/05/05/las-palabras-del-terror-v-el-caso-de-la-revista-para-ti/>
- Guber, R. (2001). ¿Por qué Malvinas?, Bs. As.: FCE.
- Lorenz, F. (2012). Las guerras por Malvinas (1982-2012), Bs. As.: Edhasa.
- Maingueneau, D. (1989). Introducción a los métodos de análisis del discurso, Bs. As.: Hachette.
- Napoli, B., Perosino, C. y Bosisio, W. (2014), La dictadura del capital financiero, Bs. As.: Peña Lillo Ediciones Continente.
- Ramos, J. A. (2011). Historia de la nación latinoamericana, Bs. As.: Peña Lillo Ediciones Continente.

- Rivadeneira Prada, R. (1986). *Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*, México: Trillas.
- Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba*, Bs. As.: Sudamericana.
- Sigal, S. (2006). *La plaza de Mayo una crónica*, Bs. As.: Siglo XXI.
- Suriano, J. y Álvarez, E. (2013). *505 días que la Argentina olvidó*, Bs. As.: Sudamericana.
- Yankelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, Bs. As.: FCE.
- Yofre, J. (2011). *1982*, Bs. As.: Sudamericana.

La Guerra de Malvinas como generador de la “crisis de occidente” en los editoriales de La Nación y Clarín⁹⁹

César “Tato” Díaz y Mario Jorge Giménez

Introducción

El escenario en el cual tuvo lugar la guerra de Malvinas era un mundo bipolar y en él las relaciones internacionales se desarrollaban en medio de una “guerra fría” que tenía como contendientes a los EE.UU. y sus socios de la OTAN (entre ellos Gran Bretaña) liderando el Occidente, y a la URSS como potencia dominante en el Oriente. Durante esta etapa, en ambos bloques se formularon paradigmas con el propósito de sostener un control que no se restringiera al uso de la fuerza militar. En el hemisferio occidental, sería impulsado el de la “modernización” que, en lo comunicacional, valoraba a la prensa comercial y a los medios masivos como instrumentos irremplazables para alcanzar el progreso y la modernidad (Schram, 1967: 56-62). La versión para América Latina de este paradigma se presentaría bajo la denominación de Alianza para el Progreso empero, ante su fracaso y el surgimiento de distintas experiencias de lucha popular, política, gremial y hasta insurreccional, sería reemplazado por la doctrina de seguridad nacional que legitimaría el aumento del poder militar

99 Un adelanto de este trabajo fue presentado en el VIII Seminario Regional (Cono Sur) ALAIC en 2015 bajo el nombre de “El debate por la democratización de la Argentina y su re inserción en occidente durante la guerra de Malvinas en los editoriales de La Nación y de Clarín”.

para restaurar y sostener el orden en los distintos países. En la Argentina, los diarios La Nación y Clarín, al igual que la mayoría de sus colegas, asumieron discursivamente una postura “constructiva” y “responsable” con la cual justificaron su contribución con la destitución del tercer gobierno peronista el 24 de marzo de 1976 (Díaz, 2002). Este posicionamiento los convertiría en “socios” ideológicos del Estado terrorista que produjo la desaparición de miles de personas y el secuestro de medio millar de niños. Aceptando además, la supresión de las libertades cívicas (entre ellas la de expresión), el congelamiento de la actividad político partidaria y la intervención de los sindicatos obreros. A poco de cumplirse el primer año de la dictadura, se convertirían en sus “socios” en la empresa productora de papel para diarios Papel Prensa S.A., y ejercerían un periodismo hermesiano (Díaz, 2011) destinado a amplificar el discurso castrense y a alertar sobre la complejidad y peligrosidad del fenómeno subversivo (Díaz, Giménez, Passaro, 2001). Así, favorecieron una cruzada para su eliminación al considerarlo un enemigo ideológico de la sociedad argentina, oponiendo los principios axiológicos del ser nacional sustentado en la civilización occidental y cristiana que identificaban al nosotros argentino, para enfrentar la ideología del otro subversivo (Díaz, Giménez, Passaro, 2006a; Díaz, Passaro, Giménez, 2006). Ambos diarios, también acompañarían el rechazo de la dictadura al fallo arbitral de la Corte Internacional presidida por la reina de Inglaterra en la disputa con la dictadura chilena por la soberanía sobre el Canal del Beagle¹⁰⁰. Sus notas, de marcado perfil chauvinista, construyeron la representación de un nosotros argentino que estigmatizaba al hermano país como el otro enemigo. Asimismo, producirían un sentido de apoyo unánime en torno de la conducción castrense destacando “el gran consenso” y “la reacción del país” para defender la soberanía territorial. No obstante en 1978, ante la posibilidad de un choque armado, realizarían la apología del papa Juan Pablo II y del cardenal

100 Se encontraba en disputa la soberanía sobre las islas Picton, Nueva y Lennox que, por el acuerdo firmado entre el presidente argentino Alfonsín y el dictador chileno Pinochet quedaron bajo la órbita chilena a fines de 1984.

Samoré, su mediador en el conflicto. De todos modos, La Nación volvería a estrechar filas con la dictadura cuando L. Galtieri rechazara la propuesta papal de resolución al diferendo, mientras que Clarín, como en otras ocasiones, adoptaría un elocuente silencio editorial (Díaz, Giménez, Passaro, 2011a).

Los diarios La Nación, Clarín y algunas consideraciones analíticas para examinar su posicionamiento durante la guerra

El matutino La Nación fundado en 1870 por el ex presidente Bartolomé Mitre, cuya familia aún permanece vinculada a él, nació en la etapa conocida históricamente como de la Organización Nacional. Si bien se postularía como “tribuna de doctrina”, definición que hoy sigue encabezando la sección editorial, participaría activamente de la lucha político-partidaria hasta la muerte de su director Emilio Mitre en 1909. Este medio representaba los intereses de la burguesía agroexportadora, sector que por entonces se ubicaba en las posiciones más altas de reconocimiento del poder político, económico y social. Por esta identificación confrontó con el primer gobierno peronista (1946-1952), mientras que coincidió con las medidas destinadas al sector agropecuario en el segundo gobierno entre 1952 y 1955 (Sidicaro, 1993: 214-225). El retorno definitivo de Perón en 1973 y las condiciones de violencia política imperantes entonces produjo un nuevo acercamiento entre el periódico y la propuesta de paz enarbolada por el líder justicialista en su tercera presidencia. No obstante, cuestionó algunas medidas, en especial las económicas, tales como: la ley agraria, el plan trienal y la profundización del intervencionismo estatal. Clarín, fundado en 1945 por el ex diputado nacional y funcionario de la provincia de Buenos Aires, Roberto Noble, también tuvo en sus comienzos un posicionamiento antiperonista aunque, a poco de comenzado el primer gobierno de Perón se volvería oficia-

lista hasta su derrocamiento en 1955 cuando pretendió convertirse en un damnificado por aquel gobierno (Sivak, 2013: 54-133). Desde finales de la década de 1950 adheriría a los postulados del desarrollismo encabezado por el presidente A. Frondizi y así, varios dirigentes de ese partido formarían parte de su staff desde mediados de la década de 1960 aún después de su muerte en 1969, cuando su viuda Ernestina Herrera se convirtiera en la directora. Hacia 1973 contribuiría con el triunfo del tercer gobierno justicialista pues el Movimiento de Integración y Desarrollo formaba parte del Frente Justicialista de Liberación triunfante en las primeras elecciones sin partidos proscritos desde 1952. El Movimiento de Integración y Desarrollo, tras la muerte de J. Perón, abandonaría la coalición gobernante, así como a principios de 1982 sería desvinculado del propio matutino. En el presente trabajo, se analizará la sección institucional de los dos matutinos durante la recuperación temporaria de las Islas Malvinas entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982¹⁰¹. Si bien le otorgaron un tratamiento dispar en términos cuantitativos (La Nación publicó setenta editoriales, mientras que Clarín treinta) puede afirmarse que el “síndrome de malvinización” (Escudero, 2013) también caracterizó a ambas columnas. Además, coincidieron en la jerarquización de una serie de tópicos destinados a fortalecer identificaciones colectivas y a poner en la agenda ciertas temáticas vinculadas con la democratización del país y su reinserción en el hemisferio occidental en la posguerra. Se examinará estos medios como “actores políticos de naturaleza colectiva, cuyo ámbito de actuación es el de la influencia, no el de la conquista del poder institucional” (Borrat, 1989), centrando la atención en sus editoriales pues en esa sección es donde ponen en juego su posición doctrinaria respecto de los temarios jerarquizados. Para comprender el posicionamiento que sostuvieron se utilizarán los aportes conceptuales de E. Verón (2005) quien sostiene que “para

101 Según el Instituto Verificador de circulaciones por entonces la tirada de La Nación rondaba los 200.000 ejemplares, mientras que la de Clarín llegaba a los 600.000 (Sivak, 2015).

que algo sea considerado como condición de producción de un discurso o de un tipo de discurso, es necesario que haya dejado huellas en el discurso. Dicho de otro modo, es necesario mostrar que si los valores de las variables postuladas como condiciones de producción cambian, el discurso también cambia”. De forma particular, se abordarán sus “estrategias enunciativas, pues son ellas las que construyen la especificidad de la publicación” (Verón, 2005). En tal sentido, se reparará en los subjetivemas que emplearon, pues constituyen uno de los tipos de huellas que son las “valoraciones que el locutor hace del mundo que representa”, inscriptas en la comunidad cultural e ideológica que las produce y permiten “leer no sólo la subjetividad individual, sino principalmente una subjetividad socialmente compartida” (Balmayor, 1999).

De la “crisis” del proceso militar a la “unidad nacional” en Malvinas

En diciembre de 1981 el general R. Viola fue destituido de la presidencia por un golpe palaciego urdido por el jefe del Ejército L. Galtieri, con apoyo de la Armada y de la Aeronáutica. Por entonces, el régimen llevaba más de cinco años y su política económica comenzaba a poner en evidencia la disminución del empleo y la alta inflación que dieron lugar al descontento social y sustentaron el resurgimiento de la protesta de los trabajadores sindicalizados. Estas condiciones produjeron además, un deterioro de la administración que favorecería el renacimiento de los principales partidos políticos quienes, mediante la conformación de la Multipartidaria, intentaron avanzar hacia la institucionalización del país. Al respecto, los “*socios*” tuvieron una dispar estrategia discursiva. La Nación alentaba la institucionalización sólo si los militares dialogaban con aquellas expresiones partidarias que garantizaran una *democracia acotada* (Díaz, Giménez, 2009), excluyendo al peronismo e ignorando al resto de la Multipartidaria.

De todos modos, cuando las tensiones al interior de la cúpula del ejército se volvieran indisimulables y la dictadura entraría en su fase de *descomposición* (Quiroga, 2004), su discurso daría cuenta de la “crisis de confianza en la ciudadanía”, señalando admonitoriamente que no se lograría la “marcha hacia la plenitud de la República si la ciudadanía no renueva su fe, pero tal renovación no puede producirse mientras no haya hechos, ideas y programas capaces de reanimar la moral colectiva” (LN, 10/12/81). Por su parte Clarín, ante la creación del núcleo pentapartidario, manifestaría un giro significativo en su discurso editorial presentando un sesgo aperturista en materia política, al tiempo que hacía la apología de la ex presidenta María Estela de Perón y también la de la dictadura por haberle “otorgado” la libertad después de más de cinco años de prisión. Además, reclamaba la participación ciudadana y la de los sectores representativos de la política, el sindicalismo, el empresariado, la iglesia y las Fuerzas Armadas en un pie de igualdad. Una vez desalojado Viola, olvidaría estas aseveraciones para limitarse a señalar que el país “no tiene ya ante sí el tremendo fantasma de la subversión” y, asumiéndose como portavoz de “la voluntad del pueblo” aclaraba que si bien podía “ceder sus derechos en función de un riesgo dramático de resquebrajamiento del Estado o para juntar fuerzas en un severo proceso de crecimiento, no convalida la destrucción del trabajo de generaciones” (Cl, 16/12/81), con lo cual dejaba de lado la institucionalización del país (Díaz, Giménez, 2009). En tanto La Nación, el mismo día de la asunción de Galtieri coincidía en el diagnóstico de su socio, al enfatizar que en 1976 la Argentina “estaba postrada por el desorden del populismo y amenazada por las armas de los agentes locales de la internacional del terror y la subversión”, acotando solamente que en esta coyuntura se imponía “forjar una síntesis entre dos hechos ciertos: el primero, que los partidos son una parte esencial del músculo de la democracia; y el segundo, que las Fuerzas Armadas son una parte esencial del músculo del poder” (LN, 22/12/81), abriendo también un compás de espera respecto de una posible democratización.

La gesta de Malvinas y la institucionalización del país durante la guerra

El 2 de abril de 1982, cuando la opinión pública tomaba conocimiento del desembarco de las tropas argentinas en Malvinas, pocos recordarían aquel mensaje de La Nación reclamando “hechos, ideas y programas capaces de reanimar la moral colectiva”. Si bien la sorpresa en la ciudadanía fue generalizada, el vínculo que unía a ciertos miembros prominentes de su staff con altos funcionarios de la dictadura le había permitido revelar la primicia¹⁰². Seguramente por ello abordaría, en los habituales dos editoriales que incluía cotidianamente, asuntos a priori diferentes pero que resultaban complementarios en la construcción de su estrategia enunciativa. En el que encabezaba de página, hacía la apología de la recuperación territorial porque daba cumplimiento a “un anhelo nacional unánime (...) [que] compromete, por lo tanto, la adhesión y el apoyo de todos los sectores del país”. Mientras que en el restante, postulaba como antidesinatario y par antagónico de la “unidad nacional” a los responsables de la movilización opositora producida tres días atrás, anatematizándolos mediante sintagmas que denotaban su carácter minoritario y vetusto como “grupo peronista actuante bajo el nostálgico sello de la CGT”¹⁰³ o también “personeros del sectarismo banderizo” (LN, 2/4/82), enlace positivo habitual en esta columna. Clarín, veinticuatro horas después, propondría un mensaje de similar tenor destacando que la causa Malvinas “llama a la cohesión de los argentinos”. De todos modos, su mensaje se volvería sustancialmente divergente cuando, con estilo

102 Claudio Escribano, amigo de Costa Méndez, rememora que mientras “un despacho de la United Press, de las 5.11 de ese día, informaba que la noticia todavía no había podido confirmarse en fuentes oficiales”, La Nación podía titular en la segunda edición: “Desembarco argentino en el archipiélago de las Malvinas’ (...) redactado a las 2 de la madrugada, por Luis Jorge Zanotti, desaparecido prosecretario general de LA NACION, y por quien esto escribe. Lo hicimos después de haber recibido la contraseña convenida de antemano con un diplomático de la íntima confianza del canciller Costa Méndez” (LN, 24/3/2012) <http://www.lanacion.com.ar/383270-una-cronica-intima-del-desembarco-en-las-malvinas>

103 Véase el capítulo anterior

admonitorio, hacía notar que la unidad debía consolidarse “sin necesidad de declinar por ello ninguna convicción legítima, ni ninguna discrepancia fundada” (Cl, 3/4/82). Así, mientras el matutino de los Mitre proponía excluir a ciertos sectores políticos o sindicales, su socio hacía la apología de la dictadura que los convocaba y por ello señalaba “existe una férrea unidad en el pueblo argentino (...) Cabe computar la manifestación de apoyo que ha recibido la operación de reconquista. También, la apertura realizada por el Gobierno a las entidades políticas y, entre ellas, a las que cuentan mayoritariamente en la opinión pública” (Cl, 7/4/82). La huella de este mensaje resulta claramente perceptible en los editoriales publicados durante la gestión de R. Viola (Díaz, Giménez, 2009), cuando Clarín rechazaba los exclusivismos y pugnaba por la superación de la crisis mediante la unidad construida con la integración de opuestos que ahora reiteraba al hacer la apología de la “comitiva de cuarenta y un políticos, gremialistas, dirigentes empresarios y representantes de distintas actividades” que acompañaron la asunción del general Mario B. Menéndez como gobernador de las islas Malvinas. Además explicaba al destinatario (ciudadanía) que “cada una de las personalidades invitadas para viajar al archipiélago es vastamente representativa [y que] todas juntas simbolizan al país entero”. Así como también ponía sobre el tapete las contradicciones al interior de tan amplio espectro al expresar, mediante el recurso de la concesión, que “podrá afirmarse que los problemas del país permanecen. Es cierto. Y –desde luego- cada una de las personalidades que convalidaron con su presencia la reconquista de las Malvinas está seguramente dispuesta a retomar su discurso sobre los problemas del país en el momento mismo en que ello sea posible. Entretanto, forjaron en la práctica un instrumento de unidad nacional que ha de servir para esta ocasión y para cualquier otra acahanza. Para el diálogo de hoy y para el necesario y franco diálogo del mañana” (Cl, 8/4/82). Nótese que este último aserto constituye la primera introducción de la cuestión de la democratización proyectada

para la posguerra¹⁰⁴ en los inicios mismos de la conflagración. El protagonismo de la ciudadanía volvería a ser puesto de relieve por Clarín ante la inminente entrevista que sostendrían el secretario de Estado norteamericano y el dictador argentino. En ese sentido, a diferencia de su socio, realizaría ostensibles esfuerzos discursivos en los días previos para alentar una multitudinaria concurrencia a la Plaza de Mayo y “mostrarla al general A. Haig como argumento en las negociaciones por las Malvinas” (Sigal, 2006: 334)¹⁰⁵. Para el diario dirigido por Ernestina Herrera de Noble, tal era la significación del acontecimiento que, el mismo día de la entrevista, dirigiéndose a ambos como paradestinatarios y a la ciudadanía como destinatario enunciaba que el visitante “tomará contacto a la vez con las autoridades y con el pueblo (...) contemplará a un pueblo profundamente cohesionado [que] está lejos de declinar sus opiniones pluralistas en multitud de temas, como la política económica, las libertades públicas, los medios de comunicación de masas, los derechos sindicales, la política de ingresos, el restablecimiento de las instituciones y así sucesivamente. Pero en el tema de las Malvinas conforma un frente homogéneo y compacto” (Cl, 10/4/82). Mientras que, el día posterior destacaría en forma autorreferencial “se confirmó el vaticinio formulado desde estas columnas, en el sentido de que el pueblo expresaría cohesionadamente su apoyo”. Seguidamente, el mensaje adquiriría un tenor combativo a la vez que apologético al aclarar que “el fervor estaba muy lejos del patriotismo, era la expresión madura y serena de un pueblo que

104 Un periodista contemporáneo, para quien el editorial de Clarín había pasado desapercibido, o bien no le otorgaba relevancia, haría notar su rechazo a quienes hacían pública la preocupación por la posguerra el 17 de mayo cuando publicaba “durante la semana pasada, mientras la Argentina tentaba en vano una solución ecuaníme ante el secretario general de las Naciones Unidas, asomó en el ‘frente interno’ una llamada ‘propuesta política para la posguerra’, relató Jorge Lozano desde su columna del [diario] Popular, haciendo referencia al paso de Vernon Walters por Buenos Aires. Y advertía: ‘más vale que algunos tripulantes no abandonen el barco en medio de la tormenta. Porque el pueblo siempre repudia a los cobardes y a los traidores. Aunque esta guerra se pierda’” (Yofre, 2011: 385).

105 Federico Lorenz (2012: 58) recoge el testimonio de un exiliado para quien la convocatoria “constituye un virtual levantamiento del Estado de sitio, una aceleración de las negociaciones en pro de una salida política para el régimen”.

sabe perfectamente que cada vez que se pone en movimiento hace historia”. De este modo, Clarín posicionaba al “pueblo” como actor unánime y central del acontecimiento demostrando que “el país entero estaba galvanizado [mediante] una suerte de inmensa comunión colectiva” y sentenciaba su infalibilidad al afirmar que “ese pueblo raramente se equivoca en sus manifestaciones”. Aquí cabe detenerse en el uso del pronombre posesivo, ya que la atribución que su mensaje le asignaba no valía para cualquier tiempo y lugar, sino bajo las condiciones de producción imperantes en aquella coyuntura, que además le permitían poner baza en su intención de señalar como punto de inflexión institucional al enfrentamiento internacional incorporando nuevamente la institucionalización del país para la etapa de posguerra, al marcarle admonitoriamente al paradesinatario castrense y al prodestinatario ciudadanía: “escuchar al pueblo. Tal parece la simple formula de la democracia¹⁰⁶ (...) La reconquista de las Malvinas, emprendida por sus hombres de armas, marca el fin de una época” (Cl, 11/4/82). De tal modo, entendía que la gesta iniciada por los militares no constituía solo la defensa de la soberanía territorial, sino que también operaba como una suerte de punto de clivaje político-institucional durante el cual la comunicación entre un pueblo movilizado y sus contingentes gobernantes despejaría el camino a la democracia. La manifestación, si bien tendría un trato apologético desacostumbrado en La Nación, sería motivo de una reafirmación de su estrategia enunciativa basada en la dicotomía “unanidad-sectarismo”. Por ello, emplearía un mensaje que tenía como prodestinatarios a uniformados y ciudadanos a quienes presentaba como las “dos partes de la plaza” situadas a ambos lados de la calle Balcarce: uno dentro y otro fuera de la Casa Rosada. Así, mediante esta metáfora, resignificó un acto de presión al emisario norteamericano en un “ges-

106 Una semana después su socio coincidiría con esta apreciación al sostener que el “la concentración efectuada en la Plaza de Mayo alcanzó la dimensión de un plebiscito” (LN, 18/4/82).

to colectivo de conciliación nacional”¹⁰⁷, al tiempo que citaba a L. Galtieri como principio de autoridad cuando afirmó que “las FF.AA. pertenecen al pueblo”. Con estilo predictivo señalaba que el acontecimiento iba a proyectarse en “el río caudal de la democracia”¹⁰⁸; pues serviría de ejemplo a “millones de jóvenes necesitados de las banderas ejemplares que encabezan la marcha hacia el futuro”. Como contraparte, se dirigía a sus tácitos contradestinatarios “núcleos prosoviéticos que intentaron desviar para su facción al igual que otros lunares banderizos” (LN, 11/4/82), es decir, los militantes comunistas y peronistas respectivamente que operaban como “par antagónico” de la “conciliación nacional”. Aquí resulta notable la preocupación por introducir en la agenda el temario de la institucionalización durante la guerra bajo el precepto de democracia acotada ya señalado; así como también se puede apreciar la utilización de una marca innovadora en su huella discursiva, cual es el rol protagónico del pueblo que -habiendo sido eludido sistemáticamente por el matutino de los Mitre- lo incluiría en treinta y tres oportunidades en el periodo examinado aunque, claro está, con la exclusión de peronistas y comunistas señaladas. Contrariamente, el diario dirigido por Ernestina Herrera de Noble ponía el énfasis en la unidad expresada por la causa Malvinas, valoraba las disidencias en torno de los demás temas de la agenda pública y evitaba la apología de los jefes castrenses (Díaz,

107 F. Lorenz (2012) encuentra similares conceptos en la nota del hoy columnista de La Nación Santiago Kovadloff “Una lección memorable” publicada en Clarín el 16 de abril de 1982: “Por primera vez en muchos años las Fuerzas Armadas han podido sentirse voceras de la voluntad popular. El 10 de abril conocieron, después de largo tiempo, la incomparable experiencia de la solidaridad incondicional de una nación que al verlas actuar se vio a sí misma. La sensatez política y el futuro republicano aconsejan no desoír esta lección memorable (...) El pueblo argentino (...) sin condiciones previas de ninguna índole: supo llevar la voz de sus hombres y mujeres a la Plaza de Mayo para que las Fuerzas Armadas la escuchasen como expresión de su propia voz”.

108 Juan M. Abal Medina, liberado de su confinamiento en la embajada de México en Buenos Aires al llegar a ese país en medio de la controversia vaticinaria que “a raíz de este conflicto se vivirá un cambio de 180 grados en la lucha por la instauración de la democracia en Argentina” (Yankelevich, 2010).

Passaro, 2015). La Nación seguiría reivindicando que los acontecimientos derivados del 2 de abril tenían “el valor de una demostración efectiva de la magnitud de la voluntad argentina —una voluntad unánime, por cierto—, sin convertir al hecho militar en el excluyente centro del asunto” (LN, 21/4/82). Su retórica, tal como la de su socio, se esforzaba por no ceñir la gesta a una acción estrictamente castrense aunque, como ya se aclaró, no todos los comportamientos civiles formarían parte de la “unanimidad” por la cual el diario abogaba, de modo tal que volvería a fustigar, en este caso, la “declaración del Partido Comunista local, ortodoxo discípulo de la matriz soviética” quien curiosamente reclamaba por dos temas que el propio matutino había incorporado en la agenda durante esta coyuntura, tales como el restablecimiento de “las libertades y derechos democráticos” (LN, 24/4/82). En el mismo lugar de la estigmatización ubicaba, omitiendo sus nombres, a los miembros de la CGT¹⁰⁹ a quienes presentaba mediante enlaces positivos como “dirigentes de dudoso pasado y que, como el corcho, han sabido flotar sobre aguas no siempre diáfanas”. Para dar mayor contundencia a su rechazo de esta forma de expresión, a la elocuencia de la metáfora musical que daba cuenta del instrumento utilizado, le incorporaba el matiz psicópata de sus ejecutantes al sentenciar “no es tiempo éste de hacer sonar los bombos, bien identificables, convocando, nostálgicamente a horas de ocios suicidas sino de asumir el presente en plenitud de labor creadora, que es otra forma de demostrar nuestra soberanía”. Resulta inocultable que el matutino dirigido por B. Mitre, insistía en demandar admonitoriamente a un paradestinatario castrense la erradicación del peronismo, haciéndole notar sin eufemismos que “en estas horas decisivas, los pescadores en río revuelto deben ser eliminados de la escena pública”. Al tiempo que, generalizando su denuesto sobre las facciones partidarias, convocaba en primera persona del plural a todos los argentinos a que “pensemos en nuestro destino común [pues,] una

109 Omitía además aclarar que el motivo de la nota era el acto que convocaron en la Plaza de Mayo el 26 de abril para apoyar la recuperación de las Islas y cuestionar al plan económico.

vez resuelta la seria coyuntura que estamos atravesando, el fruto más precioso que deberíamos cosechar es el cohesivo fortalecimiento del espíritu comunitario”, para virar hacia el final de la nota a un estilo combativo y arengar al prodestinatario ciudadano nacional: “enteros y unidos, antes que partidos y desunidos, debe encontrarnos esta página de la historia en la que todos tenemos un papel que cumplir y una tarea que desempeñar. Las convocatorias a asuetos estériles deben ser incorporadas a una mitología irreversible. El futuro de la Gran Argentina así lo exige” (LN, 30/4/82). Ahora bien, La Nación no sólo centraría su esfuerzo retórico en señalar el comportamiento que debería observar el sindicalismo en la institucionalización del país en la posguerra, sino que le exigía deponer su reclamo sectorial pues atentaba contra la cohesión social que debía consolidarse durante la guerra para ser transferida al frente de batalla y exprese “en el poder de las armas, lo que siente y piensa la totalidad del pueblo argentino” (LN, 4/5/82), puesto que “Malvinas se erigió en el símbolo de la unidad y de la continuidad nacional que el régimen proponía y la sociedad política y civil aceptaba, rediseñando un espacio contiguo entre continente e islas” (Guber, 2001: 39-40). Esta formulación era además funcional a su estrategia enunciativa pues le permitía recrear la dualidad de componentes de la “unidad nacional” expresada en la plaza de Mayo el 10 de abril representada en Malvinas por “el pueblo” y “los soldados”; al tiempo que le resultaba útil para refutar las afirmaciones sobre el antagonismo pueblo-dictadura que tenían epicentro en Londres y se difundían a escala internacional. Para descalificarlas, las equiparaba con las denuncias a las violaciones a los derechos humanos de los exiliados y juzgaba que la “inconsistencia de la hipótesis quedó rotundamente demostrada cuando diversos sectores de la sociedad manifestaron su respaldo unánime a la acción de las Fuerzas Armadas” (LN, 6/5/82). El mensaje explicativo que presentaba aglutinados a civiles y uniformados como miembros ines-

cindibles de un mismo ideario volvería a evidenciarse cuando mancomunaba a “los que pelean en el frente, los que denodadamente bregan por una solución justa y pacífica, el conmovedor comportamiento de una ciudadanía que ha dejado disensos de lado en aras de una monolítica unidad” (LN, 14/5/82). De este modo, soldados, gobernantes y sociedad eran presentados como un todo unánime mediante un discurso apologético que destacaba “la subordinación de los intereses personales al interés nacional” (LN, 20/5/82). Con el mismo cometido, realzaba el valor de las colectas públicas según explicaba, recurriendo a un eufemismo, que “nuestro país no llega con su economía muy bien parada al enfrentamiento de estos días [y] porque además del efectivo aporte de recursos tiene el valor de un símbolo¹¹⁰” (LN, 29/5/82) que fortalecía la unidad nacional. Por su parte, el matutino fundado por R. Noble, para ampliar el sentido de la cohesión social destacaría apologéticamente, como si no pertenecieran a la ciudadanía, “la adhesión de las comunidades extranjeras”. Mediante un enunciado admonitorio dirigido a un pardestinatario gubernamental aseveraba que “el país está, aún más que antes, en deuda, y esa deuda se paga solamente ofreciendo mejores condiciones de vida a ellos y a su descendencia (...) Y para esto el país tiene que salir del estancamiento en que se ve postrado, recuperar sus fuerzas y mover las palancas necesarias para reemprender la senda del crecimiento” (CI, 6/5/82). De este modo Clarín, a diferencia del matutino de los Mitre que sólo proponía cambios institucionales, entendía que el punto de inflexión que implicaba la causa Malvinas también debía introducir modificaciones en materia económica. Por lo cual daría un paso más osado que su socio al explicitar en la agenda editorial el cambio en las condiciones de producción de su

110 El 15 de abril de 1982 el PEN por decreto 753 establecía que “la Secretaría de Hacienda ha dispuesto la apertura, en el Banco de la Nación Argentina, de una cuenta bancaria denominada ‘Fondo Patriótico Islas Malvinas’”. En una nota La Nación reconocería que “Treinta años después, el destino de la mayor colecta de la historia aún sigue generando sospechas y frustración” (1/4/2012).

mensaje que venía anunciando desde el 3 de abril al titular un editorial “Pensar la posguerra”. En él, mediante un mensaje explicativo, daba cuenta que el país no era el mismo después de la recuperación de las Malvinas y advertía admonitoriamente a los partidos políticos como paradestinatarios, que debían abandonar el “sectarismo” y el “exclusivismo” haciendo lo propio con las “FF.AA. [para que] pongan un broche de oro a su gestión” y, capitalizando la unidad que produjo la gesta de Malvinas, enderezaran “la marcha hacia la democracia y la reconstrucción nacional [que] aparecen en el horizonte como la perspectiva óptima para un país que se ha de refundar desde la sangre y las lágrimas” (CI, 17/5/82). Cuando los combates en las Islas produjeran cuantiosas bajas en las tropas argentinas, La Nación adoptaría un sesgo angustioso en su mensaje y, dirigiéndose al destinatario ciudadanía le haría notar que “una porción de nuestros muchachos de dieciocho años. Apenas salidos de la adolescencia, escolares que terminaban de hacer sus estudios de enseñanza media, con rostros en los que la barba del hombre empieza a asomar, fusil en mano o en la pieza de artillería resisten al enemigo, al miedo, al dolor, a la muerte” (LN, 7/6/82). Repárese que esta apelación a la figura de la sangre derramada como vínculo fundacional, sería empleada no ya para sostener la guerra, sino para reconstruir la república en la posguerra, puesto que “era el único anclaje moralmente aceptable para participar de un país fragmentado por la persecución. El lenguaje del parentesco impregnaba a la Nación como único lazo y canal plausible de la unidad recreada” (Guber, 2001: 45). Por ello, continuaba reivindicando que “una causa nacional es factor coaligante de voluntades, más allá de posiciones ideológicas y sociales”. Por ello, convocaba admonitoriamente a un prodestinatario ciudadanía y a un paradestinatario militar a la unidad nacional, no para defender la soberanía territorial sino para clausurar una etapa de la historia nacional y alcanzar “la realización de una república definitivamente estabilizada”. Ahora bien, la modificación de las condiciones de producción originada por la inminencia de la derrota militar, introduciría cambios en su estra-

tegia enunciativa con lo cual abandonaría el par antagónico inicialmente exhibido y, si bien seguía sosteniendo como valor la “unidad nacional”, ahora señalaba que “sólo con la posibilidad de lograr la unidad en la diversidad, sólo con el derecho a la singularidad, podremos reforzar, reactivar y realimentar nuestra indeclinable soberanía” (LN, 10/6/82), agregando después de la rendición de Puerto Argentino que no se debían “borrar los matices ni las diferencias enriquecedoras para asumir la monolítica estructura de los totalitarismos [pues] la sangre ahora derramada reclama para que tanto sacrificio no haya sido en vano” (LN, 15/6/82). La reformulación de La Nación del “par antagónico” inicial emparentaba su estrategia enunciativa a la que su socio Clarín supo esgrimir desde el comienzo, así como también con un mes de anticipación aún antes de los primeros combates terrestres, habría efectuado la apelación a la sangre derramada. Este último, ante la visita del Sumo Pontífice volvería a presentar amalgamados a la dictadura y a la sociedad pero, en esta oportunidad para tomarlos como destinatarios de un mensaje admonitorio no exento de ribetes críticos respecto de comportamientos característicos de una sociedad de masas al referir “La Argentina, su Gobierno y su pueblo deben también ponerse a la altura de esta visita sin mezquinos cálculos, y no convertirla en simple motivo de celebración masiva ni en esa propensión a los espectáculos grandiosos y eficazmente montados a que nuestra sociedad está aficionada”. De este modo Clarín, que había convocado y realizado la apología del masivo acto del 10 de abril en Plaza de Mayo, ahora adoptaba un cariz de consternación y, adelantándose al mensaje de Juan Pablo II a los argentinos, predecía “el Papa hablará de derechos humanos en una comunidad que los ha violado demasiado a menudo en los últimos años, tanto con la estéril pretensión de instaurar una feliz y definitiva utopía revolucionaria, como con la sistemática represión de la disidencia y de las libertades individuales”. En el enunciado, se advierte su adscrip-

ción a la teoría de los dos demonios al responsabilizar por igual al terrorismo de Estado y a las organizaciones armadas que actuaron en la Argentina en la década del '70; mientras que, en el remate de la columna vaticinaba la derrota en Malvinas al tiempo que intentaba persuadir a la sociedad para aceptar “un destino duro, sin duda, pero al que han de llegar la paz, la justicia y la democracia” (Cl, 11/6/82). Después del cese del fuego justificaría el armisticio pues entendía que el país no podría afrontar económica y humanamente la prolongación de la guerra y aseveraba con un mensaje admonitorio orientado al prodestinatario castrense “nuestra primera prioridad como nación es ahora la paz para, a partir de ella, edificar una sociedad fuerte, democrática y equitativa. Los sectores representativos de la comunidad deben ser escuchados. Sus reivindicaciones son parte de la reivindicación común de la nacionalidad que aspira” (Cl, 15/6/82).

La “crisis de occidente¹¹¹” y cómo la diplomacia debe reinsertar a la Argentina en Occidente durante la posguerra

Durante la mayor parte de abril los enunciados de ambos diarios se encontraron bajo la influencia de las negociaciones diplomáticas y la activa presencia de la dictadura en los foros internacionales. Por entonces, enfatizarían acerca de la intransigencia de Gran Bretaña para acceder a una solución consensuada, atribuyéndole la responsabilidad a la personalidad de su primera ministro (Díaz, Passaro, 2015; Giménez, 2015). Respecto de la particular disyuntiva que afectaría a occidente, Clarín se anticiparía al señalar: “la unidad hemisférica será puesta a prueba aún más maduramente que en la década del '60¹¹². La solidaridad de Occidente deberá tener en cuenta a los países

111 Los primeros en advertir esta situación fueron Galtieri y Reagan en la última conversación telefónica antes del desembarco en Malvinas (Yofre, 2011).

112 Sin duda se refería a la crisis de los misiles cuando en plena guerra fría, el enfrentamiento de los EE.UU. y la URSS estuvo a punto de estallar en un conflicto

del Sur, o no podrá seguir siendo invocada con el mismo énfasis. El Reino Unido ha abierto una caja de Pandora¹¹³ (Cl, 12/4/82). Así, en virtud del conflicto por la soberanía, quien durante toda la dictadura había mostrado una despreocupación manifiesta por la vigencia de la democracia, ante el cambio en las condiciones de producción de sus enunciados le destinaría un mensaje admonitorio al prodestinatario Junta Militar gobernante para señalarle “que la mejor defensa posible de los valores de Occidente reside, para un país subdesarrollado como es la Argentina, en el cuidado de los valores democráticos, dentro de una sociedad pluralista, y en la expansión de la economía” mientras que, contrario sensu, “el achicamiento del mercado interno contradice la causa de Occidente (...) porque genera tensiones sociales y (...) porque deja de contribuir al perfeccionamiento posible del sistema de valores que inspiran, como categoría, a nuestros pueblos” (Cl, 12/5/82). Además, como si no se hubiera pronunciado desde 1976 a favor de la doctrina de la seguridad nacional, mediante un enunciado dirigido a los líderes hemisféricos indicaría a un paradesinatario dictatorial: “Occidente debe interrogarse con la mayor seriedad acerca de si el precio de su cohesión militar frente a su adversario soviético es el mantenimiento del colonialismo (...) Si fuera así, podría augurarse un curso aciago a los años restantes de esta década. Pues nadie podrá solventar solidaridades pisoteando los derechos de otros pueblos” (Cl, 18/5/82). La conducta observada por Gran Bretaña y los EE.UU. le permitían calificar la situación mediante un eufemismo como el “aflojamiento de la cohesión propia de Occidente”, al tiempo que con estilo predictivo advertía el interrogante respecto de “cuáles han de ser en el futuro las relaciones de los países de América Latina con Europa y Estados Unidos” (Cl, 24/5/82). Mayores pruritos presentaría la intervención editorial de La Nación puesto que su prédica en

armado por la posible instalación de una base misilística soviética en Cuba.

113 La ruptura del diario con el MID se puede apreciar en este tema, pues éste último responsabilizaba de esta posibilidad a la dictadura argentina en un documento el 23 de abril (Yofre, 2011).

defensa de los “valores occidentales” venía manifestando mayor elocuencia que la observada por su socio. Esa conducta obligaría al centenario matutino a realizar un esfuerzo retórico que le permitiera defender la gesta de Malvinas y confrontar con los líderes hemisféricos, sin dejar dudas sobre su adscripción a occidente. En principio, mediante un estilo explicativo, anotaba que “América está amenazada por dos clases de colonialismo: el anacrónico, que encabeza Gran Bretaña sobre territorios, y el ideológico, que solapadamente insufla la metrópoli del marxismo-leninismo” (LN, 18/5/82) dando cuenta que, su visión de las relaciones internacionales, seguía la huella de la doctrina de la seguridad nacional. Si bien desde el comienzo había explicitado que los EE.UU constituían el “mejor aliado” (LN, 4/4/82) o el “gran aliado político” (LN, 23/5/82) del Reino Unido, al igual que su socio, ni aún en los momentos más cruentos de la guerra le asignaría el lugar del “otro enemigo”. Por caso, cuando el canciller argentino en la reunión de los países No Alineados en La Habana, a pesar de sus propios intereses¹¹⁴ y convicciones¹¹⁵, hiciera notar el “auxilio militar y político de los EE.UU” concedido a Gran Bretaña, el editorialista se limitaría a calificar sus palabras como funcionales a la Junta Militar e invitaba a la opinión pública a analizarlas con “cautela y sinceridad¹¹⁶” (LN, 8/6/82). De todos modos, entendía que la posición asumida por Nor-

114 Sobre la vinculación de N. Costa Méndez como administrador de empresas de capital norteamericano en la Argentina puede consultarse García Lupo (1968). Nótese, además, que antes de asumir como canciller en diciembre de 1981 formaba parte del Banco Arfina (Yofre, 2011) que, en pleno conflicto, fue autorizado por decreto 848/82 a vender el 30% de “su capital social y votos al First Chicago International Finance Corporation” que ya poseía un 10% (B.O. 30/4/82).

115 Véase la nota que con su rúbrica publicara la revista Carta Política en 1976 “La Argentina está, en verdad, alineada con Occidente. Los juristas sostienen que la Argentina está jurídicamente alineada con los Estados Unidos. Por lo menos en una alianza defensiva (...) No necesitamos militar en el Tercer Mundo, al que no pertenecemos (...) La militancia en el grupo de los No Alineados puede alejarnos de nuestros viejos amigos y de nuestros naturales aliados. De aquellos países con los que mantenemos activo comercio y activas relaciones económicas y financieras” (Varela Cid, 1984).

116 Esta advertencia debe relacionarse con la evocación de J. Yofre para quien N. Costa Méndez al asumir tenía como directivas “salir de los No alineados, ir al enfrentamiento en Centroamérica, una alianza política y estratégica con los Estados Unidos y el mundo Occidental” (Suriano, Álvarez, 2013).

teamérica no sólo perjudicaba a nuestro país en esta coyuntura, sino que traería aparejada la “crisis de Occidente”. En este sentido, justificaría a la dictadura como defensora de la “identidad occidental” mediante un discurso apologético en primera persona del plural en el cual destacaba que “nuestras autoridades” honraron esos principios y no afectaron la vida de los 17.000 británicos en la Argentina brindando como ejemplo que “alguna entidad financiera de ese origen¹¹⁷ ha sido auxiliada por el Banco Central al perder depósitos del público” (LN, 10/5/82). Este comportamiento en materia económica era parangonado, en el orden militar, con la hidalguía del capitán P. Giachino¹¹⁸ (LN, 16/5/82) y la defensa de la población civil por parte de soldados argentinos cuando sus oponentes no se ceñían a objetivos militares (LN, 24/5/82). El matutino de los Mitre, ocultando deliberadamente que vivíamos bajo un régimen que violaba sistemáticamente los derechos humanos, al contrario de Clarín que recién ahora lo explicitaba responsabilizando a toda la sociedad, blandía que “al luchar contra el colonialismo, la Argentina está defendiendo los valores de Occidente (...) del ‘mundo libre’, por oposición a aquellos sistemas autocráticos” (LN, 11/5/82); valores “propios de la forma de vida que los británicos aman [y que] son también los valores que los argentinos hemos elegido” (LN, 17/5/82). Convencido de que la “seguridad continental y el sistema de vida libre [son] antítesis, por cierto, de toda forma de colonialismo” (LN, 18/5/82), explicaba que la gesta de Malvinas debía proyectar a nuestro país a cumplir un rol

117 Puede consultarse en Nápoli, Perosino, Bosisio (2014: 146-147) el testimonio del ministro de Economía R. Alemann ante la Comisión Rattenbach en el cual reconocía que “a pesar del embargo de capitales argentinos en el Reino Unido (...) Cuando los clientes de ese banco británico en Buenos Aires, ante la situación bélica, comienzan a retirar sus depósitos, el BCRA corre en auxilio del mismo a través del clásico sistema de redescuentos. Cuando la comisión investigadora a cargo de Rattenbach cuestiona esta actitud, Roberto Alemann sostiene que lo hizo para ‘evitar el despido de centenares de personas’”.

118 Si bien fue considerado héroe de guerra por haber caído sin abrir fuego el 2 de abril, denuncias posteriores lo sindicaron como partícipe en violaciones a los derechos humanos en www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-171908-2011-07-10.html

diferente en el concierto de las naciones, “aun cuando fuese empujada a la adversidad por transitorios avatares de la guerra” (LN, 22/5/82). En definitiva, la guerra en el Atlántico Sur había puesto en evidencia que “la comunidad occidental no sólo está amenazada por la constante agresión de sus enemigos ideológicos sino por una crisis en el liderazgo” (LN, 23/5/82) de los EE.UU. y Gran Bretaña. El comportamiento norteamericano y el de Europa occidental de alineamiento con Gran Bretaña tendría su contraste con la casi totalidad de las naciones de América Latina. Para Clarín, si bien no había configurado una temática jerarquizada en su columna institucional desde 1976, el cambio en las condiciones de producción de sus enunciados lo llevaría a tratarla con un estilo explicativo dirigiéndose al destinatario ciudadanía con el objetivo de esclarecer los factores que desde el siglo XIX bifurcaron los caminos entre la potencia del norte del continente y sus pares latinoamericanos. En ese sentido, destacaría el despegue económico de los EE.UU. que los condujo al desarrollo y los marginó del resto del continente hasta que durante la segunda guerra mundial se convertiría en potencia. Para dar cuenta de la principal controversia en el continente durante la guerra fría, no sólo explicaría que la revolución cubana se había producido por la mono-producción de azúcar, la miseria crónica y el autoritarismo político reinante, sino que, por su separación de la OEA responsabilizaría a “la falta de cooperación hemisférica y, más aún, a la agresión producida desde el continente, que la fueron empujando hacia una radicalización. La incompreensión de la familia continental hizo que el tema de Cuba no pudiera ser negociado entre hermanos” (Cl, 15/4/82). Clarín, evidentemente, había dejado de lado aquella retórica maniquea de los primeros años de la dictadura, demostrando que en esta coyuntura privilegiaba “la solidaridad latinoamericana” (Cl, 20/4/82). De este modo, viraba su mensaje hacia el estilo admonitorio y se dirigía a la dictadura como paradestinatario, apuntando mediante la primera persona del plural, que el apoyo recibido “deberá hacernos reflexionar sobre la necesidad de instrumentar una política exterior

que tenga entre sus prioridades al mundo de los Estados americanos” (Cl, 29/4/82). No obstante, con el mismo estilo y al mismo para destinatario marcaba que nuestro país debía “mantener las mejores relaciones posibles con el gobierno de Estados Unidos. Y para ello la mejor fórmula es alejarse de toda adscripción que no esté basada en profundas razones relativas a nuestros intereses. ‘Ni enfrentamiento ni satelismo¹¹⁹’, parecería ser la fórmula adecuada”. A renglón seguido, daba claras muestras de que tal decisión no podía quedar prisionera del conflicto coyuntural, por lo cual sentenciaba que en “algún momento, antes, durante o después de las negociaciones por las Malvinas, será necesario realizar el esfuerzo de clarificación de la vinculación con Washington” (Cl, 11/5/82). Por lo pronto, en medio de la disputa por la soberanía en el Atlántico Sur seguía advirtiendo sobre “el crecimiento en Occidente de todas las contradicciones ínsitas en el intento colonialista de perpetuar la dominación británica”, al tiempo de explicar que “ese empecinamiento no puede ser recubierto con la ideología de Occidente” (Cl, 18/5/82). La Nación, al igual que su socio, pasaría de la omisión a la jerarquización de Latinoamérica, mediante un mensaje que tenía como destinatario a la ciudadanía y ponía énfasis en el apoyo que recibimos en la primera persona del plural “toda Latinoamérica nos acompaña” (LN, 11/5/82). Así como también daba cuenta del vínculo que nos unía señalando la existencia de una “comunidad latinoamericana” reafirmada mediante el uso del pronombre posesivo como “nuestra comunidad hemisférica” (LN, 18/5/82). Además, en virtud del boicot económico declarado a nuestro país por la Comunidad Económica Europea, avalaría el pragmatismo de la Junta Militar, tomando como principio de autoridad las

119 El fundador de Clarín, Roberto Noble (1966) proponía que la relación con los EE.UU. debía tener lugar a partir de una política desarrollista pues entendía que “las causas profundas de los males profundos que se advierten en el continente provienen del subdesarrollo”, para ello ponía a disposición el diario al afirmar: “concebimos el periodismo como una milicia”. Este “principio” también había sido invocado para rechazar la preocupación del gobierno de los EE.UU. y la presencia de los miembros de la CIDH por las violaciones a los derechos humanos en nuestro país en un editorial titulado “Contra la intromisión externa” (Cl, 22/8/79).

palabras del secretario de Comercio de la Nación¹²⁰ quien abogaba por “una gran reorientación del comercio exterior argentino y provocar un fuerte crecimiento de las corrientes comerciales desde y hacia Latinoamérica” (LN, 30/5/82); conceptos a los que el diario le otorgaba significativa trascendencia al subrayar admonitoriamente que “el robustecimiento de los canales de solidaridad regional, y entre ellos el proceso de integración económica progresiva, se convierten en una verdadera necesidad histórica” (LN, 6/6/82). Por su parte Clarín, proponía que la profundización de los vínculos continentales no se restringiera tan sólo a la cuestión comercial. De allí que con estilo admonitorio se dirigiera a un prodestinatario ciudadanía y a un paradestinatario castrense a efectos de manifestarles como imperativo aunar esfuerzos para “la consolidación de los valores políticos democráticos (...) la lucha por el crecimiento económico y la equidad social. Las energías de las naciones situadas al sur del río Bravo no son pocas, aunque hayan sido sistemáticamente apartadas del cauce unificador que las potencie” (Cl, 20/5/82). Como puede observarse, eludía nominar al responsable de la disgregación latinoamericana aunque seguiría editorializando en pos de lograr la unidad estableciendo como la disyuntiva de la hora: “Integración o independencia”. El estilo combativo del título de la columna rememoraba tiempos en los cuales el mensaje político recurría con frecuencia a formulaciones de ésta índole aunque, cabe aclarar, que el sentido asignado a la independencia estaba relacionado con el de aislamiento y no con el de libertad. Así, el diario fundado por R. Noble destinaba palabras apologeticas al ministro de Economía R. Alemann por “promover la integración económica latinoamericana mediante una significativa reducción arancelaria”. Esta medida, que el matutino de los Mitre ponderaba como administrativa, para Clarín tenía proyección política pues consideraba que esta “propuesta de liberalización comercial se ha formulado en el marco de un acercamiento económico y político a la región y a países del Tercer Mundo, tendencia ésta del todo

120 Se trataba de Alberto de las Carreras.

inobjetable”. El cambio que produjo la guerra en las condiciones de producción de sus enunciados, le permitió volver a poner en la palestra el concepto “liberación” censurado en el discurso público desde 1976; así como también lo haría con su “par antagónico” al enfatizar que “con preocupación se había observado como en los últimos años el país se distanciaba de los ámbitos a los que naturalmente pertenece por su condición de subdesarrollado” decisión que “acentuó sus rasgos más negativos, su desindustrialización, su atraso y su dependencia” (Cl, 31/5/82). Seguramente el empleo del modo impersonal tenía el atisbo de su propia huella discursiva cuando a poco del golpe de 1976 el diario, ejerciendo un periodismo hermesiano, había considerado un demérito que nuestro país permaneciera en este bloque¹²¹. Tomando distancia de su socio, La Nación advertía que la “proyección internacional de la Argentina” no debía restringirse al movimiento de países No Alineados, pues ello implicaría la aceptación “de un rumbo contrario a la idiosincrasia argentina [pues] entraña riesgos muy graves” (LN, 8/6/82). Estas prevenciones, aún después de la derrota, seguirían reafirmando con estilo explicativo que al Reino Unido y a los EE.UU. no los consideraba enemigos pues, “si los dirigentes de los países que hasta ayer considerábamos como ‘naciones amigas’ se han equivocado, no por ello renunciaremos a nuestras raíces históricas, ni ‘inventaremos’ un odio estéril a una cultura de la que somos activos protagonistas” (LN, 15/6/82); así como también enfatizaría que el desencanto con los antiguos aliados no debería inducirnos a creer que “las potencias extracontinentales hasta ahora

121 “En materia de política exterior quedó establecido que nuestro país debe ser ubicado internacionalmente en el mundo occidental y cristiano (...) El teniente general Videla, en su mensaje del 30 de marzo, tras referirse a la concepción cristiana del mundo, añadió que es precisamente sobre esa base y nuestra individualidad histórica que la Argentina ha de alinearse, en adelante, junto a las naciones que aseguran al hombre su realización como persona, con dignidad y en libertad. (...) en estas directivas, que pueden considerarse como base de orientación de nuestra política exterior, están ausentes las tomas de posición en favor de una filiación argentina al llamado Tercer Mundo” (Cl, 5/5/76).

declarativamente favorables a nuestra empresa reivindicadora son verdaderamente amigas de la Argentina y de las naciones latinoamericanas con ella identificadas” (LN, 16/6/82). Este rechazo implícito a la URSS y a Cuba resulta indicativo de que el matutino, a pesar del comportamiento de los líderes de occidente, seguiría abogando por la pertenencia a ese hemisferio y por ende para definir a los enemigos de la Argentina continuaba abrevando en la doctrina de la seguridad nacional. Por eso, nos permitimos diferir con R. Sidicaro (1993: 459) para quien “la relativización de la inscripción en el mundo occidental [fue una de las cuestiones] que ocuparon la meditación política mientras se libraba el conflicto austral”, posición que sí estuvo presente en las columnas de Clarín quien, más que la inserción de la Argentina en occidente, priorizaba el vínculo con los EE.UU.

Consideraciones finales

La recuperación por la vía de las armas de las Islas Malvinas ejecutada por las fuerzas armadas argentinas el 2 de abril de 1982 modificó significativamente las condiciones imperantes en el país, produciendo una importante ampliación del espacio de participación de la ciudadanía en la cosa pública. Por supuesto que esto se evidenciaría también en las condiciones de producción de los enunciados de los medios gráficos en general, circunstancia que también incidiría en los socios de la dictadura que aquí se examinaron: La Nación y Clarín. Con respecto a las estrategias comunicacionales por ellos esgrimidas, puede apreciarse que ambos rehusaron efectuar una valoración de la gesta como un acontecimiento estrictamente castrense, sosteniendo de manera enfática que la ciudadanía fue partícipe insoslayable de la “unidad nacional” que promovió la recuperación territorial de las Islas y, precisamente esta categoría se volvería sustancial para la introducción de la democratización del país en la posguerra en las notas institucionales que trataban sobre la guerra. La Nación, guardando

coherencia con su tradicional línea editorial seguiría sosteniendo, por los menos inicialmente, que la “unidad” debía excluir al peronismo y al comunismo (posición que modificaría recién después de la derrota militar); mientras que, Clarín tal como lo había explicitado editorialmente hacía tan sólo un año atrás, cuando la dictadura comenzaba a manifestar sus primeros síntomas de agotamiento y la crisis comenzaba a evidenciarse, la superación de ese estado de cosas debía ser protagonizada por una “unidad” que contuviera a todos los sectores representativos de la sociedad. Otra divergencia en torno del punto de inflexión que constituía la causa Malvinas eran los cambios institucionales que tenían que tener lugar en el país. Mientras Clarín proponía que una vez finalizada la contienda debía producirse la democratización política así como también imperiosas modificaciones en el sistema económico del país; La Nación, soslayaba este último aspecto centrandó su retórica exclusivamente en lo político-institucional. En relación con este último asunto presentaría la inédita inclusión del “pueblo” y de “Latinoamérica” como actores en su columna institucional; mientras que Clarín, sólo haría lo propio con Latinoamérica, pues el concepto “pueblo” no era ajeno a su huella discursiva. En relación con la crisis de occidente que los alineamientos que la conflagración trajo aparejada, La Nación se los atribuía al comportamiento observado por las potencias EE.UU. y Gran Bretaña, situación que contrastaba con lo actuado por los argentinos (gobierno, soldados, ciudadanía). Por esto, no sólo haría la apología del país por la defensa de los valores occidentales, sino que además entendía que esa actitud le otorgaba el derecho de convertirse en protagonista de los cambios que el hemisferio necesitaba. Clarín, si bien coincidía con su socio en fustigar el comportamiento de las potencias hemisféricas, se diferenciaría de él al señalar que la falta de crecimiento económico y de vigencia de los derechos políticos y sociales, daban cuenta de la ausencia de los “valores occidentales” en el país. En ese sentido, más que la reinserción en el hemisferio, para el diario de la viuda de Noble la prioridad en materia internacional estaba

dada por la recomposición del vínculo de la Argentina con EE.UU. En lo relativo a las relaciones con América Latina y el Tercer Mundo, Clarín abogaba a favor de una integración económica y política, que la diferenciaban de La Nación pues ésta abominaba el movimiento de países No Alineados y con relación a Latinoamérica sólo proponía el acercamiento económico.

Referencias bibliográficas

- Balmayor, E. (1988), “La enunciación del discurso”. En: Marafioti, R. (Comp.), *Recorridos semiológicos*, Buenos Aires: Eudeba.
- Borrat, H. (1989), *El periódico, actor político*, Barcelona: G. Gilli.
- Díaz, C. (2002), *La cuenta regresiva*, Buenos Aires: La Crujía.
- Díaz, César (2011), “La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”, en Saborido Jorge y Borrelli M. (comp.), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Bs. As.: Eudeba, pp. 153-180.
- _____ (2009), “Viola, la crisis y la participación ciudadana en la agenda de La Nación y Clarín”, XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias.
- Díaz, C., Giménez, M. y Passaro, M. (2001), “Un discurso para defender a ‘La Nación’ de la violencia política. Los editoriales del diario La Nación (1976-1977), II Coloquio Nacional de Investigadores. El estudio del discurso: metodología multidisciplinaria. FP y CS UNLP.
- _____ (2006a), “La Nación y su cruzada discursiva contra la violencia política (1976-1978)”, *Oficios Terrestres*. Año XII, N° 18, pp. 66-80.
- _____ (2011a), “Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”, Saborido J. y Borre-

- Ili M. (comp.), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 83-118.
- Díaz, C., Passaro, M. y Giménez, M. (2006), “Clarín y la dictadura: una singular manera de defender al ser nacional (1976-1978)”. CD ROM Ponencias. VIII Congreso REDCOM.
- Díaz, C., Passaro, M. (2015), “Imaginario sociales en el discurso editorial de La Nación durante la guerra y posguerra de Malvinas”, XV Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias.
- Escudero, L. (2013), *Malvinas: el gran relato*, Barcelona: Gedisa.
- García Lupo, R. (1968), *Contra la ocupación extranjera*, Buenos Aires: Sudestada.
- Giménez, M. (2015), *El hito de la guerra de Malvinas y el futuro de la Argentina en los editoriales de La Nación*, XV Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias
- Guber, R. (2001), *¿Por qué Malvinas?*, Buenos Aires: FCE.
- Lorenz, F. (2012), *Las guerras por Malvinas (1982-2012)*, Buenos Aires: Edhasa.
- Nápoli, B., Perosino, C. y Bosisio, W. (2014), *La dictadura del capital financiero*, Buenos Aires: Peña Lillo Ediciones Continente.
- Noble, R. (1966), *Satelismo contra soberanía*, Buenos Aires: Arayú.
- Quiroga, H., (2004), *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario: Fundación Ross.
- Sidicaro, R. (1993), *La política mirada desde arriba*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Sigal, S. (2006), *La plaza de Mayo una crónica*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sivak, M. (2013), *Clarín. El gran diario argentino*, Buenos Aires: Planeta.
- _____ (2015), *Clarín. La era Mignetto*, Buenos Aires: Planeta.

- Suriano, J. y Álvarez, E. (2013), 505 días que la Argentina olvidó, Buenos Aires: Sudamericana.
- Verón, E. (2005), Fragmentos de un tejido, Barcelona: Gedisa.
- Varela Cid, E. (1984), Los sofistas y la prensa canalla, Buenos Aires: El Cid Editor
- Yankelevich, P. (2010), Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983, Buenos Aires: FCE.
- Yofre, J. (2011), 1982, Buenos Aires: Sudamericana.

LA YAPA

**Dos perspectivas de la cuestión Malvinas
desde el periodismo**

La soberanía de Malvinas en el diario de José Hernández (1869)¹²²

César “Tato” Díaz

*“Estar en contra del nacionalismo del país oprimido,
es estar a favor del nacionalismo del país opresor”
V.I. Lenin (1914)*

*“¿Qué tipo de periodismo es el de Hernández? Combativo,
partidario, ruralista.
Cada uno de estos adjetivos, Hernández lo prueba
en cada uno de sus gestos. (...)
De esta manera, sienta su clara posición anticolonialista,
(la marca de ese nacionalismo americano que
tanto le costó entender a Hobsbawm)”
Mónica Bueno (2020)*

Desde hace tiempo que los medios de difusión amplifican dispares enfoques acerca de “Malvinas”. Lo paradójico, quizá no tanto, es que un influyente grupo de intelectuales, ha optado por “desenmascarse” públicamente dando a conocer una declaración de principios –denominada “una visión alternativa”, cuyos argumentos discursivos débiles no alcanzan para defender su postura, porque como bien apunta Fabián Salvioli (2012), profesor de Derecho Internacional Público de la UNLP, y alto funcionario de la ONU: “el documento parte de la idea de que ha sido el principio de autodeterminación el que ha fundado el país... nada más lejano a eso; la autodeterminación de los pueblos es simplemente enunciado recién en la Carta de Nacio-

122 Este trabajo fue publicado por primera vez en la revista POLÍTICA. Para la independencia y unidad de América Latina. Año 7, Nro. 12 (2012) bajo el nombre de “José Hernández y Augusto Lasserre, defensores de la soberanía de Malvinas”.

nes Unidas (1945) en lo relativo a los propósitos, y se consagra como principio a partir de la Resolución 1514 de la Asamblea General de Naciones Unidas, en 1960 y precisamente para poner fin a situaciones de dominación colonial”. Otra defensa a favor de la soberanía de las islas australes la brindó, en 1951, Arturo Sampay en un libro multidisciplinario publicado por la UNLP. Este jurisperito afirmaba que: “el territorio sobre el que la Argentina ejerce su soberanía no la adquirió sobre una ocupación originaria de res nullus, sino que lo recibió en sucesión de España, con la demarcación correspondiente en virtud del *uti possidetis juris* de 1810”. Estas referencias jurídicas son sólo a título informativo, con la finalidad de recordar que la usurpación de los ingleses de 1833 no tiene atenuantes.

Es pretensión de este artículo demostrar que no existe un “nacionalismo excluyente” tal como afirma una reconocida historiadora, sino que en todo caso sólo se trata de argentinos así a secas, que no dudan ni por un instante que las Malvinas son argentinas por razones históricas, geográficas, políticas, en suma, por razones de soberanía que exceden, incluso, a nuestro país, pues como se sabe en la actualidad se trata de *“una cuestión latinoamericana”*.

También se sabe que la soberanía de un país se la puede y debe defender de mil maneras distintas y, acaso, la más eficaz para configurar un imaginario colectivo sólido sea el periodismo. En tal sentido, consideramos útil sumergirnos en la historia para exhumar algunas experiencias periodísticas con el doble propósito de recordarlas, al tiempo que aprovecharlas para saber que la reivindicación de la causa de Malvinas tiene sus antecedentes mediáticos en el siglo XIX. Con tal fin, nos detendremos en la primera que fuera antes de la usurpación inglesa y, en la segunda, una vez concretada la injusta apropiación.

En 1829, Pedro de Angelis en “La Gaceta Mercantil” (1823 - 1852) había dado a publicidad dos notas referidas a la importancia estratégica de las Malvinas tal como oportunamente lo ha dado a conocer nuestro querido amigo ya fallecido en 2014, el Dr. Alberto González Arzac (2008). En la primera contribución se podía leer que:

“una de las medidas más importantes del gobierno actual ha sido la organización política y militar de las islas Malvinas y de los terrenos adyacentes al Estrecho de Magallanes”. En tanto, el suelto siguiente refería que, su futuro gobernador, Luis Vernet: “había hecho una tentativa para explorar aquellas islas y en estos momentos se ha trasportado allí con su familia y con cerca de 40 colonos”. Ambos artículos contenían una rica descripción que todo buen comunicador debe proporcionar a sus lectores, abundaban en detalles del clima, las características de los puertos, del suelo, sus distintas riquezas económicas, etc. tal como ocurriría en las notas publicadas en *El Río de la Plata* (6/8/1869 - 22/4/1870) cuarenta años después.

Este diario tamaño sábana diagramado a siete columnas compartió el universo periodístico y el espacio público durante ocho meses. Las causas de su cierre guardan cierta complejidad, dado que su director José Hernández militaba en las filas del federalismo, es decir, con el caudillo entrerriano López Jordán. Ambos adversarios de Domingo F. Sarmiento, por entonces presidente de la nación. Sin embargo, los tres en esa coyuntura histórica confrontaban con el “porteñismo” encabezado por Bartolomé Mitre. De ahí que se haya considerado la posibilidad de cesar con la publicación del diario. El medio contó con un selecto grupo de colaboradores, tal como lo detalla F. Chávez (1973) “*Guido y Spano, Agustín de Vedia, Navarro Viola, Vicente G. Quesada, Estanislao Zeballos, Cosme Mariño, Mariano Pelliza, Belisario Montero y Aurelio Herrera*”.

Hemos elegido examinar la particularidad ofrecida por el diario orientado por José Hernández respecto a la colaboración de Augusto Lasserre (1826 – 1906), quien según Vicente Cutolo (1968) fue un marino argentino, fundador de la ciudad de Ushuaia (12/10/1884) que formó parte de la flota de la confederación y, seguramente, de allí habría nacido la amistad con José Hernández. De esta relación surgió un pedido del autor del *Martín Fierro* al marino, evidentemente, Hernández tendría un futuro proyecto periodístico –*El Río de la Plata*- cuando solicitó a su amigo, quien viajaría por cuestiones

laborales, un bosquejo de las islas australes. Este navegante respondió gustoso a la invitación narrativa: *“cumpliendo con la promesa que Ud. me exigió en julio próximo pasado de hacerle la relación de mi viaje a las islas Malvinas, le envío las siguientes líneas, que quizás le ofrecerán algún interés, por la doble razón de ser ellas propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños”*. Esas nobles motivaciones obedecían no sólo a cuestiones altruistas para con su compatriotas, sino que su actividad de hombre vinculado al mar le permitían justipreciar la trascendencia de los enclaves marinos en esa región: *“...no quiero dejar pasar esta oportunidad sin deplorar la negligencia de nuestros gobiernos que han ido dejando pasar el tiempo sin acordarse de tal reclamación pendiente, y haciendo con esa imperdonable indiferencia más imposible cada día la integridad de la República Argentina”*. Posteriormente y, acaso, desconociendo que Sarmiento había impulsado desde su exilio la idea de que los territorios patagónicos fueran chilenos abrigaba la esperanza de que: *“es de suponer que la ilustración del actual gobierno nacional comprenda la importancia de esa devolución que él se haya en el deber de exigir del de S. M. B. pues que esas islas por su posición geográfica son las llaves del Pacífico y están llamadas indudablemente a un gran porvenir”*. Concluía su razonamiento con la clara noción que el cuarto poder no debía ahorrar esfuerzos en la insistencia e importancia del tema Malvinas: *“a Uds. los de la prensa, es a los que compete legado el caso tratar esa cuestión”*.

En su segunda colaboración, explicitaría una observación interesantísima: en el archipiélago no existía la propiedad privada. Percepción que transmitiría a su interlocutor apelando al recurso de interpelaciones retóricas para conferir mayor contundencia a sus ideas: *“¿No sería acaso, amigo Hernández, esa medida restrictiva del derecho de propiedad, y esa aparente indiferencia sobre el adelanto material de tan importante colonia, causada por la inseguridad del porvenir? ¿No será esta una confesión tácita de su falta total de derecho a la posesión de esas islas? ¿No será que, previsores hasta en su política de invasión*

quand meme, ven, en un porvenir quizá no lejano, que la devolución de este territorio tiene que hacerse también quand meme a sus legítimos dueños, los argentinos, dueños doblemente, pues que era parte integrante del virreinato, cuando se declaró la Independencia argentina, y que no mediando tratado ni convención alguna, el Código Universal, el derecho de gente, declara dueños legales, natos, de las islas, a los estados más cercanos?”.

En la tercera y última colaboración, Lasserre repasaba detalles de su viaje deslizado conceptos tales como: *“muy pocos argentinos han permanecido en Malvinas después de la injusta ocupación inglesa. Los que aún existen allí no pasan de 20, todos ellos como empleados como peones o capataces en las estancias, para cuyo trabajo sobresalen de muchos de los extranjeros”.* Por cierto, esta descripción motivó al propio director del Río de la Plata a efectuar consideraciones propias de un hombre comprometido con el bienestar y engrandecimiento del territorio que lo viera nacer.

A diferencia de algunos intelectuales de la actualidad, que por defender pretendidos derechos individuales convalidan el lacerante despojo inglés, el director del Río de la Plata escribía con la contundencia que la historia se encargaría de validar: *“se concibe y se explica fácilmente ese sentimiento profundo y celoso de los pueblos por la integridad de su territorio, y que la usurpación de un solo palmo de tierra inquiete su existencia futura, como si se nos arrebatara un pedazo de nuestra carne. La usurpación no sólo es el quebrantamiento de un derecho civil y político; es también la conculcación de una ley natural. Los pueblos necesitan del territorio con que han nacido a la vida política, como se necesita del aire para la libre expansión de nuestros pulmones. Absorberle un pedazo de su territorio, es arrebatarle un derecho, y esa injusticia envuelve un doble atentado, porque no sólo es el despojo de una propiedad, sino que es también la amenaza de una nueva usurpación. El precedente de injusticia es siempre el temor de la injusticia, pues si la conformidad o la indiferencia del pueblo agraviado consolida la conquista de la fuerza, ¿quién le defenderá mañana*

contra una nueva tentativa de despojo o de usurpación?”. Esta extensa transcripción de la argumentación de José Hernández tiene el objeto de contrastar con algunas de las actuales opiniones que circulan en detrimento de nuestros legítimos derechos sobre las islas.

Por último, deseamos mencionar la sorpresa que nos ha causado la omisión de esta trascendente problemática argentina en el libro de Halperín Donghi (1985) quien impertinentemente considera a Hernández un periodista de segunda cuando, en realidad, el profesional de segunda es él, puesto que si bien pudo desinteresarse el tema Malvinas -cuestión que por cierto, nunca trató-, no pudo desconocer que su biografiado fue uno de los mayores defensores de la soberanía del siglo XIX en la Argentina y esta particularidad no menor, lo convierte en una pluma de primera línea.

Referencias bibliográficas

- Bueno, M. (2020). El periodista José Hernández: testimonio sobre Malvinas. Recuperado de: <https://p3.usal.edu.ar/index.php/gramma/article/download/5511/7465>
- Chávez, F. (1973). La vuelta de José Hernández. Del federalismo a la república liberal. Ed. Theoria. Buenos Aires.
- Cutolo, V. O. (1968). Nuevo Diccionario Biográfico argentino. T. IV. Ed. Elche. Buenos Aires
- González Arzac, A. (2008). De Angelis y las Malvinas. Alberto Verdager Editor. Buenos Aires.
- Halperín Donghi, T. (1985). José Hernández y sus mundos. Sudamericana. Buenos Aires.
- Lenin, V.I. (1914). El derecho de las naciones a la autodeterminación. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/derech.htm>
- Sampay, A. (1951). La soberanía argentina sobre la Antártida en: VVAA. Soberanía argentina en el archipiélago de las Malvinas y en la Antártida. Ministerio de Educación. UNLP, La Plata.

Salvioli, F. (2012). En respuesta a Malvinas, “una visión alternativa”.
Recuperado de:https://www.elmensajero diario.com.ar/contenidos/respuesta-malvinas-visin-alternativa_19253/

Malvinas en la pluma y en el sentimiento de Descartes¹²³

César “Tato” Díaz

Hasta la fecha se ha hablado mucho más de lo que se ha escrito acerca de las columnas de Descartes. Se puede afirmar que, hoy por hoy, nadie ignora que detrás del apelativo filosófico, estaba la figura del general Perón. Se sabe también que la temática abordada por Descartes era preferentemente internacional, aunque es posible hacer un señalamiento útil que es, siempre con un interés nacional y latinoamericano. Las complicaciones surgen cuando el interesado ocasional o no tanto, se interpela: *¿Por qué empezó esta labor periodística?; ¿cuándo y debido a qué razón o razones dejó de aparecer la colaboración rubricada bajo el pseudónimo?* Lo cierto es que en el primer lustro de la década del cincuenta el principal matutino de la empresa ALEA, *Democracia*, insertaba todos los jueves en la tapa una colaboración titulada “Política y estrategia. Critico no ataco”. En esta oportunidad, se examinarán los artículos periodísticos que incorporaron en su discurso a las Islas Malvinas. Otros tópicos ya se han estudiado en diferentes trabajos (Díaz, 2019; 2020 y 2021).

123 Este trabajo fue escrito especialmente en ocasión de este libro, por lo cual es completamente original.

Una tapa con impacto: el medio elegido por Descartes

El ascenso político de Perón no se detendría hasta alcanzar la presidencia de la nación. Luego del 17 de octubre y con su precandidatura consolidada solo contó con tres diarios que lo apoyaban: La Época, Democracia y El Líder; todos ellos sin gran predicamento en la opinión pública. Una vez ganada la elección la tarea comunicacional no tendría descanso. El gobierno procuraría manejar la radiofonía (Arribá, 2005) y, sobre todo, la prensa gráfica que había sido sumamente antagónica con el candidato y ahora presidente. En ese sentido, conviene resaltar que, la nueva administración intentó ir captando tanto los medios de reciente aparición –Democracia, EL Líder etc.–, como los que poseían una trayectoria dilatada –Noticias Gráficas, Crítica, El Mundo- porteños y también de las provincias –El Día y El Argentino de La Plata, El Atlántico de Mar del Plata, etc. Mientras que, algunos diarios opositores que no pudo controlar, fueron inspeccionados y luego clausurados por las municipalidades, gobiernos provinciales e, incluso, por la comisión Visca¹²⁴ -La Vanguardia, El Intransigente, La Nueva Provincia, etc.- . Pero, el caso más extremo por no tener precedentes en el país fue la expropiación de La Prensa en 1951 que pasaría a manos de la CGT (Panella, 1999). En un estudio realizado (Díaz, 2021, p. 16) se ha explicitado claramente que Perón fue quien percibió la necesidad imperiosa de contar con comunicación oficial. Inquietud que, por supuesto instrumentó al hacerse cargo del Departamento de Trabajo, que luego se convirtió en Secretaría de Trabajo y Previsión (1943).

El 3 de diciembre de 1945 surge el diario Democracia. En octubre de 1946 sus fundadores venden la titularidad del mismo, siendo adquirido por Eva Duarte de Perón, después de que la primera dama fuera convencida sobre “la necesidad de tener un gran diario para el

124 La comisión Visca se conformó en 1949 en la cámara de diputados a instancias del radicalismo, teniendo una actuación polémica, numerosas veces tildada de arbitraria. La misma estuvo encabezada por el diputado José Emilio Visca.

movimiento”. Los capitales iniciales que aportaron Miguel Miranda, Orlando Maroglio y Alberto Dodero sirvieron para poner en marcha una segunda etapa del matutino, más enfocada en el lucro que en los ideales propios de su primera etapa.

A partir de enero de 1949, la editorial se reorganizó y Democracia fue dirigido por Martiniano Passo, manteniendo su vertiginoso crecimiento debido a una fisonomía acentuadamente popular, con grandes espacios destinados a la información deportiva, turfística y policial. Luego de la confiscación del matutino La Prensa en 1951, Martiniano Passo asumiría la orientación periodística y, por ende, debió abandonar la dirección de Democracia. Su sucesor en el cargo fue Américo Barrios, pseudónimo de Luis María Albamonte. Uno de los cambios periodísticos que introdujo el nuevo director fue, que el editorial que se insertaba cotidianamente en la tapa, fuera desplazado a la página 3. Otro de los “aportes”, sin duda, lo constituyó la continuidad de la principal firma con la que contaba el matutino. La confirmación se basaba en la buena relación que Barrios tenía con el general Perón. Amistad que, con seguridad, ayudó para que Descartes ratificara su participación en el medio, en 1952. El intercambio había sido iniciado por el director, a quien Descartes respondía: “correspondiendo a los conceptuosos términos con que Ud. califica mis trabajos publicados, es grato hacerle saber que en mérito de ellos –si es que alguno tienen- se debe a la imparcialidad del juicio emitido, acerca de los problemas creados a todos los países por la situación actual, sin ocultar el pensamiento que sugiere la contemplación del futuro, que es lo único previsible y lo que más debe preocupar, por eso, a los pueblos del mundo”. Obsérvese que dice a los “pueblos” y no a los “gobiernos”, a quienes el columnista solía a menudo endilgar las desdichas del mundo. Américo Barrios respondió a Descartes con palabras cargadas de admiración y reconocimiento expresando que: “en períodos de confusión como los que vivimos, en horas decisivas para la suerte de la nación y, lo que es más, del hombre mismo considerado en su condición de criatura nacida de Dios, palabras como

las de Descartes no abundan, ciertamente; diríase que no existen a veces por la falta de ‘inteligencia heroica’, según el aserto pascaliano, a veces por incomprensión de los hechos, generalmente por ausencia de virtudes o por gravitación de intereses, errores y pasiones tremendas. Descartes es una excepcional manifestación de esa inteligencia, que solo aspira a servir con la verdad al amor entre los pueblos y los individuos y que en circunstancias caóticas y sombrías como las que el mundo moderno comparte, es la única que puede dar luz y paz a quienes tanto la necesitan”. El diario Democracia -como arriba se ha mencionado- era propiedad de Evita y de Perón, tal como él mismo lo ha explicitado en una epístola a un político trasandino: “Usted sabrá que mi gobierno sólo tiene influencia directa en el diario Democracia que, habiendo sido de mi señora, obedece a su orientación y a la mía. Es el matutino ‘peronista’ de mayor tiraje. Los demás diarios no están sometidos a control alguno, pues la ‘libertad de prensa’ impera aquí merced al postulado constitucional que cumplimos ampliamente. A veces también me pegan fuertemente a mí, pero entiendo que es un inconveniente, y forma parte de la función de gobernar” (Pavón Pereyra, 1986, p. 102). En este punto puede resultar útil consignar datos de los años 1951-1952 proporcionados por Orestes Confalonieri (1956): “un cuadro revela que circulaban mensualmente en el país 65.786.907 ejemplares de periódicos favorables a la dictadura, 28.572.950 opositores y 1.594.715 independientes” Este autor, poco afecto al peronismo, viene a corroborar que más allá de los guarismos, había circulación de información a través de la prensa gráfica. Con relación a la “orientación periodística” del medio, se puede afirmar que la dueña del medio no incidía demasiado, aunque existen opiniones divergentes al respecto. Rein (2006) expresa que Evita no solía inmiscuirse directamente en los asuntos del periódico, el cual muy pronto tuvo una circulación de decenas de miles de ejemplares [cuatrocientos mil], ni tampoco en su política editorial, una vez comprobada su alineación peronista. Empero, una de sus “intervenciones” se manifestó claramente en parte de la política de la publicación:

el trato a Juan Atilio Bramuglia. Conviene, sin embargo, en este punto precisar un aspecto. El vinculado con la faceta del ejercicio del “periodismo de estadista” (Díaz, 2020) que desempeñaba su esposo. En efecto, el presidente Perón era el responsable del Poder Ejecutivo Nacional y, al mismo tiempo, escribía una columna semanal en el matutino Democracia. Por supuesto, esta labor periodística afrontada por Perón requería de un esfuerzo significativo, por lo tanto, quien más cerca estaba de él procuraba que tuviera algún tipo de asesoramiento. Por ello, Evita, consideraba que un periodista español muy cercano a ella, colaborara con el presidente, pues no tenía apetencias políticas. De modo que, con ánimo de convencerlo le manifestó: “Descartes, créame que es tan buen periodista como usted” (Penella, 2019, p. 62). Tomando conceptos de Navaja de Arnoux (2017), Perón no solo estaba atento a los cables de las agencias informativas y a las noticias de los medios extranjeros, sino que era capaz de develar lo que se hallaba oculto o señalar los datos que había que interpolar para realizar una interpretación adecuada. Al asumir el “periodismo de estadista” es también la imagen de alguien que no se amedrenta, que es capaz de criticar a las grandes potencias, de decir con convicción su verdad, que sostiene valores en las relaciones internacionales que los poderosos han desechado. Descartes es una voz próxima al lector –nacional o internacional-, que comparte sus saberes y sus modos de decir y con el que puede establecer una profunda empatía. Con respecto a los lectores, puede conjeturarse a priori que componían un universo muy heterogéneo, pues excedían a los interpelados por el diario –trabajadores, justicialistas, funcionarios, seguidores/as de Evita, etc.–, incluyendo también a los diplomáticos, opositores y, claro está, a los lectores ocasionales. Una aguda descripción de los receptores la proporcionó el Dr. Oliva, quien ha expresado que “resulta inobjetable que los sueltos insertados en la primera plana del diario eran muy bien recibidos por los lectores, sobre todo, los obreros”; a juzgar por sus impresiones, se caracterizaban por ser “notas buenísimas, sencillas, cortas, de notable síntesis, siempre de actualidad”. En efecto,

las colaboraciones de Descartes aludían “especialmente, a cuestiones de política y estrategia, pero en un tono muy coloquial, basado en el refranero popular. De este modo teníamos a un lector que de pronto se sumergía en cuestiones muy delicadas de la vida de las naciones tratadas didácticamente y sin perder profundidad” (Oliva, comunicación personal, 2008). He ahí precisamente el alto valor periodístico de las notas que, no por tratar temas que podrían reputarse de alta complejidad como es el caso de las relaciones internacionales, pues involucran a distintas naciones, lenguas, culturas, tradiciones y por lógica consecuencia intereses, tienen que resultar inaccesibles al gran público lector de diarios (Díaz, 2019). La administración justicialista procuraba captar a todos los sectores, incluyendo este nuevo público lector que se fue conformando en las décadas anteriores. Por ello, toda la política cultural del gobierno buscaba incorporar, consumidores culturales habituales en aquellos que antes estaban marginados de tales bienes, al menos en escala masivas. Dentro de esta búsqueda de incorporación cultural, el obrero sería uno de los focos a los que se dirigía el gran aparato propagandístico, en el cual se fijaban normativas respecto de los mensajes que deseaban transmitirse, así como de la selección de temas y figuras (Lavallén Ranea, 2016, p. 228).

El contexto y los textos

Sin temor a exagerar se puede expresar que el gobierno peronista fue el más hostilizado por los EEUU en América del Sur. No obstante, de igual modo es posible afirmar que durante varios años la Argentina sostuvo una firme y clara política exterior cuyas características principales emanan de lo escrito por un avezado periodista español, quien supo colaborar con el presidente y, sobre todo, con su esposa. Penella Silva (2019), ha manifestado que Perón: *“Opina que, en lo exterior, la política de la Argentina tiene que ser de signo contrario a los imperialismos, absorbente el uno y de descomposición el otro. Me*

ha dicho que en lo humano su actitud tiene que ser cristiana; en lo mundial tiene que ser continental o americana; en lo continental tiene que ser hispanoamericana; en lo hispanoamericana tiene que ser sudamericana... «y siempre, apasionadamente, argentina». Efectivamente, la “pasión” complementada con una convicción doctrinaria, fue quizás el basamento que difundió la Tercera Posición por todo el globo y, la prédica periodística de Descartes, ayudó en la transmisión del mensaje. Por supuesto, el presidente Perón hizo lo propio en cuanto oportunidad tuvo. Por caso, en el mensaje inaugural de las sesiones del Congreso Nacional, el 1° de mayo de 1950, donde expresó: *“En el orden político, la Tercera Posición implica poner la soberanía de las naciones al servicio de la humanidad en un sistema cooperativo de gobierno mundial. En el orden económico, la Tercera Posición es el abandono de la economía libre y de la economía dirigida por un sistema de economía social- al que se llega poniendo el capital al servicio de la economía. En el orden social, la Tercera Posición entre el individualismo y el colectivismo es la adopción de un sistema intermedio cuyo instrumento básico es la justicia social. Ésta es nuestra Tercera Posición, que queremos al mundo como solución para la paz”*. Va de suyo que mantener este ideario no fue tarea fácil, ni tampoco difícil, conseguir detractores, como es el caso de Zanatta (2013), quien ha manifestado que: *“Perón habría podido pensar en dar marcha atrás: diluir la tercera posición, aplacar el impulso expansionista y hacerse en el mundo occidental un lugarcito compatible con los recursos de que el país podía disponer [...] la Tercera Posición no era una política como cualquier otra, que Perón pudiera desechar de un día para otro sin afectar la íntima estructura de su poder; era la doctrina a través de la cual se expresaba el “destino manifiesto” de los argentinos”*. La casi ridícula ironía de procurar trazar una analogía con el apotegma yanqui del “destino manifiesto argentino”, esgrimida por el autor italiano, obedecía en realidad a la firme convicción de Perón de no permitir que el “panamericanismo” absorbiera a la Argentina justicialista que contraponía al “panlatinoamericanismo”. El nuevo clima de Guerra

Fría dictaba un esfuerzo para no dividir el hemisferio y por lo tanto, la Argentina pudo participar en la Conferencia Interamericana para el mantenimiento de la Paz y la Seguridad, que se celebró en Río de Janeiro, en agosto de 1947. El objetivo central de esta Conferencia era abordar la cuestión del Tratado de Defensa para el hemisferio previsto ya en el Acta de Chapultepec. Espoto y Zabala (2010) han señalado que la Cancillería argentina, a través de Bramuglia, mostró flexibilidad en las negociaciones políticas con los EEUU. Si bien es cierto que la delegación argentina no adoptó una postura obstruccionista, tampoco desempeñó un rol de pasivo seguidismo. Expuso francamente sus puntos de vista no siempre coincidentes con los de Norteamérica y logró imponer varios de sus criterios. Con todo, se puede asegurar que varios fueron los aportes del jefe de la Cartera de Relaciones Exteriores argentina, quien sostendría que debía incluirse un explícito “repudio” a la guerra y aplicar la “solución pacífica de controversias” para el caso de conflictos locales. Asimismo, incorporó la solicitud de establecer una diferenciación del procedimiento a aplicarse en caso de conflicto entre países americanos. Pero, el aporte más significativo por la temática de este capítulo fue que Bramuglia, defendió la inclusión en la zona de seguridad de nuestro país, aquellos territorios que pertenecían a su soberanía: Islas Malvinas, Georgias, Sandwich del Sur y sector Antártico Argentino (Cafiero, 1996, p. 47). En realidad, la estrategia en que cada gobierno aborda las relaciones territoriales constituye un importante elemento a tener en cuenta a la hora de analizar sus relaciones internacionales. En el caso argentino, la problemática de las Islas Malvinas es clave para comprender los lineamientos de la política exterior en el periodo aquí propuesto. A propósito de la misma, puede resultar de utilidad recuperar la postulación presentada por Bramuglia en marzo de 1948, cuando se reunió en Bogotá la Novena Conferencia Hemisférica. En el intento de afirmar su hegemonía y en momentos donde la guerra fría se encontraba en pleno desarrollo, la delegación de los Estados Unidos debió enfrentar la reticencia de la Argentina [...] en definitiva, quedó aprobada la

Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA), prosperando la propuesta de Argentina que impugnaba la denominación de “asociación”, en el entendimiento de que tal concepto implicaba una subordinación de las soberanías nacionales (Rapoport, 2015, p. 138). Así las cosas la Argentina soportaba fuertes presiones internacionales para que ratificara el Tratado Intercontinental de Asistencia Recíproca (TIAR) firmado en Brasil en 1947, a las que atemperaba aduciendo que amplios sectores de la oposición política vernácula –izquierda y radicalismo- fustigarían sin piedad la convalidación, acusando a la administración peronista de connivencia con los EEUU. Frondizi, sentenció: *“el resultado final del asunto Braden o Perón ha sido el triunfo de Braden, y ahora tendremos guerra o paz según lo decidan los estadistas o militares norteamericanos”* (Rapoport y Espiguel, 1994, p. 89). De hecho, en 1950 a escasos días del inicio de la guerra de Corea, la Cámara de Diputados refrendó la aprobación del TIAR. Por supuesto, la dilación en la firma ha motivado a ciertos estudiosos a cuestionarla: *“así como la inclusión de las Malvinas y la Antártica de la zona de seguridad del TIAR sirvió de excusa para la ratificación del Tratado de Río, la neutralidad norteamericana respecto de la cuestión Malvinas, proclamada mucho tiempo antes y reiterada en Río, sirvió de excusa para no enviar tropas a Corea no muchas semanas más tarde: después de todo, y como todo el mundo sabe, un líder carismático no tiene necesidad de exhibir la coherencia que se le exige a un simple mortal”* (Escudé, 1988, p. 14). Hacia fines de 1950, y mientras las negociaciones económico-diplomáticas en curso llegaban progresivamente a un punto muerto, surgían nuevos hechos y puntos de conflictividad en las relaciones bilaterales. Del lado norteamericano, la negativa al envío de tropas a Corea por parte del gobierno argentino y la ratificación de la Tercera Posición marcaron el resurgimiento en los EEUU de una campaña de críticas, tanto de sectores liberales -que atacaban a Perón como antidemocrático- como de sectores anti-comunistas que consideraban al nacionalismo argentino, haciéndole

el juego al comunismo, calificando a la Argentina como un foco del “neutralismo” (Rapoport y Espiguel, 1994, p. 102).

El presidente comunicador

Sin duda, el general Perón consideró indispensable para el tratamiento de la política exterior nacional, adoptar una metodología discordante con la diplomacia convencional. De ahí que, haya creído que había llegado el momento de actuar desde un sitio poco común para un Jefe de Estado. De manera que pergeñó un plan alternativo o, dicho de otro modo, complementario al de la Cancillería. En rigor, resolvió comunicar a través del diario Democracia las ideas que habitualmente transmitía en conversaciones oficiales con funcionarios extranjeros, conferencias y actos políticos, decisión que, con seguridad, ofrecería resultados sugerentes. Naturalmente, el asumir la tarea periodística obedecía a un minucioso plan que poseía disparidades particularidades. Por caso, podría decir cosas que como Primer Mandatario le estaban vedadas. Por otro lado, como ya ha quedado comprobado, la llegada de Getulio Vargas a la presidencia del Brasil (31/1/1951) ofició como un fuerte impulso para tomar la pluma. La iniciativa de formar un bloque desde el Sur del continente, entre Argentina, Brasil, y Chile (ABC), sumada a la propagación de las “virtudes” de la Tercera Posición, en una columna rubricada por un apelativo, entrañaba una interesante voz para oídos bien predispuestos (Díaz, 2019, 2020). Ahora bien, una tarea de esta magnitud, no solo requería que el columnista estuviera muy bien informado, sino que también, poseyera rasgos intelectuales bien definidos. El pensador oriental Methol Ferré (2015), ha sabido describir minuciosamente esa faceta de quien fuera tres veces presidente argentino: *“Perón perteneció a la rara y tan necesaria estirpe de ‘políticos intelectuales’ y fue plenamente consciente del proceso histórico en que su país estaba inserto. Los ‘políticos intelectuales’ son fruto y a la vez respuesta en*

tiempos históricos de grandes cambios. Pues de lo contrario, en tiempos normales, alcanza con el compartir los supuestos más convencionales del status quo. Solo cuando se vuelve necesario replantear todo radicalmente y el saber convencional se ha vuelto ceguera y obstáculo, es que vienen los ‘políticos intelectuales’ que pueden tener los más diversos y opuestos signos. Como Sarmiento y Alberdi, Lenin y Mao, Bolívar y Haya de la Torre”. Existen testimonios de personas que supieron frecuentarlo, quienes ponderan sus cualidades. Uno de los más singulares, dado que es una entrevista realizada en la cárcel –periodista y entrevistado estaban presos por la Revolución Libertadora-. Gobello, el primero, y Vuletich, el reportero, quien proporciona rasgos de Perón: “*lo más admirable es su lucidez, su lógica perfecta, su manera impecable de razonar. [...] De Descartes sabe una enormidad. En su biblioteca tenía un gran panel exclusivamente dedicado a Descartes y a sus comentaristas*” (Olivieri, 2002). Lo cierto fue que, se tardó algunos meses en develar la incógnita de quién estaba detrás del pseudónimo escogido por el primer magistrado. Tarea que contaría con expertos norteamericanos, quienes pudieron determinar, no sin vacilaciones, que el propio Perón era quien escribía los artículos que aparecían publicados encuadrados con una línea zigzagueante desde un miércoles 23 de enero de 1951, en la primera plana de *Democracia* jueves tras jueves durante 89 entregas.

Malvinas: una cuestión sobre la que Descartes no dudó

No había transcurrido un mes desde que el novel periodista participara en el diario, cuando publicó un artículo en el cual Malvinas constituía un elemento decisivo de su análisis. La primera contribución al tema fue publicada bajo el título de “Anticipo para la historia”. Allí el opinador con prosa zumbante informaba a los incautos que dada las mentiras, falacias y tergiversaciones se tendrían que publicar dos libros sobre la guerra de Corea: “Las Causas” y “Los Pretextos”.

Descartes, por supuesto, aludía a los dos colosos de aquellos tiempos y expresaba que: “Rusia, que pretende ser el campeón de la defensa de la paz, ha agitado a todo el mundo comunista tras una misma paloma estilizada, realizando congresos, mítines, conferencias y reuniones pro paz”. Mientras que al otro protagonista le señalaba, no sin razón, que: “la UN, con su secretario a la cabeza, no hace otra cosa que declamar la paz y ensayar su defensa en nombre de los ‘pueblos libres’ del mundo”, rematando su reflexión con una carga no desprovista de sarcasmo: “a quienes nadie ha consultado, porque si lo hiciera se llegaría a la triste conclusión de que ellos, los pueblos, son los únicos pacifistas, a pesar de que sus gobernantes — embarcados en la defensa de intereses disfrazados de ideales — los arrojarán desaprensivamente al “matadero”. En otro pasaje de su escritura afirmaba sin cortapisas que se trataba de “una guerra en defensa de la paz” y seguidamente calificaba a los contendientes valiéndose de una suerte de lo que podría denominarse, “conceptos cruzados”: “Rusia, que llama a su régimen ‘democracia popular’, y los occidentales, que se declaran proletarios de ‘los principios democráticos’ y de la libertad”. Indudablemente, estos gobiernos, no podrían efectuar una consulta a los pueblos, pues serían repudiados por su doble discurso”. Con posterioridad, deslizaba que no se trataba de un conflicto de ideologías y ponía de ejemplo a la Argentina con su gobierno justicialista que había llegado pacíficamente al poder, apelando a una serie de preguntas retóricas para dejar al descubierto el juego de intereses: “Vivimos una época de usurpadores, desde que los que gobiernan hacen en nombre y representación de los pueblos precisamente todo lo contrario de lo que los pueblos quieren. Y si Rusia quiere ser comunista, ¿qué nos importa a nosotros? ¿Es que acaso podremos hacer creer a alguien que vamos a hacer matar 50 o 100 millones de hombres para que los rusos, que nunca fueron libres, disfruten de una libertad que a lo mejor no quieren?”. Llegado ese punto de su razonamiento arremetía con interpelaciones que, en el caso de los argentinos, contenían una sola respuesta: “¿Es que alguna vez ha habido un mundo libre? ¿Po-

drían decir eso Polonia, Rumania, África, Malvinas, Puerto Rico y cientos de pueblos más?” para culminar en tono de denuncia pública que “los justicialistas comprendemos bien estas cosas porque por el delito de serlo, en nuestro país, en nombre de esa libertad, se nos ataca embozada o abiertamente, desde todas las posiciones, ya sea por los comunistas como por los capitalistas y sus gobiernos” (22/2/1951). Durante el mes de marzo tuvieron gran impacto los preparativos para la Conferencia de Cancilleres que se desarrolló en Washington desde el 26 de marzo al 7 de abril de 1951. El diario Democracia destacó un corresponsal exclusivo, Carlos Nobarro, quien enviaba sus informaciones y eran insertadas en la tapa todos los días que duró el cónclave. En uno de esos envíos el cronista detallaba aspectos muy relevantes para la política exterior argentina: “es lógico asegurar, como lo indica la clara posición de la Argentina, México y Guatemala, que las naciones americanas no han aceptado en momento alguno el deber jurídico o político de rechazar la agresión que pudiera registrarse en el ‘hemisferio occidental’ [Europa], a menos que tal agresión se dirija contra un miembro del sistema regional americano. La insistencia de imponer una ambigua fórmula desacreditada es más absurda si se considera que hoy mismo, el grupo encargado de la redacción definitiva del proyecto, aceptó plenamente las observaciones argentinas y reemplazó en todas partes ‘hemisferio’ por ‘continente’, utilizando con propiedad la terminología del tratado de Río de Janeiro” (5/4/1951). Una vez terminada la conferencia, Descartes creyó conveniente echar luz sobre algunas cuestiones y con tono crítico calificó a ciertos ataques como: “la simulación o la forma infamante de la agresión”. La cual, a juzgar por la opinión del colaborador, había sufrido modificaciones en los últimos tiempos: “la agresión armada no es hoy la única forma de agredir. Se agrede económica y políticamente, por medio de la propaganda y la diplomacia. Una verdadera agresión es un boicót o bloqueo económico; un plan de ayuda dirigido a perjudicar a un país; la intervención grosera de un embajador y su embajada para provocar conflictos internos o revolu-

ciones en una nación, como asimismo la acción coordinada y oficial de las embajadas de un Estado para, por medio de una propaganda falaz y malintencionada, denigrar a otro en el mundo entero”. Párrafos más adelante, ejerciendo el “periodismo de estadista”, denunciaba que: “hay países que han hecho un sistema del engaño, hasta llegar a engañarse a sí mismos. Para ellos, la libertad, la justicia y la democracia es suficiente que diariamente sean mencionadas por los diarios y transmitidas al mundo por sus agencias de noticias”. La lapicera del periodista¹²⁵ dejó correr sus pensamientos con el fin de objetar severamente, la posición adoptada por los EEUU en las diferentes cumbres internacionales. Para ello recurrió a la historia muy bien conocida por los rioplatenses: “los argentinos conocemos mucho acerca de las diversas formas de agresión. Hace bastante más de un siglo que supimos las amenazas y soportamos la agresión en todas las formas imaginables. Pero, a pesar de que a los países americanos no parece haberles preocupado nunca estas agresiones, ni cuando fuimos atacados y despojados de parte de nuestro territorio por una nación extracontinental que nada tiene que hacer aquí, estamos dispuestos, y así nos hemos comprometido, a unirnos a los demás para repeler una agresión contra el territorio continental americano”. Con esta contundente crítica por el silencio guardado por Norteamérica frente a la usurpación de las islas Malvinas, Descartes ponía en alerta a todo el continente suramericano sobre cuál podría ser el precio de no sostener políticas exteriores claras y recíprocas. A escasas dos semanas de la colaboración anterior, el periodista oculto tras el pseudónimo filosófico, insistía con la temática. Acaso, escudándose en que los agentes del gobierno estadounidense aún no habían podido develar quién era, continuaba criticando las políticas asumidas por los EEUU. En el artículo “Solidaridad continental”, el autor, procuraba definir qué entendía por esos términos: “cuando se habla de “solidaridad continental”, el sentido de la reciprocidad adquiere carácter colectivo y, en consecuencia, las obligaciones pasan a ser multilaterales”. El razona-

125 Perón enviaba en ciertas oportunidades, sus colaboraciones manuscritas.

miento de una densidad argumentativa digna de encomio, retomaba la problemática de la invasión inglesa para señalar que: “en 1833 se produce el ataque a las islas Malvinas por fuerzas británicas y su ocupación violenta. Desde ese momento, la nación más poderosa de América ha apoyado el despojo, pese a la doctrina Monroe”. Centralizaba su denuncia en la quietud del país norteamericano, al tiempo que, apuntaba nítidamente que la Argentina sostenía una política exterior coherente y permanente en cuanto foro internacional: “en Bogotá, Río de Janeiro y cuanta conferencia se realiza, aparece este problema presentado por la Argentina, sin que siquiera se haya conseguido un apoyo moral. Termina de realizarse la reunión de cancilleres en Washington y, una vez más, con idéntico resultado y la consabida abstención norteamericana, la Argentina ha mentado su justo pleito en procura de solidaridad continental”. Como la consistencia del discurso iba alcanzando un nivel imposible de rebatir, Descartes creyó oportuno, para elevar aún más su prédica, interpelarse: “¿cuál deberá ser el estado espiritual del pueblo argentino, cuando se le insinúa la exigencia de hacer matar a sus hijos y destruir sus riquezas, para repeler una agresión al continente americano, que puede producirse en Asia o Europa? ¿No recordarán instintivamente los argentinos que hace pocos días, en una conferencia de cancilleres americanos, se les ha negado un voto —un tanto lírico— en defensa del sagrado derecho de reivindicar su territorio despojado por un país extracontinental? ¿Podría el gobierno argentino, a espaldas de su pueblo agraviado por la ingratitude y la injusticia, contraer compromisos unilaterales?”. Y para culminar, se respondería, en un tono socarrón: “evidentemente, hay contestaciones que más vale ni ensayarlas” (26/4/1951). Después de esta colaboración, el presidente comunicador, no retomó el tema Malvinas en la larga saga. Sí continuó fustigando a ambos imperios a los que calificaba como “la cortina de hierro” o “la cortina del dólar”, además de buscar infructuosamente la formación de un bloque Austral con Brasil y Chile (Díaz, 2020). Recién el 10 de julio de 1952, el tema Malvinas resurgió en un artículo de su autoría. En efecto, con

un decidido sesgo pedagógico en la nota titulada “La política internacional y la justicia”, procuraba ilustrar a sus lectores acerca de la verdadera naturaleza de la política, en este caso internacional. Argüía que quien opacaba todo eran las ambiciones egoístas de ciertos países, pues: “no hay política nociva ni engañosa; hay hombres malos y mentirosos”.

Luego de la formulación de esta suerte de sentencia, trataba de advertir a sus lectores que: “en medio de este innominable panorama, ninguna voz sincera se levanta, como no sea la de los pueblos, para condenar el intento de destruir al mundo. La propaganda miente, inventa, deforma y las industrias armamentistas tratan de armar a los pueblos para impulsarlos a la lucha”. Con posterioridad y con inculcable alusión al gobierno encabezado por el general Perón, quien había asumido por segunda vez el 4 de junio de 1952, anotaba particularidades que suelen pasar desapercibidas para la opinión pública nacional y/o internacional: “si un país resuelve con doctrina propia y dentro de sus fronteras los problemas que agitan al mundo, es un réprobo y totalitario porque no se encadena al “mundo libre”. Su gobernante, aunque sea elegido por el 75% de la población, es un dictador y enemigo de la democracia. Si no acepta que sus hijos vayan a morir por causas abominables, en guerras arbitrarias y equivocadas, es que no coopera con la libertad. Si defiende el precio de su producción y no permite la explotación de su pueblo, es un peligro para la democracia. Si un país es pacífico y se resiste a obedecer a la presión de los belicistas, pasa a ser un provocador. Si no quiere ser enemigo de nadie, se lo sindicaba como imperialista y enemigo de todos. Si no pretende nada de nadie, se busca que los demás lo pretendan de él. Si tiene prensa que no se vende, es dirigida y entonces totalitaria”. Respuestas todas que indicaban las injustas acusaciones que se esgrimían contra la administración peronista. En este punto de la narración, Descartes, iba a fondo con su firme intención crítica y exponía la verdadera intención yanqui de pretender que los países del continente adhirieran a la estrategia hemisférica, en lugar de la continental que defendían

la Argentina, México y Guatemala. Pero, basándose en la falta de reciprocidad en la cuestión Malvinas: “la solidaridad trasnochada de nuestros días es una cosa que sonará siempre como un escarnio para los argentinos. Nuestra historia es testigo que, frente a la indiferencia de muchos, con la anuencia y la simpatía de otros, países extracontinentales invadieron en 1806 y 1807 nuestro país, ocuparon las Malvinas, sitiaron a Buenos Aires, atacaron nuestros ríos interiores y aún hoy, con la complicidad de los principales demandantes de nuestra solidaridad, mantienen pretensiones sobre sectores de territorios de neta y limpia soberanía argentina”. Cerrando su fundamentación, con un decir popular al cual era muy afecto: “¡Y nosotros, para disfrutar de la gloria del perro, deberíamos lamer su mano!”. Este artículo publicado a pocos días del fallecimiento de Evita fue el último que se refería a las Islas del Atlántico Sur. Es posible que el presidente comunicador al tener que asumir responsabilidades que llevaba adelante su esposa y sumado al fracaso de la creación del bloque Austral con Brasil y Chile, creyera conveniente retirarse de la arena periodística. Aunque, se debe anotar que recién el 31 de junio de 1953 tomaría por última vez la pluma para escribir su columna en el diario Democracia. Bajo el título de “nuevos rumbos”, Descartes, informaba a sus lectores que la Argentina adoptaría una política exterior diferente, pues con la visita de Milton Eisenhower –hermano del presidente estadounidense- ratificaba futuros entendimientos económicos financieros con la potencia del norte.

Referencias bibliográficas

- Arribá, S. (2005). El peronismo y la política de radiodifusión 1946-1955). En MASTRINI, G. Mucho ruido, pocas leyes. Economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-2004) Buenos Aires, La Crujía, pp. 71-100.

- Cafiero, A. (1996). La política exterior peronista 1946-1955 sobre la falacia del 'mito aislacionista'. Buenos Aires, corregidor.
- Confalonieri, O. (1956). Perón contra Perón. Buenos Aires, Ed. Antigua.
- Díaz, C. (2019). Descartes, un singular periodista. En Red de Estudios del Peronismo. Actas del VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo (pp. 1-23). Recuperado de <http://redesperonismo.org/articulo/descartes-un-singular-periodista>
- Díaz, C. (2020). Descartes y el periodismo de estadista. Una interpe-lación a Vargas y la opinión pública internacional (1951-1953). Animus. Revista Interamericana de Comunicação Midiática. V. 19, N° 39, primer semestre, pp. 1-21. Universidade Federal de Santa María, Santa María do Sul. Brasil. E-ISSN 2175-4977. DOI: <http://dx.doi.org/10.5902/2175497744166>
- Díaz, C. (2022). Sarmiento y Perón. Dos casos de “periodismo de es-tadista”. Animus. Revista interamericana de Comunicação Midiá-tica. v.21, n.46.”
- Escudé, C. (1988). “Crónicas de la tercera posición. La ratificación argentina del TIAR en junio de 1950”. Todo es Historia, N° 257 (nov.).
- Espoto y Zabala (2010) en: Simonof, A “La argentina y el mundo fren-te al bicentenario de la revolución de mayo. Ed. Edulp. La Plata.
- Lavallén Ranea, F. (2016). Rescatando lo perdido. Universos intelec-tuales y representaciones del pasado en el marco de la tercera po-sición (1947-1955). Buenos Aires Biblos.
- Methol Ferré, A. (2015). Perón y la alianza argentino-brasileña. Cór-doba, Ediciones del Corredor.
- Navaja de Arnoux, E. (2017). Dispositivos argumentativos de arti-culación de lo general y lo particular: A propósito de Descartes (Juan D. Perón) en Democracia (1951-1952. En: E. Narvaja Arnoux y M. Di Stefano. Discursividades políticas: entorno de los peronismos (pp. 33-70). CABA: Cabiria.
- Olivieri, M.H. (2002) José Gobellos, Buenos Aires, Corregidor.

- Panella, C. (comp.) (1999). La prensa y el peronismo. Crítica, conflicto, expropiación, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Pavón Pereyra, E. (1986) Diario secreto de Perón. Buenos Aires, Sudamericana - Planeta.
- Penella de Silva, M. [M. Penella Heller Introducción, notas y epílogo] (2019). Evita y yo. La verdadera historia del libro de Eva Perón. CABA: Emecé Editores.
- Rapoport M. (2015). Historia oral de la política exterior argentina (1930-1966). CABA, Editorial Octubre.
- Rapoport, M. y Spiguel, C. (1994). Estados Unidos y el peronismo. La política norteamericana en la Argentina: 1949 – 1955. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Rein, R. (2006) Juan Atilio Bramuglia: bajo la sombra del líder. la segunda línea de liderazgo peronista. Buenos Aires, ediciones Lumiere.
- Zanatta, L. (2013) La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón. Buenos Aires, Sudamericana.

Este libro constituye un singular análisis discursivo de los editoriales publicados por los diarios más relevantes a nivel nacional durante el conflicto de la guerra de Malvinas. A través de una mirada multidisciplinar en especial desde la historia y comunicación, esta obra logra un inusual equilibrio entre la exposición de los datos –dejar hablar a los textos- y la interpretación de los mismos –saber replicar sus argumentos- sin perder nunca el rigor académico. Por medio de categorías conceptuales trabajadas a lo largo de dos décadas, es el logro de una mirada esclarecedora y poco explorada, acerca de los intereses, presiones, contradicciones y conflictos ideológicos que significaron escribir sobre Malvinas, tanto en 1982 como en 1951/2 y 1869, contribuyendo a un debate que lejos de estar zanjado, y en su cuadragésimo aniversario, transparenta aún las incertidumbres y preguntas que acompañan a lo que debe significar una relectura de nuestra historia patria.

